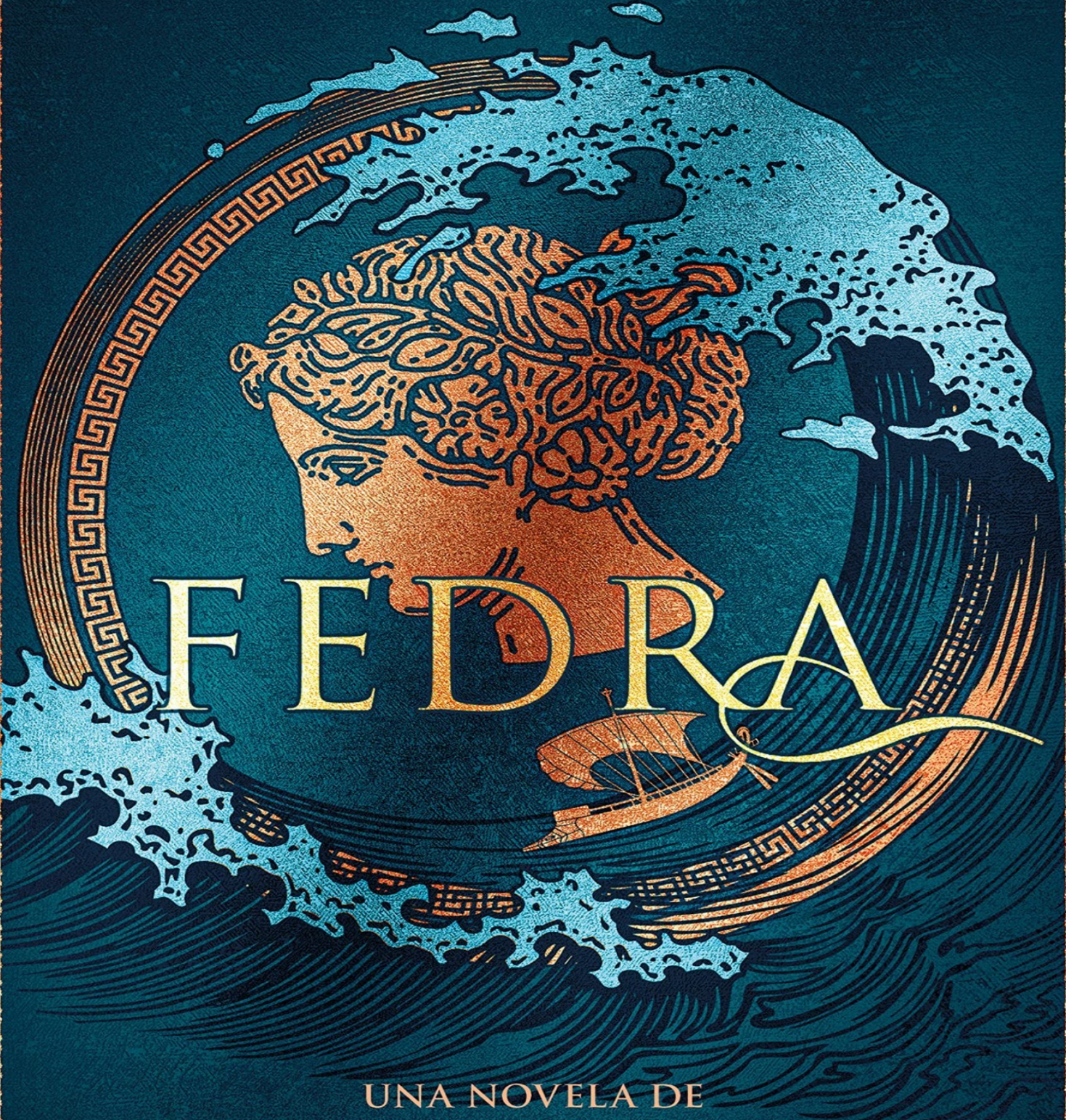


NIETA DE DIOSES. HERMANA
DE UN MONSTRUO. ESPOSA DE UN REY.



FEDRA

UNA NOVELA DE
LAURA SHEPPERSON



fedra

《 *Una novela* 》

laura pastor



alcove
press

OceanofPDF.com

para amelia

OceanofPDF.com

ta tou dramatos prosopa Dramatis Personae

Creta

Residentes

Fedra, princesa de Creta

Minos: rey de Creta y padre de Fedra

Pasífae: reina de Creta y madre de Fedra

Ariadna: princesa de Creta y hermana de Fedra

Kandake, doncella de Pasífae

Helia, saltadora de toros

El Minotauro: monstruo famoso que vive en el laberinto debajo del palacio.

Visitantes

Jenetipa: tributo ateniense

Teseo: príncipe de Atenas e hijo de Egeo, disfrazado como tributo

Piritoo: capitán y amigo de Teseo

Atenas

Residentes

Egeo, rey de Atenas

Hipólito: príncipe de Atenas, hijo de Teseo y nieto de Egeo

Trifón, consejero del rey

Cassandra, sirvienta de Medea

Critón, un fiscal

Visitantes

Medea, princesa de Colchis, ex esposa del héroe Jason; tiene fama de ser una bruja

Agneta, su sirvienta

¿Puedes abrazar a una mujer así? ¿Puedes quedarte en la misma cámara con ella y no sentir miedo, y disfrutar del sueño de la noche silenciosa? Seguramente, ella debe haberte obligado a llevar el yugo, tal como obligó a los toros, y te ha sometido por los mismos medios que usa con los feroces dragones. Agregue que ella desea que su nombre esté escrito en el registro de sus propias hazañas y las de sus héroes, y la esposa oscurecerá la gloria del esposo.

—Ovidio, Heroides VI, 95–101 (trad. de Grant Showerman, 1914)

OceanofPDF.com

PRÓLOGO



OceanofPDF.com

El bardo

“Reúnanse, bienvenidos invitados y buenos ciudadanos de Atenas, reúnanse. Tengo una historia que contarte, una cercana a tu corazón. Se trata de tu valiente rey, Teseo, y del malvado monstruo que mató por ti. Una bestia con el torso de un hombre y la cabeza de un toro. Al crimen cretense contra la naturaleza lo llamaron el Minotauro”.

El hombrecillo tocó un par de notas con su silbato y luego se recostó en su taburete mientras esperaba los estruendos.

Efectivamente, la multitud respondió. “Este ya lo conocemos, extranjero. ¿Por qué queríamos escucharlo de nuevo, y de usted? Los ciudadanos de Atenas, predominantemente hombres jóvenes y de aspecto saludable en su mejor momento, comenzaron a irse poco a poco.

El bardo permitió que la más diminuta de las sonrisas apareciera en su rostro y comenzó a entonar su historia. Comenzó con la princesa cretense. No la que estaba declarando en el juicio, sino la mayor, Ariadna la de los cabellos hermosos. Y muchos otros lugares hermosos, comenzó a insinuar. Seducidos por su propio rey, Teseo, un hombre que nunca había dirigido una palabra a ninguno de ellos, pero que aparecía con suficiente frecuencia en las canciones de los bardos como para hacerlo tan familiar como un compañero habitual de bebida. La princesa cretense apenas había comenzado a desvestirse ante Teseo cuando la multitud volvió a arrastrarse, tímidamente al principio, y luego con más entusiasmo a medida que el vino comenzaba a fluir. Cuando la princesa promiscua hubo descubierto sus pechos, estaban gritando.



La historia que cantó el bardo no era la verdad. No tenía idea de cuál era la verdad. No era de Atenas, y otro trovador ambulante le había pasado la

canción a cambio de su último trozo de pan. Pero mientras cantaba, observó que la multitud se burlaba cuando cantaba sobre la princesa y vitoreaba cuando mencionaba al hijo de Teseo, Hipólito. Empezó a adaptar su historia a su gusto. Tentativamente al principio, luego con más confianza, cambió su historia a noticias de actualidad, el juicio que se estaba llevando a cabo en el palacio al día siguiente. Era un riesgo, pero vio crecer su multitud. Sondeó las profundidades de su memoria en busca de cada fragmento de información que había recogido sobre el juicio, tanto en el camino como en Atenas. La princesa fue hechizada por Afrodita. El príncipe fue abandonado por Artemisa. Su audiencia lo lamió todo. Debido a que era un hombre más observador que la mayoría, se dio cuenta de las figuras sombrías en el borde de la asamblea, con ropa cubierta para ocultar sus rostros, que seguramente serían rostros femeninos. A diferencia de los demás, no gritaban ni vitoreaban al joven príncipe y su heroico padre. El bardo notó su desaprobación, pero no le importó. No cantaba para mujeres. No podían pagar sus canciones.

También informaría a otros cantantes que conoció en el camino sobre las preferencias atenienses, siempre que no estuvieran demasiado engreídos para compartir comida e información con él a cambio. Pero podría quedarse en Atenas un tiempo todavía. El juicio apenas comenzaba, y aunque Atenas en sí misma era un pobre palacio, habían venido hombres de todas partes para verlo, trayendo consigo el olor del dinero, más que suficiente para atraer a un hombre que vivía de su ingenio.

Cuando el sol comenzó a ponerse, haciendo que el templo recién construido, más alto en la colina que cualquiera de sus predecesores, brillara como un faro, el hombrecito puso fin a su historia. Miró a su audiencia, apenas capaz de mantenerse en pie, abrazándose y sacudiendo los puños a la princesa cretense. Un buen día de trabajo. Nadie lo echaría de la corte ahora. Se puso de pie y caminó hacia la cocina para preguntar sobre la cena que se había ganado, y tal vez incluso una doncella para acompañarla.

ACTO I



OceanofPDF.com

CRETA



Los hombres de Atenas murmuran entre sí en voz baja, los gritos bulliciosos normales han dado paso al silencio reservado para una ceremonia sagrada. La sala, la misma que se utiliza para las comidas, ha sido despejada de mesas. Los bancos largos se han reutilizado para los jurados, como se les llama. Las criadas han hecho lo mejor que han podido, pero ha habido poco tiempo entre el desayuno y el comienzo del juicio. Un hombre está sentado en un charco de jugos de carne. Su ropa apestará más tarde, pero por ahora no se ha dado cuenta, y cuando lo hace, bueno, también hay una criada para eso.

Algunos piensan en la noche anterior, cuando vieron al acusado animando y bebiendo con los demás, estirando las piernas en la mesa como si no le importara nada. ¿Y qué debería temer de esta corte de hombres? Sólo está la palabra de ella contra la de él. ¿Qué hombre no ha sido testigo de la malicia de una mujer celosa?

Y ella no es una mujer como las demás mujeres. Hija de un rey, hermana de un monstruo, princesa de Creta. Todos han oído historias de las mujeres de Creta.

Afuera hay un arrastrar de pies. Los hombres se enderezaron en sus asientos, empujaron a sus vecinos. Las cabezas se vuelven expectantes hacia la puerta. Ella está viniendo.

Comienza ...

fedra

Tenía ocho años cuando escuché por primera vez sobre la reputación de mi madre, aunque no entendía lo que estaba escuchando en ese momento. Estábamos fuera del palacio y yo iba detrás de Ariadne y Madre. Incluso a los once o doce años, Ariadne ya era tan alta como la mayoría de las mujeres, y yo me quedé atrás, observando cómo se movían las piernas al compás, cómo se movía su largo cabello castaño rojizo de un lado a otro, y anhelaba el momento en que sería tan ágil y elegante como ella. como ellos fueron. Ese momento nunca llegó.

No puedo recordar ahora a dónde íbamos. Sí recuerdo que mi padre estaba fuera, y estábamos rodeados de soldados y guardias, hombres con largas lanzas que ni siquiera me miraban aquí al aire libre, aunque cuando estábamos en el palacio a menudo me sonreían, ofréceme un dulce si mi madre no estaba mirando, y cuéntame de las niñas que habían dejado en casa. Nunca le dijeron esas cosas a Ariadne, a pesar de que era mucho más bonita que yo. Ariadne se volvió y me miró. Sigue, Fedra.

Mi madre hizo una pausa y se volvió. Era asombroso cuánto se parecían entre sí, sus ojos color avellana brillando al sol, su piel bronceada y resplandeciente, como si mi hermana no fuera la hija de mi madre, sino ella misma de nuevo, preservada en el tiempo. Tal vez esa fue la primera vez que me di cuenta de que todo el crecimiento del mundo nunca iba a palidecer, a convertirme en una belleza como mi madre y mi hermana.

Fedra, caminas muy despacio. ¿Necesitas que uno de los guardias te lleve de vuelta al palacio? Estoy seguro de que mamá lo dijo porque estaba preocupada, pero incluso ahora puedo sentir el rayo de humillación que me atravesó al pensar en ser llevado a través de las puertas del palacio como un saco de grano, envuelto en los brazos de un guardia. Ariadna se rió. Negué con la cabeza, decidido.

"No, mamá".

"Entonces sigue así, por favor".

Se dio la vuelta de nuevo y comenzó a caminar una vez más. Pero la distracción había sido suficiente para atraer a unos campesinos, trabajando en un campo, que se acercaron a mirarnos con la boca abierta. No tenía miedo. ¿Qué podrían hacernos los campesinos? Estábamos rodeados por no menos de ocho hombres armados, cada uno de los cuales había puesto su mano derecha sobre su espada o lanza. Éramos realeza. Nada podría tocarnos.

Y entonces uno de los campesinos gritó algo. No entendí lo que había dicho, nunca había escuchado la palabra antes. Mi madre tropezó, sus pies, por lo general seguros, no dieron en el blanco. Fruncí el ceño, desconcertada. Desde atrás, parecía como si ella hubiera reaccionado a lo que él había dicho, incluso herida por eso, pero seguramente eso no podía ser posible. Corrí a su lado y vi su cara, blanca, y Ariadne, agarrando su otro brazo, me devolvió la mirada con confusión.

"Muestra un poco de respeto a tu reina", gritó uno de los soldados, y clavó su lanza en el suelo, levantando una nube de polvo que me hizo toser y balbucear. Mi madre parpadeó un par de veces y luego se incorporó lentamente hasta su altura máxima.

Déjalos, por favor. No nos peleamos con los campesinos".

El soldado asintió brevemente y seguimos adelante. Ariadne y yo continuamos mirándonos desde nuestros lugares flanqueando a nuestra madre, sorprendidos por la nota de miedo en su voz. Esto estaba tan conmovido como nunca la habíamos visto. Y, sin embargo, incluso entonces, no llegué a la conclusión adecuada, que a pesar de que éramos miembros de la realeza y estábamos rodeados de hombres cuyo único deber era mantenernos a salvo, aún podíamos lastimarnos.

Esa noche mi madre vino a nuestra habitación mientras nos preparábamos para dormir. Ariadne, que se había negado a hablarme en toda la noche, se estaba cepillando el pelo. Estaba mirando mi palangana, tratando de entrecerrar los ojos para que mis ojos azules parecieran color avellana en la poca luz, sin éxito. Mi madre se sentó en mi cama y, sin prefacio, se lanzó directamente a su mensaje.

"Chicas, ahora están envejeciendo y escucharán rumores en la corte. Rumores difundidos por nuestros servidores e incluso por nuestros súbditos.

Palabras como las que el hombre gritó hoy. Quiero que sepas que no hay verdad en estos rumores”.

Me giré para mirarla, desconcertado. Ariadne dejó de peinarse y dijo: “¿Qué rumores, mamá? ¿Te refieres a alguno en particular?”

Mi madre inhaló profundamente y luego dijo: “Hay rumores de que le he sido infiel a tu padre. Estos rumores siguen a todas las bellas reinas, como me temo que ustedes dos descubrirán algún día cuando se casen con un rey, y rara vez son ciertos. En mi caso, ciertamente no lo son. ¿Me entiendes, Ariadna? Nunca le he sido infiel a tu padre, con ningún hombre, o... —se interrumpió y miró al suelo, luego continuó— o de otra manera.

“Entiendo, mamá”, dijo Ariadne. “Nunca lo creí de todos modos”.

No tenía ni idea de lo que estaban hablando. Los miré a ambos, sin comprender. Sabía que había cortesanos que comenzaban a admirar a mi hermana; ella misma me lo había dicho, cuando se atrevió a hablarme. ¿Los cortesanos también admiraban a mi madre? No por primera vez, deseé no ser una niña, y una hermana menor, sino un niño, mi mundo lleno de posibilidades. Deseaba que mi futuro ofreciera más que crecer para convertirme en reina, y menos que cualquiera de las dos mujeres antes que yo.

Mi madre se fue tan abruptamente como había llegado. Ojalá me hubiera mostrado algo de afecto; incluso me dio palmaditas en la cabeza. Pero no hizo nada, y Ariadne se metió en la cama y me dio la espalda, señal segura de que no tenía interés en hablar. Así que me quedé sentada en mi cama, dándole vueltas a la nueva palabra que había escuchado una y otra vez en mi mente. Kthenobate. ¿Tenía algo que ver con los animales? ¿Qué podría significar? Había dos conclusiones que podría haber sacado de ese día, y elegí la equivocada. Había escuchado el miedo en la voz de mi madre, la forma en que se avergonzaba de hablarnos, y asociaba sus palabras con su vergüenza. Esos campesinos, sin armas ni poder, habían sido capaces de desestabilizar a la reina del palacio, y decidí que era por su propia fechoría. Si hubiera sido fiel a los dioses, los dioses la habrían protegido. Si hubiera sido inocente, no habría temido lo que alguien tuviera que decir sobre ella.

No fue hasta diez veranos más tarde, cuando Teseo llegó a Creta, buscando poder más allá del que podíamos darle, que supe la verdad: que

cualquier hombre puede lanzar palabras al aire, y son las mujeres las que deben pagar cuando esas palabras tierra.



Mientras tanto, desterré el incidente de mi mente. Además, había suficiente para ocuparme. Ariadne y yo teníamos un tutor que trató de instruirnos en los conceptos básicos del aprendizaje. Era una fantasía de mi padre, en la que mi madre lo complacía, aunque sabía que no había ninguna razón real para que aprendiésemos mucho, aparte de cómo aplicar nuestra pintura facial y cómo asegurarnos de que un palacio estuviera bien administrado. , los invitados de honor atendidos y los esclavos debidamente dirigidos.

Pero en cambio, mi padre, extrañando al hijo que había muerto antes de que yo naciera, pidió que nos enseñaran cuestiones de arte de gobernar, cómo asegurar que un reino fuera protegido y cómo asegurarse de que los campesinos pagaran debidamente sus deudas a la corte. Conocimos a todos los esclavos que trabajaron tan duro para que Creta siguiera funcionando, así como a los nobles que aconsejaron a mi padre y que a veces traían a sus hijos a la corte para conocernos, con la esperanza, especialmente si el niño era un varón, de que pudiéramos sentirnos tentados. para enamorarse, o al menos en la lujuria inoportuna, por lo que su lugar en el palacio sería elevado.

Aprendimos habilidades básicas de contabilidad, aunque ambos nos resistimos a aprender la notación que se esperaba que aplicaran los esclavos contadores. Apenas toleramos estas lecciones, y me temo que fuimos terribles para nuestro tutor, un esclavo anciano. A pesar de toda su belleza, Ariadne anhelaba estar al aire libre, disparando flechas a los objetivos. ¿Y yo? Tenía un deseo propio igualmente poco femenino: quería pintar.

Creta era famosa por muchas cosas. Los visitantes que venían a nuestro palacio, Knossos, estaban asombrados por tantas características: nuestras piscinas subterráneas, nuestras majestuosas habitaciones, incluso nuestra agua corriente. A veces sospechábamos que estos visitantes solo estaban tratando de halagar a mi padre, y luego los veíamos sosteniendo sus manos en las fuentes de agua, exclamando mientras el agua sucia se escurría y el agua limpia inundaba las fuentes en su lugar. Knossos era el centro mismo de la civilización, y sabíamos que teníamos suerte de vivir allí. O pensamos

que sabíamos de todos modos; nunca puedes saber la suerte que tienes de tener algo hasta que te lo quitan.

Pero sobre todo, Knossos era conocido por sus murales. Decoraron todas las paredes sobrantes, vastas imágenes tan coloridas y elaboradamente pintadas que no era extraño encontrar visitantes en el palacio acariciando las hojas para descubrir si se sentían suaves, o incluso pegando la lengua contra una cucharada de miel que goteaba para probar y probar el sabor. dulzura. Los ingredientes de las pinturas eran un secreto, conocido solo por los pintores nacidos en Knossos, quienes se negaron a compartir sus recetas con extraños.

Eventualmente, después de mucho rogar y llorar, mi padre me permitió pintar uno yo mismo, en la pared afuera del dormitorio que compartía con mi hermana. Mi madre estaba horrorizada. La pintura no era un pasatiempo apropiado para una joven. Pero me encantaba mi mosaico, los rosas y los melocotones que había elegido para mostrar mis grifos con curvas antinaturales. Cada momento libre que tenía, lo pasaba siguiendo a los pintores, deseando poder trabajar con ellos.

La mayoría de los murales incluían ese famoso símbolo de Creta, el toro cretense. A mí tampoco me importaba el toro, aunque nunca hubiera soñado con pronunciar ese pensamiento en voz alta. Porque, como nos había inculcado nuestro tutor, éramos los descendientes del toro cretense, la forma que había tomado el rey de todos los dioses Zeus cuando se unió a nuestra abuela Europa, quien procreó a mi padre.

Entonces, Minos era el hijo del dios Zeus; por eso éramos la familia gobernante en Knossos. Nadie se atrevió a desafiarnos, a pesar de que mi padre estaba envejeciendo y solo tenía hijas para asegurar su reclamo. Todos sabían que los dioses cuidaban de los suyos.

Y fuimos doblemente bendecidos. Porque mi madre también era hija de un dios, esta vez del dios sol Helios. Preferí esta historia porque era una historia más suave, sin engaño ni seducción. Helios se había casado con una ninfa marina, que dio a luz a cuatro hijos, de los cuales mi madre era una.

Ariadne también prefería esta historia, por sus propios motivos. Cuando tenía suficientes lecciones, comentaba astutamente: "Es hora de que adore a mi abuelo", y salía al patio abierto y se acostaba en el césped, viendo cómo sus miembros morenos se volvían más morenos. Y cuando nos cansábamos de estar afuera, allí estaba el laberinto y sus delicias ocultas

para tentarnos, un segundo palacio bajo nuestros pies, con sus propias reglas y su propio gobernante.

Y así pasaron mis días, una alegre mezcla de adoración al sol, escapando de las lecciones y el pesado olor a plomo de la pintura. Los dioses nos habían bendecido y yo les era fiel a cambio. A pesar de que mi madre trató de controlarme, de advertirme que un día cercano tendría que casarme, vivir la vida más restringida de una reina, no le creí del todo, como nunca había creído en ella. su inocencia Creí que esos días continuarían para siempre, no solo para mí sino también para Ariadne, ambos viviendo detrás del velo de seguridad que nos ocultaba la verdadera fealdad del mundo. Y tal vez lo hubieran hecho, si no fuera por los tributos que llegan de Atenas. Y, en medio de ellos, naturalmente, Teseo. El peor monstruo de todos.

Xenetippe

Éramos los tributos, catorce hombres jóvenes (si se puede llamar a Teseo joven) y catorce mujeres jóvenes, apiñados en el salón principal del palacio cretense. Knossos, se llamaba. Y era la habitación más hermosa en la que he estado. El techo era alto, sostenido por magníficas columnas y pilares tan grandes que no podría haberlos abrazado. Y las paredes estaban decoradas con cuadros, que alguien me dijo más tarde se llamaban murales, que representaban escenas de los cuentos de los dioses.

Crecí escuchando esos cuentos, sobre cómo Zeus derrotó a los titanes y cómo los dioses visitaban a mujeres especiales para crear a los semidioses, los reyes que nos gobernaban a todos, pero nunca los había sentido realmente hasta ahora, viéndolos embadurnados en un pared en azules cielo y verdes turbios, amarillos, rojos sangre brillantes y púrpuras profundos y oscuros como el vino. Tomando el centro del escenario estaba la fundación de la propia Creta, el toro blanco de Zeus visitando a Europa, la madre del rey Minos que iba a venir a hablar con nosotros. Y nunca antes había pensado mucho en eso, incluso cuando estaba cuidando el toro y el ganado de mi padre, pero mirando esa foto ahora, ese toro que era tres veces más grande que yo y al menos el doble del tamaño de la mujer esbelta. en la imagen. Tal vez no fue una bendición ser visitado por un dios después de todo.

Un mechón de mi cabello cayó sobre mis ojos y lo aparté. Eran tres, la reina y dos princesas, sentadas en el estrado encima de nosotros. La reina y la princesa mayor estuvieron a la altura de los rumores que habíamos escuchado sobre ellas. Eran altos, mucho más altos que yo, más altos que cualquiera de los hombres de nuestro grupo, aparte de Teseo. Tenían el pelo espeso y brillante que les caía por la espalda en elaboradas trenzas. “Ariadna la de los hermosos cabellos”, había oído que llamaban a la princesa. Un broche metálico lo sujetaba holgadamente hacia atrás, en

forma de intrincadas curvas y rizos, imitando las mismas curvas del palacio. Los ojos color avellana de las mujeres brillaban y sus dientes eran blancos como el mármol. Cuando se acercaron, todos los chicos de nuestro grupo se pusieron un poco más erguidos.

Pero, ¿qué hay de la princesa más joven, Fedra? No se habló mucho de ella en Atenas. Ella también tenía fama de ser una belleza, pero como parte de un colectivo, "las mujeres hermosas de Creta", no por derecho propio.

La miré ahora, arrastrándose detrás de su madre y su hermana. A regañadientes, tuve que admitir que si bien no era tan hermosa como su hermana, había algo en ella. Una cualidad indefinible. Su cabello era claro, algo que no veíamos a menudo en Atenas, y sus ojos eran de un azul brillante. Su boca se torció como si se estuviera riendo de una broma privada. Pero si tuviera que decir cuál era esa cualidad? Bueno, inocencia, supongo.

Mis padres se alegraron mucho cuando nos informaron que había sido seleccionado para representar a Atenas como tributo. Yo era una de siete hijos, y peor aún, una niña. Nuestra granja no nos habría sostenido a todos. O me habría casado con otro granjero o, más probablemente, me habrían enviado al palacio a trabajar como sirvienta. Y todos sabían qué trabajo realmente tenían que hacer las jóvenes doncellas en el palacio, y la posición en la que tenían que hacerlo.

En Creta, los tributos atenienses recibieron comida, alojamiento y trabajo, trabajo real. Siempre habíamos escuchado que su palacio era mucho más, bueno, palaciego que el nuestro. Y ahora que podía verlo por mí mismo, era cierto. Cuando llegamos aquí, sucios, cansados y descuidados, nos llevaron a una habitación con un abrevadero al final y nos dijeron que nos laváramos. Todos nos miramos, nadie queriendo ser el primero en profanar ese recipiente de mármol.

Cuando los guardias repitieron la orden, me arrodillé y me lavé la cara en el agua. La tierra se arremolinó ante mí, se escuchó un sonido como el de una ola rompiendo, y el agua sucia desapareció, para ser reemplazada por agua fresca. Caí de espaldas sobre mis cuartos traseros y los guardias se rieron, no sin amabilidad. Uno de ellos incluso tenía acento ateniense. Se parecía un poco a mi amigo y vecino Tritos, y traté de recordar si Tritos tenía un hermano o un primo que había sido tributo en alguna de las llamadas anteriores. Para pensar, era posible levantarse del tributo ateniense

a la guardia de palacio cretense. Creta era la tierra de las oportunidades en comparación con la pobre y miserable Atenas.

Pero Teseo, el príncipe de la nada, había hablado tan convincentemente frente a la multitud antes de que saliéramos de Atenas. ¿Por qué Atenas debería enviar a sus mejores jóvenes a Creta solo porque el hijo del rey Minos, Androgeus, había sido asesinado por bandidos durante sus viajes a Atenas años antes? Eso ni siquiera había sucedido en mi vida. ¿Qué era su hijo para mí? Y además, estábamos todos tan concentrados en las posiciones que nos esperaban después de la prueba. Pero, ¿qué pasa con la prueba en sí?

Antes de que pudiéramos ser asimilados a la corte cretense, tendríamos que pasar la noche en el laberinto debajo del palacio cretense, construido por el malvado genio Dédalo. Se decía que si nos perdíamos en ese laberinto, podríamos morir allí. El hecho de que los cretenses nos dijeran que nadie había muerto en el laberinto durante mucho tiempo no significaba que estuvieran diciendo la verdad. E incluso los cretenses no negaron que había un monstruo en su centro.

Teseo, el nuevo príncipe, del que nadie en Atenas había oído hablar antes de que apareciera en el palacio con la capa y la espada de Egeo, y un hijo adolescente a cuestas, se ofreció como tributo. Iba a matar al monstruo y poner fin al sacrificio de jóvenes atenienses. También hubo murmullos sobre esto, particularmente en la generación de mis padres. Como dije, fue visto como un honor cuando fui seleccionado. Entonces, ¿no estaba este príncipe Teseo, un hombre veinte años demasiado viejo para ser descrito como un joven ateniense, robando un lugar que podría haber ido a alguien que no tenía otro futuro en el desgastado reino que heredaría? Supongo que lo habríamos entendido un poco mejor si el hijo de Teseo se hubiera ofrecido voluntario, pero lo único que quería hacer era montar a caballo. Mientras se elegían los tributos, saltaba de un pie a otro como si se imaginara montado en un caballo. Y estaba de vuelta en la silla casi antes de que su padre hubiera terminado su discurso.

El rey Egeo había bendecido el plan de Teseo, aunque su mano se había agarrado brevemente a su túnica, como si tuviera miedo de perder a un hijo que acababa de descubrir que tenía, y con eso, habíamos abordado el barco a Atenas, nuestra misión entera cambió. En años anteriores vitoreé y arrojé flores a los tributos que partían hacia Creta. Este año, los miembros de la

multitud se miraron aburridamente unos a otros, gritaron unos cuantos vítores silenciosos de "Buena suerte" y "Hasta pronto, esperamos", y luego se desvanecieron antes de que hubiéramos levantado el ancla.

Seguí viendo a las princesas. Estaba limpio, por una vez, y sin embargo, su limpieza era más limpia que cualquier otra persona que hubiera visto, sus rostros brillaban, mientras que el mío tenía un bronceado profundo que no se iba a lavar en un lavabo. Miré hacia los guardias. No habían sido desagradables, cierto, pero tampoco habían bajado sus lanzas.

Pero si uno de esos guardias era ateniense, eso significaba que se había enfrentado al laberinto y al monstruo en su centro, y había sobrevivido.

Ese monstruo era el centro de todo. Porque si fuera un monstruo real, un monstruo genuino, amenazador, como Escila o Caribdis, que pretendiera matarnos, entonces los cretenses eran malvados. Si uno o todos nosotros podíamos perder la vida esta noche, Teseo tenía razón. Mejor perder la virginidad y conservar la vida. Aunque en la corte ateniense, podrías perder los dos.

Me giré para mirarlo y me di cuenta de que solo estaba siguiendo la mirada de esa princesa mayor, Ariadne. Cuando sacudió la cabeza y esas trenzas castañas subieron y bajaron hipnóticamente, era a Teseo a quien apuntaba con la cabeza. También podrían haber sido las únicas dos personas en la habitación.

Los cretenses se movieron y se enderezaron, y los atenienses nos acercamos un poco más, manteniendo a Teseo en el centro de nuestro variopinto grupo. Viene alguien importante, pensé, y efectivamente, el rey entró un momento después. Recordé a Egeo en Atenas, despidiéndonos, un viejo espantapájaros arrastrando los pies. Incluso el rey de los cretenses era de mayor calibre que el nuestro. Minos estaba erguido, su cabello dorado como el de su hija menor, sus músculos todavía ondulados, a pesar de que debía tener al menos sesenta años. Sostenía un hacha en sus manos, una especial con dos cabezas, que luego supe que se llamaba labrys y era otro símbolo más de Creta.

Sin embargo, el hacha era solo para la ceremonia; casi de inmediato se lo entregó a un guardia, quien lo llevó con tanto cuidado como si fuera un bebé a un puesto especial en la parte delantera del estrado. El guardia se inclinó ante Minos, quien amablemente inclinó la cabeza en respuesta. No pude evitarlo; Miré a Teseo y vi una gota de anhelo en sus ojos. Tal vez este

era el tipo de rey que esperaba encontrar en su padre, en lugar del tembloroso, ¿me atrevo a decirlo?, borracho que envió a los mejores jóvenes de su ciudad a morir con nada más que un breve "Buena suerte".

Minos ocupó su lugar en el centro del estrado. La corte estaba quieta, esperando que él hablara. Él sonrió y abrió los brazos de par en par.

“Jóvenes de Atenas, sois bienvenidos aquí. Has viajado desde muy lejos para venir a nuestra corte, y por eso, te agradecemos”. El pauso. Miré a sus hijas. La más joven estaba paralizada, pendiente de cada palabra de su padre, pero la mayor claramente no estaba concentrada. Sus ojos estuvieron fijos todo el tiempo en Teseo. “Es posible que ya haya escuchado algo sobre lo que esperamos de usted aquí. Déjame poner fin a los rumores y chismes. Para demostrar que son dignos, esperamos que cada uno de ustedes pase la noche en nuestro famoso laberinto, un laberinto construido por el mismo genio inventor Dédalo y llamado así por el hacha que han visto aquí antes que ustedes. El laberinto es oscuro y húmedo. Me dicen que hay ecos extraños, tal vez los sonidos de los fantasmas que habitan en sus mismas paredes. Esta no es una tarea para los pusilánimes. Pero todos los que tengan éxito habrán demostrado su valía y obtendrán a cambio la ciudadanía cretense”.

No sé si alguien reconocería haber hecho un sonido, pero un grito ahogado nos atravesó a todos. ¿Ciudadanía? Como granjera, como mujer, nunca podría haber soñado con algo así en Atenas. Lo que se nos ofrecía era un verdadero regalo. Mis padres habían tenido razón, por una vez.

"Pero, ¿qué pasa con el monstruo?" gritó una voz clara. Teseo, aunque cuando lo miré no parecía haber quitado los ojos de Ariadna.

“El monstruo”, repitió Minos pensativamente. Se lamió los labios, y sus mandíbulas parecían más grandes y lobunas. “Sí, hay un monstruo en el laberinto, no lo niego. Pero si sois jóvenes inteligentes, os mantendréis fuera de su camino.



Después de que Minos se fue, seguido por su reina y sus hijas, nos llevaron a una cámara más pequeña con bancos a los lados de la habitación. Las sirvientas nos trajeron vino, higos relucientes con miel, pan mojado en

aceite de oliva. Lo lamíamos con avidez. Solo Teseo no comió. Se sentó solo, el fantasma de una sonrisa jugando en sus labios.

Miré los murales que cubrían esta cámara también. En la pared del fondo, una imagen que no había visto antes, un hombre con cabeza de toro y un musculoso torso humano. El hombre pareció alejarse de la imagen. La pintura aún estaba fresca. La imagen me preocupó; Había oído que los dioses tomaban forma humana, pero no una forma como esta. Una forma tan depravada. Esto solo podría ser una representación de—

"El monstruo", Palas, un joven pastor que conocía vagamente de mi hogar, parecía haber leído mi mente. "¿Cómo es él?"

Los guardias intercambiaron miradas, y el que no se parecía a Tritos dijo: "Como un monstruo temible. Del tipo que te helaría la sangre.

Todos nos miramos unos a otros, ninguno más sabio. "Pero hay muchos tipos de monstruos", Pallas. ¿Es un gigante, como el cíclope, o una mujer hermosa, como la sirena, o...?

"No es una mujer hermosa", dijo el otro guardia rápidamente, su acento ateniense más fuerte que nunca. Ahora estaba seguro de que era uno de los nuestros. "Definitivamente no es eso. No te hagas ilusiones.

"¿De verdad has visto al monstruo?" Yo pregunté; tonto, asomar la cabeza por encima del parapeto, especialmente cuando Pallas probablemente estaba a punto de hacer la misma pregunta.

"Por supuesto que sí", dijo el guardia cretense demasiado enfáticamente, y todos respiramos aliviados. Claramente no lo habían hecho.

Un nuevo estado de ánimo se extendió por nuestra fiesta. Ya no estábamos dispuestos a tributar. En cambio, éramos revolucionarios, luchadores, unidos detrás del buen Príncipe Teseo.

"Necesitamos que alguien se lleve los cuencos", dijo de repente el guardia cretense. "OMS ...?" nos miró. No me atreví a ofrecirme como voluntario, pero me incliné hacia adelante sutilmente e hice contacto visual cuando todos los demás miraban hacia otro lado. Funcionó. "Tú, niña", me saludó. Me puse de pie, tratando de no parecer demasiado ansiosa.

"Lleva estos platos a la cocina", me ordenó. Levanté mis cejas ligeramente.

"Ella no tiene idea de dónde está eso", dijo el guardia ateniense, su tono ligero. "Por el pasillo, gira a la derecha en la fuente, luego a la derecha

nuevamente en el mural del toro, el toro blanco con cuernos plateados”, dijo rápidamente antes de que pudiera levantar las cejas nuevamente. Este lugar estaba lleno de murales de toros. Habíamos tenido un toro en nuestra granja, pero era una bestia vieja y decrepita que no servía para nada excepto engendrar descendencia en vacas que no querían. “Una vez que estés a tiro de piedra de la cocina con los tazones, alguien te jalará adentro de todos modos”.

Me apilaron con cuencos. Podría haber usado una mano, pero no lo sugirieron, y no quería un compañero. Esta era mi oportunidad de explorar el palacio, después de todo.

Caminé tambaleándome por el pasillo, mirando alrededor de mis cuencos, buscando la fuente, luego el mural del toro. La fuente era enorme y posiblemente la característica más hermosa hecha por el hombre que jamás había visto, gotas incandescentes de agua brillando a la luz del sol. El guardia tenía razón; Apenas había dado un paso por el pasillo cuando apareció una criada para arrebatarme los cuencos. Mi tarea fue hecha aquí.

Debería haber regresado directamente. La ruta era bastante simple. Pero tal vez podría alegar ignorancia y explorar un poco más. No planeé perderme demasiado. En lugar de volver por donde había venido, giré a la derecha, luego a la derecha otra vez, y me encontré frente a otro toro, la bestia pintada se alzaba sobre mí. Me volví para regresar a la cámara donde esperaban mis compañeros tributos y choqué contra una masa sólida de hombre.

Supe tan pronto como me agarró del brazo que no iba a salir de esto fácilmente. Me maldije por bajar la guardia. Nunca habría cometido tal error en el palacio ateniense, pero luego, en una choza, asumes que los hombres serán cerdos. Había permitido que la ostensible sofisticación de Knossos, con su agua corriente y sus bonitas paredes pintadas, me engañara, pero los hombres seguían siendo hombres.

Levantó mi brazo por encima de mi cabeza y se burló de mí. Abrí la boca para gritar, pero en ese momento nos interrumpió una suave voz femenina.

"¡Déjala ir de una vez!"

Mi atacante y yo miramos en la dirección de la voz, y es difícil decir cuál de los dos estaba más sorprendido. Dejó caer mi brazo y se inclinó torpemente ante la persona que corría por la columnata hacia nosotros.

"Su Alteza", dijo. Luego dio media vuelta y se fue. Me apoyé contra la pared y miré mi piel, una marca roja agria que rodeaba la parte superior de mi brazo.

"Eso parece doloroso", dijo la niña. "Deberías preguntarle a un médico al respecto". La miré. Ella era una de las princesas. El más joven. La menos bonita, pensé desagradablemente.

"Sí, Su Alteza," dije, levantándome de la pared, listo para irme. Ella permaneció de pie frente a mí.

"¿Conoces a ese hombre?"

"No, Su Alteza". ¿Por qué, por Zeus y todos los olímpicos, lo reconocería?

"Bueno, ¿vas a contarle a alguien sobre él?" ella exigió, su tono imperioso.

"¿Dile a alguien?" Traté de no reírme. "¿Decirle a quién? ¿Y qué diría yo? Debíamos tener más o menos la misma edad, pero su ingenuidad la hacía sonar como una niña.

"Él realmente te lastimó. ¡No permitimos un comportamiento como ese en Knossos!"

"No lo sabía, Su Alteza. Acabo de llegar de Atenas. Traté de mantener mi nivel de voz. No sería bueno que se diera cuenta de que me estaba riendo de ella.

"Entonces debes saber que requerimos un código de conducta más alto aquí. Es uno de los hombres de mi padre. Debería cuidar sus modales.

"Su Alteza, debo irme. Me esperan de regreso con los otros tributos". Hice un gesto vago hacia la dirección de la que podría haber venido.

"No entiendo por qué no estás más molesto por esto", estalló. "Él realmente te lastimó. ¿Querías que hiciera eso?"

"No, Su Alteza," dije, y esta vez no pude evitar que mi tono sonara exasperado. Una cosa era para mí no estar más molesto por un pequeño manoseo que no llegó a nada. Otra cosa era que ella insinuara que había buscado su atención.

"Entonces, ¿qué es lo que no me estás diciendo?" Tenía el ceño fruncido, esa bonita nariz de melocotón arrugada de una manera que estaba seguro de que todos los cortesanos encontrarían encantador. Tal vez incluso compusieron poesía al respecto. Pero yo mismo no era un cortesano. Yo solo era una granjera, y lo conté de la forma en que lo vi.

“Su Alteza, tal vez los hombres de su padre tengan un mejor código de conducta en público o cuando están en presencia de mujeres que consideran sus iguales sociales. Pero a puerta cerrada, puedo asegurarles que son tan animales como los hombres que hay en esos campos detrás de ustedes. Más aún, porque esos son hombres de familia con sus esposas e hijos, y estos llamados cortesanos han dejado atrás a sus esposas para venir al palacio a beber, dar palmadas en la espalda y prostituirse”.

Un feo rubor rojo apareció en su cuello. "Podría hacer que te maten por hablarme así", dijo lentamente.

"Tú podrías. Y entonces me habrías hecho más daño que el hombre del que me rescataste. Levanté la barbilla desafiante.

"¿Qué puedo hacer?" preguntó, su voz pequeña y sus hombros caídos.

Negué con la cabeza, repentinamente cansada. “Nada, Su Alteza. No te preocupes.

Parecía que no había nada más que decir. Me observó mientras la rodeaba para regresar a los otros tributos. Bajé por la columnata, luego me di la vuelta y la miré. Parecía tan triste que quise decirle algo para consolarla.

“Princesa, eres... amable, y lamento haber sido cortante contigo. Knossos es hermoso. Me alegro de haber venido aquí”.

Ella sonrió y luego dijo: “Pero ese hombre...”.

Me reí, un sonido amargo sin alegría. “Knossos tiene sus secretos ocultos, su laberinto bajo la superficie. Pero Atenas no guarda nada bajo la superficie. La ira, la codicia y la lujuria están a la vista. Y nadie está a salvo.

Me mordí la lengua, temerosa de haber dicho demasiado. Volvió a abrir la boca, pero luego, en la distancia, escuchamos a alguien llamándola, se dio la vuelta y desapareció, dejándome solo en el pasillo, mis pensamientos girando como motas de polvo a la luz del sol.

Coro Nocturno

Creta, Creta, Creta. Se ve tan limpio, se ve tan brillante. Sus ciudadanos son todos hombres honestos y rectos. Pero sabemos lo que hay debajo de la superficie. No nos referimos al laberinto.

Vienen a visitarnos, estos ciudadanos honrados. Dejan a sus esposas en sus granjas y haciendas, y hacen uso de las instalaciones de Knossos. Se lavan las manos en nuestras fuentes. Ellos comen la comida fina del rey. Pasan esas manos por nuestros cuerpos. Para ellos no somos más que otro servicio, otra comodidad.

Luego regresan con sus esposas, refrescados. Listo para servir a Creta. Para servir a Minos. No, gracias a nosotros.

OceanofPDF.com

Xenetippe

Hice mi camino de regreso, esta vez más alerta a los peligros ocultos que habitaban debajo de los bonitos murales. Cuando entré, todos dejaron de hablar, luego comenzaron de nuevo, aliviados, sin duda, de que solo fuera yo. Solo pude distinguir una palabra del balbuceo: Minotauro.

"Detener." Levanté mi mano. "¿De qué están hablando?" Miré hacia Teseo, pero permaneció en silencio, mirando al vacío. Sentí una punzada de molestia. No sé por qué la magia de Teseo nunca funcionó conmigo. Tal vez fue esa forma lobuna en su mandíbula.

Entonces, mientras Teseo seguía mirando al vacío y presumiblemente soñando con la princesa cretense, Aias, un joven alto y desgarrado con una erupción de granos en la barbilla, me habló del Minotauro.

"Dicen que tiene cuerpo de hombre y cabeza de toro", dijo emocionado. Asenti; Pude ver eso en la pintura en la pared detrás de él.

"Pero hay más que eso. Nunca adivinarás quién es su madre".

Levanté una ceja. Alguna diosa, sin duda.

"¡Equivocado! La reina de Creta, la mismísima reina Pasifae. No podría haber parecido más complacido si él mismo la hubiera dejado embarazada.

"¿En realidad? ¿Entonces el padre debe ser un dios? Fui atraído a mi pesar.

"¡Nuevamente incorrecto! La reina estaba enamorada de un toro. ¡Un toro de verdad, en el campo! ¿Puedes creerlo? Así que le pidió a Dédalo que le creara un disfraz de vaca, y así fue como terminó dando a luz a un monstruo".

Miré alrededor. Pude ver que aquellos de nosotros que éramos hijos de granjeros parecíamos más escépticos. No era así como entendíamos que estos asuntos funcionaban.

“Tal vez ella enfureció a un dios”, aventuró finalmente Circe, la hija de un granjero de las lejanas afueras de Ática.

"Debe haberlo hecho", estuve de acuerdo. Se sabía que los dioses se enfadaban rápidamente. Pero por qué una mujer tuvo relaciones sexuales con Zeus en forma de toro y dio a luz al rey Minos, mientras que otra hizo casi lo mismo y dio a luz a un monstruo, no tenía ni idea. Los otros hacían bromas groseras sobre los murales del palacio con su preponderancia de toros, pero yo me recliné y pensé en esa reina hermosa y elegante que acababa de ver, con sus graciosas hijas. Pensar que la misma mujer podría haber dado a luz a esas niñas y al monstruo con cabeza de toro. ¿Y cómo lo dio a luz, de todos modos? Había visto vacas dando a luz. Una mujer humana habría sido partida por la mitad. Me estremecí y traté de imaginar algo más. Me di cuenta de que Teseo me miraba. Su fría mirada de fríos ojos grises no me hizo sentir mejor. Me deslicé del banco y casualmente me acerqué a los guardias.

"¿Sí?" preguntó el guardia cretense; Ojalá hubiera sido el otro.

“Me estaba preguntando. ¿Conoces a Tritos? Sonreí, solo charlando, a pesar de que el guardia tenía una lanza y yo estaba desarmado.

"Sí, lo hago", dijo el guardia ateniense. "El es mi primo. ¿Cómo lo sabes? ¿Preguntó por mí?

“No exactamente,” reconocí. “Es mi vecino. Te pareces a él.

“Ah, pequeño Tritos. Me sorprende que no esté aquí, en realidad. Este sería su año, ¿no?

Pensé en Tritos, su pecho todavía regordete con grasa de cachorro. Era posible que en un año diferente hubiera sido seleccionado, sus habilidades con el tiro con arco no eran malas, pero este año, ni siquiera se había molestado en postularse. Intenté responder con tacto. “Creo que su familia necesitaba más ayuda con la cosecha de lo esperado este año”.

“Ayuda con la cosecha” siempre fue la excusa dada, lo que implicaba que la familia había tenido una cosecha tan abundante que no necesitaban enviar a uno de sus hijos lejos para ganarse la vida.

El guardia entendió el código, porque asintió y no preguntó más. En cambio, dijo: “Soy Kitos, y este es Palos”.

“Se supone que no debemos fraternizar con los tributos”, objetó Palos, pero a medias.

“Ah, este es vecino de mi primo. Eso la convierte en mi vecina. Podía sentir que me miraba de arriba abajo, pero a diferencia del encuentro exterior, no me importaba. Después de todo, yo había estado haciendo lo mismo con él.

"Entonces, si eres de Atenas, ¿eso significa que sobreviviste esta noche?" Yo pregunté. Él rió.

“Todos sobreviven. No escuches las tonterías que muchos están hablando de un monstruo. Señaló con el pulgar a los demás, cuya conversación había dejado atrás los encuentros sexuales de la reina y volvía de nuevo a la bestia a la que nos íbamos a enfrentar.

"¿Entonces no hay ningún monstruo?" Yo pregunté.

Kitos miró a Palos.

Palos se encogió de hombros. “Creo que hay un monstruo. Las cocinas envían carne y otras delicias al laberinto todas las noches. Pero ...”

"¿Sí?" invité.

“Nadie ha visto a este monstruo en mucho tiempo. Quiero decir, mucho tiempo. Así que tal vez ahora sea un viejo monstruo. Tal vez simplemente no está tan interesado en nosotros”.

Kitos asintió. "Se supone que no debemos decirte esto-"

“Pues no lo hagas”, interrumpió Palos, pero nuevamente, su tono era lánguido, y no hizo ningún esfuerzo por detener al ateniense.

"Solo quédate cerca de la entrada al laberinto", continuó Kitos. Enfoqué mis ojos en su rostro cincelado, lo cual no era exactamente una dificultad. El parecido con Tritos disminuía con cada palabra que decía. “El verdadero peligro no es un monstruo, es el laberinto mismo. Si te pierdes allí, pueden pasar días antes de que te encuentren”.

“Se sabe que la gente se vuelve loca”, intervino Palos.

"¿Porqué me estas diciendo esto?"

Kitos sonrió. "Tal vez me gustaría verte salir de nuevo".

Podía sentir una sonrisa a juego extendiéndose por mi rostro. Se desvaneció de nuevo cuando recordé que Teseo nos llevaría a todos de vuelta a Atenas, donde el único empleo posible era servir vino a los señores borrachos en la corte, y luego olerlo en su aliento más tarde.

Al anochecer, nos llevaron a la entrada del laberinto. Estaba en el mismo centro del palacio, lo cual no esperaba. Con un escalofrío, me di cuenta de que el laberinto y su monstruo debían haber estado bajo nuestros pies todo el tiempo.

Nos condujeron por los escalones hasta la caverna que se abría al laberinto. Las reglas eran simples. Cada uno de nosotros debía caminar, uno por uno, hacia la oscuridad. Si bien no debíamos esperarnos unos a otros, se nos permitía unir fuerzas si nos encontrábamos dentro de los caminos sinuosos. Se nos recordó que había un monstruo y que no debíamos quedarnos en un solo lugar. Debíamos quedarnos dentro del laberinto hasta el amanecer, cuando sonaría una bocina y podríamos regresar a la entrada. Una luz brillaría en la caverna para ayudarnos a encontrar nuestro camino.

Si volvíamos antes, los guardias se asegurarían de que volviéramos a la oscuridad. Eso fue todo, bastante simple. Fue lo que no se dijo lo que me dio más escalofríos: ¿Qué pasaría si no saliéramos? Era evidente que nadie venía a buscarnos. No estaba preocupado por el monstruo. Estaba más preocupado por morir solo en la oscuridad.

Por esa razón, hice caso omiso del consejo de permanecer en un solo lugar. En cambio, recordé lo que me había dicho Kitos. Entré en el laberinto a mi vez, temblando mientras la caverna se volvía más oscura y húmeda. Giré a la izquierda, luego a la izquierda otra vez, luego a la izquierda una vez más. Ya no podía ver la entrada, pero sabía exactamente dónde estaba. Luego encontré una pequeña alcoba y me acurruqué en ella. Consideré dormir, pero hacía demasiado frío para eso. En cambio, me envolví en mi capa y esperé el amanecer.

Mis ojos se adaptaron gradualmente a la oscuridad, pero no del todo, así que solo podía ver unos dos metros frente a mí, después de lo cual la oscuridad parecía extenderse para siempre. Después de un tiempo, parecía como si el agua se hubiera metido en mis huesos, enfriándose de adentro hacia afuera. Este era el costo de esa corriente de agua arriba, me di cuenta de repente. Tenía que venir de alguna parte. Pero también tenía que ir a alguna parte, y aquí olía, un hedor agrio que me perforaba las fosas nasales y me abrumaba el cerebro. Jamás podría quitarme de la piel ese olor, ni siquiera con las mágicas piletas cretenses.

Y luego estaban los ruidos, sonidos que a la luz del día estoy seguro de que podría haber interpretado correctamente como vientos corriendo a

través de los túneles. Pero en la oscuridad, sonaba como si los fantasmas de los antepasados cretenses estuvieran lamentándose a través de los túneles. Además de esos gritos estaban los gritos de los vivos: mis compañeros tributos, deambulando por los pasajes, sollozando de miedo.

Me quedé quieto y luego me di cuenta de que tenía otro problema: sin acceso a la luz solar, no tenía forma de saber cuánto tiempo había pasado. Probablemente fue menos tiempo de lo que se sentía, pero ¿cómo sabría cuándo debería regresar a la superficie? Estaba lo suficientemente cerca de la entrada para escuchar a los otros tributos regresar, pero ¿y si se equivocaban? Había tantas preguntas que debería haberle hecho a Kitos. Me acurruqué en mi alcoba y traté de desterrar el mural de mi mente: esa terrible figura deforme con cuernos brotando como espadas cortas de su cabeza.

No debí preocuparme. Porque resultó que me vino el sueño. Me quedé dormido, vagamente consciente del borde irregular de la roca mojada que me presionaba la parte inferior de la espalda. Después de lo que podrían haber sido minutos u horas, me despertó un grito horrible como nunca antes había escuchado y espero nunca volver a escuchar. Era el sonido de una criatura con dolor, un dolor terrible que destruía el alma. Nunca había escuchado algo así en la granja, pero me dije que tenía que haber sido un animal, una bestia. Ciertamente no podría haber sido humano, incluso si sonaba al principio como si estuviera llamando a su madre. Los túneles me están jugando una mala pasada.

Olvidé la orden de no buscarme y corrí hacia la fuente del ruido, seguro de que uno de mis compañeros de tributo estaba siendo corneado por el monstruo con cuerpo de hombre, cabeza de toro y corazón de un demonio.

No llegué muy lejos antes, para mi sorpresa, me alcanzaron los guardias que pasaban corriendo junto a mí, con lanzas y espadas listas. Estaba tan sorprendido que tropecé y me detuve. Se suponía que los guardias no debían acudir en nuestra ayuda; que anuló el propósito mismo de esta prueba.

Y, sin embargo, aquí estaban, tronando por los pasillos. Me perdí de vista en otra alcoba, no queriendo que me atropellaran donde estaba. Después de que pasaron, comencé a seguirlos, ahora más despacio porque no quería desorientarme, y además, ¿qué podía hacer yo que no pudiera hacer un flanco armado? Y así, como caminaba lentamente, fui uno de los

primeros en verlo después de que esquivó a los guardias y se dirigió a la entrada de la caverna.

Mi corazón pareció detenerse en mi pecho. No entendía lo que estaba viendo. Tenía piernas humanas, largas y fuertes, pero donde debería estar el cuerpo de un hombre pude ver cuernos, más grandes que mi propio torso, cayendo y balanceándose de un lado a otro. Fue este movimiento errático lo que me confundió; no parecía seguir ningún tipo de dirección, y pensé que el monstruo debía estar enojado y a punto de atacarme.

Puse mis manos detrás de mi espalda y busqué la pared. No tenía armas. Ninguna princesa iba a salvarme esta vez. Pero la bestia pasó dando tumbos, esas piernas enfocadas incluso mientras la cabeza se balanceaba locamente, respiré hondo y comencé a seguirla, pensando que si la mantenía en mi punto de mira, sabría que no estaba detrás de mí.

A medida que nos acercábamos a la entrada del laberinto y la luz, el rompecabezas pareció resolverse por sí solo, y vi que no estaba viendo un monstruo deforme, sino un hombre que llevaba la cabeza de una bestia y el cuerpo de un hombre, de alguna manera. equilibrando sus cargas gemelas de modo que la cabeza de la bestia colgara hacia un lado y las piernas del hombre hacia el otro. Y mientras continuaba siguiéndolo, soltándome ahora de la pared, finalmente vi que el objeto que llevaban era tanto un hombre como un monstruo, el cuerpo de un hombre con cabeza y cuernos de toro. Además, estaba muerto, su cabeza rebotaba de un lado a otro. Y finalmente, cuando salieron al último pasaje, con una multitud de personas esperándolos al otro lado, vi que el hombre era Teseo, y llevaba al Minotauro.

fedra

Nadie durmió mucho la noche en que los tributos entraron en el laberinto. Había demasiada emoción en el aire. Algunas personas incluso organizaron "fiestas laberinto", y era bien sabido que se podía confiar en ciertos miembros de la corte para que hicieran apuestas sobre cuál de los tributos sería el primero en emerger. A Ariadne ya mí siempre nos advirtieron que sería muy indecoroso que nos encontraran en una de esas fiestas, por eso me sorprendió cuando me retiré a nuestra habitación y encontré su cama intacta. Sorprendido, pero no impactado. Ariadne siempre presionó un poco más los límites que yo.

Ni siquiera me había quitado el quitón cuando escuché los gritos. Al principio me congelé. ¿Estábamos bajo ataque? Mi primer instinto fue bloquear mi puerta, pero luego escuché pasos que pasaban corriendo y escuché que alguien gritaba: "¡El Minotauro!" Rápidamente me puse los peplos sobre la ropa y me uní a la multitud de personas que corrían hacia la entrada del laberinto. Cuando llegué, noté sin pensar que mi madre y mi padre ya estaban parados en la entrada, el cabello largo de mi madre sin trenzar y flotando sobre sus hombros. Pero luego vi al hombre que había emergido de esa entrada fría y amarga, y no tenía ojos para nada más.

Uno de los tributos, el alto y de aspecto severo, estaba encorvado bajo el peso de una bestia gigante. La sangre goteaba de sus brazos y salpicaba el suelo, un olor caliente y metálico subía a mi nariz, aniquilando por completo el olor de la caverna. Podría haber sido su sangre, supongo, pero en realidad nunca lo pensé.

El tributo caminó hacia el frente de la cueva y se detuvo por un momento, recortado en la luz. Luego levantó su carga por encima de su cabeza, con cada músculo ondeando, y la dejó caer al suelo con un ruido tan fuerte que resonó en mis oídos. Permaneció allí de pie, con el pecho agitado.

Miré a mi propio pueblo, los cretenses. Nadie se movió. Nadie habló. Sería habitual oler a vino en el aliento de la mayoría de los presentes, después de una noche de jolgorio, pero fue como si todos se hubieran desembriagado en un instante. Mi padre estaba completamente vestido, su túnica resplandecía a la luz de la mañana. Y el rostro de mi madre estaba impasible y quieto. Ella no me había visto, pero sabía lo que ella esperaba. Yo también me quedé quieto. Entonces vi las entrañas que resbalaban y se deslizaban por las manos del tributo, y me tapé la cara con las manos.

Todavía nadie habló. El hedor a sangre siguió saliendo del cuerpo mientras el tributo miraba directamente a mi padre, como si lo desafiara. Mi padre se encorvó un poco. Abrió la boca y la volvió a cerrar: un error.

Fue el tributo quien finalmente rompió el silencio. “Ya no se enviarán jóvenes atenienses como tributos a Creta, Minos. Soy Teseo, príncipe de Atenas, y así lo declaro. Aunque su voz se detuvo donde no había recuperado el aliento, sus palabras fueron firmes.

La boca de mi padre se apretó. "Su Alteza." Parecía como si estuviera luchando por encontrar las palabras, pero finalmente dijo: “Había oído que el rey Egeo se había unido a un hijo. Pero hubiera esperado que anunciara su visita, no que se colara como un ladrón en la noche.

Teseo se mantuvo erguido a pesar de la reprimenda. “He venido a rescatar a mi pueblo. Me llevaré todos los tributos, pasados y presentes”.

Hubo un pequeño murmullo entre los guardias ante esto, no del todo positivo.

Mi padre dijo: “Cualquier ateniense”, e hizo hincapié en la palabra ateniense, “será bienvenido a irse contigo. Como de hecho, todos son libres de hacer en cualquier momento. Aquí no mantenemos prisioneros a nuestros ciudadanos”.

Teseo pareció satisfecho con esto, pero luego agregó: “¿Y qué pasa si hay cretenses que desean irse? ¿Los mantienes prisioneros?

Esperaba que mi padre se enojara por eso. En cambio, miró con tristeza el desastre viscoso que rezumaba de las manos de Teseo y dijo: "Si algún cretense desea irse contigo, no es cretense".

Dio media vuelta y se alejó, su andar era casi arrastrando los pies. Había envejecido en las últimas doce horas, mientras que Teseo parecía haber tomado más de su manto. Teseo se irguió sobre el cadáver. Me

pregunté si mi madre iría al cuerpo ahora, pero se volvió y siguió a mi padre, con la cabeza en alto.

Lentamente, mis compañeros cretenses también se alejaron. Teseo bajó y mojó su dedo en la sangre, luego se lo llevó a la frente. Había marcado su muerte ahora, y él también se alejó, haciendo una ligera mueca, como si no quisiera estar asociado con un evento tan vil.

Desprendió algo de su cintura, una bola dorada de cordel, y luego sentí que mi corazón realmente se detendría. Los hombros de Teseo se hundieron mientras se alejaba, presumiblemente en dirección a su bote. Una vez más, el parecido con mi padre me llamó la atención y, en ese instante, supe que Teseo era quien decía ser. Había algo majestuoso en él. Yo era la nieta de un dios. Reconocí a los de mi propia especie.

Todo el mundo se había ido ahora. En silencio, di un paso hacia el desastre sangriento que Teseo había dejado atrás, luego me arrodillé y puse mi mano suavemente sobre esos cuernos que alguna vez fueron terribles. Quería llorar, pero sabía que me estaba tomando suficientes libertades. Pronto mis padres estarían buscándome, y no solo a mí. Ariadne no había ido a una fiesta después de todo.

Me hubiera quedado allí para siempre, pero escuché el suave sonido de alguien aclarándose la garganta. Miré hacia arriba y vi a uno de los tributos, la chica con la que había hablado antes. Por unos momentos, solo la miré, sin saber qué estaba haciendo allí, o si estaba allí en absoluto. Ella me miró, tal vez preguntándose lo mismo. Finalmente, habló. “Has salido del laberinto, ¿no? ¿Has visto a mi hermana?”

“¿Su hermana, Su Alteza? ¿No, porque preguntas?” Luego, cuando comprendió mi significado, “¿Crees que tu hermana está en el laberinto? ¿No debería enviarse a alguien a buscarla?”

Sus palabras me desconcertaron aún más. Nada sobre esta mañana tenía sentido, excepto por esa bola dorada de cordel atada a la cintura de Teseo. Pero le respondí a la chica de todos modos. “Oh no, ella no necesitará que nadie la ayude a salir de allí. Si quiere quedarse allí, se quedará para siempre”.

“¿Por qué crees que entró allí?” preguntó la chica. Estaba siendo demasiado familiar, pero tal vez ella también estaba afectada por la extrañeza de la situación. Le respondí de todos modos.

“No debería decirlo”.

"¿Fue por Teseo?" ella preguntó.

"Realmente no debería decirlo", dije de nuevo, y luego, "pero nunca esperé esto". Acaricié uno de los otrora poderosos cuernos y me estremecí.

Ella frunció el ceño, luego tomó otro rumbo. "Su Alteza, los otros tributos, pueden estar perdidos en el laberinto".

No esperaba esa respuesta. "¿Nadie los ha sacado?" El sol se había movido una cuarta parte del camino a través del cielo. Todos deberían estar fuera ahora, pensé. Pero todos los habían dejado atrás.

"No, Su Alteza. Todavía están dentro. ¿Serías capaz de encontrar a alguien que pueda sacarlos? ¿Podrías instruir a uno de los esclavos o a los guardias?"

"¿Esclavos o guardias? ¿De qué servirían? Será mejor que vaya a buscarlos.

"¿Usted, Su Alteza?" ella preguntó.

"Si yo. Después de todo, nadie conoce este laberinto mejor que yo. Bueno, nadie excepto Ariadne, pero ella no está aquí. Oh, Ariadne, ¿qué has hecho?"

Ya no me importaba lo que esta chica desconocida pensara de mí. Llevé mis labios a la amplia frente frente a mí, luego susurré algunas palabras a los dioses. Acaricié los cuernos, símbolo de Creta y todo lo que representaba, y pedí a los dioses que se vengaran y me permitieran presenciarlo. Eso tendría que hacer. Podría hacer libaciones adecuadas más tarde, pero por ahora, tenía que sacar a esos pobres atenienses del laberinto. La mayoría de ellos eran poco más que niños, y estarían aterrorizados. Caminé hacia la entrada del laberinto, luego me di la vuelta y miré a la chica. "¿Vienes?"

Ella murmuró: "Supongo que sí".

"Entonces necesitaremos equipo. Espera aquí."

Fui a mi habitación a buscar un peplo viejo para ella y una porción de pan que había quedado para mi desayuno. No podría haber comido entonces de todos modos. También encendí una antorcha; No lo necesitaría, pero podría hacer que los tributos se sintieran más seguros. Regresé al laberinto y le pasé los peplos y el pan a la niña. El entusiasmo con que los recibió a ambos me avergonzó. Probablemente no había comido en toda la noche.

Para calmarla aún más, mientras caminábamos por el laberinto, le señalé las diversas características que conocía tan bien. La luz bailaba en el

techo. Nunca había llevado a nadie antes y, en otras circunstancias, podría haberlo disfrutado.

Uno por uno, sus compañeros tributos emergieron de las sombras, parpadeando ante la luz inesperada como topos emergiendo a la luz del sol. Todos hablaron muy poco después de expresar su agradecimiento inicial entre dientes.

“Lo que la gente no se da cuenta es que es un laberinto, no un laberinto”, dije descuidadamente, terminando mi recorrido mientras reuníamos el último tributo.

"¿Son diferentes?" la chica preguntó vacilante.

"Oh sí. Muy diferente. Un laberinto tiene un solo camino hacia el centro. Un laberinto tiene muchos. Entonces, si mantienes tu ingenio sobre ti, no puedes equivocarte".

“¿Dónde está el centro?” ella preguntó. "¿Podemos verlo?"

"Yo... preferiría no llevarte allí", dije, la tristeza me abrumaba cuando las razones de nuestra gira improvisada me inundaron. "Hoy no. Además, esta gente preferiría tener algo de comida y un baño.

Podía escuchar las risitas detrás de mí. Supuse que nadie les iba a preparar un baño, pero había hecho todo lo que podía.

Pronto llegamos a la apertura y salimos. Aunque no había nadie esperando para saludarnos, vi que los restos del Minotauro habían sido limpiados. Como todo en Knossos, el piso estaba nuevamente reluciente e inmaculado. Señalé a los tributos en dirección a su barco y me fui a mi propia habitación, necesitaba dormir antes de confrontar a mis padres y contarles sobre la bola de hilo dorado que sabía que faltaría en el tocador que compartía con Ariadne.

Xenetippe

La princesa se escapó y actualicé a todos. Por fuera, todos nos regocijábamos, pero por dentro, sospecho que no era el único que hubiera preferido que Teseo se quedara con su complejo de salvador.

Aparentemente olvidados por todos, deambulamos por Knossos en manada. Había tensión dondequiera que íbamos, gente acechando en las esquinas y susurrando detrás de los pilares. Chocamos con Kitos, quien me miró.

Podrías haberme advertido. ¿Quién es este Príncipe Teseo de todos modos? Egeo no tuvo un hijo.

"Lo hace ahora", dije con cansancio. Minos había dicho que había oído hablar del nuevo príncipe, pero obviamente ese conocimiento no había llegado a las tropas. Egeo lo engendró con una campesina, hace cuarenta años. Dejó su espada y su capa y le dijo a la mujer que instruyera al príncipe para que fuera a Atenas a reclamar su primogenitura".

Kitos enarcó las cejas. —¿Y tardó cuarenta años en hacerlo?

"Aparentemente," dije. "¿Hay algún lugar donde podamos conseguir algo de comida? La mayoría de nosotros no hemos comido".

Miró la fila de patitos que me seguían. "Por derecho, debería enviarlos a todos a la orilla, al bote del Príncipe Teseo. Dios sabe, suficientes personas me han dicho que vaya allí esta mañana, personas que pensé que eran mis amigos. No dije nada. Él suspiró. "Vamos. Podemos conseguir algo de comida en los cuartos de los guardias.

Agradecidos, lo acompañamos a una habitación aireada, muy parecida a las habitaciones de los soldados en cualquier lugar. Había bancos largos colocados en mesas toscas, y los hombres gritaban y se llamaban unos a otros mientras las mujeres trajinaban con platos de comida. Devoré mi parte y no mencioné que ya había comido algo de pan.

Entonces, ¿por qué crees que Teseo ha aparecido ahora? Preguntó Kitos. Parecía reacio a irse, aunque no sabía si era porque prefería nuestra compañía o porque nadie más quería sentarse con él.

"¿Solo entre nosotros?" Pregunté, usando un trozo de pan para limpiar mi plato. Egeo es viejo y no tiene otro heredero. Hay un reino libre allí.

"Sí, pero..." Kitos hizo una pausa, quizás tratando de no ser grosero. "El reino es Atenas. Es un poco de broma, ¿no? Hay total anarquía en el palacio. Ninguno de los campesinos de los alrededores paga nunca sus cuotas. ¿Sabes por qué Aegeus sigue enviando tributos? Porque Minos le paga por ellos.

No lo sabía, pero de alguna manera el conocimiento no me sorprendió. Sin embargo, me preguntaba si Teseo lo sabía.

"Sí, pero..." Pensé en Teseo, en sus fríos ojos grises. "Sospecho que Teseo tiene planes más importantes para Atenas".

Kitos echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. "¿Grandes planes para Atenas? Buena suerte a él."

"¿Vas a volver?" —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

"No, no lo soy. ¿Volver con un rey que me vendió como un bien mueble? ¿Mis padres que tienen ocho hijos menores que yo y apenas recuerdan mi nombre? ¿Casarme con una chica ateniense que ha abierto las piernas por la mitad de la corte antes que yo? Mira, Jenetipa, aquí soy un guardia cretense. Eso significa algo. Me han dado oportunidades. Me han animado y permitido crecer. Aquí puedo tomar una esposa y mantenerla a ella ya sus hijos también. ¡Y mira el palacio! Extendió un brazo, sin importarle ahora quién nos escuchaba. "¡Siempre está limpio! Los genios que diseñaron este lugar hicieron que el río fluyera a través del mismo palacio. Y eso no es solo para el rey y sus asesores más cercanos. Todos aquí pueden acceder a él. ¿Qué tiene que ofrecer Atenas que pueda rivalizar con Knossos?

"Me haces desear poder seguir siendo yo misma", bromeé, sintiéndome incómoda ante tanta pasión. Su pecho se agitaba y sus ojos marrones oscuros eran claros y serios.

"Así que quédate. Nadie te detiene.

Pero el rey Minos dijo...

"Minos no dijo que tienes que irte. Solo dijo que Teseo podía llevar consigo a cualquiera que quisiera ir. Y descubrirá que hay menos de esos de

los que cree.

"Puede que no", me di cuenta de repente. "No hay mucho espacio en el bote".

Kitos rió, luego se puso serio de nuevo. "No confío en este Príncipe Teseo. Ojalá te quedaras, Xenetipa.

"¿Y hacer qué? Creta es muy progresista, pero no creo que Minos esté buscando una guardia femenina".

"No has visto a los saltadores de toros", dijo. "Esas chicas no tienen miedo. Prefiero que me cuiden a ellos que a la mitad de los hombres de aquí.

Levanté una ceja. A nuestro alrededor, los hombres recogían sus platos y se levantaban para volver al trabajo. Los otros tributos habían comido hasta saciarse y esperaban que yo les dijera qué hacer a continuación. Bajo el ruido y el estrépito, pude entender lo que estaba diciendo Kitos.

"Podrías ser mi esposa. Puede que no sea para lo que viniste a Knossos, pero sería una aventura. Y pareces una chica dispuesta a la aventura.

Me sonrojé. Podía sentir la sangre iluminando mi rostro, desmintiendo cualquier negación que pudiera hacer sobre el efecto que las palabras de Kitos tuvieron en mí. Él se paró.

"Solo algo para pensar. Ahora, si yo fuera tú, llevaría a tus patitos de regreso al bote. Si realmente hay espacios limitados, no contaría con Teseo esperándote.

Seguí su consejo y serpenteamos de regreso al bote, sin saber qué hacer con nosotros mismos nuevamente. Uno o dos trataron de hablarme sobre Kitos, pero los descarté. Preferiría pasar tiempo con mis propios pensamientos, procesando lo que había dicho. ¿Lo dijo en serio? ¿O lo había dicho sabiendo que yo iba a regresar a Atenas y que era una oferta que nunca tendría que aceptar?



Cuando llegamos al barco, Teseo estaba sentado en la popa con el capitán, Piritoo. Esos dos estaban hechos de la misma tijera, hombres altos y delgados con ojos grises y mandíbulas fuertes. Hombres con los que no te gustaría cruzarte. Habían estado hablando en voz baja, pero levantaron la vista cuando nos acercamos.

“Aquí están todos ustedes. Te tomaste tu tiempo —gritó Teseo. Quería objetar; había dejado a todos en un laberinto. Pero esa mirada fría y evaluadora me hizo morderme la lengua. Ya me había destacado lo suficiente entre la multitud.

Teseo nos escaneó mientras permanecíamos en silencio, esperando a que nos permitieran subir al barco de nuevo.

“Pirithous, son toda la cosecha actual de tributos. No se nos ha unido más que un puñado de atenienses de los años anteriores.

—Sí, señor —dijo Pirithous; claramente, un hombre de pocas palabras.

“¿Crees que esto es un problema? ¿Debilitará nuestra posición con Minos? Teseo tomó aire, la preocupación se reflejaba en su rostro.

“Tal vez, señor, pero nos resuelve otro problema. No habría habido espacio en el bote para llevarlos de regreso”.

Teseo se rió y palmeó al hombre en el hombro. “Un buen punto, Pirithous. Y siempre podemos volver a recuperarlos, una vez que hayamos hecho los cambios en Atenas que estamos planeando. Entonces todos querrán unirse a nosotros.

¿Cambios en Atenas? Me pregunté de qué estaba hablando. Pero sus siguientes palabras fueron para enviarme un escalofrío por la espalda.

Y además, Pirítoo, puede que no tengamos un bote lleno de atenienses, pero tenemos algo mejor en la bodega. Algo más cercano al corazón de Minos. Y Teseo sonrió, la sonrisa lobuna que reflejaba la mirada sedienta de sangre del rey toro.

Subí a la pasarela para abordar el bote, preocupado por lo que podría ver en la bodega.

fedra

Me senté erguido en la silla, evitando la tentación de moverme nerviosamente, encorvarme y patear mis piernas. Esta había sido la silla de Ariadne y no quería darles a mis padres ninguna razón para creer que no estaba lista para tomar su lugar. Llevaba desaparecida una semana entera y, aunque no nos había dejado ningún mensaje, todos supusimos que estaba en el barco de Teseo el día que zarpó rumbo a Atenas. Excepto que ahora estaba de vuelta otra vez. No podía soportar la idea de no ver a mi hermana, así que les rogué a mis padres que me permitieran estar presente aquí cuando Teseo regresara.

Miré a mi madre, pero ella no me prestaba atención. Cruzaba y descruzaba las manos sobre el regazo. Pude ver una pequeña mancha de sangre en la cutícula de su dedo índice izquierdo. La vista me sorprendió y distrajo mi mente de mi incomodidad temporalmente. Para una mujer como mi madre, esa gotita de sangre roja fue tan escandalosa como si se hubiera desnudado frente a toda la corte.

Miré alrededor de ese patio ahora, preguntándome si podía ver qué estaba poniendo a mi madre tan nerviosa. Todos los grandes señores estaban reunidos debajo del estrado, y parecía que, como yo, todos habían decidido comportarse lo mejor posible.

Durante siete días completos, había sido la única hija real en la corte. Había sido casi insoportable. Habían apostado tres guardias adicionales fuera de mi habitación. Protesté, diciendo que estaba perfectamente a salvo, pero que no me habían escuchado, y después de casi quedar ronco de tanto discutir, me di cuenta de que los guardias no estaban allí para mantener alejados a los intrusos, después de todo, si Teseo no lo hubiera hecho ya. ¿Se quedó con el mayor premio de todos?—pero para retenerme. Entendí un poco mejor este instinto, porque yo también había pensado que conocía a

Ariadne y, sin embargo, no podía comprender sus acciones, así que dejé de quejarme.

Mis padres también habían intentado interrogarme varias veces sobre Ariadne, sus motivos y sus movimientos. Pero yo no tenía más idea de lo que ella estaba planeando que ellos. Si no fuera por ese ovillo de hilo y el camino infalible de Teseo hacia el centro del laberinto, creería que era tan probable que se hubiera deslizado en el océano como que se hubiera escapado con Teseo. No había discutido conmigo su plan para ayudar a Teseo a través del laberinto. No sabía adónde habían ido.

No había duda de que ella lo había ayudado. Yo mismo lo había visto emerger, con un brillante ovillo de hilo metido en su túnica. De todos modos, había muy pocas personas que pudieran ayudarlo a moverse por el laberinto con tanta facilidad; Ariadne era una, yo era otra y la tercera estaba muerta. Además, también había visto ese ovillo posado en la cómoda de Ariadne durante una luna llena de días, regalo de un admirador con el que no había sabido qué hacer.

No podía explicar las acciones de Ariadne, pero mi corazón se rompía tanto como el de mis padres cada vez que recordaba las consecuencias, así que traté de ser lo más tolerante posible con el interrogatorio.

Busqué mis propias respuestas en el pequeño santuario al fondo del patio. Knossos tiene santuarios y templos en todos los sentidos, pero decidí que el mejor dios para rezar no era un cretense favorito sino uno ateniense. Rezaba constantemente a Poseidón, el padre de Teseo. Parecía contradictorio y, sin embargo, todos los dioses entendieron la necesidad de venganza. Podría haber rezado a mis propios abuelos, Zeus y Helios, pero ya preferirían mi traje. Quería asegurarme de que todo el panteón estuviera listo para infligir el castigo que merecía Teseo.

Un forcejeo de pies devolvió mi atención a la escena frente a mí. Los lores eran extremadamente aburridos y, como se trataba de una ocasión oficial, las damas no estaban presentes, por lo que no pude admirar ni condenar sus peinados. En cambio, me quedé mirando los frescos, deseando que se movieran. Siempre me habían disgustado los frescos del Gran Salón. Eran lúgubres, granates y burdeos, puntuados con algún toro blanco ocasional, y en su mayoría mostraban escenas de sangre: toros golpeando a hombres, toros pisoteando a hombres, toros y hombres en una batalla. Los

toros eran el símbolo de Creta, y no podías escapar de ellos, pero en este momento solo me recordaban lo que Teseo había destruido.

Miré a mi padre en su casco con cuernos. Él me sonrió. Débilmente, me obligué a devolverle la sonrisa. Sabía que teníamos una imagen que defender. Me lo habían dicho suficientes veces solo en la última semana, sin importar la vida que la precedió.

Observé cómo se inclinaba hacia mi madre, pero antes de que pudiera decir algo, las puertas del Gran Salón se abrieron y los atenienses entraron. Hubo un murmullo de la gente debajo de nosotros, que se extinguió rápidamente. Me incliné hacia adelante, esforzándome por verla. Hubo más susurros ahogados de la multitud de abajo, y por el rabillo del ojo, vi a mi madre estirar la mano, pálida y temblorosa, y mi padre la tomó en la suya. Algo andaba mal.

Los atenienses se separaron para permitir que Teseo pasara al frente. Teseo. Más alto de lo que recordaba, con un rostro tosco que nunca esbozaba una sonrisa. Volví a sentir el fervor ardiente de la rabia que brotaba de mi interior al verlo, y no solo porque me había quitado a mi hermana. Les había prometido a mis padres que si me permitían unirme a esta reunión, no permitiría que se mostrara esa rabia. Apreté los dientes y empujé mi cuerpo hacia abajo en mi silla, decidido a no ponerme de pie y denunciarlo como un asesino y un violador de los principios de los dioses. Los dioses lo castigarían, había dicho mi madre. Y yo le creí, porque cualquier otra cosa haría insoportable la vida. Pero ¿dónde estaba mi hermana?

Como si se burlara de mis pensamientos, Teseo comenzó a hablar.

“Sus majestades, Rey Minos y Reina Pasiphaë, les traigo noticias. Buenas noticias para ti, aunque no tanto para mí.

Hizo una pausa y miró a su alrededor. No parecía particularmente molesto, pensé con amargura. A él se le debió haber ocurrido la misma idea, porque bajó la cabeza. Como una bandada de gansos, los atenienses lo copiaron. La mayoría de ellos eran desconocidos para mí, los hombres y mujeres jóvenes que habían venido a Creta con Teseo, pero algunos habían trabajado en nuestra corte durante años. Estaba Ajax, por ejemplo, uno de nuestros cocineros, y Alexandra, que había sido la criada de nuestra madre. Nos conocían a Ariadne ya mí desde que éramos niños y, sin embargo, bajaron la cabeza con los demás. Y luego estaban los otros atenienses, los

guerreros que habían venido en el segundo barco que estaba actualmente atracado en nuestro puerto. No habían acompañado a Teseo en su primera visita, cuando no sabíamos quién era.

“Sus majestades, dejamos su reino hace solo una semana y desde entonces nos han acosado las tormentas. Nos vimos obligados a atracar en una pequeña isla no muy lejos de aquí. Teseo volvió a hacer una pausa y luego miró directamente a mi padre. “Mientras estuvimos en esa isla fuimos bendecidos con la visita del mismo dios Dionisos, junto con sus fieles seguidores. Y quién podría extrañarse de que Dionisio, mostrando el buen gusto que le caracteriza, se enamorara de vuestra hija, la hermosa Ariadna, que había de ser mi esposa cuando llegamos a Atenas.

Escuché a mi madre jadear a mi lado y miré para verla agarrar sus manos con fuerza. Su boca estaba trabajando pero no salió ninguna palabra. Yo mismo no tenía palabras. ¿Dónde vivía Dionisio? Me preguntaba. En el Olimpo, por supuesto. Cuando Hades tomó un gusto similar por Perséfone, la llevó al inframundo. ¿Le pasaría lo mismo a mi hermana? Atenas ya parecía estar a un mundo de distancia. ¿Volvería a verla alguna vez?

Finalmente, mi padre habló. Su voz era mucho más grave que la de Teseo y, sin embargo, sonaba menos seguro de sí mismo. “Teseo, gracias por volver a nosotros con esta noticia. La madre de Ariadna y yo te damos las gracias por pensar en nosotros de esta manera y por —se miró el pecho brevemente y luego volvió a mirar a Teseo— por dejar que nuestra hija se uniera al gran dios Dionisos, uno de los doce olímpicos. Como sabes, yo mismo soy descendiente del gran dios Zeus y, por lo tanto, no es de extrañar que otro dios se haya enamorado de mi hija.

Me sorprendió; sus palabras parecían bastante inocuas, pero su mano giraba alrededor de la empuñadura de su espada. Tenía la intención de enviar un mensaje a Teseo, pero no estaba seguro de cuál era ese mensaje.

Teseo bajó la cabeza. De nada, rey Minos.

Fue como si toda la corte hubiera dado un suspiro de alivio. Pude ver a los nobles de abajo relajándose en sus asientos, aflojando el agarre de sus espadas.

“¿Te quedarás y descansarás antes de tu viaje de regreso a Atenas? Podemos ofrecerle más provisiones”, dijo mi padre, inclinándose hacia adelante. Supuse que podía darse el lujo de ser generoso ahora. Mi hermana se iba a casar con un dios.

"Provisiones, sí, pero hay algo más que necesitaré". Teseo miró alrededor de la corte y sonrió, pero sus ojos no se arrugaron. "Tenía la intención de que Ariadne y yo fuéramos el comienzo de una hermosa alianza entre Atenas y Creta, un símbolo del nuevo orden. Me alegro por ti, rey Minos, que tu hija haya sido tan honrada, pero eso me deja sin novia.

Mi madre soltó un pequeño grito y mi padre la acalló con una mirada.

"Príncipe Teseo", dijo, levantando los brazos. "No cultivamos novias en la vid aquí en Creta".

Fue entonces cuando Teseo volvió esa mirada fría hacia mí, como si estuviera regateando carne en un mercado. "Tienes una hija menor, ¿verdad? ¿La princesa Fedra?"

Necesité todo lo que tenía para no saltar y correr de mi silla. Este era un estado de cosas que no había esperado. Miré más de cerca a Teseo.

"Phaedra todavía es joven", dijo mi padre.

Lo suficientemente mayor, lo entiendo. Vamos, Minos, ¿crees que no cuidaré de tu hija? Ella será una reina, la Reina de Atenas.

—Cuando tu padre muera —se burló mi padre, y Teseo frunció el ceño.

"Sí, cuando muera mi padre", dijo secamente, y vi a mi padre jugar con una sonrisa, orgulloso de una pequeña victoria. "Pero mientras tanto, ella será una princesa, y puedo asegurarles que será tratada con tanta reverencia en Atenas como en Creta".

¿Me trataron con reverencia aquí en Creta? Mi madre todavía me hablaba como si fuera un niño, al igual que varios sirvientes y sirvientas mayores. Tenía el control del palacio, cierto, pero eso era más porque todos estaban felices de ignorarme y yo estaba acostumbrado a entretenerme. Ariadne había sido tratada con reverencia y, hasta que se escapó con Teseo, hubo muchas discusiones sobre con cuál de los jóvenes nobles se casaría. Nunca había oído a nadie preguntarse con quién podría casarme.

Teseo. Podría casarme con Teseo.

La última vez que vi a Teseo estaba de pie sobre un montón de entrañas humeantes. Me sentí mal, luego sentí de nuevo la rabia fría que se apoderaba de mi corazón. Nadie podía esperar que me casara con Teseo. Mi familia había visto más que una buena cantidad de ultrajes últimamente, que culminaron con Teseo llevándose a Ariadna. Éramos una familia devota; los dioses verían que se hiciera justicia, no otra barbarie en nuestra familia. Y casarse con Teseo, después de todo lo que había hecho, sería un ultraje.

Teseo y mi padre intercambiaban hechos como en un juego; mi padre parecía estar tratando de señalar las fallas del plan de Teseo. Mi madre había palidecido a un blanco enfermizo. Ella era la única mujer cretense en la habitación, aparte de mí, y completamente silenciosa. Mientras estos dos hombres debatían mi futuro como si yo fuera una pieza de mármol o una barra de oro, todas las implicaciones de sus negociaciones me golpearon con una fuerza nauseabunda. Me casaría con Teseo. Tendría que dejar Creta, que conocía tan bien, cada playa y ensenada. Tendría que dejar el palacio. Me encantaba mi casa, con sus hermosos frescos y mosaicos resplandecientes. Y allí estaba el laberinto, el lugar donde había pasado tantas horas felices. Recordé la primera vez que pude escabullirme de mi hermano y mi hermana, el rey y la reina indiscutibles de esos pasadizos sinuosos. Había vagado solo, tocando cada pared húmeda, sintiendo cada goteo de agua fresca, confiado en el conocimiento de que estaba exactamente donde quería estar. Y lo mejor de todo, recordé la alegría infantil que había sentido cuando finalmente entré al centro, justo a tiempo para escuchar a Ariadne inusualmente preocupada decir: "¿Voy a tener que decirle a mi padre que la he perdido?"

Había saltado frente a ella, riendo y bailando mientras ella trataba de darme una palmada con exasperación. Después de ese día, el laberinto fue mi hogar tanto como lo fue el nivel superior de Knossos.

—Phaedra —dijo mi madre con severidad, y giré la cabeza hacia ella. Al mismo tiempo, Teseo me miró con las cejas enarcadas. Escuché a uno de los atenienses murmurar: "Este es solo un niño", y me sonrojé.

"¿Sí Madre?" Pregunté, porque no parecía que ella solo me estuviera recordando de mis pensamientos. Por una vez, se esperaba una respuesta de mí, en el Gran Comedor, frente a todos.

"Tu padre y Teseo preguntaban si deseabas ir a Atenas con Teseo. Ser su novia", dijo. Sus palabras fueron puntiagudas. Mi padre me miró suplicante.

¿Habrá... habrá olivares? Pregunté, tratando de ganar tiempo.

Teseo se rió, y un coro de risas se extendió por los atenienses en respuesta. "De hecho, Atenas es famosa por sus olivares, plantados por la mismísima diosa patrona Atenea. Si lo que deseas son aceitunas, princesa, podemos dártelas en abundancia.

Teseo quería que accediera a ir a Atenas. Pero ¿qué quería mi padre? Me miró amablemente, pero su expresión no dio ninguna pista. Si no quisiera que me fuera, ¿no diría algo? ¿Me recuerdan los olivares que teníamos aquí en Creta? Habíamos hablado de antemano sobre las cosas que no podíamos decir, pero no habíamos anticipado una oferta de matrimonio. Mi mente estaba acelerada, mis manos temblaban.

Fedra repitió mi madre. Fedra, debes responder al príncipe Teseo.

Los dioses me darían una señal. Pero Teseo ya había invocado a los dioses, mencionando a la diosa Atenea. ¿Era esa mi señal? Sabía que los dioses buscarían vengarse de Teseo por los crímenes que había cometido. Pero, ¿cuál fue mi parte en ese castigo? ¿Era necesario que yo diera testimonio? Tal vez un dios se había llevado a Ariadna precisamente para que yo pudiera cumplir con mi propia tarea de acompañar a Teseo.

Se necesitaba una respuesta. Tenía que hacer lo que los dioses querían, aunque no fuera lo que yo quería. La balanza en mi mente se inclinó a favor del matrimonio.

“Sí,” dije, las palabras saliendo a borbotones ahora. “Sí, me gustaría ir a Atenas. Me gustaría casarme con Teseo.

Los atenienses dieron una gran ovación y, después de unos segundos, los cretenses se unieron, golpeando espadas contra escudos y lanzas en el suelo, de modo que todo el Gran Salón reverberó con ruido y caos. Por un momento me sentí orgulloso: Ariadne se había escabullido como un ladrón en la noche. Ella no había recibido esta despedida. Pero luego recordé que Ariadna había sido elegida por un dios y tal vez ya vivía en el Monte Olimpo.

“Príncipe Teseo, nos perdonarás, pero no habíamos planeado que Fedra nos dejara tan pronto. Hay muchos preparativos que debemos hacer para su boda. Permítanos hospedarlo por dos noches y puede irse inmediatamente después de la boda”. La voz de mi madre estaba tan tranquila como siempre, aunque noté que su mano temblaba un poco.

“Gracias, Su Majestad. Aceptaremos su amable oferta de hospitalidad y le permitiremos prepararse para la partida de su hija”. Teseo también parecía tranquilo, pero me di cuenta de que, aunque sus palabras parecían reflejar las palabras de mi madre, había hecho un par de pequeños cambios. Primero, usó la palabra *xenia*, u "hospitalidad", el término más sagrado que implicaba que los invitados estaban bajo la protección de los dioses. Nada

de apuñalarlos mientras dormían. Pero en segundo lugar, y más importante para mí, no había hablado de mi boda, sino de mi partida. Me preguntaba si mi madre también había notado los cambios y lo que podrían significar.

Seguí a mi madre ya mi padre fuera del Gran Comedor, toda la corte esperando a que nos fuéramos. Tan pronto como regresamos a nuestras habitaciones, mi madre se echó a llorar. Retrocedí, aturdido. Nunca había visto llorar a mi madre.

¿Qué vamos a hacer, Minos? ella preguntó. Mi padre la abrazó, sus brazos rígidos e incómodos.

“No estoy seguro de que haya algo que podamos hacer. No le hará daño a Fedra.

—No tienes forma de saber eso —protestó ella, y él asintió, pero sus ojos tenían la mirada lejana que significaba que no debíamos molestarlo, porque estaba pensando en asuntos reales.

¡Esos asquerosos atenienses! continuó mi madre, y los ojos de mi padre volvieron a enfocarse. “Ya han matado a tres de mis hijos. ¿Deben tomar un cuarto? ¿Deben llevarse a mi bebé? Mi corazón se retorció. Mi madre nunca habló de Androgeus, mi hermano mayor, asesinado mientras viajaba por Atenas. Si no lo hubieran matado, pensé de repente, nunca habríamos aceptado el sistema de tributos. Y entonces Teseo nunca habría venido aquí y causado este daño. Pero sus palabras aún me confundían. Ariadne no estaba muerta, después de todo.

Se apartó de mi padre, pero él la abrazó con fuerza. También me han quitado tres, Pasífae. Ella lo miró, su rostro estaba rojo y lleno de manchas, y luego lo atrajo hacia sí para que no pudiera ver su rostro. Creo, aunque no puedo estar seguro, que pronunció las palabras gracias.

helia

Hay muchos dichos sobre lo que les gusta a los cretenses. Específicamente, “No puedes ser cretense a menos que...”

“No puedes ser cretense a menos que te gusten los pasteles de miel”.

“No puedes ser cretense a menos que te gusten los laberintos”. (No es cierto. Nací en Creta, y he vivido en Creta toda mi vida, y odio el laberinto).

Pero el verdadero dicho, el que suena más verdadero de todos: "No puedes ser cretense a menos que te gusten los toros".

Me encantan los toros.

Me encanta saltar sobre ellos. Soy un saltador de toros cretense y soy muy bueno en lo que hago.

Empecé a entrenar para saltar sobre toros cuando tenía cinco años. Las personas que no son cretenses piensan que es demasiado joven para comenzar a saltar, pero si lo dejas para más tarde de las cinco, es mejor que no te molestes. Te asustas, ya ves. Tímido. Te imaginas que sucederá lo peor, y luego sucede. Hubo una chica que entrenó con nosotros un tiempo cuando teníamos ocho o nueve años. Era una buena chica y había sido identificada como una posible saltadora de toros debido a la destreza atlética que mostraba en el campo, trabajando con ganado.

El ganado no son toros.

No hace falta decir que terminó mal para ella. Vio los cuernos del toro antes de ver el espacio vacío más allá, y saltó directamente sobre ellos.

Incluso si comienzas a saltar a los cinco años, no comienzas con un toro adulto. Eso sería una locura. Empiezas con las pantorrillas, los bebés saltando, y vas subiendo. Es inusual que alguien sea lo suficientemente bueno como para saltar sobre los toros masivos, los que tienen hombros tan anchos como los pasillos y tan altos como el techo del palacio, hasta el final de la adolescencia. Y si has logrado mantener la distancia durante ese tiempo sin ser corneado o pisoteado, actúas para el rey y la corte. Haces eso

solo por un corto período de tiempo, un año más o menos. Porque cuando envejeces, tu vista ya no es tan precisa y tus extremidades ya no son tan ágiles. Y aunque los invitados de Minos pueden estar ansiosos por ver al toro derramar sangre cuando los famosos saltadores de toros cretenses pierden el blanco, el propio Minos no quiere perder el estatus de esa manera. Así que saltas durante un año más o menos, y luego te pagan una gran suma de dinero, lo suficientemente grande como para comprar una granja, si quieres, o para beber y apostar en la corte durante un par de años, lo cual definitivamente es la ruta más común, y dejas de brincar y, en cambio, les das a los jóvenes tus historias de brincos.

Y después de solo diez años de salto, a la tierna edad de quince años, mi sueño se estaba haciendo realidad. Iba a saltar frente a la cancha. El saltador más joven en hacerlo en unos veinte años, debo añadir. Nunca había visto a nadie de mi edad saltar por el rey. Pero en el próximo festival de otoño, iba a hacerlo. yo era tan bueno

Puedo sonar arrogante. Si es así, solo diré que la arrogancia es otra característica que acompaña a ser un saltador de toros. Y también, realmente era tan bueno.

Por eso estaba tan molesto cuando me dijeron que no iba a saltar en el festival de otoño porque no iba a estar en Creta para el festival de otoño. Bien podría haber estado en el Hades para entonces, porque me iban a enviar a Atenas. Un lugar sin toros y sin saltos. Un lugar del que apenas había oído hablar antes de que me dijeran que iba a ir allí.

Se consideró que, como símbolo de estatus, la princesa debería estar acompañada por uno de los famosos saltadores de toros cretenses. Y cualquiera podría haber sido elegido, pero solo una de las famosas saltadoras de toros cretenses que se desempeñó a un alto nivel esta vez fue mujer. A mí. Así que me iba a tener que ir.

Grité y grité, y cuando me desesperé mucho, lloré, pero no sirvió de nada. Todavía tenía que ir. Y entonces nuestro tutor, Proctus, se compadeció de mí y apeló en mi favor. Porque aunque todavía tendría que ir a Atenas, al menos se me permitiría saltar ante la corte primero, como parte de la ceremonia de boda de la princesa. Y si hacía eso, y lo hacía realmente bien, entonces el rey Minos se daría cuenta de que no podía perderme ante los atenienses, que ni siquiera tenían toros, y me permitirían quedarme en Creta y saltar sobre toros hasta que Llegué a una edad madura.

Y como yo iba a acompañar a la princesa, se decidió que esa noche me mudaría a los aposentos de la princesa y me quedaría con su séquito. No estaba más feliz con esto que con cualquiera de los otros desarrollos. Sí, como saltadores de toros, siempre hemos sabido que nuestra vida no es nuestra. Pero hay una ficción cortés a su alrededor que sugiere que somos ciudadanos de la corte.

Mi principal objeción a mudarme con la princesa era el efecto que tendría en mi entrenamiento. Esto puede sonar como una mentira, pero créanme, no lo fue. Nos levantamos antes de los dedos rosados del amanecer para entrenar. Como siempre decía Proctus, el toro está entrenando todo el tiempo que está despierto, simplemente siendo un toro, una criatura que puede matarte con un movimiento de cabeza. Así que tienes que levantarte antes que él para vencerlo. No podía estar saliendo de los aposentos reales antes de que Helios apareciera en el cielo, para practicar saltando sobre objetos inanimados. (No practicábamos con un toro antes del amanecer. Esa sería una forma segura de enemistarnos con él para que te mate). Pero Proctus señaló que yo había estado practicando durante diez años y que dos días de descanso no iban a hacer nada. diferencia. Algunos de los saltadores juraron un par de días de descanso antes de comparecer ante el tribunal.

Acepté al final, pero no me sentí bien al respecto. Principalmente, acepté porque quería conocer a esta princesa. Estaba demasiado ocupado sintiendo lástima por mí mismo para realmente sentir lástima por ella, pero en el fondo, sabía que ella estaba recibiendo un trato tan pobre como el mío. Ambos teníamos solo dos días antes de que nos sacaran de nuestros hogares, nuestras posiciones, de todo lo que alguna vez conocimos.

Ni siquiera había visto a la princesa antes. Oh, de lejos, en un desfile, tal vez, pero no de cerca. Nos mantuvimos reservados, con nuestro vigoroso programa de entrenamiento, y lo mismo podría decirse de la familia real. Y puede estar seguro de que ninguno de ellos quería ser visto demasiado cerca de los toros. Supuse que esta princesa era muy hermosa porque el príncipe ateniense quería llevarla de vuelta a su palacio, así que cuando la conocí, o más bien, debería decir, me la presentaron, me sorprendió un poco lo ordinaria que se veía. Tenía unos bonitos ojos azules, cierto, y muy inusuales, pero su cabello era de un color castaño claro y deslucido, y su rostro todavía era regordete, como el de una niña. Al menos yo no era

gordito. No hay posibilidad de volverse regordete cuando salta sobre un toro varias veces al día.

"Su Alteza," dije, bajando mi cabeza.

"¿Usted salta toros?" ella preguntó. Después me pregunté si tal vez debería haberme ofendido que ella preguntara por los toros antes de preguntar mi nombre, pero en ese momento, todo lo que pensé fue que a ella le importaba lo que más me importaba a mí.

"Sí", respondí. "Lo he hecho desde que era una niña, Su Alteza".

"¿A qué se parece?" ella preguntó.

Se había inclinado un poco hacia adelante, y no pensé que solo estaba siendo educada o hablando de cosas triviales. Ella realmente quería saber, lo que me hizo sentir mal porque no sabía cómo decírselo. ¿Podría el viento describir lo que se siente al soplar, o el sol quemar el calor? Saltar toros era todo lo que sabía y todo lo que quería saber, lo único que me hacía sentir que todas mis extremidades estaban donde debían estar, y mi corazón latía al ritmo correcto.

"Se siente como la libertad", logré decir, tropezando con mis palabras. Detrás de mí, alguien se rió por lo bajo y sentí que mi cara se sonrojaba. Pero la princesa solo asintió.

"Pensé que podría", dijo.



El rey Minos entró en la habitación unas horas más tarde, y todos nos pusimos de pie rápidamente y luego caímos de rodillas. Nunca antes había visto al rey de cerca. El parecido entre padre e hija era asombroso, los mismos ojos azules brillantes, y aunque ahora tenía el pelo salpicado de canas, él también habría sido rubio en otro tiempo. Pero fue más que eso. Era la forma en que se comportaban, la seguridad que llevaban consigo. El conocimiento de que siempre serían los primeros en cualquier situación en la que se encontraran, siempre tendrían razón en cualquier argumento, siempre estarían justificados en cualquier decisión. Pensé que Phaedra no era real porque no estaba interesada en bodas ni ropa, pero ahora que la miraba, me di cuenta de que no había entendido lo que significaba ser real. Vi que el rey llevaba un pequeño labrys, un icono de Creta que no me gustaba mucho.

"Padre", dijo Phaetra, luego, "Abba", la forma infantil. Su labio tembló.

Por favor, despide a tu personal, Phaetra. Tenemos mucho de qué hablar". La voz de su padre era firme y contenía una advertencia oculta: Somos realza. No lloramos delante del personal.

No esperamos a que nos despidieran. Primero salieron en tropel las sirvientas, luego yo las seguí. Estaba en la puerta cuando escuché que el rey me decía: "Eres nuestro último saltador, ¿no es así?"

Me volví y agaché la cabeza. "Si su Majestad. Mi nombre es Helia." No estaba seguro de por qué dije eso. ¿Le importaría cuál era mi nombre? Me sorprendió bastante que me hubiera reconocido como un saltador.

"Helia. Qué apropiado que actuaras en la boda de Phaetra. Su abuelo por parte de madre es el dios Helios.

"Sí, señor", dije, bajando la cabeza de nuevo.

"Esperemos que saltes bien. Será un buen augurio para la boda de Fedra y para su vida en Atenas. Se volvió hacia Fedra. Esperé medio segundo antes de darme cuenta de que me habían despedido, luego salí de puntillas de la habitación.



A la mañana siguiente me levanté temprano. Quería ver al toro antes de saltar. Podemos ser supersticiosos, y es una creencia común entre los saltadores que si no le hablas al toro, pídele que trabaje contigo y no contra ti, se ofenderá y hará que tus saltos sean más difíciles. Pero una ceremonia real, incluso para alguien tan en la periferia como yo, era una empresa enorme que requería mucha preparación. Incluso la princesa fue arrancada a regañadientes de sus pinturas, y lo último que vi de ella fue que la metían en un quitón nuevo mientras no menos de seis criadas le rizaban el cabello alrededor de brasas ardientes.

Afortunadamente, no necesitaba ese nivel de atención. Me dieron una túnica nueva, que me quedó un poco incómoda. No se estiraba ni se movía como lo hacía mi gastada túnica. Si esta ceremonia no hubiera tenido lugar con tanta prisa, habría estado rompiendo esta túnica durante las últimas dos semanas. Pero ahora no había tiempo para eso. Tampoco hay tiempo para

un calentamiento adecuado, aunque traté de hacer ejercicio saltando de un pie a otro.

"¿Por qué no estás en el patio de calentamiento?" una voz familiar me llamó mientras me escondía en la parte trasera del comedor.

"Proctus". Me volví aliviado. "Necesito saludar al toro. Por favor, dile a esta gente que me disculpe".

Él asintió y se dirigió hacia el hombre alto y silencioso que dirigía la casa real y, por extensión, estaba al mando del personal durante la boda. No podía escuchar lo que estaba diciendo, pero podía verlo gesticulando hacia mí, y esperaba que regresara pronto triunfante. Nunca había visto a Proctus perder una discusión, especialmente en lo que se refería a los toros. Era solo cultura cretense. Los cretenses respetan a los toros y a los saltadores de toros, y sobre todo al tutor de los saltadores de toros. Y además, el jefe de personal era alto y delgado, pero Proctus era un hombre fornido, uno que tenía poder en sus gruesos antebrazos y sus fuertes puños. Nunca necesitó usar ese poder, pero estaba allí de todos modos.

Pero en lugar de eso, escuchó en silencio mientras el otro hombre le explicaba algo, con los labios fruncidos desdeñosamente. Los hombros de Proctus se hundieron y, mientras se arrastraba hacia mí, pude ver que, después de todo, no había ganado.

"Lo siento, Helia", dijo. "No es la decisión de ese tipo. Solo está interpretando las órdenes que ha recibido de arriba".

"¿Qué tan alto?" Pregunté, pero ya lo sabía. Solo había un hombre que dejaría a Proctus aceptar una decisión tan contraria a nuestra práctica habitual.

"El más alto. El propio rey quiere que todo el séquito de la princesa la acompañe al templo. Sin excepciones." La mirada fruncida en su frente lo traicionó; estaba tan preocupado por esto como yo, si no más. Así que traté de animarme un poco y tranquilizarlo. Él no podía evitar esto más de lo que yo podía.

"Estará bien. Todos los toros me conocen. Los he saltado todos antes. Y además, esto ni siquiera es un gran salto, ¿verdad? Más de una demostración ceremonial.

De hecho, Proctus parecía estar más cómodo mientras hablaba. "Buen punto, Helia. Iré a buscarte, a ver qué toro estás saltando. Como es en honor a una joven princesa, no hay razón para que no podamos elegir uno de los

toros más jóvenes”. Un toro más joven sería menos agresivo. También podría ser más pequeño. Y puedo saludar al toro en tu nombre.

Me inclinaba a burlarme de la última oferta. Ambos sabíamos que los toros no aceptarían una súplica de apoderado. Pero lo estaba intentando, y no fue su culpa, como me decía a mí mismo.

“Gracias, Proctus. Eso debería hacer el truco.”

Él asintió y se apresuró a cumplir con su misión, dejándome sola. No tuve mucho tiempo para sentarme y meditar antes de que me empujaran a la línea ceremonial y me proporcionaran un velo. Ninguno de nosotros podría eclipsar a la princesa en su día especial.

No presté mucha atención a la ceremonia en sí. Ocurrió en la orilla del mar, junto al barco de Teseo, como si él ya hubiera empacado y estuviera esperando para irse, y solo lo estuviéramos frenando. Incluso los rituales parecían apresurados. El sacerdote sacrificó una pequeña cabra que vagaba por los campos, se encendió un fuego en la arena y Teseo y la princesa, en lugar de bañarse en leche de cabra, fueron lavados rápidamente en el mar. Todos parecían nerviosos y nerviosos. Finalmente, llegó el momento de saltar.

"Las mareas", dijo Teseo vagamente, señalando su barco, pero Minos no estaba dispuesto a escucharlo.

Fedra es una princesa cretense. Se irá de acuerdo con la costumbre cretense.

Me quité el velo y la ropa elegante. No podía hacer nada con mi cabello, atado y enredado como se había vuelto en el aire del mar, pero tenía una pequeña tira de cuero que solía retirar, fuera de mi cara. Caminé lo más tranquilamente que pude hasta la arena y miré al toro que me esperaba allí. Proctus había elegido bien. Era un toro joven, uno que siempre había sido sorprendentemente dócil. Uno que usamos para que los jóvenes practicasen.

Miré a la multitud. Incluso Teseo se estaba interesando ahora, mirándome de cerca. Sus ojos eran de un tono gris oscuro y tenían un efecto siniestro, haciendo que pareciera que no había nada detrás de ellos. Proctus estaba en la primera fila y asintió con firmeza, sin duda con la intención de recordarme mi entrenamiento. La multitud no existía; no eran nada para mí. Nada existía excepto yo y el toro.

Respiré hondo, me escupí las manos y salí corriendo. La túnica nueva crujió en mi cuerpo, no tan flexible como me hubiera gustado. Sentí el

viento soplar a través de mi cabello, arrancando la corbata y mi cabello explotó en una masa de rizos salados, pero fue irrelevante. Nada importaba excepto yo y el toro. El toro y yo, el toro que estaba parado allí, esperándome, sus ojos grises oscuros y sin alma, su cabeza moviéndose en el aire como si dijera: “¿Quién eres? No nos han presentado. ¿Cómo te atreves a cruzar mis límites?

Me mordí el labio y me lancé al aire. Eso no fue bueno. Podía sentir el arco parabólico que estaba tomando, sin peso y luego pesado otra vez, y podía ver los cuernos del toro, y sabía que había calculado mal. Quería gritar, llamar a la madre que no había visto desde que tenía cinco años y a quien creía que ya no me importaba, pero eso habría sido traicionar mi miedo, y tan fuerte como mi temor era que no era rival para diez años de entrenamiento. Entonces, en lugar de eso, cerré los ojos y le rogué a Zeus que, si bien sabía que el aterrizaje no iba a ser suave, tal vez al menos podría ser rápido.

fedra

Con la muerte del saltador de toros, un manto de silencio cayó sobre toda la multitud. Me sentí enfermo. Sabía que podía pasar, pero no lo había visto, no en mi vida. Miré su pequeño cuerpo, que parecía mucho más delgado que el día anterior, empalado en el cuerno izquierdo del toro. Un riachuelo rojo de sangre de la herida en su costado comenzó a gotear hacia los ojos del toro. Frustrado, sacudió la cabeza en el aire y la cabeza de la niña se movió de un lado a otro sobre su cuello como la pelota de un niño.

Nadie se movió. Nadie parecía saber qué hacer, ni siquiera el toro, que pateó el suelo y levantó una nube de polvo. Recordé otro cuerpo delgado, un montón de sangre enredada en los cuernos de un toro, y tuve ganas de llorar. Esto fue bárbaro, quise gritar, pero no lo hice. Después de lo que pareció toda una vida, varios hombres corrieron con palos para perseguir al toro hasta su redil y recuperar el cadáver de esos cuernos mortales.

El rostro de mi padre estaba tan blanco como una nube pasajera. Este fue un presagio terrible. Por mi boda y mi matrimonio, por el viaje que me esperaba y mi vida en Atenas, pero de alguna manera, no podía pensar en eso. La había visto sólo el día anterior. Ella había sido tan apasionada por los saltos de toros. Tan segura de su lugar en el mundo. Ella había estado viva.

Caminamos sonámbulos a través de los rituales finales. Incluso Teseo parecía un poco conmocionado, aunque sus ojos permanecían tan fríos como siempre. Cuando los rituales estuvieron completos, miré a mis padres. Medio corrí hacia mi padre, pero mi madre se interpuso en el camino. Esperaba que me regañara por última vez por correr como un niño, o que me diera un sermón más sobre el comportamiento apropiado como princesa en una corte extranjera, pero no lo hizo. Me atrajo hacia su pecho y me sostuvo allí. Escuché los latidos de su corazón. Finalmente se echó hacia atrás, me besó secamente en la frente y se alejó.

Después de la despedida de mi madre, vino mi padre y me acercó, tan cerca que podía oler los aceites que usaba para mantener su barba suave. No me había abrazado con tanta fuerza desde que era una niña pequeña, y quería aferrarme a él, hacer que el abrazo durara más. Pero él acercó su boca a mi oído. Todos a nuestro alrededor habrían pensado que estaba susurrando palabras cariñosas o diciéndome cuánto me extrañaría. Yo hubiera esperado lo mismo. Pero susurró algo muy diferente.

Fedra, sé que estás enojada, pero debes contenerte mientras estés en Atenas.

Intenté retroceder, pero él me abrazó con fuerza. "Lo haré", susurré a cambio. "¿No lo hago siempre?"

Continuó como si yo no hubiera hablado. Sabes que no puedes desafiar a Teseo sin exponer a Creta. Sin exponer a tu madre. ¿Me entiendes, Fedra?

Yo quería llorar. Yo era el hijo favorito de mi padre. Ariadne y yo habíamos bromeado al respecto; ella, el duplicado de mi madre, pero yo, la chica dorada que no podía hacer nada malo. No había hecho nada malo ahora, pero él estaba hablando como si lo hubiera hecho.

"Recuerda que primero eres una princesa de Creta", terminó, su aliento caliente en mi cuello.

"Sí, padre", murmuré, esperando que me soltara. Lo hizo, y luego me miró, su rostro nublado por la preocupación, todos los años de su vida grabados en su frente de una manera que no recordaba desde hace un par de semanas.

"Espero que te mantengas a salvo", dijo. Recordé el regalo que había dejado en mi baúl, la pequeña hacha de dos cabezas envuelta en tela. Sonreí, recordando esas sesiones de entrenamiento de hace mucho tiempo que habíamos hecho cuando éramos niños, girando hachas con cabezas romas y la mayoría de las veces dejándolas caer sobre los dedos de los pies. Pero parecía tan serio como ahora, y dijo: "Espero que nunca necesites usar esto, hija de Creta".



Con los rituales completos, o tan completos como iban a ser, finalmente me ayudaron a subir al bote de Teseo y me mostraron un banco para sentarme. Estaba temblando, mis brazos y piernas estaban pegajosos por el agua de

mar, y alguien me tiró una alfombra encima. Miré hacia la orilla; Rara vez salía del complejo del palacio, y nunca había salido de Creta, pero ahora partía en un bote. Observé el palacio, tratando de quemarlo en mis ojos para nunca olvidarlo, pero verlo desde afuera solo sirvió para recordarme que ahora era un extraño. Lo había considerado como una sola entidad, pero mirándolo desde este punto de vista, era un conjunto estructurado de edificios que se conectaban a la perfección unos con otros. Estaba limpio, pensé, casi en contra de mi voluntad, pero no era elegante. No era hermoso la forma en que sabía que los murales y frescos en el interior eran hermosos. ¿Realmente había parecido tan reglamentado, tan bien proporcionado, cuando me abría paso por los pasillos? ¿Dónde habría estado nuestra habitación, la mía y la de Ariadne? Intenté contar las ventanas, pero mi sentido de la orientación era confuso, y después de suponer que había encontrado nuestra habitación y la miraba con nostalgia, me di cuenta de que las ventanas eran demasiado grandes.

Habíamos planeado que varios miembros de mi séquito se unieran a mí, incluido el desafortunado saltador de toros, pero vi a Teseo hablando con mi padre y escuché las palabras no hay lugar. Mi padre asintió, su pecho se desinfló y toda su lucha se fue.

“Su séquito puede seguir. Pero debe estar acompañada por al menos una doncella, Teseo. No es decoroso de otra manera.

Teseo frunció el ceño, como si fuera a objetar, y luego se encogió de hombros y asintió. Vi a Aenea, mi doncella de más confianza y con más años de servicio, acercándose al bote, pero mi madre reapareció repentinamente de sus aposentos, con la piel húmeda y la cara recién pintada. Tiró del brazo de Aenea. Tuvo lugar otra conversación que no pude escuchar, y luego Aenea se dio la vuelta y se alejó, y Kandake, el sirviente más antiguo de mi madre, se acercó.

Mi corazón se hundió. Kandake nunca había tenido hijos propios. Era sólo un par de años mayor que mi madre, y siempre la había atendido exclusivamente. Nunca le habían dado el cuidado de ninguno de nosotros, lo que ahora me parecía extraño. En cambio, había compartido varias niñeras con mi hermana, ninguna de las cuales había sido capaz de controlar a Ariadne. Yo tampoco hubiera querido llevarme a ninguno de ellos, pero me hubiera gustado alguien más cercano a mi edad, como Aenea. No podía imaginarme compartiendo mis impresiones de la corte ateniense con el

viejo Kandake. Sour Face, como la había llamado Ariadne, pero nunca a su alrededor o al alcance del oído de mi madre.

Kandake fue izado por el costado del bote y se sentó a mi lado. Miró fijamente a mi madre sin palabras, la recriminación era obvia en sus ojos. Nuestras maletas fueron izadas a la bodega, y luego echamos el ancla y zarpamos. Mi nueva vida estaba a punto de comenzar.



Hacía frío en la parte trasera del bote, así que Kandake y yo nos juntamos a regañadientes para calentarnos. Olía a queso de cabra y aceitunas; Todavía apestaba a mar salado. Ninguno de los dos habló. Cuando comencé a secarme, compartí mi manta con ella y ella la tomó sin decir una palabra.



El bote estaba muy ocupado, con hombres manejando las velas y los remos, y nadie nos prestó atención. Busqué a la chica con la que había hablado cuando llegaron los tributos, la que había salido del laberinto por su cuenta. Pensé, tontamente, tal vez, que podríamos ser amigos, o mejor aún, que ella podría ser la doncella de mi señora, pero no pude verla. Uno de los otros tributos pasó cerca de mí y lo agarré de la manga.

"¿Dónde está la chica?" Parecía en blanco, y con molestia, me di cuenta de que no sabía su nombre. "El que vino conmigo cuando te saqué del laberinto."

Sus ojos se oscurecieron mientras trataba de alejarse de mí. "No lo sé", murmuró.

"Creo que sí lo sabes," dije, mi tono tan majestuoso como pude hacerlo, llamando a mi madre. Sacudió la cabeza frenéticamente.

"No, no lo hago. Excepto..." Asentí con la cabeza para que continuara. "Excepto que ella enfureció a Teseo, de alguna manera. no se como Y nadie la ha visto desde que salimos de Creta.

Quería preguntarle más, pero se escapó y después de eso nadie se acercó a nosotros. Al principio observé el agua, las luces azules deslumbrantes y saltando bajo el sol, y las salpicaduras de agua espumosa en el costado del bote, pero incluso eso se volvió agotador.

Debo haberme quedado dormido, porque lo siguiente que supe fue que no había dos mujeres sentadas en el banco. Había tres.

Miré de cerca a la tercera mujer, y apenas podía creer lo que veía. Parecía más feliz y sana que yo, con la piel bronceada y el rostro lleno de pecas.

"¿Ariana? ¿Qué estás haciendo aquí?" Esperaba sonar encantada. Pero estaba empezando a tener esa sensación de malestar en el estómago, la sensación de que ahora que Ariadne estaba aquí, mi presencia ya no era necesaria. Teseo necesitaba una novia, no dos, y aquí estaba su primera opción.

"Vine a verte, naturalmente. Santo cielo, ¿es ese Kandake? Ella ronca como un buey. Y Ariadne sonrió y me agarró del brazo de una manera muy real, física y nada onírica. Miré a Kandake; de hecho, estaba roncando, su aliento salía en pequeñas bocanadas de aire viciado. "No te preocupes, Phaedra, no estoy aquí para robarte a tu apuesto príncipe. Ya he cometido ese error una vez. Ahora es todo tuyo, tanto como lo es de cualquier mujer.

"¿Qué quieres decir? ¿Por qué fue un error? Te fuiste con Dionysos.

Ella se rió, echando la cabeza hacia atrás y sin importarle quién la escuchaba. Había algo un poco malicioso en el sonido, como si se estuviera riendo de mí.

"Ay, pequeña, no creas todo lo que te dicen". Y volvió a echar la cabeza hacia atrás, y esta vez lo vi: las huellas de las manos en su garganta morena.

"Ariadne, ¿qué te pasó? Eres ...?" Pero no podía preguntarlo. No cuando estaba sentada a mi lado, sus muslos aplastados contra los míos. No cuando su cabello era más largo y lustroso que el mío, y su piel más morena y saludable. No cuando se veía tan viva. Tal vez estaba muerto.

"No te preocupes por mí. Es hora de preocuparse por ti. Ella sonrió, la sonrisa astuta y traviesa que conocía tan bien.

"Necesito tener cuidado en la corte ateniense, lo sé. Todo el mundo dice eso."

Ariadne resopló. "Bien, si quieres ser un sabelotodo, haz lo que quieras. Pero no estoy aquí para advertirte sobre la corte ateniense. Nunca llegué allí, ¿recuerdas? Estoy aquí para advertirte sobre Teseo.

"¿Teseo? ¿Qué pasa con Teseo? La miré, pero ella miraba al frente.

"Solo ten cuidado, pequeña".

Kandake resopló a mi lado. La miré, pero aún estaba dormida. Cuando volví a mirar a mi derecha, Ariadne se había ido, y lo que había pensado que era la presión de sus muslos era en realidad un montón de cuerdas.

Parpadeé. Por derecho, debería estar despertando ahora, pero no me sentía como si hubiera estado durmiendo. Ariadne era la consorte de un dios ahora. ¿Había tenido una visión? Recordé esas marcas de ampollas en su garganta y la bilis subió a mi boca. Un sueño, seguramente; un sueño.

Envolví mis brazos alrededor de mi torso tembloroso y escuché los sonidos a mi alrededor, las gaviotas en el aire, el chapoteo del mar y la respiración regular de Kandake. Cerré los ojos, en mi mente aún veía la garganta de Ariadne, y escuché pasos.

Instintivamente, mantuve los ojos cerrados y solo escuché. Dos hombres hablaban en voz baja.

“Tenemos las velas blancas, mi señor. Están debajo de la cubierta.

"En efecto. Y prometimos, ¿no es así?, que cambiaríamos las velas si nuestra misión resultaba exitosa.

"Eso hicimos".

Me quedé helada. No reconocí al primer orador, pero sí al segundo, la persona a la que se refieren como “mi señor”. Ese era Teseo, mi nuevo esposo.

“Hay muchas tareas que necesitan ser atendidas en el mar. Nuestra prioridad debe ser mantener el barco a flote. Hacer que todos regresen a tierra de manera segura. ¿Me entiendes, Pirítoos?”

Pirithous, el capitán del barco. El único hombre a bordo casi tan alto y delgado como el mismo Teseo.

“Te entiendo, mi señor. Los detalles menores a veces se olvidan cuando los hombres están en el trabajo. Si nadie tiene la tarea de cambiar las velas, las velas no se pueden cambiar”. La voz de Pirithous era tranquila y confiada, pero no entendí su significado. ¿Por qué planeaban no hacer algo que habían prometido hacer? ¿Y a quién le habían hecho la promesa? ¿A quién le importaba de qué color eran las velas? Aunque el negro era un color extraño para elegir; el barco parecía bastante fúnebre en nuestro puerto. Quizás se vería igualmente fuera de lugar en el muelle ateniense.

“Entonces nos entendemos. Gracias, Pirithous, siempre has sido mi ayudante más leal, y me aseguraré de que seas recompensado adecuadamente cuando sea el momento adecuado”. Escuché los pasos

acercándose y me sobresaltó el grito de Teseo. "¿Qué es esto? ¿Por qué están estas mujeres aquí?"

Lo miré, parpadeando, tratando de fingir que había estado dormida. A mi lado, Kandake estaba haciendo lo mismo, pero con naturalidad, sin pretensiones.

"¿Escuchaste algo de lo que acabo de decir? ¿Acaso tú?" preguntó. Se inclinó sobre nosotros. No había alzado la voz, pero había un acero en ella que era más amenazador de lo que habría sido fanfarronear y soplar. Lentamente, negué con la cabeza.

"¿En realidad? ¿No has oído nada? Volví a negar con la cabeza, esta vez con más fuerza. Recordé a Ariadne diciéndome que tuviera cuidado, y al chico ateniense diciéndome que no se había visto a la chica desde Creta. Sentí a Kandake agarrarme del brazo y nos acurrucamos juntos de nuevo, esta vez por miedo.

Teseo suspiró y se echó hacia atrás, aparentemente convencido. Sin embargo, Kandake no aflojó su agarre en mi brazo. Iba a tener un moretón terrible en la mañana.

"¿Podrías mirarlos, Pirithous? Ni una palabra que decir entre ellos. Como un par de mudos.

Pirithous cruzó hacia nosotros, sus largas piernas haciendo un trabajo rápido en la cubierta. Recogió el montón de cuerdas a mi lado, con la misma facilidad que si fueran un montón de plumas, aunque debían pesar más que yo.

"Deberías estar agradecido, Teseo. Ningún hombre sufre más que el hombre con una esposa que regaña, ¿no es eso lo que dicen los poetas?"

Teseo se rió, ese extraño sonido de ladrido sin verdadero humor en él. "¿Lo hacen, ahora? Bueno, tal vez tienen un punto. Vamos, Pirithous, tenemos trabajo que hacer. Podemos dejar que estos pollos asustados duerman su siesta".

Los dos hombres se alejaron y, mientras se iban, escuché a Teseo decir: "Uno no dejaba de hablar, y ahora uno no dice una palabra. No hay tal cosa como un medio feliz". Pirithous se rió, una risa más melodiosa que la de su amigo. Mientras los observaba irse, pensé que Teseo podría ser el mejor formado de los dos, con una apariencia más principesca, pero una mujer aún podría estar más feliz de ser la esposa de Pirithous, incluso si a él no le

gustara un rocín. Y luego recordé de nuevo que yo era la esposa de Teseo, por imposible que me parezca en este momento.

El resto del viaje transcurrió sin incidentes. Kandake gimió un poco una vez que los hombres se fueron, pero pronto se volvió a dormir y volvió a roncar a mi lado.

No tuve más visitas de nadie y, a diferencia de Kandake, y a pesar del suave movimiento del bote, mis pensamientos estaban demasiado perturbados para dormir, así que me senté despierto y observé el brillo del mar hasta que sentí que me iba a quedar ciego.

Después de aproximadamente medio día, llegamos a la costa ateniense. La tripulación gritó y saltó de alegría, mientras Kandake y yo mirábamos en silencio nuestro nuevo hogar. Incluso los atenienses recuperados, aquellos que parecían tan felices en nuestra corte, se abrazaban entre sí, riendo y sonriendo.

Sin embargo, el deleite duró poco, porque pronto la tripulación volvió a preparar el bote para traerlo a tierra. Nadie se nos acercó para cambiar las velas, y así quedaron, orgullosas y negras, desplegadas por el fuerte viento contra el cielo azul pálido. Deben haberse destacado por millas.

Mis ojos se fijaban constantemente en ellos y, sin embargo, no me atrevía a levantar la vista por miedo a que Teseo me viera y supiera que había oído su conversación.

A medida que el barco se acercaba a tierra, los marineros tomaron los remos. No habían necesitado usarlos durante la mayor parte del viaje debido al fuerte viento, pero ahora se necesitaba una habilidad más delicada para navegar por las rocas. El mar golpeaba ruidosamente contra la costa, un mar más agresivo que el suave al que estábamos acostumbrados en Creta. Por supuesto, se decía que Poseidón era el padre de Teseo. Su padre piadoso, porque también tenía un padre real: Egeo, el rey de Atenas. Teseo fue doblemente bendecido.

Si se me puede considerar ingenuo en asuntos como estos, solo puedo ofrecer en mi defensa que me crié en la corte de Creta, donde hablábamos de ellos a diario. Sabía, sin lugar a dudas, que mi abuelo materno era Helios, el dios del sol, y mi abuelo paterno era Zeus, rey de todos los dioses. No necesitaba que me dijeran estas cosas; la evidencia estaba a mi alrededor, en las prendas que usábamos, en la forma en que me trataban

tanto los cortesanos como los plebeyos. Y aunque nunca conocí a ninguno de mis abuelos, tampoco conocí a ningún falso reclamante.

¿Por qué Helios vendría a visitar a su hija y nietas cuando tenía que llevar el sol alrededor del mundo todos los días? Y Zeus tuvo muchos hijos, por lo que no fue una sorpresa que no prestara especial atención a Minos, su hijo de Europa. (Y conocí a Europa, mi abuela, muchas veces antes de que muriera. Sin embargo, nunca me atreví a plantear la concepción de mi padre con ella. Mi abuela incluso aterrorizaba a mi madre).

Más concretamente, sabíamos que descendíamos de dioses porque éramos gobernantes. Mi padre tenía el derecho divino de gobernar Creta porque su padre era el dios de todo el mundo. Y cuando Teseo llegó a Atenas, portando la espada de su padre mortal y la estatura de su padre piadoso, fue inmediatamente aceptado como hijo de Egeo e hijo de Poseidón. Y el heredero al trono.

Cuando nos acercábamos a la costa ateniense, vi a un jinete largo en el acantilado, observándonos. Era diminuto en la distancia, pero tengo buena vista, así que lo vi levantar un brazo cuando vio el barco. Entonces el caballo se encabritó y echaron a correr, como si los dioses de los vientos lo persiguieran. Teseo me vio mirando y sonrió.

"Ese será mi hijo, Hipólito".

"¿Puedes decirlo desde esta distancia?" Yo pregunté. Me sorprendió. Nadie me había mencionado un hijo, y mucho menos uno lo suficientemente mayor para montar a caballo.

"Puedo decirlo por la forma en que conduce a ese pobre caballo, aunque el caballo lo amará a pesar de eso. O tal vez por eso.

Parecía como si estuviera a punto de darse la vuelta, y yo quería mantener su atención, así que busqué algo más que decir. "¿Cuántos años tiene él? Tu hijo, quiero decir. No su caballo.

Ahora debe tener unos dieciséis años. O no, diecisiete. Han pasado dieciocho años desde la batalla con las Amazonas.

"Entonces, su madre era..." Apenas me atreví a terminar la oración.

"Antíope, reina de las Amazonas. Ah, bueno, todos hicimos cosas estúpidas en nuestra juventud, y ciertamente no me arrepiento en lo que respecta a Hippolytus. Es un buen chico.

No quería escuchar más. ¿A cuántas reinas y princesas extranjeras se había llevado Teseo, exactamente? Pero luego, hace dieciocho años, debe

haber tenido más o menos la edad de Hipólito. Sobre mi edad.

“Tierra a la vista”, gritó el marinero frente a mí, haciéndome saltar. Y luego Kandake y yo estábamos muy en el camino, sin importar a dónde fuéramos, mientras la tripulación trabajaba en conjunto para llevar el bote a la orilla. Fue un proceso arduo, y cuando terminamos, era casi el anochecer.

"¿Deberíamos acampar aquí esta noche y dirigirnos al palacio mañana?" Teseo le preguntó a Piritoo. Pirithous parecía estar a punto de responder, pero nos interrumpió un grito desde la orilla.

"¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí! Pirithous, ¿has vuelto con nosotros?"

Abajo, un jinete a caballo saludaba frenéticamente. No era el mismo jinete que habíamos visto antes. Me di cuenta por la forma en que estaba manejando el caballo. Ese jinete anterior podría haber sido un centauro. Este estaba deseando volver a valerse por sí mismo.

Pirithous y Teseo intercambiaron una mirada rápida, y luego Pirithous gritó: “Hemos regresado, sí. Pero, ¿por qué dices 'ay'?" Su voz sonaba tensa y tiraba nerviosamente de su ropa. Había pocas señales del confiado capitán que nos había acompañado a casa aquí.

"Digo 'ay' porque has regresado sin el príncipe". El hombre en la playa de abajo todavía estaba tratando de controlar a su caballo. No miró hacia el bote para ver al mismo Teseo de pie allí, asintiendo a Pirithous para que continuara.

“No entiendo, amigo,” graznó Pirithous. "El príncipe está aquí".

“¿El príncipe está aquí? ¡Entonces tengo aún más razones para decir 'ay'!” El hombre se dio por vencido y se deslizó de su caballo. Fue un aterrizaje accidentado, y el caballo lo miró con desdén.

"¿Tienes noticias, hombre?" Teseo se había dado por vencido con Piritoo, claramente. Pasó junto a él hasta la parte delantera de la nave. "Habla claro."

El hombre cayó de rodillas. Al hacerlo, perdió el control de las riendas. El caballo salió a medio galope. El hombre lo miró con una mezcla de anhelo y exasperación, pero solo por un segundo. Miró a Teseo.

“Salve, Teseo, rey de Atenas. Su Majestad, su padre ha muerto.

ACTO II



OceanofPDF.com

ATENAS



La habitación tiene alcobas en las esquinas. Recortes donde las estatuas de los dioses habrían estado destinadas a sentarse, antes de que los ocupantes de la habitación se dieran cuenta de que estaba demasiado oscuro, demasiado impropio para los dioses a los que deberían honrar. Estos nichos arrojan sombras dentro de sí mismos, y un hombre supersticioso podría imaginar, incluso en un día soleado, que había una pequeña criatura retorciéndose dentro, observándolos. Pocos de los hombres aquí podrían meterse en uno, no desde que eran niños. Tiene sentido, entonces, que la figura escondida en la alcoba en la esquina más alejada a la derecha no sea un hombre.

Medea, la bruja, como se la conoce, no es tan joven como solía ser, y le duele la espalda por estar doblada en este espacio. Es prima de Phaedra, pero tiene la edad suficiente para ser su madre, piensa irónicamente.

Desde donde se esconde no puede ver a la princesa, pero puede imaginarla. Recuerda las conversaciones que han tenido, los secretos que Phaedra le confió y se pregunta qué siente ahora. Esta chica solitaria en una habitación de hombres. Tan vulnerable. O eso parece.

Medea no sabe la verdad. Fedra llama violador a Hipólito y Medea le cree. Pero eso no significa que cada palabra que dice Phaedra sea cierta. Después de todo, las mujeres son capaces de mucho más que mentir cuando es necesario. Medea lo sabe mejor que nadie.

medea

Escuché a las gaviotas gritar en la brisa y suspiré. El día había comenzado con tanta promesa, quizás el mejor día que había tenido desde que huí de Colchis y mi esposo, Jason, con solo la ropa que llevaba puesta y el conocimiento arcano en mi cabeza.

Aegeus me había invitado a desayunar con él en sus aposentos privados. Oh, sabía lo que decía la gente, pero eran tontos. Si hubiera pasado algo de eso, no habría necesitado invitarme a desayunar, ¿verdad?

Me comporté como si fuera la diosa Afrodita bajando del monte Olimpo para visitar al rey. Chupé miel de la punta de mi dedo como una niña, me reí de los chistes predecibles y me pregunté qué diría si alguna vez me pidiera que me quedara a pasar la noche. No fui demasiadopreciado con el acto, que seguramente terminaría tan rápido como un estornudo, con un hombre de la edad de Egeo. Y mi reputación, francamente, no podía descender más. Pero si tuviera que dar ese paso, quería maximizar todos los beneficios posibles. ¿Quería ser reina de Atenas?

Cuando terminábamos de desayunar, nos interrumpió un golpe en la puerta. Levanté la vista sorprendida, esperando que Aegeus se pusiera furioso. El último mensajero que interrumpió nuestro tiempo privado juntos había sido desterrado de la ciudad. Pero hoy, el anciano rey, con la mano temblorosa, bajó el higo que acababa de llevarse a la boca y gritó: "Adelante", como si hubiera estado esperando esta interrupción.

Entró un mensajero, uno al que había visto antes merodeando por la corte y bebiendo vino barato. Su rostro estaba pálido y tartamudeaba con falsos comienzos antes de decir: "Señor, el barco ha regresado".

"Medea, déjanos", dijo Aegeus. Su voz era tranquila, pero firme. Era lo más majestuoso que jamás le había oído sonar, así que obedecí. Eso fue un error. Me levanté y salí de la habitación, tirando de la pesada puerta detrás

de mí. Una vez fuera, enderecé mi quitón y caminé de regreso a mi propio conjunto de habitaciones con la cabeza en alto.

Apenas tuve tiempo de hundirme en mi sofá, mucho más cómodo que los de las cámaras del rey, y quitarme el velo, cuando escuché la conmoción del exterior. Me levanté de un salto y miré a mi doncella, Agneta. Su mirada de horror reflejaba la mía. Ambos habíamos escuchado tales brotes antes, y nunca habían sido un buen augurio para nosotros.

"¿Debería investigar?" me preguntó, sus labios secos.

Negué con la cabeza. "Envía a Cassandra". Suena a sangre fría, como si tuviera favoritas entre mis doncellas, mujeres a las que estaba dispuesta a sacrificar (ciertamente las tenía). Pero Agneta era del norte, ni siquiera griega, más extranjera incluso que yo. Cassandra era ateniense, conocida por todos, con un marido ateniense aburrido y al menos dos hijos atenienses que nunca había conocido. También tuvo varios amantes atenienses de alto rango. Ninguna mujer estaba a salvo si una ciudad estaba siendo saqueada, pero al menos podría haber hombres que cuidaran de Cassandra.

Una vez que Cassandra fue enviada, su entusiasmo traicionando su propia falta de experiencia, Agneta y yo nos dirigimos hacia la gran ventana abierta que daba al mar. La suave brisa alborotaba nuestro cabello y el aire olía a sal y limpio, creando la ilusión de que todo estaba bien en el mundo, pero no nos engañábamos. En la distancia, pudimos ver un barco que se dirigía lentamente al puerto. Una multitud se apiñaba debajo del acantilado frente al paseo marítimo, y una mano fría se apoderó de mi corazón. Cassandra volvió corriendo a la habitación.

"Es Aegeus", anunció. Asentí con la cabeza para que continuara. "Ha saltado del acantilado y se ha suicidado".

La miré. No sentía nada por el hombre en sí, o al menos eso me decía a mí mismo, pero podía ver todo mi arduo trabajo desde que llegué a Atenas deslizándose entre mis dedos. "¿Pero por qué?" me las arreglé. Fue ese mensaje. Debería haberme quedado.

"Es su hijo, Teseo", dijo Cassandra, con el pecho hinchado por la importancia de su mensaje. Teseo ha muerto.

Balbuocé algunas tonterías sobre un barco con velas blancas que significaba que el príncipe estaba a salvo, mientras que un barco con velas negras significaba que lo habían matado. Todos nos giramos para observar el lento avance del barco, las velas negras ondeando en la brisa.

“Pero”, dije en voz alta, aunque en realidad estaba hablando solo, “el barco ni siquiera ha atracado. ¿Aegeus ni siquiera quería esperar y escuchar la historia? Recordé al Príncipe Teseo, sus fríos ojos grises evaluándome y encontrándome deficiente. Dicen que no hay tonto como un tonto viejo, y mientras Egeo se enorgullecía de acostarse con muchas mujeres y perder la cabeza por ninguna de ellas, Teseo, su supuesto heredero, lo tenía tan mareado como un niño en medio de su primer romance. Teseo y yo teníamos la misma edad y, sin embargo, Egeo siempre se había referido a él como "el niño". Al hijo de Teseo, Hipólito, un niño real, o al menos un hombre joven, lo llamó "mi nieto". Encontré que ambos eran desagradables, pero había tenido cuidado de no dejar que Aegeus lo supiera. Lo había visto despedir a sus asesores más antiguos en favor de "el niño".

Ninguna de mis doncellas respondió a mi pregunta, que era perfectamente correcta, ya que no se la había dirigido a ellas, y su respuesta no podría haber arrojado más luz sobre la situación. En cambio, nos quedamos en silencio y observamos cómo atracaba el barco y salían los pasajeros. Presioné mis manos contra el pilar frente a mí, pero Agneta fue la primera en hablar.

Con voz temblorosa, dijo: "Cassandra, pensé que habías dicho que estaba muerto".

"Dijeron que lo era", dijo Cassandra, y luego agregó, inútilmente: "Las velas están negras".

No podíamos discutir con ella y, sin embargo, ninguno de nosotros tenía ninguna duda de que el hombre alto y delgado que cruzaba la playa a grandes zancadas era alguien que no fuera el príncipe Teseo. Regresó de Creta y, al parecer, de entre los muertos.

Los jóvenes campesinos desaliñados que Teseo había llevado con él a Creta comenzaron a salir del barco, pequeños ratones parpadeando a la luz del sol. Me alejé, perdiendo interés, pero me volví cuando Cassandra gritó: "¿Pero quién es?" Vimos como una mujer joven, que no era ateniense por el aspecto de su cabello elaborado, salió con cautela del bote y llegó a la orilla. Una mujer mayor trató de ayudarla, pero la joven le sacudió la mano.

—Una novia para Teseo —dije con desdén—.

“No”, objetó Agneta. “Ella es lo suficientemente joven para ser su hija. Quizá la haya traído de vuelta para Hipólito.

Cassandra se rió. "Lo dudo mucho", dijo con malicia. "O si lo hizo, malgastó su dinero". Me permití sonreír. La primera vez que me presentaron a Hipólito, se aseguró de decirme, llegando incluso a señalarme el pecho con énfasis, que era un seguidor de Artemisa y, como tal, impermeable a mis artimañas. Como si alguna vez fuera a desperdiciar mis artimañas en un potro como él cuando había poder en otra parte.

—Todavía digo que es una novia para Teseo —dije con firmeza—. Estudié a la chica, su piel pálida y su cabello de un color brillante que no se ve a menudo tan al sur. "Y lo que es más, puedo decirte quién es ella. Ella es mi prima, Fedra. Una princesa de Creta.

Incluso Cassandra estaba asombrada en silencio. Como nieta del dios sol, tengo muchos "primos". Suelen ser hijos o nietos de mujeres a las que les gustaría un poco más de distinción que pretender ser otra conquista de Zeus, o incluso de Poseidón. En este caso, sin embargo, Phaedra es realmente mi prima. Nuestras madres eran hermanas, y nuestra abuela era la misma mujer.

Mi curiosidad volvió a picar, vimos la procesión que regresaba al palacio. Teseo, ahora informado de la muerte de su padre, abrió el camino, desnudando su pecho y aullando los gritos de angustia necesarios. Puede haber sido dolor genuino; No tenía forma de saberlo. Había pensado que conocía a Aegeus y, sin embargo, lo había dejado para saltar a su muerte.

Los tributos rodearon a Teseo, esas caras jóvenes y ansiosas que parecían cansadas y agotadas y que necesitaban un baño caliente. Y en medio, más pálida y conmocionada que cualquiera de ellos, la princesa cretense, la nueva novia de Teseo.

Aunque era mi prima, no nos parecíamos en nada. Era pequeña y rubia, con una piel regordeta que parecía que se lastimaría con facilidad. Soy alta, de cabello oscuro y piel del color de un olivo bruñido. Sus ojos azules le daban un aire de inocencia. Había oído que su madre se parecía mucho a mi madre, y que había una hermana mayor, que se decía que se parecía a ella y que era una belleza, pero esta niña debe parecerse a su padre. Uno normalmente siente lástima por las niñas que se parecen a sus padres, con sus mandíbulas fuertes y barbillas varoniles. Pero en este caso, el rostro de esta chica era suave y femenino. Parecía un pájaro asustado, el tipo de chica que un hombre, o al menos cierto tipo de hombre, anhela cuidar y hacer un pequeño nido. Sin embargo, nunca sería famosa por su belleza.

Hicieron su cansado camino de regreso al palacio, sin darse cuenta de que estaba observando cada paso que daban. Teseo no prestó atención a la nueva novia. Y prestó poca atención a todo lo que la rodeaba, su atención parecía estar en sus propios pies. Me preguntaba si solo se había perdido Creta, o si había aprendido algo en el viaje sobre ese llamado heroico esposo suyo. El número de mujeres que había secuestrado, tal vez, o el hijo a cuya madre había violado, el hijo que debía tener la misma edad que ella.

Agonicé en mi habitación esa noche, tratando de decidir si era mejor entregarme a la misericordia de Teseo o evitarlo por completo y esperar poder vivir aquí sin ser detectado hasta que pudiera escapar. No hubiera sido posible en muchas cortes, pero Atenas estaba tan desorganizada. Tenía una suite privada de habitaciones fuera de los pasillos principales, con mi propia salida a un pequeño patio que podía usar para mis abluciones. Solo tenía dos sirvientas, Agneta y Cassandra, y sería fácil contar una historia sobre cómo estaban restaurando mis habitaciones para el próximo huésped. El caos general que reinaba en las cocinas significaba que fácilmente podrían traerme comida sin que nadie se diera cuenta. El riesgo era que Teseo, con sus penetrantes ojos grises, demostrara ser más inteligente que su indiferente padre y me descubrieran. Y Teseo podría hacerme matar como fugitivo y ladrón o devolverme a Corinto encadenado.

No por primera vez, deseé tener a alguien con quien poder discutir estos asuntos, pero nunca había habido nadie. Incluso mi amado Jason, cuando era mi amado, no había sido, para no andarse con rodeos, rivalizar conmigo en términos de capacidad intelectual. La fuerza pura era un asunto diferente. Tal vez si hubiera llegado esa otra hermana, la que tiene el rostro de su madre y el mío, podría haber tratado de acercarme a ella. Pero esta niña de mejillas redondas y frente sudorosa era sólo una niña. No podía buscar consejo de ella.

Di vueltas y vueltas, probablemente manteniendo despierta a Agneta también. Si supiera que Teseo honraría los deseos de su padre y respetaría a xenia, me entregaría a su misericordia. Pero si fuera probable que sostuviera la opinión popular de que yo era una bruja que había engañado a su padre, debería permanecer escondida. Consideré brevemente seducir a Teseo, pero sabía que los trucos que funcionarían con un hombre de setenta años probablemente no funcionarían con su hijo.

Odiaba ser indeciso. Y odiaba esperar. Soy una mujer de acción, no una filósofa. Sé que la historia me juzgará, pero la historia la escriben los hombres. No quería estar a merced de ningún hombre, no otra vez. Por la mañana, me había decidido. Me mantendría en mis habitaciones y haría mis preparativos para partir. Mis doncellas podrían difundir el rumor de que me había escapado del palacio por miedo a Teseo, y podrían traerme la comida y otros suministros que necesitaba. Solo necesitaba mantenerme fuera del camino de Teseo. Después de todo lo que había pasado, me dije a mí mismo que no me importaba si vivía o moría. Y, sin embargo, tenía que admitir que Teseo todavía me asustaba. Hay cosas peores que la muerte.

OceanofPDF.com

fedra

No sé lo que esperaba. No esperaba Knossos. Después de todo, el palacio cretense es una de las maravillas del mundo moderno. Pero el palacio ateniense... sería una exageración decir que lo habríamos usado para cobijar a las cabras, pero no decir que lo habríamos usado para cobijar al cabrero.

Las paredes eran primitivas, juntas, sin pintura. El suelo era fango, sin revestimiento. El mobiliario podría describirse mejor como rústico. Nadie había pasado tiempo tallando con amor decoraciones y adornos, como lo habían hecho los maestros artesanos en Knossos. El olor evocaba demasiado bien a esas cabras. Teseo debe haberme visto retroceder.

“Sé que no es a lo que estás acostumbrada, princesa. No voy a fingir lo contrario. Y tampoco voy a decir que es algo de lo que estoy especialmente orgulloso. Pero créanme, cuando termine mi reinado, será más que un rival para Knossos”.

De otro hombre, esto podría considerarse jactancia: salvar las apariencias frente a la infeliz joven novia. Pero el tono de Teseo era tan real, y su falta de interés por mí tan evidente, que lo tomé como una declaración de intenciones.

“Esta será tu habitación,” dijo abruptamente, deteniéndose frente a una puerta baja. “Ahora, si me disculpas, debo ir a ver los restos de mi padre. Te veo mañana.”

“¿No volverá aquí más tarde, señor?” Pregunté, sobresaltado. Mis padres nunca pasaron una noche separados.

“No, mis habitaciones están al otro lado del complejo. Duerme bien, princesa”, dijo.

—Reina —dije, asombrándome con mi audacia.

“¿Le ruego me disculpe?” Teseo se dio la vuelta y, por primera vez, sentí que me miraba, que realmente me veía a mí, a Fedra, una mujer y una

igual, no solo una joven que había arrastrado por medio mundo para satisfacer su propio ego.

“Soy una reina ahora, no una princesa. Tu padre está muerto, lo que te convierte en rey. Y yo soy tu esposa, lo que me hace...”

"-una reina." Terminó la frase por mí. "Bien bien. Tal vez el perrito tenga algo de mordisco después de todo. Buenas noches, Su Majestad. Me hizo una reverencia amplia y baja, luego se dio la vuelta y se fue, riéndose un poco. Cuando llegó al final del pasillo, lo vi enderezarse y luego volver a encorvarse un poco antes de reunirse con los atenienses. El modelo de un hijo y heredero en duelo.

Solo, abrí la puerta y miré dentro de mis habitaciones. Esperaba que estuvieran mejor decorados que el resto del palacio, pero me equivoqué. Había una habitación principal con dos pequeñas habitaciones contiguas. Abrí y cerré las puertas, luego me hundí en una pequeña silla con horror. No había lavabo.

Un golpe vacilante en la puerta. “Adelante”, llamé.

"¿Señora?" Kandake se paró frente a mí retorciéndose las manos.

“No hay baño”, dije miserablemente. "¿Qué vamos a hacer?"

“Tendremos que salir al aire libre”, respondió ella. "Igual que cualquier campesino".

“Pero yo no soy un campesino”, dije. "Soy la reina."

"¿Reina de qué, sin embargo?" preguntó, y por un momento, fue como tener a mi madre allí. Luego se sonrojó. “Lo siento, Su Majestad, me excedí. No puedo hacer mucho esta noche, pero puedo tratar de localizar algunas instalaciones para ti”.

"¿Instalaciones?" Pregunté, mi ceja levantada. No estaba seguro de lo que quería decir. No pudo instalar agua corriente.

Se retorció las manos un poco más. Finalmente, se dio por vencida. “Un balde, señora. Entonces al menos tendrás algo de privacidad.

La miré fijamente, tratando de darle sentido a lo que había dicho. Entonces me di cuenta de lo ridículo de la situación y me eché a reír. Estaba un poco histérica. Si ella se hubiera unido a mí en la risa, es posible que nunca nos hubiéramos detenido. Pero ella no lo hizo. Se cruzó de brazos y me miró con expresión paciente, como si no fuera la situación lo que daba risa, sino que yo era un niño sobreexcitado al que había que mimar. Y así se me escapó la risa y me sentí más ridícula que nunca.

"¿Dónde vamos a dormir?" Yo pregunté. Inspeccionamos las habitaciones y encontramos una cama mediana en una de las habitaciones contiguas y una cama pequeña en la otra. Sin embargo, la habitación con la cama más pequeña tenía una ventana que daba al mar.

—Podrías quedarte con esa —señalé la cama más grande, pero ella negó con la cabeza.

"Tomaré este, señora. Es más apropiado. Y además... —Empezó a decir algo, y luego sus palabras se desvanecieron.

"¿Además?" invité.

"Puede que no siempre duermas solo ahora".

Por un momento extraño, mis pensamientos regresaron a mi hermana, con quien había compartido una habitación toda mi vida. Pero luego me di cuenta de lo que quería decir y me sonrojé. "Oh." Me di la vuelta. No esperaba que fuera así, en este conjunto de habitaciones pequeñas y sucias con paredes mugrientas, y con Kandake a solo un endeble tabique de distancia, capaz de oírlo todo.

El siguiente golpe en la puerta, más contundente, fue el de los hombres que entregaban nuestros baúles. Kandake sacó lo básico que necesitaba para dormir, luego me hizo pasar a la habitación más grande y me cerró la puerta. Estaba tan cansada que me derrumbé en la cama. Mi último pensamiento antes de quedarme dormido fue que tendría que construir un santuario en mi habitación al día siguiente. Rezábamos a los mismos dioses y diosas, pero no quería que los sacerdotes atenienses escucharan mis oraciones.

Trifón

El rey esta muerto, larga vida al rey. Así lo dijimos, y también deberíamos decirlo en serio. Y lo hice, lo hice, aunque solo fuera porque Hipólito era una perspectiva mucho peor que Teseo.

El viejo Egeo no había sido un hombre inteligente ni un rey sabio. Había gobernado con el mínimo esfuerzo. Se había dejado cautivar por esa bruja, Medea (y bruja era un término educado para la mujer). Todos la vimos, sonriéndose tontamente y mirándolo con ojos enormes, a pesar de que tenía la edad suficiente para ser su padre. Y la vi poner los mismos ojos en blanco cuando pensaba que nadie miraba. Egeo había sido un tonto al acogerla. También había sido un rey terrible. No se puede decir que Atenas prosperó bajo su gobierno.

Y sin embargo... y sin embargo, sabías dónde estabas con Aegeus. Él podría ser manejado. Él podría ser guiado. Era un hombre sencillo con lujurias y deseos sencillos. No era amable, pero su pereza innata significaba que tampoco era cruel. No prosperamos, pero sobrevivimos. Y, permítanme ser honesto, algunos de nosotros prosperamos.

Supe que teníamos un problema en cuanto vi a Teseo. Si quieres mi opinión, aunque ahora es una traición decirlo, no creo que fuera hijo de Egeo. Si su madre le decía que lo era, era una mentirosa. Egeo estaba entrando en su vejez. Nunca había tenido un heredero, pero había mujeres en toda Ática a las que les habían dicho que si tenían un hijo nueve meses después de su visita, debería venir al palacio. Durante cuarenta años, ninguno vino.

Fue un juego de niños para Teseo presentarse como un hijo perdido hace mucho tiempo y heredero del trono. Y mejor que eso, un heredero con un heredero ya asegurado. Nos reservamos en Atenas, y no habíamos oído todas las historias sobre Teseo, aunque sabíamos que era amigo de Heracles, y el niño, Hipólito, que lo acompañaba, era hijo de una reina amazona,

obtuvo en circunstancias turbias. Traté de darle a Hippolytus el beneficio de la duda. Ciertamente no tenía la culpa de los tratos de su padre. Era un chico alto y hosco, pero aun así me acerqué a él una o dos veces, le conté sobre los debates que se habían organizado para los jóvenes, ese tipo de cosas. Pronto me dejó en claro que solo era feliz cuando estaba montando su caballo, y como mis días de equitación quedaron atrás, eso fue el final de eso.

No sé cómo Teseo le explicó a Egeo que había estado vagando por la tierra durante cuarenta años antes de presentarse en la corte como hijo de Egeo. No tenía la confianza de Aegeus en ese momento. Mi culpa, no había sido lo suficientemente delicado con él sobre Teseo. Lo había desafiado demasiado directamente. Quizás Egeo no fue el único que se volvió tonto en su vejez.

Entonces Teseo había sido reconocido por Egeo. Y Teseo decidió que, como príncipe, el primer cambio que haría sería revisar el sistema de tributos, una decisión que tomé de manera bastante personal, ya que fui yo quien discutió los detalles con Minos muchos años antes. Minos, ahora había un rey. Los asesores de Minos no recibieron los amplios mandatos que me dio Aegeus. Y, sin embargo, a pesar de haber engendrado al menos tres hijos y probablemente cuatro de su esposa, Minos se encontró en una posición similar a la del viejo Egeo. No tenía heredero a menos que adoptara a ese cuco Teseo, que estaba casado con la última hija sobreviviente de Minos. Cómo gira y gira el mundo.

Pero eso aún estaba por llegar. Como dije, Teseo decidió que aboliría el sistema de tributos, y Egeo estaba totalmente de acuerdo con el plan, habiendo olvidado ese frío día de invierno muchos años antes, cuando los atenienses morían por falta de alimentos y combustible. Él y yo nos envolvimos en pieles que estaban casi raídas y navegamos a Creta para negociar un acuerdo. Minos nos daría dinero mientras, a cambio, le daríamos catorce buenos jóvenes, ninguno de los cuales sería capaz de encontrar empleo en Atenas, y todos los cuales serían capaces de iniciar su propia revolución si seguimos. ellos aquí. Me había gustado Minos, y antes de que nos fuéramos, me había apartado.

"Mira, Trypho", había dicho, sonriendo en lo que sospecho que él creía que era una manera amistosa, pero que aún parecía más como un gruñido.

En mi corte hay sitio para jóvenes ambiciosos como tú. Era pura adulación; incluso entonces yo no había sido un hombre joven.

"Gracias, señor", le había respondido, "pero le debo lealtad a mi rey", o alguna tontería por el estilo. La verdad era que tenía ropa mucho mejor que la que llevaba escondida en Atenas, donde Aegeus no podía verla. No creía que hubiera ningún lugar en Creta que los ojos más clarividentes de Minos no penetraran.

En cualquier caso, Egeo no mencionó nada de esto cuando Teseo se ofreció como el mayor de los tributos, y se destacó como un pulgar dolorido, aunque todos nos esforzamos por no mencionarlo. Yo mismo habría manejado mejor el plan, pero no tenía ningún interés en hacerlo. Habría enviado al ternero joven, Hipólito, en su lugar. Puede que le falte la mano firme y la experiencia de Teseo, pero era un buen luchador. Y si no hubiera regresado, Teseo tendría la oportunidad de engendrar un nuevo heredero, uno que no tuviera los defectos de carácter, por decirlo de manera cortés, de su hijo actual. Pero yo no estaba involucrado. Teseo fue él mismo.

Y aquí cometí mi segundo error. No dependía de que el barco regresara para escuchar noticias de cómo ocurrieron los eventos en Creta. Yo tenía mis propias fuentes. Y entonces escuché cómo Teseo había derrotado al Minotauro y había corrido alrededor de Minos, y ahora regresaba a casa con una princesa cretense a cuestas (aunque mis fuentes estaban un poco confundidas aquí, y por un tiempo pensé que había logrado asegurar no una, sino dos princesas, lo que no habría perjudicado su buena reputación con su padre). Pero no quería que Aegeus supiera hasta dónde llegaban mis fuentes en Creta, así que me guardé la información para mí. Como resultado, escuché junto con el resto del palacio cuando Egeo se arrojó por el acantilado y estrelló su cuerpo contra las rocas de abajo, creyendo erróneamente que su hijo Teseo estaba muerto.

Dicen que los viejos llegan a parecerse a las ancianas, mientras que las ancianas simplemente se vuelven viejas. Ciertamente fue cierto en mi caso. Me encontré derramando lágrimas por ese bribón de Egeo, aunque Zeus sabe que él nunca habría derramado lágrimas por mí. Al menos alguien derramó lágrimas por él, ojo. No imaginé que la bruja perdiera el sueño, y Teseo e Hipólito ciertamente tampoco.



Teseo fue lo suficientemente respetuoso. Nos explicó a mí ya los demás visires sus planes para Atenas con minucioso detalle. Sin embargo, él no se dejaría influir, sin importar cuáles fueran nuestras opiniones. Y todos estábamos en contra de esta “democracia” que él deseaba introducir. ¿Gobierno del pueblo? ¿Teseo nunca había conocido a su prójimo? La mayoría de ellos son cerdos ignorantes, interesados solo en ellos mismos y en sus bajos deseos. Quieren ser guiados, que se les diga qué creer, que se les diga qué impuestos pagar y en qué pequeños obsequios se gastarán esos impuestos. Entregar el poder al pueblo equivale a entregarlo a los sacerdotes. Le advertí a Teseo de esto en aquellos primeros días cuando pensé que realmente buscaba mi opinión. Más tarde supe mejor, y sonreí y asentí cortésmente. Éramos muy amables el uno con el otro, Teseo y yo.

Soñaba despierto con dejar la corte, con retirarme a mi granja fuera de la ciudad, con sus puestas de sol sobre las colinas, esa mañana cuando conocí a la princesa cretense. Removí mi cuchara en mi miel y escuché el rugido cacofónico de Hippolytus y sus amigos detrás de mí, jugando un juego que involucraba sus cuchillos y la mesa. Las hojas cortaron la madera, una y otra y otra vez, mientras los chicos vitoreaban y se burlaban, y mi cabeza palpitaba. Me hubiera gustado creer que habrían mostrado más decoro si Aegeus todavía estuviera vivo, pero no era cierto. Este patio se había convertido en un nido de osos, con Hipólito como oso principal. Sus amigos estaban coreando su nombre y golpeándose el pecho o la mesa cuando se detuvieron abruptamente. Levanté la vista con interés; Sabía que Teseo debía haber entrado en la habitación, porque él era el único que podía frenar a esos jóvenes cachorros. Pero hasta que vi a la princesa, no sabía por qué se habría molestado.

La princesa. Era muy bonita, con sus grandes ojos azules y su piel pálida. Miró a su alrededor, parpadeando, el miedo evidente en su rostro. Era la única mujer en la habitación. Teseo estaba cerca, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios. No podía esperar ningún apoyo de ese sector. No sabía por qué la había traído aquí. Egeo había tenido el sentido común de mantener a Medea en sus aposentos, y ella ni siquiera era su esposa.

"Hipólito", llamó Teseo. "Quiero presentarte a mi hijo", le dijo a la princesa.

El volumen en la habitación bajó. Miré a mi alrededor y traté de ver el comedor, tan familiar para mí, a través de los ojos de un recién llegado. Había al menos cincuenta hombres, alineados en bancos, con sus platos frente a ellos, en varios estados de vestimenta, desde simples camisas tejidas hasta armaduras de batalla completas, todos mirando abiertamente al recién llegado. Sus cuchillos estaban suspendidos en el aire, grandes trozos de carne clavados en las hojas para ser arrancados con los dientes. Dos hombres que habían terminado su comida se detuvieron, en medio de una lucha de brazos, sin saber si dejar caer las manos o no.

Ese era el rincón de la habitación al que Teseo condujo a la pobre princesa, aunque al menos no era uno de los muchachos de pulso a los que la estaba presentando. Hippolytus, alto y delgado, se apoyó contra la pared. Compartía los pómulos pronunciados y la boca torcida de Teseo, aunque sus brillantes ojos azules añadían a su rostro un atractivo del que carecía el de su padre, y su porte era más elegante.

"Señora, le presento a mi hijo, Hipólito".

Fedra agachó la cabeza. "Encantado de conocerte, Hippolytus."

Hippolytus se burló, levantando el labio superior en una parodia de disgusto, aunque no fue suficiente para estropear por completo ese hermoso rostro. "Señora", dijo arrastrando las palabras. "El honor es mío ..."

Teseo simplemente apoyó su mano en el hombro de su hijo y dijo suavemente: "Hipólito, Fedra es mi esposa ahora".

"Entonces tú eres el desafortunado", dijo Hippolytus. Phaedra jadeó, y algunos de los jóvenes se rieron. Uno de los luchadores de brazos soltó una carcajada. "Oh, no me refiero a nada sobre usted, personalmente, señora", dijo Hippolytus, abriendo esos grandes ojos azules e inclinándose hacia ella en una muestra exagerada de modales corteses. "Estoy seguro de que eres muy encantador. Pero el matrimonio no es una institución que yo apoye".

"¿En efecto?" Phaedra dijo, su voz temblando un poco.

"Me temo que Hipólito y yo hemos estado solos durante demasiado tiempo, desde que murió su madre", dijo Teseo, sin quitar la mano del hombro del niño. "Y recientemente hemos venido a la corte, como saben. Quizás sus modales todavía son un poco toscos".

Fedra guardó silencio y ninguno de los presentes acudió en su ayuda. Finalmente, se atragantó: "¿Cuál es tu objeción al matrimonio, Hipólito? Seguramente pronto estarás en edad de casarte.

"Como mi madre antes que yo, estoy prometido solo a la diosa Artemisa", proclamó grandiosamente.

"¿La diosa virgen?" ella preguntó.

"Sí, en efecto, y más que eso: la diosa de la caza, la diosa de la naturaleza. La diosa de todas las cosas buenas, puras y hermosas de este mundo.

El ambiente estaba extrañamente cargado. Era como si, a pesar de la sala llena de gente y de la mano de Teseo sobre el hombro de su hijo, las únicas dos personas en la sala fueran Fedra e Hipólito. "Eso puede cambiar a medida que envejeces", dijo, aunque su rostro sugería que ella misma no había alcanzado muchos años. "Puedes encontrar que también hay lugar para Afrodita".

"¿Afrodita? ¿La diosa de los dormitorios? ¡Pah!" Y golpeó la mesa con la mano. A su alrededor, los jóvenes dieron sus propios gritos de aprobación.

"Vivimos para la caza, ¿no es así, caballeros?" él gritó.

"¡La caza!" Todos retomaron el grito y luego lo repitieron en diferentes intervalos, por lo que la habitación se estremeció con sus llamadas.

"Es suficiente", dijo Teseo finalmente. "La caza está muy bien, pero Phaedra tiene razón al recordarte que hay otras diosas a las que servir. Como Atenea, patrona de esta maravillosa ciudad. No, Hipólito. Teseo levantó un dedo cuando vio que Hipólito abría la boca para objetar. "No oiré una palabra contra Atenea. Necesitaremos su sabiduría y su magnitud si queremos que Atenas sea tan grande como se merece. No viste Creta; de lo contrario, sabría cuán atrasados estamos.

"Quizás algún día la reina Fedra te haga saber lo magnífica que es su ciudad-estado. Pero mientras tanto, veo que ha llegado su desayuno y tengo asuntos de estado que atender. Teseo hizo una reverencia y, quizás en su gesto menos caballeroso desde que secuestró a la madre de Hipólito, salió de la habitación.

Phaedra se quedó mirando a su alrededor mientras un sirviente sostenía un pequeño cuenco de yogur. El lugar normal para sentarse sería al lado del príncipe, su hijastro, pero ella no se movió.

Pensé que era absurdo que alguien trajera a una mujer joven aquí para presentarle a ese patán, pero algo en el comportamiento de Hippolytus me hizo detenerme. Sus ojos estaban muy abiertos, y su piel parecía húmeda. Si

no lo hubiera sabido mejor, habría creído que estaba cautivado por ella. Un extraño giro de las cosas, de hecho.

De mala gana, le dio la espalda a la princesa. Volvió a golpear a sus compañeros en el brazo y alardear de las muertes. La princesa se encogió hacia atrás, su actitud era de disgusto. Vi mi oportunidad. Empujé la silla abierta a mi lado con mi pie. Al percibir un rostro amistoso, la niña se acercó y se sentó, y el sirviente la siguió con su yogur.

Al principio, hablamos de cosas pequeñas: su viaje a Atenas y el sol que Atenas había disfrutado desde que llegó. Pero eventualmente dirigí la conversación hacia Aegeus.

"Le serviste como asesor, ¿no?" ella preguntó. "¿Era un buen líder?"

"Ah, mi señora, nunca hubo otro líder como él", dije, inclinándome hacia adelante. Esa parte era cierta, al menos. Ensalcé todas las virtudes de Egeo, las batallas que había ganado, las bondades que había otorgado a la gente, la sabiduría que había mostrado en los juicios.

Permití que mis ojos se humedecieran un poco mientras hablaba, y sé que ella lo notó.

Ha hablado bien de Aegeus, buen señor. Me pones triste porque nunca lo conocí".

"Gracias, Su Majestad. Fue un buen rey, quizás no tan ambicioso como algunos, pero un buen rey para nosotros, su pueblo".

"Espero que los ancianos digan lo mismo de mi padre, el rey Minos", dijo con seriedad, y me complació ver que sus propios ojos estaban llenos de lágrimas. Puse mi mano sobre la de ella brevemente, mi vieja piel áspera luciendo incongruente contra su mano pálida y regordeta, y luego la retiré rápidamente. La intención era parecer paternal, no como un anciano amoroso.

Volvíamos a la pequeña charla. Traté de sacarla para hablar sobre su hogar, Creta, y el nuevo rey de Atenas, pero era demasiado bien educada. Sin embargo, noté algo interesante cuando hablamos de Teseo. Estaba absolutamente llena de ira. Dudaba que Teseo se diera cuenta, sobre todo por su piel lechosa y sus ojos bajos. Sin embargo, allí estaba, bajo la superficie, un verdadero odio.

Cuando hablé de Teseo, sus ojos se entrecerraron por un margen desnudo, sus fosas nasales se ensancharon muy levemente, el color de sus mejillas se profundizó un poco. Pero ¿por qué estaba tan molesta? ¿Fue su

trato hacia ella, quitándola de su familia? ¿Era el hecho de que él la había instalado en el palacio pero no le había dado el debido respeto que se le debe dar a su esposa? Pensé que allí también había algo más profundo, algo que había sucedido en Creta. Indagaría en mis fuentes, pero también resolví ganarme la confianza de la princesa. Después de todo, el enemigo de mi enemigo es mi amigo.

OceanofPDF.com

fedra

Durante las primeras diez noches, todo lo que quería hacer en la corte ateniense era llorar. Echaba de menos Creta, y no solo a mi madre, mi padre y mi hermana; Echaba de menos el palacio. Por mucho que me frotara, nunca podría sentirme limpio en la corte ateniense, y nunca podría librarme de las fosas nasales del olor a podredumbre y descomposición que impregnaba el lugar.

Sabía que Kandake sentía lo mismo. Pasaba todo el tiempo en nuestras habitaciones sobre manos y rodillas con un cepillo, torturando los pisos para quitarles la suciedad. Cada noche daba un suspiro de satisfacción. Pero todas las mañanas, una fina capa de polvo volvía a cubrirlo todo y tenía que empezar de nuevo.

Nunca vi a Teseo. Puede que haya oído rumores sobre cuánto lloré. No creo que hubiera querido pasar tiempo conmigo tampoco. Pero no lloré por Teseo porque no quería desperdiciar mis lágrimas en un monstruo.

“¿Por qué lo ayudaste, Ariadne?” La pregunta siempre estuvo en mis labios, y deseaba que se me apareciera de nuevo para poder preguntarle.

Me uní a Teseo para desayunar esa mañana porque no tenía otra opción. Me había dicho que quería presentarme a su hijo. No tenía idea de que tenía la intención de dejarme con él. Después, me sentaría en mi habitación y trataría de decidir qué había sido lo peor. En la corte cretense, las mujeres se unían a los hombres para desayunar. Aquí, claramente ese no fue el caso.

Yo había sido la única mujer allí, y me había sentido expuesta y cruda. Pero fue Hippolytus quien me dejó con la sensación de que cada célula de mi cuerpo se inundó repentinamente con una poderosa carga: los brillantes ojos azules de Hippolytus que parecían flotar ante mí, atormentándome; Las palabras de Hippolytus que se abrieron paso alrededor de mi cabeza y no me dejaron ir. Esa noche me fui a dormir y soñé con Hipólito, no como un

hombre, sino como un centauro, con el torso fusionado con el caballo que tan bien montaba.

“Él es tu hijastro”, me recordé cuando desperté. “Él es el hijo de Teseo, su orgullo y alegría”. Y, sin embargo, recordé la forma en que me había mirado, esos ojos azules desafiándome, enojados y furiosos; era como y sin embargo no como su padre, un verdadero hijo del mar. Ahora también era mi hijo y, sin embargo, solo tenía un par de años menos que yo.

En algún momento debí quedarme dormido, porque escuché voces abajo, un coro de mujeres llamándose unas a otras, pero cuando miré por la ventana, todo lo que pude ver fue el patio vacío, bañado por la luz de la luna. Me senté en mi cama, esperando que el ruido cesara, pero continuó. Enfoqué mi mente, tratando de elegir una voz de la cacofonía, y cuanto más escuchaba, más sentido comenzaban a tener los ruidos.

“No vayas solo a la habitación de Adrastos. Siempre en parejas, siempre, siempre en parejas”.

“Dardanos es un perverso y un matón. Me golpeó por hacer mal su cama, pero juro que no había nada malo en la cama, y sus ojos brillaban más con cada golpe”.

“Mryto es un perverso, pero no te hará daño. Te pedirá que lo golpees, como si fuera un caballo. Pretende que tú tienes todo el control.

Ese último me hizo sentarme derecho. ¿Había hombres que harían tales cosas? Me envolví con las sábanas y escuché las voces llamando. Y algunas mujeres que ni siquiera podían llamar, sino que solo lloraban.

Encogí las rodillas bajo la barbilla y pensé, por primera vez desde que llegué a Atenas, en el tributo al que le había hablado, al que más tarde había ayudado a salir del laberinto. Esto era lo que ella había estado tratando de decirme. Esta era la suerte de la mujer común, la sirvienta. Obligado a entrar en baños de hombres y hacer cosas indescriptibles. Me senté solo en mi cama y escuché, y escuché que había otros peor que yo. Estaba agradecido de que Teseo pareciera haber decidido que yo era su esposa solo de nombre, incluso cuando me preguntaba por qué me había traído desde mi casa si no tenía la intención de usarme de la forma en que lo hacen los hombres. Volví a pensar en esos hombres corpulentos en el comedor. ¿A cuál le gustaba vencer y a cuál ser golpeado? Y al final, ¿era mejor? Tal vez no tenías magulladuras si sujetabas el palo, pero la mujer que había hablado tenía razón.

No tenías control.

Me tapé la cabeza con las cobijas, pero no pude ahogar esas voces. Esta información debe serles útil, o al menos una liberación de su dolor. Pero sentí que pesaba sobre mis hombros, me agobiaba. No podría soportar tanta pena. Yo tenía mi propio dolor que soportar.

Me quedé escuchando las voces hasta el amanecer, cuando se desvanecieron. Y cuando mi mano rozó mi mejilla, justo antes de quedarme dormido, me di cuenta de que mi rostro estaba mojado por las lágrimas. No conocía a estas mujeres, pero sentí que éramos hermanas. Había compartido sus noches más oscuras y despertaría a una mujer más sabia.



A la mañana siguiente, me levanté y me vestí. Mi doncella todavía estaba durmiendo, así que me fui solo, salí del palacio y regresé a la costa. Quería ver si podía ver Creta, un punto distante en el horizonte, pero todo lo que pude ver fueron olas rompiendo en la playa.

“Aguas traicioneras. Espero que no estuvieras pensando en bañarte.

Me sobresalté, luego me giré para ver nada más y nada menos que a Hippolytus detrás de mí, con la boca levantada en una sonrisa. Su túnica estaba atada holgadamente alrededor de su cintura y podía ver a través de su musculoso torso. La piel debajo era dorada brillante, como si fuera el hijo del dios sol. Nunca había visto tanta carne masculina fuera de un cuadro. Recordé mi sueño: ese sería el lugar donde su piel se fusionaría con la del caballo, y tragué saliva de repente. Había estado pensando en entrar al agua y dejar que las olas saladas me quitaran la suciedad de la piel, pero nunca lo admitiría ahora.

“¿No es traicionero de su parte referirse a ellos como tales? ¿Pensé que descendías del dios Poseidón? Pregunté, queriendo recordarle suavemente sus deberes religiosos y redirigir mi propia mente a la importancia de los dioses. Él era mi hijastro, incluso si la relación se sentía mal y fuera de lugar, como la túnica de un hombre tirada casualmente sobre una mujer pequeña.

"Te lo dije, adoro a Artemisa". Lanzó la cabeza al aire, sus fosas nasales dilatadas. Cerré los ojos brevemente.

—Adoro a todos los dioses —dije en voz baja—, pero particularmente a aquellos de los que desciendo, como es justo. El dios sol Helios, y...

"No me importa de qué dioses descienes". Me interrumpió y se rió de lo que debió haber sido una expresión de sorpresa en mi rostro.

"Señor, si continúa desafiando a los dioses de esta manera, lo castigarán", intenté, sin querer rendirme demasiado pronto.

"¿Es eso lo que tú crees?" preguntó, girando algo en su mano. Mirando más de cerca, vi que era una fusta.

"Por supuesto," dije con firmeza, ignorando el fuego en mi bajo abdomen. Pero ya se estaba alejando con largos pasos a zancadas.

"Solo hay una diosa a la que vale la pena obedecer, y esa es Artemisa", gritó por encima del hombro. "Recuerda mis palabras: ella me protegerá de todos los demás".

Me estremecí ante su inexpugnable arrogancia y, al hacerlo, una nube cubrió el sol. Parecía que mi abuelo, el dios sol, deseaba decirle lo contrario.

Coro Nocturno

Somos las mujeres de Atenas, aunque podríamos ser de cualquier parte.

Escuchanos. Sólo escucha.

*Tener cuidado. Aquí están los hombres que nos han hecho daño. No
queremos que te pase a ti.*

Alcestis me obligó cuando solo tenía quince años.

Tengo edad suficiente para ser su madre, pero...

Nunca, nunca, nunca estés solo con Dioscouros.

*¿Alguien no escuchará? Solo quiero ser escuchado. Solo quiero que me
crean.*

No tuve elección.

yo no quería

Me pasó a mí.

Y yo.

Y yo.

Yo también.

OceanofPDF.com

fedra

Y, sin embargo, incluso después de que había pasado una fase lunar, todavía no había señales de que los dioses castigaran a Teseo. Vi poco de él. No volví a la orilla, no porque evitara a Hipólito, sino porque el tiempo había cambiado y era más agradable quedarme en mis habitaciones, comer la comida que Kandake me preparaba y dormir soñando con la venganza. .

Mientras yacía en mi cama o me arrodillaba frente a mi santuario, me preguntaba qué forma tomaría el castigo de los dioses. Quería saber cómo prevería que estaba a punto de suceder, para poder asegurarme de que estaba allí para presenciarlo, tal como había estado allí para presenciar la transgresión de Teseo. Incluso especulé si podría tener un pequeño papel que desempeñar en él. Me imagino dejando una cuerda enrollada en el pasillo para que Teseo tropiece y le rompa el cuello, o dejando un trozo de comida que se volvería rancio y haría que se ahogara y muriera. Pero siempre seguiría estos pensamientos murmurando: "Como los dioses deseen". La venganza de los dioses sería suficiente para mí.

Necesitaba pintar, me di cuenta. No podía seguir así, sintiéndome inquieto y fuera de lugar. Necesitaba dejar mi huella y demostrar que pertenecía aquí. Me arrodillé en mi baúl y saqué mis pinturas. Mi mano rozó los pequeños labrys, pero fingí que no lo había sentido. Un escalofrío me recorrió cuando pasé mi mano sobre las pinturas de colores y luego agarré el pincel. ¿Por qué una mujer querría coser, me pregunté, cuando podría tener todas estas alegrías en la palma de su mano?

Me quedé de pie, con el cepillo en una mano y la barbilla en la otra, frente a la pared. No tenía la intención de aplicar ningún color en esta etapa, solo un blanqueo preparatorio. Y, sin embargo, vacilé, no tan preocupada de que me atraparan como si pudiera equivocarme. Esta pared era más tosca que las de nuestro palacio en Creta, menos acabada. Realmente no sabía lo que estaba haciendo. Tal vez necesitaba—

Me detuve. Todo lo que iba a hacer era poner una capa de cal en la pared. Incluso un trabajador podría hacer eso. Tentativamente, levanté mi pincel y di el primer trazo.

Y luego, tan rápido que no estaba seguro de lo que había sucedido, la pintura me estaba controlando. Estaba alisando la pintura de la pared como si fuera una madre acariciando la piel de su bebé. Disfrutando la sensación del pincel bajo mis dedos, la pared bajo el pincel, como un músico dando vida a su composición. Sometiendo el muro a mi voluntad, mi visión, como un dios dando a luz al mundo. Puede haber sido solo una capa blanca pálida, la superficie opaca de la pared aún brillaba, pero para mí, se sintió como una obra maestra.

Pronto me di cuenta de que había una razón por la cual los trabajadores se les dio esta tarea: el tamaño del cepillo. Mi pincel pequeño y delicado, tan perfecto para dibujar personas o toros cretenses, era terrible en la cobertura. Un hombre con un pincel amplio y brazos grandes podría haber cubierto esto en una cuarta parte del tiempo que yo estaba tomando. Pero no me importaba. Perseveré, me dolía la muñeca, hasta que los finos trazos blancos en el centro de la pared se extendieron y rodearon para llenar el espacio. Me agaché para cubrir el extremo inferior de la pared y jalé una silla para llegar a la parte superior. Los vapores en mi nariz me marearon, pero me agarré a la parte superior de la silla para mantener el equilibrio y aguanté, decidido a hacer mía esa pared.

Finalmente, la pared fue cubierta. Me tropecé de nuevo en el suelo y lo miré. La pared estaba irregular. La pintura estaba desigual. Pude ver pinceladas claras en todas partes. Pero era mi pared. Decidí que iba a pintarlo, y lo pinté. Y eso solo podría ser una victoria.

Ahora tenía que decidir cómo iba a decorar esa pared. A esta parte del esfuerzo le había dado menos consideración. Podría haber comenzado con un toro cretense, acostumbrado como estaba a dibujarlos, pero no podía imaginar un toro sin recordar ese cuerpo delgado empalado en los cuernos, un espectáculo que todavía me perseguía. Necesitaba algo nuevo, una señal de que había adoptado mi nuevo hogar. Me pregunté sobre el símbolo de Atenas, el viejo y sabio búho, que evoca a la diosa Atenea, pero nunca había visto uno de cerca y no estaba seguro de poder captar bien los ojos. Poseidón era el padre de Teseo y llevaba un tridente, pero parecía demasiado obvio.

Después de mucha deliberación, me decidí por el mar, olas azules golpeando la costa, con un sol dorado arriba. Ese sería un símbolo apropiado: Poseidón, el padre de Teseo, en sociedad con Helios, el abuelo de Fedra. Marido y mujer uniendo dioses. Mi boca se torció un poco al recordar una conferencia que Alessandro, nuestro maestro fresco, había dado a sus aprendices, sin darse cuenta de que yo estaba sentado.

“Recuerda que, si bien puedes ser el artista, el gran señor que ha encargado tu trabajo es el mecenas. ¿Y qué es lo que, sobre todo, quiere el patrón? Por qué, para ser halagado. Ver al artista desaparecer y el tema pasar a primer plano. ¿Y cómo hacemos eso? Los hacemos sentir importantes. Dicen que son descendientes de los dioses. Entonces los convertimos en dioses. La adulación lo es todo. La adulación paga tu cena.

Miré alrededor del Gran Salón en ese momento, mi menos favorito de todos los cuartos de nuestro palacio, pero amado por mi padre, y noté la fuerza y el poder del toro cretense. La adulación, de hecho. ¿Y quién sería recordado por más tiempo? Alessandro, el genio que pintó esos murales? ¿O el rey Minos, hijo de Zeus, el toro cretense personificado?

Teniendo esto en cuenta, decidí poner el énfasis en el mar de abajo, y no en el sol en el cielo. Quizás sería más halagador recordarle a mi nuevo esposo que su padre era el rey del océano.

Disfruté pintando los colores incluso más de lo que disfruté con el blanqueo. Ahí estaba la oportunidad, la oportunidad de salpicar el océano con diferentes tonos de azul, de distinguir las olas con franjas de blanco y negro. ¿Fue la obra de arte con la que soñé en mi cabeza? No, por supuesto que no lo fue. Había un enorme abismo entre los dos; incluso en mi estado encantado tuve que admitirlo. Pero todavía estaba disfrutando el proceso, entregándome por completo, hasta que no hubo distinción entre mi trabajo y yo. Sin duda, cualquier otra persona me vería como una ingenua y tonta, una princesa mimada que juega a ser una artista. Y más tarde, cuando miraba mi pared, con sus manchas de pintura azul y blanca aplicadas aparentemente al azar, eso era lo que yo también pensaba. Pero en ese momento, pincel en mano, no estaba jugando. Pensé que era un artista.

Podría haber seguido todo el día. El sol estaba bajo en el cielo cuando terminé el agua a mi satisfacción, y el frío repentino me hizo darme cuenta de que Kandake volvería pronto con un estofado sustancioso. Al menos esta vez tenía una sorpresa para ella, aunque sabía que no lo aprobaría.

Kandake

El palacio ateniense me asustó. Me alegré de no ser una mujer más joven. A mi alrededor, las criadas y las sirvientas andaban de puntillas, silenciosas como gatos. Usaban pantuflas planas para no llamar la atención y mangas largas para ocultar los moretones en sus brazos. Antes de darme cuenta, yo también lo estaba haciendo. Lo que era peor, cuando Phaedra finalmente salió de su habitación, ella también caminó de puntillas. Nadie la trataba como a una reina. Todos simplemente la ignoraron. Continué llevándole comida y agua, y la mayor parte del tiempo nos manteníamos solos en nuestras propias habitaciones.

Nunca vimos a Teseo. Phaedra parecía no darse cuenta de cómo estaba cayendo su valor todos los días, pasando todo su tiempo trabajando en su foto, su "mural", como ella lo llamaba, o de rodillas frente al pequeño santuario que había instalado en nuestras habitaciones. . Un bebé podría haberlo cambiado todo, pero no había posibilidad de que eso sucediera. Escuché a las niñas llorar en la noche y pensé que Fedra debía ser la única mujer que dormía sola, aparte de mí. Pero yo era una anciana. Se suponía que ella era la reina.

Un día, estaba recogiendo comida de las cocinas compartidas cuando escuché a una de las criadas mencionar el nombre de Phaedra. Levanté la cabeza, pero luego la volví a dejar caer, no queriendo que me vieran.

"¿Escuchaste que la reina ha estado revoloteando sobre el príncipe otra vez?"

"Príncipe", respondió otra mujer. "Niño demasiado grande que reza demasiado, si me preguntas".

"Mientras él solo esté orando", dijo una mujer más joven, y a pesar de mí, mi corazón se compadeció de ella.

"Pero deberías ver la forma en que mira a la reina", dijo la primera mujer, riéndose ahora. "Creo que reza por el perdón, por traicionar a su

preciosa Artemisa”.

Varias mujeres le sisearon ahora, y me fui. Era mala suerte criticar a cualquiera de los dioses, todos lo sabían, y especialmente uno de los olímpicos. No era como si alguna vez interferirían en nuestras vidas, estaban demasiado ocupados con los gobernantes de la ciudad. Pero podrían cegarnos con sólo pensarlo. Será mejor que yo mismo ofrezca algo en nuestro pequeño santuario.



En mi camino de regreso a nuestras habitaciones, vi a un grupo de jóvenes, dando vueltas alrededor de algo en el piso. Mi corazón se detuvo y creí ver un montón de carne ensangrentada, pero cuando miré hacia abajo, era solo uno de los hombres, vestido con una túnica roja y agachado sobre un par de dados.

—Pierdes otra vez, Otreus —gritó alegremente—. “¡La suerte de la diosa sigue siendo mía!” No podía verlo claramente, más allá de todas esas espaldas y hombros fornidos, pero sabía quién era. Y luego vi a alguien más, parado frente al círculo, también observándolos. Fedra. Mi corazón se hundió y vi como Hippolytus se enderezaba y se acercaba a ella mientras los jóvenes se separaban en silencio.

“Si no es nuestra princesa más nueva”, dijo, lanzándola debajo de la barbilla.

“Reina”, replicó ella, y dio un paso atrás, alejándose de su mano extendida. Fue un error; la multitud de hombres se había formado a su alrededor. Debió pisar uno de sus pies, porque escuché un grito. Miré a mi alrededor como un loco, sin tener idea de qué hacer o a quién acudir.

“Reina”, dijo Hippolytus, y frunció el ceño. “Reina o tonto. Quizás sean sinónimos. La última mujer real que nos visitó tampoco era tan inteligente”.

“¿Te refieres a Medea?” preguntó Fedra.

El asintió. “Mujer horrible. ¿Sabes lo que hizo?”

Incluso yo sabía lo que había hecho, aunque los gobernantes solían mantener sus chismes alejados de gente como yo. Para vengarse de su marido, había matado a sus propios hijos. Debería haber sido castigada, pero su abuelo, Helios, el dios del sol, la había llevado aquí. El anciano rey

Egeo la había acogido, y en general se consideraba que tenía protección real y piadosa. Ganado bajo sus sábanas, sin duda.

"No se equivoquen, mi padre no será herido de la misma manera que mi abuelo", dijo Hippolytus, su tono duro y chirriante de nuevo.

"¿Enamorado?" preguntó Fedra, sorprendida. "Pensé que él le mostró perdón y hospitalidad".

Hippolytus se rió, una carcajada corta y ladradora que lo hizo sonar como su padre. "¿La hospitalidad de su cama, quieres decir? Nadie iba a degollarla en la noche mientras dormía en la alcoba real".

Phaedra se sonrojó y, con su piel pálida, pronto todo su pecho resplandeció.

"¿Dije algo que te molestó, princesa?" se burló, y los hombres a su alrededor patearon y silbaron. Esto se estaba volviendo desagradable rápidamente, y de nuevo miré a mi alrededor como un loco.

"¿Qué está sucediendo?" Escuché una voz rugir, y mi corazón se elevó con esperanza. "Hipólito, será mejor que no te encuentre jugando de nuevo.

"¡Hipólito! ¿Dónde está tu Padre?" La multitud se derrumbó. Un hombre me empujó a un lado con tanta facilidad como si fuera un pájaro diminuto. Era un gigante de hombre, con una piel de león estirada casualmente sobre sus hombros. Los jóvenes acudieron en masa a él, y tanto Fedra como yo aprovechamos la confusión para escabullirnos.

Sin embargo, no hablamos sobre el incidente. Ni siquiera le dije que la había visto.



Esa noche, por primera vez desde que era una niña, me quedé despierta escuchando el coro de la noche. Esta vez, sin embargo, no era solo el nombre de Teseo lo que estaba escuchando. Me intrigaba saber si se mencionaba a Hipólito. Si su devoción por la diosa virgen era tan fuerte como él creía.

Por la mañana, tuve que admitir la derrota. Si bien todos los amigos de Hippolytus fueron llamados por su nombre, como matones, abusadores y violadores, nunca escuché el nombre de Hippolytus. Pero había visto la forma en que había mirado a Phaedra. Un deseo tan fuerte tendría que ser

apagado en alguna parte, y sentí lástima por la doncella que pudiera encontrarse bloqueando su camino.

OceanofPDF.com

medea

Continuamos con nuestros planes de salir de Atenas. Agneta estaba más preocupada por nuestra falta de destino. Empezó a hacer discretas averiguaciones en las cocinas y otros lugares donde se reunían las mujeres. No pude reunir tanto interés. ¿Iba a ser esta mi vida, arrojándome a la merced de un amoroso rey tras otro? No me importaba si vivía o moría, pero no podía decírselo a Agneta. Así que ella llevó a cabo sus investigaciones, y yo realicé las mías, enviando a Cassandra a recopilar información sobre cómo le iba a la princesita en la corte.

El primer indicio de problemas en el Olimpo fue cuando me dijo que la princesa no compartiría habitación con Teseo.

"Tal vez sea una señal de respeto", sugirió Cassandra.

—Tal vez —dije en un tono que sonaba como si lo hubieran rociado con vinagre— sea una señal de que Teseo ha traído un rehén en lugar de una novia.

Su rostro cayó. Para alguien que odiaba a su propio marido, Cassandra era a veces una romántica.

Decidí que ya no podía confiar en los espías. Le pedí a Cassandra que me hiciera una túnica, una larga y negra con una capucha con la que podía deslizarme por los pasillos por la noche sin llamar demasiado la atención. Me hizo parecer algo así como un murciélago, lo que me atrajo.

Un murciélago era una criatura de la noche.

Comencé a arrastrarme por el palacio cuando estaba oscuro y silencioso. Espiaba por las puertas y escuchaba por las ventanas, y lo que veía me desesperaba. Hombres viejos y jóvenes por igual, independientemente de su política, usaron y abusaron de las mujeres como si fueran meras herramientas para su placer. Ninguna de las llamadas mujeres decentes vivía en el palacio. A diferencia de otros palacios, no había reina con su séquito, que incluiría a las mujeres ricas casadas con los

consejeros del rey. Cualquier hombre casado se aseguraba de que su esposa se quedara en casa, para garantizar su seguridad. Y para asegurarse de que ella no supiera lo que él tramaba, naturalmente.

Esta fue la atmósfera venenosa en la que se introdujo la pequeña Fedra, como una flor preciosa en la cima de una montaña yerma. Observé, interesado, para ver qué haría.

Pero por un tiempo, pareció que sobreviviría. Teseo estaba demasiado ocupado para prestarle mucha atención. No pude resistirme a trazar paralelos con mi propia situación. Mientras Teseo luchaba con todos los miembros de la corte, no me buscaba. Y gracias a los dioses (suponiendo que los hubiera) porque no tenía ninguna duda de que me mataría si me encontraba.



No pasó mucho tiempo hasta que me llegó la noticia. De todos los héroes que aparecieron en Atenas, Heracles era quizás el que menos deseaba ver. Aparte de Jasón.

Es una cosa divertida sobre Grecia. Usamos esta palabra héroe de una manera que está completamente divorciada de su verdadero significado. Salva a un niño de ahogarse y serás llamado un buen hombre, un salvador, un hombre que todos quieren conocer. Pero sé el hijo de un dios, con grandes músculos o una mente astuta, que no hace nada por nadie más que por ti mismo, y eres un héroe.

Esta lógica se aplica solo a los hombres, obviamente. Una mujer que desciende de un dios todavía tiene que ser una buena mujer o una bruja. ¿Qué se necesitaría para ser llamada una heroína?

Heracles es un bulto de hombre. Sin sutileza. Sin cerebro. Es imposible ver lo que él y Teseo tienen en común, hasta que te das cuenta de que no es por eso que son amigos. No, son amigos porque Teseo es capaz de llevar a Heracles por la nariz, como un toro de premio, y Heracles es demasiado estúpido para ver lo que está pasando. Además, la bulliciosa reputación de Heracles y sus atrevidas hazañas tan cantadas proporcionan a Teseo un disfraz conveniente para sus peores impulsos y planes. No fue Teseo, oh no, Heracles lo llevó por mal camino. Esos dos bufones secuestraron una vez a una de las princesas de Esparta, que todavía es solo una niña. Diversión

estruendosa para todos, excepto que Teseo se las arregló para cobrar un buen precio por ello, algo sobre lo que los bardos no cantan.

Pero aparte de eso, Teseo no quería a Heracles en Atenas. En una de mis excursiones nocturnas por el palacio, me acerqué a las habitaciones en las que se alojaba Heracles y los oí hablar.

"Cualquiera pensaría que no me quieres aquí", dijo una voz grande y retumbante. Heracles, indudablemente.

"Ahora, ¿por qué dices eso, Heracles? Sabes que siempre estoy feliz de verte. Simplemente estoy ocupado en este momento. Los tonos fríos y secos de Teseo, demasiado refinados para ser elevados.

"¿Un esquema?" Heracles interrumpió. "Me encanta un esquema".

Me apreté contra la pared y escuché, divertido. Si Heracles gritó más fuerte sobre el esquema propuesto, bien podría haberme quedado en mis propios aposentos para escuchar esta conversación.

"No es exactamente un esquema. Un... empeño político. Mira, viejo amigo, no es tu tipo de cosas. No me llevará mucho tiempo establecerlo. ¿Por qué no emprendes una búsqueda mientras tanto, y te enviaré a buscar cuando haya terminado?

"¿Es esta la 'democracia' de la que sigo escuchando rumores? ¿Dar la regla al pueblo? Suena como un montón de tonterías para mí.

Me mordí el labio para evitar reírme. Cuando incluso Heracles critica tu plan político, tal vez sea hora de reconsiderarlo.

"No es una tontería. Reyes y reinas descendientes de dioses, eso es una tontería. Sin ánimo de ofender, viejo amigo. Teseo agregó la última parte apresuradamente, y solo pude imaginar a Heracles pesando ese pesado garrote en su mano. Tenía fama de tomar su filiación muy en serio. Fue la ruina de su vida, si había que creer a los bardos, ya que la diosa Hera continuó torturándolo por ser el hijo ilegítimo y más amado de su esposo Zeus. Sus rasguños y tormentos no tenían nada que ver con los hombres y maridos mortales que Heracles había ofendido a lo largo de los años, de una forma u otra.

"¿No es así como gobiernas, Teseo? No es mi intención ofenderte aquí tampoco, amigo," preguntó Heracles, mostrando un grado de inteligencia que no había creído posible.

"En este momento. Pero mi plan, "democracia", como usted lo llama, seguirá necesitando hombres que estén a cargo. Hombre fuerte. Hombres

inteligentes. Hombres competentes.

Heracles soltó una carcajada. “Hombres fuertes e inteligentes que resultan ser descendientes de dioses. Tu plan es demasiado sutil para mí, Teseo, y creo que aún estarás a cargo cuando hayas terminado de ponerlo en marcha. Pero hay algo más que deseo discutir contigo. Escuché que tienes un par de cautivos reales en el palacio que podrían ser descendientes de los mismos dioses.

"¿Te refieres a la princesa de Creta?"

"Creo que lo hago. Solo la vislumbré con Hippolytus. ¿Por qué no se unió a nosotros en la cena? Escuché que ella es tu nueva esposa, después de todo.

“No seas ridículo, Heracles. Ella es solo una niña. Ella está aquí para asegurarse de que Minos no lance ningún esfuerzo estúpido antes de que tenga mis tropas en orden. Había un tono irritable en la voz de Teseo.

Pero te casaste con ella. Heracles parecía no molestarse por el temperamento creciente de su amigo. Sin duda estaba acostumbrado, o tal vez Heracles simplemente estaba acostumbrado a que los demás se irritaran en su presencia.

"Supongo que sí."

“Entonces, ¿por qué no te acuestas con ella? En realidad no es una niña”.

“Tengo mucho que planear en este momento. No tengo tiempo para distracciones.

Casi podía ver a Heracles sacudiendo esa gran cabeza suya, su cabello desgredado lo hacía parecer más un león que el animal muerto envuelto alrededor de sus hombros. Has cambiado, Teseo. Bueno, si no tienes tiempo para acostarte con ella, ¿supongo que no te opones a que haga el acto?

Hubo un balbuceo de Teseo, y me metí los dedos en la boca para no reírme. “¿Estás completamente loco, Heracles? Estoy tratando de evitar la guerra con Creta, no iniciar una”.

Hubo una pausa, y luego me imaginé a ese hombre leonino encogiéndose filosóficamente de hombros. "Muy bien. Tienes suficientes sirvientas aquí para hacer el trabajo. Algunos de ellos incluso están bastante dispuestos”.

"Soy consciente", dijo Teseo secamente.

“¿Hay alguien ahí fuera?” Herakles dijo de repente, y me congelé. Bajaría la guardia. Todos hicimos una pausa por un momento mientras yo no me atrevía a respirar.

"Debe haber sido una corriente de aire", dijo Teseo. "Pero Heracles, dijiste cautivos. ¿Tenías a alguien más en mente? La chica cretense mayor no está aquí."

"¿Qué chica cretense mayor? Espero que uno sea suficiente. Y Heracles se detuvo un momento para reírse a carcajadas de nuevo; el hombre se llevó su propio entretenimiento a donde quiera que fuera. "No", continuó cuando terminó de reírse, "la bruja de Colchis". Mi corazón dejó de latir en mi pecho. ¿Cómo supo que yo estaba aquí?

"¿De qué estás hablando?" preguntó Teseo. "Medea ya no está aquí. Sé que tenía a mi padre bajo su hechizo, pero no se la ha visto desde que murió."

Hubo silencio por parte de los dos hombres antes de que Heracles dijera lentamente: "Y, sin embargo, no se la ha visto en ningún otro lugar. O visto irse, para el caso."

"¿Qué estás implicando?"

"No estoy insinuando nada. Te estoy diciendo lo que todo el mundo dice fuera de Atenas. Primero tomó al padre, luego al hijo. Vine aquí esperando encontrarla sentada en un lugar de honor, pero no la he visto".

"Por Zeus". Teseo silbó. Supuse que tenía el buen sentido de irse. no la he visto Ciertamente no me he acostado con ella."

"¿No?" Hércules preguntó con picardía. "Pensé que tal vez por eso no te estabas acostando con la chica cretense. ¿Los prefieres un poco más maduros?"

"¿Y homicida? No gracias. Además, Corinto estaba a punto de declarar la guerra a Atenas por albergarla."

Deseaba poder sentarme, pero necesitaba pararme. No podía soportar lo que estaba por venir a continuación y, sin embargo, tendría que hacerlo.

"Ah, sí, escuché que Jason todavía está buscando su sangre. No puedo decir que lo culpo. ¿Qué derecho tenía ella de matar a sus hijos?"

Estos hombres. Peores chismes que las mucamas de la cocina.

—Tal vez ella pensó que también eran sus hijos —dijo Teseo secamente, y Heracles casi se mata de la risa, acompañada por el sonido de una mano golpeando contra otra parte del cuerpo. Su muslo carnoso,

supuse. Empezó a atragantarse, estaba tan encantado con la broma, y aproveché para escabullirme, aunque quería escuchar si decían algo más sobre mi ex esposo. Todo el mundo siempre se centró en la matanza de los niños. Nadie nunca preguntó por qué.



La noche siguiente me quedé lejos de los aposentos de Teseo. Ya había llamado bastante la atención sobre mí. Y, sin embargo, el sentido común habría dictado que me quedara en mi propia habitación. Envía a mis doncellas si necesito chismes. Mejor aún, envía a mis doncellas a negociar nuestro pasaje lejos de Atenas.

No hice ninguna de estas cosas. Si tuviera que justificarlo, diría que necesitaba contacto humano. Tal vez eso era incluso cierto.

Salí de mi habitación. Como siempre, el olor de la corte ateniense me asaltó la nariz. El hedor rancio de un lugar que no tenía suficiente luz natural ni jabón. Los pasillos estaban oscuros y silenciosos mientras los habitantes de la corte dormían o realizaban sus asuntos en la oscuridad.

Con mi capa cubriendo mi cabeza, seguí las instrucciones que Cassandra me había dado, por los sinuosos pasillos. No sabía que el patio se extendía tan lejos, los pasillos se extendían hacia atrás como tentáculos. Ahora el olor era más el olor seco de un lugar que nunca fue usado. Me limpié las telarañas de los ojos. Mis propias habitaciones se habían colocado convenientemente junto a las de Egeo, pero Teseo no había mostrado tanta cortesía con su esposa. Si no hubiera sido tan joven, nunca habría permitido que pasara este estado de cosas. Su padre comandaba un ejército.

Cuando llegué a las habitaciones, respiré hondo. No tenía sentido escuchar en la puerta. Las habitaciones estaban en silencio y ninguna luz de antorcha brillaba debajo de la puerta. La reina se había ido a la cama. Puede que ni siquiera responda, pensé. Y aun así, en lugar de colarme para ver su mural, levanté la mano y llamé a la puerta.

Hubo un pequeño forcejeo detrás de la puerta, y luego se abrió. Dos pares de ojos asustados me miraron. Ni siquiera había creído que tenía el privilegio de ignorar mi llamada. Estaba decepcionado. Esperaba más de esta princesa. Esperaba un igual.

Empujé a las mujeres a un lado y entré en la habitación. Me volví hacia ellos y me quité la capa de la frente. No sería juzgado por gente como ellos, deseé que dijera mi postura. Sin embargo, la respuesta que obtuve no fue la que esperaba.

"¿Ariana?" La princesa dio un paso hacia mí, levantó los brazos y luego los dejó caer decepcionada. "Lo siento, señora. Te confundí con otra persona.

"Mi nombre es Medea," dije, tratando de mantener mi voz altanera. Puede que hayas oído hablar de mí.

La mujer mayor se movió, pero la princesa le puso la mano en el brazo.

"Sí, claro. Somos primos, ¿no es así? Con razón te pareces tanto a mi hermana. ¿Por qué has venido aquí, y a esta hora? ¿Traes un mensaje de Teseo? ¿O de... —hizo una pausa y pareció luchar con sus palabras— de alguien más en la corte?

"Vine porque deseaba verte", le dije. Mi respuesta sonó tonta a mis propios oídos, pero pareció satisfacerla. Un poco tarde, se me ocurrió que podría darle la herramienta de negociación que buscaba, una oportunidad de decirle a Teseo dónde se escondía la bruja Medea. Y sin embargo, quizás en la parte más oscura de mi alma, sabía que eso era lo que estaba haciendo. Tal vez quería darle una ventaja.

"Vuelve a la cama, Kandake," dijo ella. Hablaré con mi prima —miró las habitaciones y arrugó la nariz— en privado, si es posible.

El labio superior ya corto de la doncella se curvó hacia abajo, pero asintió con la cabeza y desapareció en el más pequeño de los dos dormitorios. Phaedra se sentó a la mesa en la sala principal y me indicó que hiciera lo mismo. Me senté y nos miramos, ninguno de los dos quería romper el silencio. Pero mi edad me dio mayor paciencia.

"¿Por qué querías verme?" ella preguntó.

Eres mi prima y la nueva reina de esta corte. ¿No son estas razones suficientes? Prevariqué.

"Ciertamente." Ella sonrió, la sonrisa cortés de una joven dama bien educada. Tal vez podría sonreír así alguna vez.

"Además" —mi tono tan aireado y ligero como un pájaro liberado de su jaula— "confío en que no le dirás nada a Teseo. Acerca de verme. Somos familia, después de todo.

La ira brilló en su rostro. "No hablo con Teseo". Interiormente, sonreí. Realmente no sabía por qué había venido a verla. Ciertamente no tenía nada que ver con la familia. Pero esa repentina e intrigante pérdida de control, en alguien educado para ser tan moderado, había cumplido mis deseos. Había una historia aquí, y yo estaba aburrido y necesitaba entretenimiento.

"¿Por qué estás aquí?" Pregunté, tratando de provocar un regreso de esa chispa. "Seguramente podrías haber elegido a los reyes de Grecia. ¿Por qué venir a este remanso?"

Por un momento pareció nerviosa, mirando sus manos en su regazo. Luego levantó la cabeza, los ojos ardiendo. "¿No es la mejor pregunta, por qué estás aquí? ¿Qué pasaría si le dijera?"

¿Qué de hecho? Pero sonreí y respondí: "No lo harás".

"¿Qué te hace sentir tan confiado?"

Agité mi mano hacia sus aposentos. Mis habitaciones son más bonitas que estas y yo no soy la reina. Quizás el rey te recompense por darle la información. Pero ambos lo sabemos mejor.

Ella se quedó en silencio de nuevo. Esta vez, no pensé que ella hablaría primero, así que lo hice por ella, diciendo mientras me ponía de pie: "Es tarde y debes estar cansado. Quería verte, y tal vez tú, yo también. Somos familia, después de todo. Pero no regresaré a menos que tú quieras que lo haga."

Recogí mi capa y caminé hacia la puerta, conteniendo el aliento en la boca. Una pequeña voz vino detrás de mí.

"Gracias. nadie me visita Nunca llego a hablar con nadie. Estoy... Y se interrumpió aquí, aunque estaba seguro de que estaba a punto de decir que se sentía sola. Su ingenuidad era asombrosa. Terminó rápidamente: "Por favor, vuelve".

Asentí en reconocimiento y salí por la puerta.

fedra

Había tenido más interacción humana en un día que en todo mi tiempo en Atenas.

Después de mi altercado con Hipólito, oscilé entre la indignación y el miedo. ¿Cómo se atreve Hipólito a hablarme así? yo era la reina Yo era su madrastra. Debo hablar con Teseo y hacer que lo disciplinen. Pero luego recordaba el orgullo en los ojos de Teseo cuando vimos al niño que montaba a caballo en la orilla. Y luego estaba la visita nocturna de mi prima. ¿Era una amiga? No me sentía así y, sin embargo, algo me impedía correr directamente hacia Teseo y contarle todo sobre ella. Ella era una asesina, ¿no? ¿Por qué debería esconderla? Pero entonces, también lo era Teseo.

Que los dioses castiguen a Medea, eso no tiene nada que ver conmigo. Continué ofreciendo mis sacrificios a todos los dioses que podía nombrar y a los que no tenían nombre. La venganza que había venido a presenciar sería revelada pronto.

No pasé mucho tiempo pensando en mi salvador. Después de todo, en realidad no me había rescatado, solo distrajo a los niños y me permitió escapar. Pero esa noche, estaba esperando a que Kandake regresara de las cocinas con mi cena cuando, en cambio, un sirviente al que no había visto antes llamó a la puerta.

“Señora, se solicita su presencia en el comedor”, dijo, su voz era poco más que un susurro.

"¿Cuándo?" Pregunté, en pánico. No estaba vestido para la compañía, y no sabía cuándo regresaría Kandake.

"Ahora", dijo, y luego se inclinó hacia adelante. Heracles lo ha pedido especialmente.

En ese momento, Kandake volvió a entrar. Me balanceé sobre mis talones mientras Kandake enviaba a la otra mujer con el mensaje de que la reina estaría con ellas en breve.

Nunca había conocido a Heracles, pero había oído hablar de sus hazañas. Todos tenían. Antes de que Teseo llegara a Creta, Ariadna me había dicho que tenía la intención de encontrarlo y casarse con él algún día.

“Pero, ¿cómo sabes que él querrá casarse contigo?” Yo pregunté. Esta parecía una declaración grandiosa incluso para Ariadne.

—Haré que quiera casarse conmigo —anunció, sacudiendo altivamente sus largos rizos castaños. “Seré la mujer que domó al asesino de leones”.

Asesino de leones. Domador de caballos salvajes. Hijo amadísimo de Zeus. Los epítetos que acompañaron a Heracles fueron muchos.

“Debemos estar emparentados con Heracles”, recuerdo haberle dicho a Ariadne, quien se volvió y me miró con incredulidad. “Él es el hijo de Zeus, y nosotras somos las nietas. ¿Eso no lo convierte en nuestro tío?”

“No creo que funcione de esa manera con los dioses”, dijo con firmeza. Asentí con la cabeza, aunque nadie estaba seguro de cómo funcionaba con los dioses, y ciertamente muchos héroes que buscaban el favor de mi padre se habían presentado ante él como sus “primos”.

“Los dioses son muy confusos”. Había suspirado, prometiendo pasar más tiempo dedicándome a sus santuarios con la esperanza de que se me revelara la comprensión. Pero ahora Ariadna estaba casada con un dios, y yo estaba solo en el palacio ateniense con el hijo de Poseidón, y a nadie parecía importarle de quién descendía.

Kandake se ocupó de atarme el quitón y arreglarme el cabello, y dejé que mi mente divagara. Desafortunadamente, en estos días cuando hice eso, tendía a desviarse hacia Hippolytus. Recordé las palabras de Ariadne sobre domar al asesino de leones. Tal vez yo podría ser la mujer que dome al centauro. Pero no, me sacudí. Había olvidado que yo era la madrastra de Hippolytus. Él no era mío para domesticarlo, y no debería estar pensando de esta manera. Odiaba a su padre. Pero el hijo, el hijo era más joven, más maleable. Todavía no había cometido los pecados atroces del padre.

Deseaba que Ariadne estuviera aquí ahora. Sin embargo, si lo fuera, estaría de vuelta en Creta, pero quería... no exactamente su consejo, sino su punto de vista. Quería saber cuál sería el curso de acción más salvaje y audaz en esta situación, para poder reaccionar contra ella con un plan más razonable. Sin ella como piedra de toque, todos mis planes parecían igualmente irrazonables. Volví a recordar a mi prima sacudiendo la cabeza, el largo cabello castaño rojizo que se parecía tanto al de mi hermana,

cayendo en cascada por su espalda. Era mucho mayor que Ariadne, más cercana a la edad de mi madre, pero tal vez podría hablar con ella.

Dejé escapar un pequeño grito cuando Kandake me clavó un alfiler en la cabeza en lugar de en el cabello, y ella asintió, luciendo satisfecha, antes de murmurar una disculpa.



Mis manos temblaban un poco mientras caminaba por el pasillo, y tiré ansiosamente primero del cuello, luego del dobladillo de mi túnica. Nunca antes había compartido una comida con la corte ateniense, no como es debido. Naturalmente, mi madre había pasado horas asegurándose de que mis modales en la mesa fueran impecables. Pero la corte ateniense era un lugar muy diferente a lo que yo estaba acostumbrado. Por lo que yo sabía, clavaban su carne en sus espadas o se les pedía que usaran arcos y flechas para disparar a los animales antes de comérselos crudos.

Cuando entré en la habitación, era obvio qué hombre era Heracles. Había pensado que Teseo era alto, pero este gigante se elevaba sobre él. Había pensado que Hipólito era musculoso, pero el brazo de Heracles era tan grueso como mi cintura. Y antes había pensado que los hombres eran ruidosos, pero con Herakles riéndose a carcajadas en medio del grupo, casi tuve que taparme los oídos. El gran grupo de hombres se separó cuando entré, y di un paso hacia el gigante en el medio.

"Señor", le dije, asintiendo con la cabeza. Tenía un cabello curioso, reflexioné, el color de la piel del león colgando de sus hombros, y me pregunté si eso era intencional.

"Señora", dijo a cambio, inclinando la cabeza cortésmente, antes de volverse hacia Teseo y reírse a carcajadas nuevamente. "¿Ves, Teseo? Te dije que la cena mejoraría con la presencia de una dama. Nos mantiene a todos alerta".

No pude ver el humor, pero sonreí de todos modos. También me di cuenta de que él era mi salvador desde más temprano en el día, cuando Hippolytus me había estado atormentando en el pasillo.

"Ella no es una dama", escuché una voz detrás de mí gritar, pero no tan fuerte como podría haberlo hecho en cualquier otro momento.

"Es suficiente, Hipólito". No fue Heracles quien habló; estaba demasiado ocupado riéndose y escupiendo vino. Era Teseo, su rostro tan helado como siempre. Se suponía que Heracles era un gran amigo suyo y, sin embargo, por su expresión, preferiría que su amigo estuviera en cualquier otro lugar que no fuera su corte.

Me llevaron a mi asiento y procedimos a comer una de las comidas más extrañas de mi vida. Estaba sentado junto a Teseo en esos incómodos bancos de madera. Extrañamente, Teseo tomó su carne con la mano izquierda, no con la derecha, lo que significaba que nuestros codos se empujaban torpemente. Era el contacto más físico que había tenido con el hombre que se suponía que era mi esposo, y sospeché por la forma en que acercó su brazo más y más a su cuerpo que lo encontraba tan repulsivo como yo.

A mi otro lado estaba sentado Heracles, sus muslos musculosos eran tan grandes que ocupaba más de la parte que le correspondía del banco. Como resultado, fui empujado de un lado a otro, ahora moviéndome hacia Heracles para evitar los codos de Teseo, ahora de vuelta hacia Teseo para evitar ser tirado de mi asiento por los brazos de Heracles. Iba a tener muchos moretones cuando volviera a mi habitación, pensé sombríamente para mis adentros. Y frente a mí, viendo mi dilema y riéndose para sus adentros cada vez que su padre miraba hacia otro lado, estaba Hipólito.

"Entonces dime, Hipólito, ¿cómo te gusta la corte ahora que tu padre es rey?" preguntó Heracles, inclinándose sobre la mesa. Respiré un poco en el espacio que dejó atrás.

"No me gusta", dijo Hipólito con insolencia. "Mi padre tenía más tiempo y más intereses antes de convertirse en rey. No ha cabalgado conmigo ni una sola vez desde que regresó de Creta.

"Tu abuelo acaba de morir", exclamé antes de que pudiera detenerme. Los tres hombres se volvieron y me miraron, Hipólito indignado, Heracles atónito y Teseo simplemente intrigado, como si hubiera hablado un mudo.

"No lo conocí bien", replicó Hippolytus. "No supe hasta hace muy poco que era mi abuelo. He completado los rituales de luto necesarios". Y recogió una gran ración de pan y se la metió en la boca, masticando furiosamente, sin duda para evitar más conversación.

"Sí, sí, la gente necesita llorar", dijo Herakles, agitando una pata de pollo en el aire como para mostrar su rechazo al concepto. "Pero los

hombres también necesitan montar. Perderás tu habilidad, Teseo, si no practicas. Me guiñó un ojo, una demostración demasiado grotesca en caso de que nos hubiéramos perdido su significado más profundo, y me sonrojé y desvié la mirada, aunque no antes de notar que Hippolytus estaba haciendo lo mismo.

"Seguramente tengo una habilidad especial o necesito practicar", dijo Teseo irritado, pero la sutileza se perdió en Heracles. "Como te he dicho muchas veces, Hipólito, y solo esta tarde, Heracles, tengo asuntos más importantes que atender en este momento".

"¿Más importante que montar?"

"¿Qué podría ser más importante que montar a caballo?" Heracles e Hipólito hablaron casi al mismo tiempo, lo que provocó que Heracles se echara a reír una vez más. Se reclinó en su silla y yo contuve el aliento de nuevo.

"Gobernando la ciudad, por ejemplo. Crear un nuevo sistema, uno en el que cada hombre pueda servir a su ciudad, y la ciudad sirva a cada hombre". Sus palabras fueron entrecortadas, e hizo una pausa en su comida para mirar, no a Heracles, sino a su hijo.

Mujeres no, ¿eh, Fedra? preguntó Heracles, dándome un codazo en las costillas y riéndose de nuevo de su propio ingenio percibido. Sonreí débilmente.

"Heracles, una cosa es que bromees, pero Hipólito necesita tomar esto más en serio. Si mi sistema tiene éxito, la ciudad-estado será gobernada por méritos. Hipólito no puede confiar en heredar una corona como lo hice yo. Tendrá que ganárselo".

No sé qué tipo de reacción esperaba Teseo ante su arrebato, pero animado por los bostezos que estaba dando Hércules, Hipólito simplemente puso los ojos en blanco.

"No quiero heredar una corona ni gobernar una ciudad. Te lo he dicho antes. Quiero servir a Artemisa y montar mi caballo. Y antes de que digas nada", me dijo, "los dos son sinónimos. No hay falta de respeto a la diosa aquí."

Sacudí la cabeza y lo miré directamente a los ojos. "No iba a decir nada. Lo que haces no me interesa. Hippolytus se sonrojó y miró hacia otro lado, y junto a mí, escuché el silbato de Heracles.

“Ciertamente te ha mostrado, Hippolytus. Te sugiero que te detengas ahora, antes de que seas tú quien lleve una brida. Y Teseo —añadió, inclinándose sobre mí de modo que tuve que inclinarme tanto hacia atrás que casi me caigo del banco—, te sugiero que vigiles a tu hermosa y joven esposa.

Escuché pisotones y silbidos de lobo del resto de las mesas y me di cuenta de que todas las demás conversaciones se habían detenido.

"Tal vez debería ser disculpado", murmuré, mirando hacia abajo a mis manos. De repente me di cuenta de que era la única mujer en la habitación además de las criadas que entraban y salían con poca frecuencia. Retorcí mis manos en mi regazo, recordando el coro de la noche. Todavía había manchas de pintura debajo de mis uñas, y eso me hizo sentir mejor de alguna manera.

"Te sentarás allí y terminarás tu cena", dijo Teseo, y su voz era tan firme que incluso Hipólito lo miró sorprendido.

"Señor, no creo que deba regañar a su esposa", objetó. "Ella no es tu hija".

"No, pero lo eres", dijo Teseo. "Ya lo he tenido con muchos de ustedes. Heracles, no traes más que caos a tu paso. Cuéntanos sobre esta búsqueda con la que necesitas ayuda y acabemos con ella.

Ahora Herakles también parecía descontento, y todos comimos en silencio por un rato, nuestros sonidos de masticación eran los únicos ruidos que cualquiera podía escuchar. Pero claramente la búsqueda estaba cerca del corazón de Heracles, porque en poco tiempo comenzó a describirla.

No era un buen orador. La búsqueda involucró algún tipo de sirena, o tal vez una sirena, y la muerte y destrucción que iba a sufrir la desafortunada criatura a manos de Heracles. Tampoco podía entender del todo por qué; aunque se mencionó a una princesa de la que nunca había oído hablar, la mejor respuesta parecía ser "Porque está ahí". Me imaginé a la pobre criatura, sus entrañas goteando de las manos de un supuesto héroe, y no pude evitar decir: "¿No puedes dejar que la pobre criatura descanse en paz?"

No me di cuenta hasta que hablé que había lágrimas en mis ojos, y las sequé rápidamente, pero no antes de que una gota cayera por mi mejilla. Heracles me miró con incredulidad, el gran héroe vencido por las lágrimas de una mujer.

—Es suficiente, Fedra —dijo Teseo—. Lo miré fijamente, su imagen cada vez más ondulada mientras las lágrimas caían rápidas y espesas ahora.

“Pero tú... hablas como si esta criatura fuera un monstruo”, solté. Podría haberme mordido la lengua. Había ido en contra de cada advertencia, cada advertencia de mis padres. Había cosas de las que no hablábamos. Las últimas palabras de mi padre antes de irme de Creta resonaron en mi cabeza. Tenía que proteger la reputación de mis padres. Nunca debí haber hablado.

El apoyo vino de una fuente inesperada. “Déjala ir”, dijo Hippolytus. Lo miré con incredulidad, tan sorprendida que dejé de llorar. “De verdad, padre, déjala ir. Se ha quedado durante toda la comida. Déjala ir a la cama.

“Entonces debes acompañarla de regreso a sus aposentos. Ella no puede caminar de regreso sola así.

Hippolytus asintió y empujó el banco hacia atrás. Todos los demás se vieron obligados a luchar por el equilibrio. Pude escabullirme más fácilmente, ya que el banco de mi lado de la mesa ya había sido empujado mucho más hacia atrás, para acomodar los muslos carnosos de Heracles.

“Señor”, dije, inclinando la cabeza hacia Heracles, el invitado a la mesa. Mis padres estarían horrorizados por la comida en la que había participado y mis propias faltas a la etiqueta, pero al menos podría terminar con una nota mejor.

Él asintió en respuesta, todavía claramente incómodo, y su gran volumen se relajó y se deslizó más cerca de Teseo. Comenzaron a discutir las provisiones que Heracles podía esperar de Atenas para su viaje. Estaba claramente despedido, de la mesa y de la mente misma de mi esposo. Hippolytus me tomó del codo y salimos de la habitación.

Ninguno de los dos habló mientras avanzábamos por el pasillo, Hippolytus todavía me sujetaba con cautela por el codo.

“Gracias,” dije cuando tuve el control de mi voz otra vez. “Perdí mi camino allí. Fue amable de su parte ayudarme.

Se sonrojó. “No me importan nada las mujeres”, murmuró, aunque no soltó mi codo. “Nada que ver conmigo. No debería haber interferido.

“Pero tú eres hijo de una mujer”, le dije, “y una mujer que no vivió con hombres, además”.

“¿Qué estás diciendo sobre mi madre?” dijo, dejando caer mi codo mientras su rostro brillaba con ira instantánea. “Ella era devota de la diosa

Artemisa, como yo".

Hice una mueca cuando escuché su determinación una vez más. Los mortales habían sido castigados por los dioses por menos. "Es bueno que seas devoto de la diosa Artemisa. Pero hay otros dioses y diosas. Tu padre lo sabe. ¿Por qué no ofreces libaciones a todo el panteón? Sugerí.

"Tranquilizarse. No eres una reina. Te llamas reina, pero no eres nada. Mi madre era una verdadera reina. Gobernó a su pueblo por sí misma.

"Hipólito", protesté. Puse mi mano sobre mi estómago, sin aliento.

Miró hacia abajo de mi cuerpo, sus ojos se agrandaron mientras observaba mis senos, mi estómago, mis piernas. Me sentí desnuda frente a él. "Solo adoro a Artemisa. Si desea adorar a adúlteras como Afrodita, sea mi invitado. Sólo quédate fuera de mi camino —gruñó, y se alejó.

Lo miré. Nunca había conocido a una amazona. No eran bienvenidos en la corte cretense. Pero había escuchado las historias de ellas, esas mujeres poco femeninas. Les quitaron uno de sus senos en la pubertad, creyendo que era mejor poder disparar una flecha que alimentar a un bebé. Asaltaron pueblos vecinos y robaron niñas. Si, por alguna mala serie de circunstancias, quedaban embarazadas, se quedaban con las niñas y dejaban a los niños en esos mismos pueblos, para que las madres de las niñas que habían robado las criaran como propias. Eran salvajes y libres, y pude entender que Antíope, su reina, se hubiera enfurecido por no haber sido capturada y fecundada por Teseo. Pero Teseo ni siquiera había intentado venir a mi habitación. Difícilmente me describiría como un ferviente seguidor de Afrodita.

Abrí la puerta con la cabeza en alto. Hippolytus era solo un niño, me recordé, aunque una pequeña voz en el fondo de mi cabeza dijo que en ese caso, yo era solo una niña. Pero yo era una mujer casada y había visto muerte y destrucción que él solo podía imaginar mientras trotaba en su caballo. ¿Qué podría saber él sobre el mundo y la forma en que funcionaba? Nada fue la respuesta. No sabía nada en absoluto. Caminé con los dioses. Los dioses castigarían a Teseo por sus acciones, y me querían aquí para dar testimonio. Eso fue todo.

Fui directamente a mi habitación cuando regresé y me quité la sandalia del pie. Una correa suelta me había dado una ampolla horrible y, para mi horror, cuando me quité la sandalia, me salieron tiras de piel. Cojeé hasta mi cama y me quedé dormido.

Coro Nocturno

*Ninguna mujer está a salvo cuando el héroe Heracles está en la ciudad.
Visita a tu madre, hazte cargo de la cocina, apuñala a ti mismo con un
cuchillo de trinchar, haz lo que debas para apartarte de su camino.*

Pero alguien debe servirle. Alguien debe quedarse.

Una vez fui yo... pensé que no caminaría por una semana.

*Me dejó un puñado de monedas en la almohada y yo no quería tomarlas,
pero tenía que hacerlo porque mi hijo no estaba bien.*

*Lloré. Lloré hasta que mi corazón se rompía, y él me dio la vuelta como si
fuera un muñeco de trapo y siguió adelante. Heracles odia ver llorar a las
mujeres.*

*Sin embargo, es gracioso cómo siempre ha estado tan cerca de Hippolytus.
Como un tío y, sin embargo, Hipólito evita a las mujeres.*

*¿Es realmente tan extraño? Hipólito no puede acostarse con mujeres;
puede pasar todo el tiempo de rodillas frente al altar, pero sus ojos aún
seguirán a la reina a través de la habitación. Sus pupilas se dilatan y su
respiración se vuelve un poco más rápida, como cuando ve una cierva para
matar. Todavía es joven; hay tiempo.*

*Ella también. Tonto a Teseo, casándose con una mujer lo suficientemente
joven como para acostarse con su hijo. ¿Así que crees que tienen...?*

Aún no.

Tal vez.

Pronto.

Mientras tanto, hay que preocuparse por Herakles.

Heracles. Nunca se queda mucho tiempo. Hay eso, al menos. Nunca se queda mucho tiempo.

OceanofPDF.com

medea

Como una colmena de abejas venenosas, todo el palacio bullía de conversaciones sobre Hipólito y Fedra. Comprensible, en cierto modo; un palacio es un entorno tan contenido y se nutre del drama. ¿Por qué crees que hay tantas historias sobre los dioses en el Olimpo? Si crees ese tipo de tonterías, que ciertamente yo no.

Hipólito era un joven apuesto, y Fedra era una chica bastante bonita, y Teseo ciertamente no le estaba prestando atención. Los rumores eran inevitables. Me pregunté cómo habrían sido si Teseo hubiera traído a su prometida original, la hermosa hermana mayor. Sospecho que él no la habría descuidado de la misma manera. Cassandra me dijo que Dionysos la había seleccionado para ser su novia. Eso es tan probable como que mi abuelo Helios envió un carro de fuego para rescatarme y llevarme a Atenas. Es una historia conveniente, pero más bien hace que uno se cuestione la verdad que representa. Es de suponer que se escapó con un pescador. O un borracho.

Quizá las historias sobre Hipólito y Fedra se hubieran quedado en eso: historias. Excepto que Teseo anunció que se iba a otro viaje, esta vez para recorrer Ática, la región que rodea Atenas.

Se dejó a las mujeres considerar lo que significaba este plan, llorar en silencio y esperar que la anarquía resultante fuera como una fiebre en un niño al que le están saliendo los dientes, feroz pero breve. Porque Teseo, mostrando el error de juicio más espectacular posible, no puso a cargo a uno de los barbas grises, ni siquiera a uno de sus propios contemporáneos. Dejó Atenas a merced de Hipólito, jefe de la juventud salvaje.

Su devoción por Artemisa me irritó. Otra diosa. Uno no puede moverse sin tropezar con un dios o una diosa en Grecia. Supuse que tenía suerte, ya que había captado la atención de un héroe, no de un dios. Mi esposo, Jason,

era bisnieto del dios Hermes, una relación tan lejana que apenas valía la pena presumir. No es que esto lo detuviera.

Nadie pudo disuadir a Teseo de su plan descabellado, aunque muchos lo intentaron, y así fue como observé desde mi ventana cómo todo el palacio, aparte de mis doncellas y yo, bajaba a la playa para verlo zarpar.

¡Qué grupo heterogéneo y heterogéneo eran! Los atenienses. La ciudad lleva el nombre de la diosa más grande de todas y, sin embargo, sus habitantes se parecen más a perros callejeros. La ropa de todos estaba un poco gastada y, peor aún, un poco sucia. Incluso los supuestos aristócratas parecían como si sus sirvientes hubieran dejado de sacar agua caliente para sus baños y hubieran comenzado a darles agua de mar fría en su lugar. Los animales que se movían a los pies de la multitud estaban sarnosos y los niños parecían tener pulgas. No había unidad en la marcha hacia la playa, y los rezagados trataban de alcanzarlos, luego se daban por vencidos y paseaban tranquilamente, charlando con sus vecinos como si fueran a dar un paseo diario en lugar de un desfile requerido por el rey.

"Si Teseo quiere convertir a estos campesinos en una nación digna, tiene mucho trabajo por delante", le comenté a Cassandra.

"¿En realidad? Escuché que tiene la intención de convertir a Atenas en una nación que rivalice con Creta", dijo.

"¿Cómo escuchaste eso, quiero decir, quién te lo dijo?" Modifiqué mis palabras apresuradamente. A pesar de su sufrido esposo, a Cassandra le encantaba regalarnos historias de citas con hombres poderosos.

Pero esta vez solo arqueó las cejas y dijo: "Escucho cosas". La dejé tenerlo. No convenía presionarla demasiado; ella se callaría por completo.

Mirando hacia abajo, desde la ventana vi a la princesa cretense abriéndose paso entre la multitud. Parecía imperturbable por el sol brillante que tenía a tantos otros parpadeando, un detalle que me inquietó un poco. Yo también puedo mirar al sol sin sentir ningún dolor. Un rasgo familiar, y si es así, ¿fue heredado de nuestro abuelo materno compartido? ¿Y qué hizo eso con mi creencia, o falta de ella, en los dioses? Negué con la cabeza y me concentré de nuevo en la princesa.

Vimos en silencio mientras el príncipe ateniense se abría paso hacia ella, sin preocuparse por las personas que apartaba de su camino. Deseaba poder escuchar su conversación. Ella lo miró y sonrió, mientras él echaba la

cabeza hacia atrás y se reía a carcajadas. A mis ojos más maduros, parecía un bufón.

¿Crees que le ha robado un mechón de pelo para guardarlo debajo de la almohada mientras duerme? Cassandra preguntó, su tono goteando veneno.

"Ella está casada con el rey", le recordé suavemente. ¿Y a ti qué te importa?

Ella frunció el ceño y no dijo nada.

"¿Qué está haciendo Andros hoy?" Yo le pregunte a ella. Como siempre, la mención de su marido hizo que su cara se cuajara.

"Él está visitando a su madre", dijo brevemente, y se encorvó en su asiento. Me pregunté por qué había sentido la necesidad de desinflarla tanto. ¿Era algún tipo de lealtad de sangre hacia mi primo? ¿Era la vista de ella, tan bonita e indefensa? Hippolytus estaba inclinado sobre ella ahora, aunque me puse rígido al ver que parecía inclinarse hacia él y abrir la boca mientras hablaba.

"¿Cuándo vamos a salir de Atenas?" Agneta preguntó de repente. La miré, sorprendido. No era propio de ella intervenir, y no era propio de ella criticarme, ni siquiera por implicación. La primera vez que la vi, era una niña pequeña, envuelta en ropa que era demasiado abrigada para nuestro clima más cálido, un recuerdo que Jason había traído a casa con él de su viaje más al norte de lo que nadie había hecho nunca. Y mi primer indicio de que mi esposo no era el héroe que todos pensaban que era. Había insistido, frente a tantas personas como pude reunir, incluidos varios sacerdotes, en que ella se convirtiera en mi doncella personal, una solicitud que él encontró imposible de rechazar. Si fuera la mitad de amable de lo que ella pensaba que era, ya la habría liberado, hecho los arreglos para que ella viajara de regreso con la familia que no había visto en más de diez años. Pero su gratitud la convirtió en una excelente doncella.

"En buena hora. ¿Por qué tienes tanta prisa?" Yo pregunté.

Ella olfateó. "El ambiente no es bueno aquí. Algo malo va a pasar. Puedo sentirlo.

Me reí. "Entonces, ¿qué eres ahora, una especie de adivino? No hay nada malo con la atmósfera".

"El rey se va, y un niño está a cargo. Todo el mundo está inquieto. ¿No puedes sentirlo?" ella replicó.

"Tienes suerte de que no te haya azotado", dije, mi tono ligero pero la advertencia clara. Murmuró las siguientes palabras en voz baja. Aunque todavía la escuché.

"Puedes sentirlo. Es por eso que todavía estamos aquí. Te encanta el caos.

Fruncí el ceño y decidí fingir que no la había oído. Después de todo, había algo de verdad en sus palabras. Volví a mirar al príncipe de Atenas ya la princesa de Creta. ¿Había algo entre ellos? no estaba seguro



Esa noche, me dirigí de nuevo al dormitorio de Phaedra. Me envolví con fuerza en la capa. Me alegré de que Agneta estuviera a salvo en nuestros aposentos. Si Cassandra eligió aventurarse en una noche como esta, fue una tonta.

Esta vez, Phaedra estaba lista para mí. Ella misma abrió la puerta. Volvimos a colocarnos a ambos lados de la mesa y ella sirvió vino para los dos. Bebí el vino con cuidado después de esperar a que ella lo hiciera primero. No estaba envenenado, pero también olía y sabía a escamas de pescado, así que aparté el mío tan pronto como pude hacerlo.

—Dime, Phaedra —le pedí, mis palabras tan rápidas como los saltadores de toros por los que su ciudad era famosa. “El tribunal dice que usted y Hippolytus están teniendo una aventura. ¿Es esto cierto? Los dioses no estarán complacidos. Agité mi mano hacia el santuario improvisado que ocupaba la mitad de la mesa, ya que no había espacio en el suelo para ello.

Se sonrojó, el tipo de rubor que solo la fina piel de una mujer muy joven puede revelar. Podría haber calentado mis manos en su pecho. yo estaba envidioso No me había sonrojado en mucho tiempo.

Esperé su respuesta, pero me respondió con otra pregunta. "¿Es verdad que mataste a tus propios hijos?"

“Eso dicen”, respondí, feliz de escuchar que mi voz sonaba estable en mis oídos a pesar de la inevitable aceleración de mi corazón que siempre ocurría cuando alguien mencionaba a mis hijos. "Pero no veo qué tiene que ver eso contigo y el joven príncipe".

"¿Por qué?" ella preguntó.

"¿Por qué lo preguntas?" me tiraron Ayer mismo había estado silenciosamente furioso porque nadie me había hecho nunca esta pregunta. Si yo creyera en los dioses, este sería un claro ejemplo de ellos concediendo un deseo que nunca debería haberse hecho. Miré a Fedra. A pesar de ese color de fuego que se profundizó en su rostro y pecho, su expresión era pétrea. No pensé que la motivó la lascivia, pero aun así no estaba dispuesto a responder.

"Porque yo no entiendo. Eran tus hijos.

Nadie entendía y, sin embargo, quería que ella lo entendiera. "Recientemente escuché una historia," dije lentamente, eligiendo mis palabras con cuidado, "sobre un rey del Este, un rey sabio, a quien dos mujeres trajeron un bebé. Ambos afirmaron ser la madre. Le pidieron que resolviera la disputa".

Su rostro se había iluminado. Era tan joven, pensé, que todavía quería escuchar historias.

"¿Qué hizo él?" ella preguntó.

"Él les dijo a las dos mujeres que cortaría al niño por la mitad, y que cada una podría llevarse la mitad de un bebé", afirmé sin rodeos, sin ofrecer brillo.

"¡Pero eso es bárbaro!" Su voz se elevó, y luego recordó la hora de la noche y se calmó de nuevo. "Había oído que no son civilizados en Oriente. Entonces, ¿qué dijeron las mujeres? ¿El rey mató al niño?

Sonreí a mi pesar. Su entusiasmo era sorprendentemente dulce. "Una de las madres le dijo que hiciera lo que le sugería y que cada uno regresaría a casa con la mitad de un hijo. Era justo, después de todo. La otra dijo que no, dale el bebé a la primera mujer. No mates al niño.

"Ah, entonces no fue barbarie por parte del rey", respondió ella, sonriendo al ver, o al creer ver, el propósito de mi historia. "La verdadera madre preferiría que la otra mujer se llevara al niño, incluso si ella misma se lo perdió. El impostor quería su mitad de un niño.

Estaba tan complacida con su astucia que aplaudió espontáneamente, y sentí que mi corazón se detenía en mi pecho al recordar a mi propia hijita haciendo el mismo gesto cuando se tocó la nariz por primera vez o se puso de pie por primera vez. Negué con la cabeza y me concentré en la historia.

—Eso es lo que dicen los bardos que pretendía el rey —coincidí—. "Le dio el niño a la mujer que preferiría haber regalado al bebé".

“Pero no estás de acuerdo”, dijo ella, inclinándose hacia adelante.

“¿La otra mujer era estúpida? ¿De qué le sirve la mitad de un niño muerto? ¿Por qué querría llevarse a casa un cadáver mutilado por el deseo de tener su parte justa?”

“Entonces, ¿cuál es el verdadero significado de la historia? ¿Quizás creía que los dioses intervendrían y salvarían al niño antes de que muriera?”

Me reí, una risa corta y sin humor. “Yo no creo en los dioses. ¿Quieres decir que sí? Esta no era la diversión que había tenido en mente cuando llegué a estas pequeñas y sucias habitaciones. Tenía la intención de bromear con ella un poco, descubrir algunos chismes, tal vez obtener una pepita de información para atesorar para mí. Nos imaginé jugando un juego, quizás uno de esos juegos de estrategia que juegan los viejos. Cada uno moviendo un contador hasta que un jugador fue destruido.

“Por supuesto que sí.” Su voz era más alta que la mía, el tono más ligero. Volví a recordar que yo tenía la edad de Teseo, mientras que ella tenía la edad de su hijo. “Si no creyera en los dioses”, agregó, “no estaría aquí”.

“No entiendo”, dije, con el ceño fruncido. Estás aquí porque te casaste con Teseo. ¿Qué tiene que ver tu creencia en los dioses con eso?

Ella hizo una pausa. “No puedo decir”, dijo.

“Ya has dicho suficiente”, le dije. Pero guarda tus secretos, si te conviene. Fingí tomar otro sorbo del mal vino.

“Teseo es un monstruo”, dijo, sus palabras se le salieron, como si un tapón que le impedía hablar se hubiera aflojado repentinamente. “Soy parte del plan de los dioses para castigarlo adecuadamente”.

“Esta noche está tomando un giro muy extraño”, comenté, más al aire que a mi compañero. Su copa de vino estaba vacía, noté. Tal vez el rubor no había sido del todo motivado por pensamientos sobre las ingles del joven Hippolytus. —A mí tampoco me gusta mucho Teseo, milady. Pero, ¿puedo recordarte que esta es su corte? Si le dices esas palabras a la persona equivocada, podrías morir”.

Miró hacia abajo y murmuró: “Normalmente soy cuidadosa. Pero los dioses me protegerán, lo creo. Teseo no es el héroe que todos creen que es. Mató a mi hermano”.

“¿Su hermano?” Yo pregunté.

Mi medio hermano, Minos. Teseo les ha dicho a todos que él era un monstruo, pero no lo era. Ni siquiera estaba armado”.

“Minos... ¿te refieres al Minotauro?” Ella asintió. “¿No estaba armado con cuernos gigantes en su cabeza?”

Ella se alejó. “Tú no entiendes.”

“No,” dije, aunque estaba empezando a hacerlo. “¿Así que Teseo mató a tu hermano y has venido a Atenas para vengarte de él?”

“No”, dijo ella, escandalizada. “No es venganza. Para dar testimonio. Para asegurar que los dioses hagan su trabajo.

Negué con la cabeza. “Esta teología es demasiado avanzada para mí, reina Fedra”. Me puse de pie para estirar las piernas, aunque había poco espacio para hacerlo. Mientras miraba a mi alrededor, vi el mural en la pared del fondo. No la había visto en varias semanas, y ella había progresado.

Claramente fue pintado por un aficionado. Corinto, donde había vivido con mi esposo, tenía entre su población algunos pintores de murales bastante competentes, y ninguno de ellos habría pintado de esta manera, las olas del océano rompiendo en todas direcciones como lo muestran las pinceladas erráticas, y ninguno de ellos llegando a la orilla. Era físicamente imposible, por lo menos. Y, sin embargo, había un encanto en él, a pesar de todo, visible incluso en la tenue luz que arrojaban las llamas parpadeantes de una lámpara de aceite. Cierta fe salvaje.

“¿Tú pintaste esto?” Pregunté, sabiendo la respuesta.

Ella asintió. “Sí, lo hice. La pintura es mi pasión.”

“Bueno, bueno”, dije. “Estás lleno de sorpresas”.

Ella hizo una mueca. “Entonces, ¿por qué la mujer en la historia le dijo al rey sabio que dividiera al bebé? ¿Y por qué mataste a tus hijos?”

Suspiré. “Porque no tengo la fe en los dioses que tú tienes. Porque a veces, las mujeres necesitan tomar el asunto en sus propias manos. Si el Minotauro era tu hermano, ¿por qué estaba encerrado en el laberinto?”

No había pensado que mi respuesta fuera particularmente esclarecedora, pero pareció satisfacerla. Mi pregunta, por otro lado, hizo que frunciera el ceño. “Eso es verdad. Mi padre dijo que era lo mejor, y mi padre es hijo de Zeus. No sé.” Se calló y se mordió el labio, ignorando la pequeña mancha de sangre que sacó, y luego dijo: “¿Sabes que aquí te odian? Si Teseo te encuentra, te matará.

Teseo no está aquí dije con más bravuconería de la que sentía.

“¿Por qué sigues en Atenas? ¿Por qué no huyes? ¿O arrojarte a la misericordia de tu padre? Eran buenas preguntas y estudié el mural atentamente mientras me recomponía.

“No siento la necesidad de huir. ¿Por qué no vuelves a la misericordia de tu padre? ¿Has visto ahora el foso de los osos que es la corte ateniense? Oh, lo olvidé. Quieres ver la venganza representada, pero no por ti.

"No necesitas burlarte de mí". Recordé a mi hija, de solo cuatro años, sonando igualmente herida cuando me reí de ella por afirmar que Corinto era el mejor lugar del mundo. El breve recuerdo fue una puñalada en el corazón, un lujo que no me permitía a menudo. ¿Por qué estaba permitiendo que esta joven se metiera debajo de mi piel de esta manera?

Mientras reflexionaba sobre estos pensamientos, ella continuó hablando. “En cualquier caso, la corte ateniense no es la más civilizada, te lo concedo. Pero estoy a salvo. Yo soy la reina. Son otras mujeres por las que siento. Mujeres como tú.

Me giré para mirarla con horror. Fedra, nunca debes pensar así. Nunca. Ser reina no te protegerá durante el tiempo que tarda un mosquito en chuparte la sangre del cuello.

Ella sacudió su cabeza. Pude ver que ella no me creía. “Solo te sientes así porque te enemistaste con los dioses al tomar tu propia venganza. No te protegen. Ellos me protegerán.

"Niña" fue todo lo que pude decir a cambio. Ella hizo un puchero.

"Creo que es hora de que te vayas", dijo, poniéndose de pie.

Asenti. "En efecto. Duerma bien, Su Majestad." Pero no pude resistirme y me volví para mirarla en la puerta. “No tomé ninguna acción por venganza. Mi conciencia está tranquila en esa parte, al menos.

Me fui rápidamente antes de que pudiera cerrar la boca y hacerme más preguntas. Una vez fuera de la habitación, quería desplomarme en el suelo y llorar. Quería llorar, golpearme el pecho, aullar hasta que los dioses me escucharan y mis preciosos hijos fueran devueltos a mis brazos. Quería levantar la cabeza en alto y pasar por delante de todos mis burladores, como Heracles y Teseo, para escupirles en la cara y decirles que no sabían nada, que no entendían nada, que no eran madres. Pueden ser lo suficientemente fuertes como para doblar el hierro, pero ninguno de ellos fue lo suficientemente fuerte como para soportar mi dolor.

No hice ninguna de estas cosas. Me puse la capa sobre la cara y regresé a hurtadillas a mis habitaciones, donde le grité a Cassandra y puse a Agneta a servirme mejor vino, y mucho, además.

OceanofPDF.com

Coro Nocturno

Estamos viviendo en el infierno. ¿Quién sabía que Teseo era el que imponía el orden?

*Ninguna habitación es segura. Ningún hombre es seguro para estar cerca.
Los ruidosos, los silenciosos, los que deslumbran y los que sonríen.
Manténgase alejado de todos ellos. No pidas permiso, solo vete. Por la noche, si es necesario.*

Hay seguridad en los números. Te ayudaré en los aposentos de tu amo si me ayudas a limpiar el equipo de montar de mi amo. Podemos comenzar tan pronto como se vayan a cazar, y nos habremos ido cuando regresen.

Cuando prepare el estofado para su cena, pondré un somnífero, para que se adormezcan y se desmayen tan pronto como lleguen a sus habitaciones.

No podemos confiar en que ningún rey cuide de nosotros. Nos cuidaremos unos a otros. Sobreviviremos. Debemos.

¿Alguien está buscando a la princesa cretense? ¿Alguien la ha advertido?

medea

Volví a verla de nuevo. ¿Cómo podría resistirme? Me atrajo hacia ella, como el supuestamente todopoderoso Zeus hacia una de las muchas mujeres con las que se acostó, atraído por la charla de Fedra sobre el plan de los dioses para castigar a Teseo. Yo mismo no creía en los dioses, pero ¿ella sí? ¿Realmente pensó que había un plan divino, o fue todo un acto, una tapadera para algún plan más siniestro? Ni el riesgo de ser atrapado ni el dolor de revivir mis propias decisiones pasadas superaron mi necesidad de saber más y comprender.

Unas noches más tarde, me deslicé por los polvorientos pasillos hasta esas lúgubres habitaciones. Una vez más, encontré a la princesa sentada, mirando su mural. Aun así, me complació no tener que volver a ver a esa hosca doncella suya.

"Su Majestad", le dije, y ella asintió con la cabeza.

"Su Majestad", respondió ella. En cualquier otro, habría sido una forma de insolencia.

"Llámame Medea", invité, arrojándome en una silla, o al menos haciendo alguna aproximación a esa acción en el minúsculo espacio que teníamos disponible. Me pregunté, y no por primera vez, de quién había sido la idea de proporcionarle una mesa de comedor tan grande que ocupaba la mayor parte de la pequeña habitación. Lo más probable es que no sea de nadie. Se necesitaba una mesa y se había instalado una que no se estaba utilizando. Nadie había pensado en el asunto más que eso. "Somos primos, después de todo".

"Sí", estuvo de acuerdo. "Somos primos. Nuestras madres pueden haber sido cercanas; No sé."

lo dudaba Mi madre había sido la mayor de cinco hermanos, mientras que la suya era la menor. Pero a veces, en estos casos, una niña mayor adopta un nuevo bebé como su propio hijo, una especie de mascota. Quizás

mi madre había usado todo su instinto maternal cuidando a su hermana menor. Un pensamiento para ser envuelto cuidadosamente y examinado en otro momento.

“Medea”, dijo, frunciendo la boca alrededor de las sílabas desconocidas como la de un niño al que se le ha pedido que llame a su tutor por su nombre al llegar a la edad adulta, “quería hablar contigo sobre algo. ¿Estás al tanto del coro de la noche?”

La miré sin comprender. “¿Es una obra de teatro?”

Ella negó con la cabeza, frunciendo el ceño. “¿Me estoy volviendo loco?”

“¿Qué es?” Yo pregunté. Sentí pena por su angustia, pero aun así prefería esta conversación a la última.

“Escucho mujeres llorando por la noche”, confió.

“Oh, hay muchas mujeres llorando por la noche”. Levanté y dejé caer la mano. “Es como un campo de batalla en el palacio. No te aconsejo que te aventuras a salir de noche.

“Pero lo haces”, señaló. Abrí la boca para recordarle que tenía el doble de su edad, edad suficiente para ser la madre de la mayoría de los niños que causaban tanta miseria, y además tenía la reputación de ser una bruja. Pero ella continuó, sin interesarse en ningún tema que no fuera el que había planteado. “De todos modos, no es un llanto normal. Estamos demasiado lejos de cualquiera en estas habitaciones para escuchar eso. Asentí y ella continuó. “No, son como voces llamando a través de mi cabeza, hablándose unas a otras, a veces unas sobre otras, a veces al unísono. Por eso los llamo el coro de la noche”.

“¿Y qué dicen?” Me di cuenta de que estaba inclinado hacia adelante. Había algo irresistible en ella, tenía que admitirlo.

“Detallan las atrocidades que tienen lugar todas las noches. Adviértanse unos a otros de los hombres a evitar. Esa clase de cosas.”

Era escéptico, pero había oído hablar de algo así antes. Las mujeres siempre encontrarán formas de comunicarse con otras mujeres, incluso si los hombres prefieren que no lo hagan. Especialmente si los hombres prefieren que no lo hagan.

“¿Y has oído mencionar el nombre de Hippolytus?” Pregunté, incapaz de resistirme a burlarme de ella.

Pareció sorprendida, como si no lo hubiera considerado. "No. no lo he hecho ¿Es eso una sorpresa? Él adora a Artemisa, ¿no es así?"

"Si tuviera una pluma por cada hombre que dice adorar a una diosa virgen y, sin embargo, se sale con la suya con la mujer que le hace la cama, me crecerían mis propias alas y volaría lejos de esta corte", dije, mi tono agudo. Era difícil hablar con ella. Ella era tan ingenua. No quería verla lastimada.

"Necesito hacer algo para detener el coro de la noche", dijo mientras comenzaba a levantarme y despedirme.

"¿Para? ¿Quieres decir que deje de comunicarse?"

"No, me refiero a evitar que ocurran las atrocidades. Soy la reina, ¿no?"

La miré, con la cabeza en alto, aunque tenía una mancha de pintura en la cara, y el peplo que se había echado sobre los hombros era el único que le había visto llevar.

—Esperaría a que regrese Teseo —dije al fin. "Háblale entonces".

Ella asintió con la cabeza, y no fue hasta que estuve de vuelta en mis propias habitaciones que me di cuenta de que lo había hecho para despedirme. Suspiré y me fui a la cama. Solo esperaba que cualquier plan filantrópico que inventara no empeorara las cosas para las pobres mujeres que tenían que lidiar con las consecuencias.

Kandake

Usted se ofreció como voluntario para esto.

Canté estas palabras en mi cabeza todo el día. No sabía si me mantendría cuerda o me volvería loca, pero detuvo mis quejas. Principalmente.

¿Por qué pedí venir aquí? No tenía ni idea. ¿Era amor por la reina, como ella suponía? Ciertamente no era amor por su hija. No tenía nada en contra de la niña, pero nunca me habían importado mucho los niños. Pero Pasiphaë amaba a sus propios hijos, especialmente al mutado. Tal vez por eso me había ofrecido como voluntario para acompañar a su hijo menor a Atenas, un lugar en el que nunca había estado. Ahora que estaba aquí, quería irme.

Quería irme todo el tiempo. Pero nunca deseé haberme quedado en Creta. Había vivido en el palacio cretense durante casi toda mi vida, sirviendo a la reina. Pensé que mi trabajo sería el mismo aquí en Atenas, sirviendo a su hija. Pero al menos sería un lugar nuevo, uno que no había visto antes.

¿Eran diferentes las personas? Fueron y no fueron. Más toscos que los cretenses, diría yo. Menos civilizado. Más dispuestos a decir lo que piensan y decirte lo que piensan de ti. Pero tanto a los cretenses como a los atenienses les encantan los buenos chismes.

no me gustan los chismes; Prefiero callarme. Otra razón por la que trabajé tan bien para la reina Pasiphaë. Siempre había un montón de chismes sobre ella. Pensé que debería decirle a la gente la verdad, pero ella lo dejó claro. Ese no era mi trabajo. Que digan lo que les gusta. Ella sabía la verdad, y trabajando para ella, yo también.

Pero, ¿qué debo decir a estos chismosos atenienses, convencidos de que Fedra copulaba con Hipólito? ¿Qué habría querido su madre? Phaedra estaba completamente sola en este extraño palacio que, si me preguntaban,

se parecía más a la choza de barro en la que yo había nacido que a un palacio real. Y si los rumores sobre Hipólito y Fedra llegaban a Teseo, podría hacer que la mataran. Él ya había matado a su hermano, después de todo.

Así que hice mi parte para corregir los chismes. Casualmente, sin hacer un escándalo por eso. Cuando iba a recoger nuestra ropa, mencionaba que la princesa rara vez salía de sus habitaciones y nunca veía a un hombre. Cuando cocinaba nuestra comida en la cocina compartida, se me escapaba que la princesa dormía sola todas las noches. Estos rumores no harían nada para reforzar su condición de esposa de Teseo, pero al menos eran ciertos, a diferencia de algunas de las suposiciones más salvajes que escuché que involucraban a Fedra e Hipólito.

Cuando trasladamos nuestras pertenencias al palacio, esperaba que volvería a ser como aquellos primeros días en Knossos, que me encontraría durmiendo afuera en el suelo la mayoría de las noches, porque el rey no podía resistirse a su atractiva joven novia. Pero nunca habíamos visto a Teseo, y ahora se había ido.

Me encontré recordando cada vez más esos primeros días en Knossos. Había sido tan joven, aunque no lo había sentido en ese momento. Y también la reina Pasífae. Ella dio a luz a su primer hijo, un hermoso niño. Me dijo más de una vez que ella y el rey Minos no podían sentirse más bendecidos.

Y luego estaba el segundo hijo. Y los rumores y las risas crueles y las decisiones que yo no podía entender, siendo sólo la hija de un pobre cabrero, y no descendiente de los dioses, como me dijo Minos. Me gritó, una mala noche. Esperaba que me despidieran, pero Pasiphaë debe haber intervenido por mí.

Y después de eso, tuvo dos hermosas niñas. Y aunque no participé en chismes, siempre quise responder a los que murmuraban que la reina Pasífae estaba maldita, que yo por uno todavía cambiaría mi vida por la de ella, si tuviera la oportunidad. Hijo mutado o hijo no mutado. Pero tal vez solo fui yo.

No era solo que no creyera los rumores sobre ese chico. Sabía que no era posible que fueran verdad. En primer lugar, mi ama no pudo haber tenido relaciones sexuales con un toro sin que yo lo supiera. Lamento tener que ser tan crudo, pero es la pura verdad. En cuanto a todas esas tonterías

sobre trabajar con Daedalus para crear una forma de vaca para que ella se siente: en primer lugar, no sé cuándo habrían tenido lugar estas discusiones, porque los dos nunca estuvieron solos. ¿En un banquete de Estado, con el rey y toda la corte mirando?

En segundo lugar, había pasado mis primeros quince años en una granja. Dédalo pudo haber sido un hombre inteligente (aunque, como la mayoría de los hombres, no tan inteligente como creía), pero el mecanismo no era posible, y no habría engañado al toro, eso es seguro. Y en tercer lugar, conocía a ese niño. En un momento pensé que me habrían permitido llevármelo conmigo, lejos del palacio, de los rumores y de las miradas crueles. Pero Minos tenía sus propios planes para su hijo, no se equivoquen, él era su hijo, y no me pidieron mi opinión.

Después de esa mala noche, acepté que continuaría trabajando para la reina, pero no quería saber nada más de sus bebés. Y ella estuvo de acuerdo; Creo que en ese momento ella no esperaba tener más. Pero ella sí, las dos niñas, como dije, y ahora aquí estaba yo en Atenas, y bien podría haber estado en el Hades.

No me gustaba ese Hipólito. Deseé poder hablar con Phaedra honestamente sobre él, como sabía que su madre habría hecho, pero simplemente no tenía las palabras. Ella pensó en mí como hosco, puedo decir, como lo hizo su padre antes que ella. Y tal vez me parecí hosca, obstinada, una anciana con su tejido. Pero reconocí a un joven peligroso cuando lo vi, e Hipólito era peligroso.

Dondequiera que ella fuera, él parecía estar allí. Regresaba y parloteaba sin arte sobre sus pinturas y el campo y las vistas que había visto, y siempre volvía a Hippolytus, Hippolytus en su caballo. Le gustaría pintarlo, me dijo. Si yo fuera su madre, habría tirado sus pinturas al mar.



Un día ella vino a mí. Ella me preguntó si podría establecer una oportunidad para que ella e Hippolytus hablaran. Ella puso alguna excusa para pedirle que evitara la violencia en la corte; No pude seguirlo.

"Kandake, ¿has notado que la atmósfera en la corte se ha vuelto tensa desde que Teseo se fue?" ella empezó.

"No me corresponde a mí decirlo, señora". Miré cuidadosamente mi costura.

"Pero debes haberlo notado", protestó ella, saltando de su silla y paseando por la pequeña habitación. Tenía más cuidado de evitar su mural que la sopa que todavía estaba en la mesa, noté. Tendría que limpiar mucho más tarde.

"¿Notó qué, señora?" Yo pregunté.

"Las mujeres están siendo maltratadas", dijo después de una pausa. "Por los hombres".

"Sí", respondí, sin dejar de coser. "Los hombres siempre han tratado mal a las mujeres, señora. Mujeres comunes, quiero decir.

"Pero debería hacer algo al respecto", dijo, ahora golpeando con el pie con énfasis. Su ira me asustó; No podía ver que llevara a ningún buen lugar.

"Por favor, señora, no puedo aconsejarle eso. Quiero decir, no es que sea mi lugar, pero..." Me oía tartamudear y no podía pensar en nada que agregar excepto "Por el bien de tu madre..."

"Mi madre nunca permitiría que esto sucediera en su corte", dijo con sentimiento.

No estuve en desacuerdo con eso, pero dije: "Pero esta no es su corte. Y Teseo no es tu padre.

"Creo que te olvidas de ti mismo", dijo con frialdad. Nos quedamos en silencio por un rato, luego exclamó: "Solo quiero hablar con él. A Hipólito. Si le explico sobre el sufrimiento que están experimentando las mujeres, estoy seguro de que lo detendrá. Hipólito no es su padre.

Finalmente, entendí. Ella estaba enamorada de él. Toda esta tontería de conseguir su ayuda era solo eso: tontería, una excusa para verlo. Le dije: "Puede que sea tímido, ya sabes".

"¿Tímido?" preguntó, y se rió amargamente. "No estoy seguro de eso."

"Es un joven que creció sin madre y se ha consagrado a la diosa virgen. Supongo que nunca ha pasado mucho tiempo con mujeres.

Volvió a sentarse pesadamente mientras reflexionaba. Finalmente, ella dijo: "Entonces, ¿qué debo hacer? Tengo muchas ganas de hablar con él.

"Tal vez podría acercarme a él y hacerle saber," sugerí, arriesgándome a mirarla de nuevo mientras continuaba con mi costura. Toda esta sección necesitaría ser reelaborada de todos modos. "Tal vez podría pedirle que se reúna contigo en privado".

"¿Por qué sería más probable que hablara contigo que conmigo?" ella hizo un puchero.

Sonreí, la sonrisa irónica de la mujer mayor. "Porque no soy una joven bonita, señora".

"Yo tampoco", dijo ella. "Soy una reina."

—Aún así, señora —dije. "Vale la pena intentarlo, ¿no?"

Ella asintió.



Así que arreglé con la doncella de Hipólito que se hiciera cargo de sus deberes, y lo esperé con un plato de sopa cuando regresó de cazar.

Engulló la sopa sin detenerse a tomar aliento, sin mirarme, sin siquiera quitarse su apestoso equipo de montar. Me alegré de ello, en cierto modo. Solo había sido la doncella de una dama, y no habría sabido dónde buscar si él se hubiera desnudado.

"Señor", dije cuando empujó el tazón hacia mí.

"¿Qué?" preguntó. Ya se dirigía a su cama, un desastre de sábanas en la esquina de la habitación.

"No soy tu doncella habitual", comencé.

"¿Y? ¿Lo que de ella? La sopa estaba buena. Ahora déjame dormir. Y se volvió y empezó a tirar las sábanas como un animal salvaje preparando el suelo. El hedor de estas sábanas me hizo vomitar. Quería decir lo que tenía que decir y hacerlo rápido.

Soy la doncella de la reina Fedra.

Se volvió hacia mí, sus ojos salvajes. Di un paso atrás y miré hacia la puerta. "Ya he tenido suficiente del nombre de esa mujer, ¿me oyes? Estoy harto de eso, del tormento... Me miró con una furia tan fría que sentí que me estremecía. Se puso de pie rápidamente y siseó. "No más. Suficiente. ¡Basta, basta, basta!". Gritó esas últimas palabras. Di media vuelta y corrí hacia la puerta, buscando a tientas el pomo.

"Oh, sal", escuché detrás de mí. "No voy a atacarte, mujer tonta..." Continuó hablando, pero no esperé a escuchar el resto. En cambio, volví a Phaedra. En el momento en que la alcancé, los latidos de mi corazón habían vuelto a la normalidad y pude informarle brevemente que Hippolytus no tenía absolutamente ningún interés en reunirse con ella.

fedra

Kandake me dijo que Hippolytus no se reuniría conmigo, y algo en su tono me dijo que abandonara la idea. En cambio, ofrecí libaciones, seguro de que los dioses harían justicia. Hipólito adoraba a Artemisa, ¿no? Recordé a mi antiguo tutor contándonos cómo Artemis había transformado en un ciervo a un joven que la había visto desnuda y luego le había disparado. ¿Cuánto más castigo infligiría a los hombres que violaban a mujeres jóvenes?

Mientras tanto, me estaba aburriendo quedarme en nuestras habitaciones. Kandake dijo que tenía tareas y me dejó sola la mayor parte del día. Su conversación no era brillante, pero al menos era mejor que sentarme sola, mirando el mar. A veces, Medea venía a visitarme por la noche, y me tomó toda la determinación de no rogarle que viniera más a menudo.

Una mañana, me desperté con un anhelo de escapar de las habitaciones que era tan potente que me sentí mareado. Kandake había dado sus excusas habituales sobre la necesidad de lavar la ropa y desapareció. Esperé hasta estar seguro de que no regresaría por algún objeto olvidado, luego cambié mi quitón del monótono y deslucido que usaba en nuestras habitaciones a un verde manzana brillante y ahuequé un poco mi cabello. Incluso presioné un poco de pintura en mi boca. No esperaba ver a nadie, o al menos a nadie importante, pero si lo hiciera, no me gustaría que esta persona pensara que la reina no se estaba manteniendo en su mejor aspecto. Mi madre siempre se había visto inmaculada, ya fuera recibiendo dignatarios o cortando flores en los jardines del palacio.

Casi salté a los establos, el aire fresco en mis hombros y cara me revivió aún más. Me sentí como si hubiera estado encarcelado durante muchos meses, y ahora estaba en libertad. Me merecía un regalo, aunque fuera tan pequeño como un viaje a los establos.

Los establos estaban un poco alejados del patio principal. Nunca había estado antes, y esperaba que olieran mal. Sin embargo, el aire era fresco, y cuando me acerqué a los establos, vi que el área estaba limpia y aireada, y me encontré respirando profundamente, tratando de reemplazar el hedor que me había coagulado los pulmones desde que llegué a Atenas.

Sin embargo, me detuve cuando llegué a esos establos. Los compartimentos de los caballos estaban dispuestos en semicírculo alrededor de un parche central de hierba. En ese parche, de espaldas a mí mientras examinaban un caballo, estaban dos de los amigos más cercanos de Hippolytus. El caballo sudaba y se apartaba de un tercer hombre, que tenía el casco agarrado con hierro. No era otro que el propio Hipólito.

"No entiendo", dijo uno de los hombres, su tono bordeaba las quejas. "Revisé sus cascos antes de que nos fuéramos, y no he sentido que recogiera arena".

"Él", dijo Hippolytus, su voz tranquila pero firme. "Tu caballo no es un objeto, Filomenes, es un ser vivo. Y una de esas afirmaciones no puede ser cierta, porque hay una piedra enorme incrustada en el centro mismo del casco. ¿Mira aquí?"

Philomenes se inclinó más cerca, luego saltó cuando el caballo viró hacia él. Hippolytus y su otro amigo se rieron, y yo también me reí un poco de su cara roja.

"¿Quién está ahí?" La cabeza de Hipólito giró, aunque no soltó el casco del caballo. "Muéstrate. Anchises, pásame mi cuchillo. Jadeé, pero él continuó: "Entonces puedo sacar esta piedra. Philomenes nunca lo logrará. Supongo que eres tú, princesa Phaedra, merodeando detrás de los muros.

Di un paso adelante, mi cara sonrojada. "Yo no estaba merodeando," dije. "No me gustó interrumpirte".

Hippolytus me ignoró mientras retorció su cuchillo en el casco del caballo, luego se puso de pie de un salto para calmarlo y acariciarle la cabeza.

"Le pediré a mi mozo de cuadra que lo cuide por ahora", dijo. "Puedes pedirlo cuando seas lo suficientemente valiente como para manejarlo, Philomenes".

El rostro de Philomenes era ahora de un tono rojo más oscuro y feo, y fruncía el ceño de una manera que lo hacía parecer muy desagradable, pero no discutió con Hippolytus.

"Ahora, reina", dijo Hippolytus, volviéndose hacia mí. "¿Qué podemos hacer por ti? No te hemos visto aquí antes.

—Vine a ver los caballos —dije, y me mordí el labio. Sonaba como algo que diría un niño. Philomenes y el otro hombre se rieron a carcajadas.

"Y ahora que los has visto, tal vez nos dejes solos para hacer nuestro trabajo", dijo Hippolytus, su tono apenas civilizado.

"Tal vez no fueron los caballos que vino a ver", se rió Philomenes. Le dio un puñetazo a su amigo en el brazo, y su amigo volvió a reírse.

"No sé a qué te refieres", dijo Hippolytus con frialdad.

"Hipólito es un adorador de Artemisa; no busca mujer terrenal —dije—. Tenía la intención de ser útil, pero pude ver instantáneamente por la forma en que Hippolytus frunció el ceño que no había dado en el blanco.

"Incluso Artemisa debe hacer la vista gorda a veces", dijo Philomenes.

"No faltes al respeto a la diosa", espetó Hipólito.

"Respeto a la diosa", dijo Philomenes, la risa desapareciendo de su tono. Respeto la caza.

"Señor, como hemos discutido antes, debe adorar a todos los dioses", inserté. "Artemisa es la diosa de la caza, pero Dionisos y Afrodita también tienen su lugar".

"No tengo tiempo para Afrodita", dijo Hipólito. Tengo muy poco tiempo para ti. Volvió a los establos, pero Philomenes no estaba preparado para dejarlo ir.

¿Nos estás diciendo, Hipólito, que nunca le has presentado tus respetos a Afrodita? Quiero decir, en serio, ¿nunca?

"Eso es terrible," estuve de acuerdo. "Deberías servirle una libación de inmediato. ¿Qué dije?" Porque los dos jóvenes se revolcaban de risa una vez más.

—El toro cretense supera al búho ateniense para variar —dijo Philomenes con una sonrisa burlona—. Hipólito se negó a mirarnos a los ojos a ninguno de nosotros. Abrió la puerta de uno de los establos y sacó un caballo. Pasó la pierna por encima del caballo y se alejó, gritando: "¡La caza, caballeros! Parece que has olvidado lo que eso significa.

"Sírvele una libación", dijo el amigo cuyo nombre no sabía, burlándose de mis tonos más altos. "Eso estuvo bien dirigido, Su Majestad".

—No quise bromear —dije, pero en voz baja. En privado, estaba un poco complacido de haber molestado a Hippolytus. Quizá aún pudiera

medir a estos jóvenes, especialmente si no me escondía en mis habitaciones todo el tiempo.

OceanofPDF.com

Trifón

Teseo se había ido hacía ya varias lunas, llevándose consigo a Piritoo, el único hombre que quedaba en Atenas con la cabeza firme sobre los hombros. Y el caos y la anarquía resultantes fueron peores de lo que cualquiera de nosotros podría haber imaginado. La corte se transformó en un carnaval de circo. Uno de los jóvenes montó su caballo a través de los corredores centrales, y el olor nunca pareció desaparecer por completo, sin importar cuánta limpieza se hiciera.

Para no quedarse atrás, otro hizo un trueque con un vendedor ambulante por un mono salvaje, que fue el favorito durante uno o dos días, y luego lo dejaron deambular por los pasillos, robando comida y golpeando a cualquiera que se interpusiera en su camino. Se volvió común tropezar con hombres borrachos que roncaban ruidosamente dondequiera que caían, siempre con una copa de vino en las manos y, por lo general, con un derrame de orina que se filtraba de sus ingles. Aquellos de nosotros que nos considerábamos más sensatos nos retiramos lentamente a nuestras propias habitaciones.

De vez en cuando deambulaba, generalmente alrededor del mediodía, cuando los peores delincuentes aún dormían desde la noche anterior o cabalgaban por los bosques en busca de bestias míticas. Tal vez inspirado por la reciente visita de Heracles, Hipólito anunció que habría una búsqueda para encontrar un caballo con un cuerno que sobresalía de su frente, o alguna tontería por el estilo. Lo mantuvo fuera de problemas, al menos.

Mis exploradores todavía me buscaban información, tanto dentro como fuera de Atenas, así que sabía que el viaje de Teseo, lejos de ser un desastre que un hombre menor podría haber esperado en secreto, fue un éxito. Y me alegró oírlo, porque a pesar de todos mis defectos (y tengo muchos, los tengo), mi prioridad siempre ha sido Atenas. Servir al rey me había hecho rico, pero nunca había actuado de una manera que pudiera haber puesto en

peligro a mi nación. Así que me dio una gran satisfacción escuchar que un rey campesino tras otro acordaron que su posición podría fortalecerse renunciando a su título y uniéndose a un consejo para gobernar la nueva Atenas más amplia. Las descripciones que hizo Teseo de Creta fueron muy convincentes en este sentido, y me sorprendió que no hubiera pensado en llevar a la princesa cretense con él en este viaje.

De hecho, no solo no la había tomado, sino que no parecía haber hecho ninguna provisión para ella. Me maravillé ante esto, y mi mente consideró brevemente la posibilidad de ofrecerle alojamiento en mi propia granja hasta que Teseo regresara y se restableciera la paz. Rápidamente deseché ese pensamiento; ella no estaba en peligro real mientras se mantuviera en sus propios aposentos. No lo suficiente como para justificar la infracción de mi propia privacidad.

Nunca creí los rumores que me traían mis exploradores sobre una relación secreta entre Fedra e Hipólito. Por un lado, el joven estaba demasiado apegado a su caballo. Pero lo más importante, los observé a los dos hablando, y no vi signos de ninguna atracción real de su parte. Sí, ella se sonrojó bastante cuando él le habló, pero él era solo un niño y ella era su madrastra.

Él, por otro lado, se llevó la peor parte de las burlas y los chismes, principalmente de esos simios a los que llamaba sus amigos. En vano, continuó protestando por su adhesión a la diosa Artemisa. La princesa Fedra fue acusada de robarle el corazón y, con él, su virtud.

Sucedió que estaba en el comedor una noche cuando se estaba llevando a cabo una de estas discusiones.

Rhesus, un chico ruidoso y musculoso, que por casualidad era el hijo de un viejo amigo mío, inició la discusión. Su voz estaba arrastrada por las copiosas cantidades de vino que había estado bebiendo desde el mediodía. Levantó su copa de vino y gritó, más fuerte de lo que creía: "¡Hipólito te pide que brindes por la reina Fedra!"

"A la reina Phaedra", respondió no solo su propia mesa, sino también varias de las que la rodeaban. El rostro de Hippolytus se retorció en ese ceño fruncido deformante una vez más.

"No pedí tal cosa, y lo sabes", dijo. Aunque había una copa de vino frente a él, su voz era firme, al igual que su mano cuando se la llevó a la boca. No me sorprendió. Hipólito amaba sus deportes, no su bebida, y no

llevaría a cabo ninguna acción que pudiera socavar a los primeros, incluso sin su padre.

“¿Entonces no le deseas buena salud a la dama? ¿Y tal vez su marido un poco peor de salud? Rhesus se había puesto de pie de un salto, aunque por la forma en que estaba dando vueltas, ya se había dado cuenta de que no era su mejor idea.

"Su esposo es mi padre, bufón", dijo Hippolytus, golpeando su cuchillo en la mesa. Si Rhesus hubiera estado sobrio, se habría detenido en este punto.

Tiene la edad suficiente para ser su padre, querrás decir. ¿Usarás cuernos cuando te acuestes con ella? He oído que los toros excitan a las mujeres cretenses.

"No me acostaré con ella", Hippolytus frunció el ceño. "Juro-" comenzó, pero Rhesus lo interrumpió.

"Vamos, Hipp... Hipp... viejo amigo, no puedes seguir hablando en serio sobre todas esas tonterías de Artemisa".

Incluso yo no pude evitar mirar a Hippolytus con franco interés, ansioso por ver cómo respondería a esto.

"¿Qué quieres decir con tonterías?" Su voz era fría, y su mano se movió rápidamente sobre el mango de su cuchillo.

“Una cosa es mantenerse alejado de las mujeres cuando eres joven, pero se supone que los hombres deben acostarse con mujeres. Los hombres de verdad lo hacen.

El cuchillo voló por el aire tan rápido que ninguno de nosotros se dio cuenta de que se estaba moviendo, hasta que golpeó a Rhesus en el hombro. Retrocedió tambaleándose, con el rostro pálido y una mancha roja extendiéndose rápidamente por su túnica.

"Estoy cansado de tu charla", dijo Hippolytus, y se puso de pie y salió de la habitación. Me estremecí, viéndolo irse. Una vez que se fue, Rhesus también salió tambaleándose, ayudado por algunos de sus compañeros. temblé; el incidente me dio una pausa para pensar. Había un olor peligroso en la atmósfera, una carga que no había estado allí antes.

Teseo no podía regresar demasiado pronto.

agneta

El mismo aire de la corte ateniense era pesado, me agobiaba tanto que no podía respirar. Nos habíamos quedado demasiado tiempo. Nos habíamos quedado más tiempo que nuestra bienvenida, si es que alguna vez fuimos bienvenidos en primer lugar. Intenté hacer planes, hablar con la gente que podía conseguirnos un barco, que sabía qué tribunales podían estar abiertos a los exiliados.

Pero, ¿de qué servía cuando Medea se negaba a irse? Ella pensó que nos había engañado con sus actos valientes, espiando a Teseo, enfrentándose a la princesa. Solo quería que alguien le dijera que se detuviera, que pusiera fin a todo por ella. Pero, ¿dónde nos dejaría eso? O más bien, como supuse que Cassandra volvería con su marido, ¿dónde me dejaría a mí? Esta corte se había vuelto peligrosa desde que llegó la princesa cretense, pero eso fue solo una coincidencia. Fue desde que Teseo se había convertido en rey, luego nos dejó a merced de Hipólito.

Pensé que respiraría un poco más tranquilo afuera, pero el clima griego era demasiado cálido para alguien con mi piel clara, así que me dediqué a vagar por los bosques sombreados que bordeaban el palacio. Realmente nunca me había acostumbrado a vivir en palacios, todos uno encima del otro, las cerraduras de las puertas hacían menos para mantener alejados a los depredadores que la posición de los habitantes dentro. Habíamos vivido en casas, una familia protegida por muros y el bosque fuera. Aquí en el bosque, el leve olor a mantillo bajo mis pies y el dosel frondoso arriba me recordaba un poco a mi hogar, los débiles recuerdos que tenía de él de todos modos.

Yo era muy joven cuando Jason me llevó, una niña pequeña que no encontró un lugar para esconderse lo suficientemente rápido. Sabía lo que les pasaba a las chicas que se quedan dormidas en el bosque, y no iba a dejar que me volviera a pasar.



Era el tipo de día en el que no llueve tanto como el aire parece perder humedad. Todos los cazadores se habían dado por vencidos en encontrar a su presa, y había mucho llanto y tristeza en el palacio mientras cazaban mujeres en su lugar. No pude soportarlo más. Tuve que irme, aunque eso significaba correr el riesgo de un resfriado o fiebre por la humedad exterior.

Cuando salí del palacio, mi cabeza se aclaró un poco. El sol no era visible en un cielo nublado. El agua cayó sobre mi cabello y mis ojos, y el suelo se estaba convirtiendo en lodo frente a mí. Me di cuenta de que todavía quedaba un jinete que había desafiado el clima, dando vueltas y vueltas sobre su caballo. Los griegos hablan del centauro, mitad hombre y mitad caballo, pero para mí todos esos miembros giratorios solo se parecían a una araña.

Se acercó a mí y me rodeó con los brazos, una protección inútil contra lo que vendría a continuación. Mis piernas parecían haberse transformado con el suelo; Podría haber intentado correr, pero sabía que solo colapsaría en la tierra empapada.

Entonces vi a otra chica, Fedra, la princesa, entre el jinete y yo, de pie tontamente al aire libre. La mirada del jinete se posó en ella, y se puso tenso, tan alerta como si hubiera visto un venado premiado, o ese unicornio legendario. Su túnica mojada se pegaba a sus muslos, y su cabello rubio se arremolinaba alrededor de su cabeza. Me recordó un cuadro que había visto en la corte de Corinto, de la diosa griega Afrodita. O, retrocediendo más hacia mi pasado, un lugar que nunca quise visitar si podía evitarlo, mi propia diosa, Freyja. La diosa del sexo y de la muerte.

El jinete descendió de su caballo y lo ató cuidadosamente a un árbol. Si hubiera tenido alguna duda sobre su identidad, lo habría reconocido instantáneamente por su voz.

"¿Qué estás haciendo?" preguntó Hipólito.

"Dibujar", respondió Phaedra con calma. Estaba clavado en el lugar, como si un dios griego me hubiera convertido en un árbol, pero si hubiera podido, habría corrido, y él ni siquiera estaba interesado en mí.

Se acercó a ella, obligándola a retroceder hacia un árbol. Se dio la vuelta y miró por encima del hombro, dándose cuenta de que estaba

atrapada, a menos que pudiera empujarlo a un lado.

"Quédate cerca, princesa", dijo, y dejó caer su brazo sobre su hombro y lo agarró como un tornillo.

"Déjame ir", dijo ella, indignada. Todavía no se daba cuenta del peligro, me maravilló, incapaz de creer que una mujer pudiera vivir casi veinte años y no entender lo que sucedería después.

"Has pasado tanto tiempo mirándome, con mi padre fuera. ¿No quieres verme de cerca? Su voz era cruel, desagradable. Podía verla mirando a su alrededor, pero ¿qué podía hacer? Si bajaba allí, solo nos haría daño a los dos.

"¡Dije, déjame ir!" ella repitió, y luego más fuerte, "Soy tu reina. Quítame las manos de encima."

—Aquí no hay nadie que pueda oírte fingir, princesa —dijo, y le puso las manos alrededor del cuello, aunque todavía no apretaba.

"Tu padre te dijo que me cuidarás". Parecía asustada ahora, pero demasiado tarde. ¿Iba a verlo matarla? ¿Por qué no podía moverme? Debería buscar ayuda, pero no había nadie que pudiera ayudarla ahora.

"Él hizo. Y lo haré."

Ella le escupió. Se secó la cara y se quedó mirando con asombro sus dedos, antes de devolverle la mirada a ella, atrapada en su mano como una mariposa.

"¿Te has vuelto loco?" preguntó, casi desconcertado.

Fue entonces cuando tiró desesperadamente. Hippolytus mantuvo una mano en su garganta y la rodeó con la otra, lenta, casualmente. Estiró los dedos, luego apretó el puño y la golpeó en la cara. Grité, luego golpeé mis dedos sobre mi boca. Sin embargo, no parecían escucharme, concentrados solo el uno en el otro.

"Deberías disgustarme. La mayoría de las veces lo haces. Todos ustedes. ¿Dices ser la nieta de Helios? Él no estaba gritando, a pesar de que ella estaba escarbando contra él con todas sus fuerzas. Pero su tono era casi casual, como si él fuera un león y ella un ratón, indiferente a sus intentos de apartarlo, de arañarle la cara, los brazos. Miró hacia el cielo ahora. "Helios, mira a tu nieta ahora, mira su cuerpo malvado que ha alardeado de mí, con el que se burla de mí, como si fuera su patético juguete".

Siguió hablando mientras la empujaba hacia el barro y luego le desgarraba el quitón. Siguió hablando mientras empujaba sus manos

embarradas sobre su pecho, su torso y debajo de su cintura.

“He pasado mi vida lidiando con mujeres y sus tentaciones. No podéis ayudaros a vosotros mismos: dondequiera que vais perturbáis el aire. Y tú eres el peor de ellos. Peor incluso que tu madre amante de las bestias. Sí, lo sé todo sobre eso. Todos sabemos sobre eso. ¿Es esto lo que querías? ¿Vale la pena todo esto? ¿Esto hará que te detengas?”

Levantó una de sus grandes manos y le estrelló la cara contra el suelo. Sentí que podría dejar de respirar.

Su cara estaba cerca de la de ella, y su voz era más baja, por lo que apenas podía escucharlo. “¿Cómo pudo tu sucia madre acostarse con ese animal? ¿Eres mitad animal también? ¿Es por eso que todo lo que quieres hacer es la rutina?”

Su caballo estaba entrando en pánico ahora, se encabritó y trató de escapar del nudo que había atado en sus riendas. Los relinchos asustados del caballo resonaron a través del bosque, haciéndome difícil escuchar sus palabras.

"Es una mentira", se atragantó. Mi madre no se acostó con un toro más que la tuya.

“Sé cómo domar toros”, siseó. “Aprendí de mi padre”.

Y luego le estrelló ambos puños en la cara, y ella se hundió en el barro.



Después, todo el bosque estaba en silencio. No podía oír ni un solo canto de pájaro ni un ratón corriendo. El caballo exhausto había dejado de intentar escapar y solo pateaba el suelo, relinchando lastimosamente. Hippolytus se incorporó y se tambaleó hacia adelante. No había tomado mucho tiempo; había eso al menos. Pero yacía tan quieta en el suelo que pensé que estaba muerta.

Luego se inclinó y aulló, aulló como si él hubiera sido el que había sido golpeado, pateado y violado. Aulló como si tuviera un dolor intenso. Se dobló y gritó antes de pasarse las manos por el cabello. “Por los dioses”, gritó. “¡Tenía un voto! Le hice un voto a Artemisa. ¡Oh, mi sagrada diosa, perdóname! Fue su culpa, no la mía. Ella me tentó. Ella se arrojó a mis brazos. Perdóname, Diosa, perdona mi debilidad.”

Se arregló la túnica, desató su caballo y comenzó a tambalearse en dirección al palacio, todavía llorando y gritando el nombre de Artemisa. No pretendo ser un experto en esos dioses griegos, pero no podía imaginar que Artemisa, que cualquier diosa femenina, se pusiera de su lado, viendo el cuerpo de otra mujer desnudo en el suelo. Pero los caminos de los dioses son realmente misteriosos.

Phaedra gimió y su brazo se crispó. Ella todavía estaba viva. La comprensión fue suficiente para liberar mis piernas del lugar, y corrí para ayudarla a ponerse de pie, deslizándome en el hueco fangoso que el caballo había hecho con sus patas. Guiaría y apoyaría a la princesa mientras regresaba cojeando al palacio, el único lugar al que podía ir, aunque no se sentía como un lugar de refugio para ninguno de nosotros.

Coro Nocturno

Limpio para Rhesus, y dice que el príncipe Hipólito se ha acostado con la reina Fedra.

Hipólito? ¿Pero no está jurado a Artemisa?

¡Y ella está casada con su padre!

¡Lo sabía! Vi la forma en que la miraba.

*Rhesus dice que Fedra tentó a Hipólito y se acostaron juntos en el campo.
Dice que estaba tan desesperada que ni siquiera podía esperar para entrar.
Teseo ha estado fuera mucho tiempo.*

¡Ha estado fuera de sus aposentos más tiempo que eso!

Pero ...

Andros dice algo similar. Dice que todas las mujeres cretenses son así.

Pero ...

OceanofPDF.com

fedra

Cuando terminó, estaba violentamente enfermo por todo el frente. Escuché sollozos fuertes y jadeantes en algún lugar cercano, y luego, cuando la luz se enfocó, me di cuenta de que provenían de lo más profundo de mi pecho. Cada parte de mi cuerpo dolía, incluso muy dentro de mí.

Sabía que debía ponerme de pie, pero no me atrevía a hacerlo. Y entonces apareció una chica. Pensé por la forma en que se vestía que debía ser una criada, pero nunca la había visto antes. Era hermosa, imposiblemente hermosa, incluso comparada conmigo, con una piel que parecía casi translúcida. Me pregunté si era una diosa, pero no habló, solo me ayudó a ponerme de pie y me rodeó con el brazo. Estaba cubierto de tanto barro y helechos que era difícil decirlo, pero podría estar sangrando. Quizás moriría. Miré hacia el cielo, pero estaba nublado. Ningún abuelo celestial vendría a rescatarme hoy.

Volví a vomitar, esta vez de rodillas en un arbusto cercano. Nunca nadie me había tocado así. Ni siquiera se me había ocurrido que alguien lo intentaría. Recordé mi yo anterior, tan feliz e inocente. Incluso se había alegrado de ver a Hippolytus. ¡Complacido! Quería llorar por ella, y luego recordé que yo era ella y que solo estaría llorando por mí. Cuando el último vómito se escurrió, me di cuenta de un dolor punzante en la parte posterior de mi cabeza.

Yo no estaba muerto, al menos.

Los músculos de mis piernas se paralizaron de miedo ante la idea de encontrarme con Hipólito en el palacio, pero la chica me ayudó a dar un paso, luego otro.

Al igual que el saltador de toros, pensé que estaba a salvo, pero no lo estaba. Había estado tan confiada, tan llena de vida cuando vino a mis habitaciones. Ojalá pudiera recordar su nombre. La habían empalado en los cuernos del toro en el que había confiado. Me habían empalado, pero mi

mente se alejó de la idea. Los dioses no habían hecho nada, pero ¿por qué iba yo a esperar que lo hicieran? Tomaron lo que les gustó. Hades y Perséfone. Apolo y Leda. Zeus y mi propia abuela.

Pero pensar en los dioses me recordó. Hipólito era mi hijastro. Me habían confiado a su cuidado. Esto fue más que una violación. Esta fue una completa traición a los lazos de parentesco, las reglas sobre la hospitalidad. Recordé a Teseo diciéndole severamente a mi madre que xenia aplicó, sabiendo que xenia evitaría que lo asesinaran en su cama. Xenia también aplicó aquí, e Hippolytus lo había frustrado. Volví a tener arcadas y la chica me abrazó con más fuerza.

Pensé que estaba aquí para dar testimonio del castigo de Teseo. ¿Y si mi papel fuera mayor que eso? ¿Y si mi cuerpo fuera el instrumento para provocar el castigo? Los dioses seguramente no dejarían que esta atrocidad quedara impune. Hicieron llover atrocidades sobre los transgresores, como a los bardos les encantaba decirnos.

Un rey llamado Lycurgus intentó violar a su propia madre. Los dioses lo enloquecieron, haciendo que confundiera a su propio hijo con una vid de uva y lo cortara con un hacha hasta matarlo. Recordé a Hipólito empujándome, y me pregunté si los dioses querrían que matara a Teseo, o si Hipólito sería asesinado para que Teseo se viera obligado a vivir con el dolor de perder a su hijo.

Con pensamientos como estos, casi detuve los sollozos ahogados que destrozaban mi cuerpo y amenazaban con hacerme llorar al suelo, incapaz de moverme de nuevo. Cada vez que imaginaba a los dioses destruyendo a Teseo e Hipólito, caminaba un poco más alto. Pero entonces las heridas en mi cara y en lo profundo de mi ingle me hicieron doblarme de nuevo, completamente impotente contra las oleadas de dolor que recorrían mi cuerpo.

Tropezamos hasta el palacio. Me detuve fuera de las puertas delanteras, balanceándome sobre mis pies. había llegado hasta aquí. No era lo suficientemente fuerte para ir más lejos. Pero la chica tiró de mí, su brazo huesudo era más fuerte de lo que parecía. Atravesamos la entrada cojeando y volteeé la cabeza, demasiado asustada para respirar.

No había nadie. Por la luz tenue, supuse que todos debían estar comiendo, y sentí que mi corazón se ralentizaba en mi pecho de nuevo. No podía imaginarme comiendo después de lo que había sucedido, pero supuse

que Hippolytus no tendría tales reservas. Peor aún, reflexioné, con el ahora familiar sabor de la bilis subiendo por mi garganta, debe estar contándoles a sus amigos sobre su éxito.

Volví a llorar, lágrimas calientes y frustradas rodando por mis mejillas. Avanzábamos lentamente por los pasillos. La chica finalmente me dejó ir cuando entré tambaleándome en mis habitaciones, donde Kandake me estaba esperando.

OceanofPDF.com

Kandake

Phaedra se negó a salir de nuestra habitación durante semanas después del ataque. No sabía qué decirle, así que no dije nada en absoluto. Se merecía algo mejor, lo sabía, pero ¿cómo podía hablar con ella sobre lo que había pasado? Ni siquiera había estado con un hombre.

Supe lo que había sucedido tan pronto como vi a la princesa regresar cojeando, con la ropa rota y ensangrentada y el cabello lleno de barro. La llevé a las habitaciones y la acosté suavemente sobre la cama. Trató de decir algo, pero la hice callar, le acaricié el cabello y le tomé la mano. La bañé y la vestí, y luego até su ropa para tirarla al fuego tan pronto como tuve la oportunidad. Estaba decidido a que no los volviera a ver.

Phaedra no se parecía en nada a su madre, pero aún sentía como si me hubiera deslizado hacia el pasado, hacia esos días lejanos cuando le había limpiado las piernas a la madre de Phaedra y le había secado el sudor de la frente, limpiado a sus pequeños bebés y entregado ellos hacia ella. Pero esta vez el acto que había desgarrado a una mujer había sido la violencia de un hombre. No hubo cuidados cuidadosos para devolverla lentamente a la vida. Mi corazón se rompió, no solo por Phaedra, sino por su madre, tan lejos.

Sabía que no era bueno que ella se quedara adentro todo ese tiempo. Traté de persuadirla para que me acompañara a dar un pequeño paseo, aunque fuera de un lado a otro del pasillo. No hay posibilidad de encontrarme con Hippolytus allí, diría yo, aunque no mencionaría su nombre. No hay posibilidad de tropezar con ningún hombre. Nunca nadie llegó tan lejos. Y aunque sabía que era verdad, su rostro se cerraba y salía de la sala de estar, con su mesa de gran tamaño y dos sillas, que era más una prisión de lo que nunca habíamos imaginado cuando llegamos, y regresaba a su cama. Y luego dormiría un poco más.

Y esa fue nuestra vida durante un buen par de meses después. Con frustración, escuché los rumores de cómo Fedra había tentado a Hipólito,

pero no pude hacer nada al respecto. Sin embargo, me preocupaba, no por la reputación de Fedra, sino por el peligro que traería cuando el rey regresara. Mantuve mi oído pegado al suelo, pero no pude escuchar ningún rumor del regreso de Teseo. Y con el tiempo, comencé a darme cuenta de que eso era algo bueno, porque lavé las sábanas y la ropa de Fedra con tanta regularidad como antes, pero después de esa noche, cuando lavé suficiente sangre para drenar a una mujer, nunca vi ninguna mancha. en cualquiera de ellos. No sabía cómo hablarle de eso, así que no sabía si lo entendía, ni si se daba cuenta de por qué tenía dificultades para retener la comida. Sugerí que podía hablar con la bruja Medea, quien podría tener algunas pociones para resolver el problema antes de que fuera demasiado tarde, pero ella se encerró en su propio dormitorio, una prisión dentro de una prisión.

Pensé que nadie venía nunca por nuestro pasillo, pero alguien debe haberlo hecho. Porque de vez en cuando recibíamos pequeños obsequios, pequeños ramos de flores silvestres y, una o dos veces, una nueva pastilla de jabón. Los traje y no le dije a Fedra de dónde venían. Pero estaba seguro de que procedían de una mujer, o incluso de mujeres. Solo pequeños obsequios, de aquellos que entendían por lo que había pasado.

fedra

Cuando mi estómago comenzó a hincharse, tuve que enfrentar la verdad. Estaba teniendo un bebe Quizás incluso más de uno, aunque Kandake me aseguró que algunas mujeres sí se presentaban más grandes que otras, incluso para un primer hijo. Odié cada minuto de eso. Me dolían los tobillos, tenía un sabor horrible en la boca y mi rostro había adquirido un brillo poco natural.

Ni Kandake ni yo hablábamos del mayor problema que me esperaba, aunque a menudo ambos mirábamos hacia el mar y compartíamos miradas preocupadas. Teseo regresaría pronto a Atenas, y yo estaba embarazada de otro hombre. Me habían violado, pero no sabía si Teseo lo creería o si le importaría. Parecía que tenía dos opciones. Podría decirle la verdad, o podría usar la excusa a la que las mujeres en mi situación siempre recurrían. Eventualmente, Kandake lo puso en palabras.

“Teseo es seguidor del dios Poseidón, su padre. ¿Quizás estabas sentado en la orilla esperando su regreso y en su lugar recibiste la visita del padre?

Estaba enfermo con el pensamiento, aunque en ese momento estaba enfermo a menudo, por lo que es posible que los dos no estuvieran conectados.

“¿Es eso lo que le pasó a mi madre? ¿Será por eso que le dijo a mi padre que estaba hechizada por Afrodita, contagiada de amor por un toro? No es cierto, ¿verdad?

“Obviamente, no es cierto”, se burló Kandake. “¿Sería eso posible?”

“Pero Zeus...” comencé, y luego me detuve. No, no parecía posible. “Entonces, ¿por qué mi hermano estaba tan deformado? ¿Quién fue su padre?

“Cuando nació Minos, el príncipe Minos, se parecía a cualquier otro bebé. Tu padre estaba emocionado de tener otro hijo. A medida que el niño

crecía... —Hizo una pausa para respirar—. Eran más palabras de las que jamás le había oído decir en todo el tiempo que habíamos vivido juntas. “Comenzó a verse diferente”, continuó. “La gente estaba empezando a hablar, así que tu padre le construyó una casa bajo tierra. Donde no sería visto.

"Entonces, ¿de quién era hijo?" Pregunté, pero luego me di cuenta de que sabía la respuesta. Sentí como si mi mundo estuviera girando; si no hubiera estado sentado, habría tenido que buscar una silla. Toda mi vida, había favorecido a mi padre sobre mi madre. Siempre había pensado en él como el padre más justo, el padre más amable. El padre que me permitió pintar. Mi madre era mucho más estricta, más difícil de tratar. No parecía gustarle mucho. Pero tal vez todo el tiempo, ella había estado tratando de decirme que el mundo era un lugar cruel, que no se podía confiar en los hombres. Por primera vez pude comprender por qué las Amazonas vivían así. Y no sin una punzada de autocompasión, pensé que la madre de Hippolytus probablemente se avergonzaría si supiera lo que había hecho. Así como me avergonzaba pensar en mi amable y amoroso padre, que echó a su propio hijo de su casa cuando era poco más que un niño. Medea me había preguntado por qué Minos había vivido en el laberinto. Ahora tenía la respuesta, y más comprensión de la que nunca había querido.

Como si leyera mi mente, Kandake dijo de repente: “Lo pusieron bajo tierra y era un niño encantador. Tan amable. Le dije a tu madre, le dije: 'Déjame llevarlo'. Podemos volver a la granja de mis padres. Mi hermano ayudará. Puedes venir a visitarlo. Simplemente no lo pongas bajo tierra. Ella estuvo de acuerdo, iba a estar de acuerdo. Pero tu padre se enteró y dijo que le avergonzaría que lo criaran en la granja. Pero no le avergonzaba encerrarlo en una cueva”. Ella paró.

La miré con la boca abierta; era como si le hubieran quitado el tapón a un odre de vino demasiado lleno. Mi hermano era un hermano completo y no un medio hermano en absoluto. Tenía al menos diez años más que yo, y siempre me había gustado visitarlo bajo tierra. Ariadne y yo lo habíamos llamado el rey del laberinto. Pasamos horas aprendiendo los caminos, asegurándonos de que todos pudiéramos encontrarnos sin dudarlo. Le había pedido al personal de la cocina que tuviera a mano mis dulces favoritos, me acariciaba el cabello cuando no me sentía bien y me dejaba descansar en su cama. Había sido amable, como había dicho Kandake. No fui solo yo;

Escuché al personal de la cocina decir que preferían trabajar para él y ganarse una sonrisa en privado que servir la comida más lujosa para que la disfrutaran los reyes en el Gran Comedor. Y, sin embargo, siempre nos habían dicho, a Ariadne ya mí, que debíamos mantener su existencia en secreto. Nunca debíamos contradecir los rumores de un monstruo en el laberinto. Nos dijeron que la seguridad de Creta dependía de ello.

“¿Qué hiciste, Ariadne?” dije en voz baja. Kandake ya no me escuchaba, atrapada en sus propios recuerdos miserables. Porque Ariadne había amado a Minos tanto como yo, lo sabía. Desde que tengo memoria, había estado corriendo detrás de mi hermano mayor y mi hermana mayor, con las manos entrelazadas. Juntos habían probado una gran cantidad de esquemas y juegos. Habían aprendido a pelear con espadas juntos, e incluso habían tratado de criar sus propios pollos. Cuando Minos había expresado su pesar por no poder aprender de un tutor, como lo hicimos nosotros, Ariadne había repasado minuciosamente cada una de sus lecciones con él, a pesar de ser ella misma una estudiante renuente. Y, sin embargo, había llevado a Teseo directamente hacia él. No pude entenderlo. No podía perdonarlo. Y no se me había permitido expresar nada de esa angustia en público. Quizás si lo hubiera hecho, no habría iniciado el camino que condujo al matrimonio con Teseo y Atenas. Durante mucho tiempo, Kandake y yo nos sentamos juntos en silencio.



La sugerencia que había hecho Kandake daba vueltas y vueltas en mi cabeza. Si le dijera a Teseo que el niño era de Poseidón, si hiciera la afirmación en público, no podría negar el bebé ni mancillar mi nombre. Había escuchado el coro de la noche hablando de Hippolytus y de mí, pero me tapé los oídos con los dedos y pronto, incluso sin que mis dedos bloquearan el ruido, dejé de escucharlos. No pensé que Teseo los escucharía si pudiera escucharlos. Y como Poseidón era su propio padre, incluso podría verse obligado a adoptar al bebé como su heredero.

Aunque todavía sentía repulsión por mi padre, deseaba que él estuviera allí para poder preguntarle cuál sería el mejor curso de acción. O mejor aún, para que pudiera ponernos al bebé ya mí en un bote y llevarnos de regreso a Creta. Podríamos desaparecer en la noche, solo para reaparecer en Creta.

Podríamos culpar a un dios por eso también. Helios y sus carros de fuego, los mismos caballos dorados que llevaron a Medea a Atenas, o eso decían.

Si no tenía cuidado, perdería la fe, me di cuenta. Estaba pensando como lo hizo Medea. Después de todo, no había dioses. Solo humanos defectuosos que buscan algo a lo que culpar sus fallas. Sus hazañas se atribuyeron el mérito a sí mismos.

Necesitaba hablar con alguien. No quería ver a mi prima, Medea. Todavía recordaba el escepticismo que había traído a mis habitaciones después de que me atacaron por primera vez, y me negué a verla de nuevo. Ella había renunciado a intentarlo. En cambio, recordé al anciano que había hablado conmigo cuando llegué por primera vez a Atenas. Trypho, su nombre era. Había sido consejero del anciano rey y había hablado muy amablemente de él. Estaba seguro de que él sería capaz de darme el consejo paternal que necesitaba.

Le pedí a Kandake que arreglara una reunión para nosotros en mis habitaciones. Estaba petrificado de dejarlos, aterrorizado de poder ver a Hippolytus. Me había dado por muerto; ¿Qué le impedía llevar a cabo esa intención?

Trifón

Estaba sentado en mi habitación, bebiendo vino y reflexionando sobre la anarquía general en la corte y las maquinaciones políticas propuestas por Teseo, cuando una criada llamó a la puerta. La reconocí al instante, aunque fingí ignorancia. Era la doncella de Fedra, Kandake.

—Señor —dijo vacilante, en el bello idioma que hablaban incluso las criadas de Creta. “Vengo a ti con un mensaje de la princesa... quiero decir, la reina”.

“¿Sí?” Pregunté, tratando de parecer despreocupado, incluso enojado porque ella había interrumpido mi bebida de la noche. Por dentro estaba revoloteando de emoción. Todos mis instintos me dijeron que esta era justo la oportunidad que había estado esperando.

“A ella le gustaría reunirse contigo de nuevo. ¿Para la cena, tal vez? ¿Mañana por la noche?”

Esto fue muy directo y presagiaba muy bien. Aun así, fruncí el ceño.

“No es conveniente, ya sabes. Pero claro, ella es la reina. Muy bien. Pero ella debe venir aquí.

Para mi sorpresa, ella negó con la cabeza. “No. Ella no saldrá de sus habitaciones. Tienes que ir con ella.

Demasiado sorprendido por haber sido rechazado para hacer alguna objeción, simplemente asentí con la cabeza. Se fue tan silenciosamente como había llegado. Bebí de nuevo un sorbo de mi vino y tracé los nudos en la gran mesa de madera frente a mí. Una mesa que estaba seguro era mucho mejor que cualquier cosa en la cámara de la reina. Mi vino era mejor que cualquier cosa que su doncella pudiera preparar también. Y, sin embargo, se negaba a salir de sus habitaciones. Es más, consulté con mis fuentes y me dijeron que nadie la había visto en al menos cuatro lunas. Mi curiosidad estaba completamente agudizada ahora.



Soy un anciano que nunca se ha casado, y me perdonarán que no llegue a la conclusión obvia. Pero cuando fui a sus aposentos esa noche, llevando conmigo una pequeña jarra de vino, incluso yo pude ver al instante por qué no había salido de sus habitaciones.

No dije nada, simplemente incliné la cabeza y dije: "Su Majestad", y permití que la criada me mostrara mi asiento. Apenas había suficiente espacio para sentarme, ya que la mesa se había movido a un lado de la habitación para dejar espacio para la creciente masa de la princesa.

"Señor, espero que disculpe todos los secretos y subterfugios", dijo en esos maravillosos tonos líricos suyos. "Pero como puedes ver, no soy yo mismo". Y ella hizo un gesto a su estómago con impotencia.

—Ya veo, señora —dije. No quería comprometerme más en esta etapa.

"Esta no es una ocasión feliz, ¿entiendes?", Dijo, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Mientras hablaba, su doncella había puesto un plato de comida en la mesa frente a mí y había servido mi vino en una copa. Parecía cruel comenzar a comer, pero tomé un sorbo de vino y asentí con simpatía, animándola a decir más.

Abrió la boca, luego la cerró, luego la abrió una vez más. Luego su rostro se arrugó y soltó: "Hipólito me violó".

No puedo decir que me sorprendió enormemente. Hipólito siempre me había parecido alguien que era devoto de la diosa hasta que sus instintos más bajos dieron rienda suelta. Pero abrí mucho los ojos y dije: "¿El príncipe? Pobre, pobre niña.

Ella estaba llorando en serio ahora. Su doncella me pasó un paño que le entregué, presumiblemente para sonarse la nariz. Le di unas palmaditas en la mano y traté de recordar mi papel autoasignado como padre suplente de este niño lejos de casa, incluso mientras mi mente estaba ocupada tratando de decidir la mejor manera de usar esta información.

Ella estaba hablando de nuevo, su voz llena de lágrimas, y tuve que esforzarme para entender lo que estaba diciendo. Por lo que pude entender, me estaba pidiendo un consejo, si hacer pasar al bebé como hijo del dios Poseidón.

"Podrías, pero Teseo matará al niño", dije antes de que pudiera detenerme. Ella pareció sorprendida.

“¿Incluso si pensara que era el hijo de un dios? ¿O si todos los demás pensarán que es el hijo de un dios?”

“Sí, indiscutiblemente”, dije. Teseo es un hombre duro. Oh, puede que no sea obvio que él había matado al niño. Me imagino que habría un accidente de carro o un incidente de ahogamiento. Para ti también, sospecho.

Ella me parpadeó. Aquí había una niña que estaba comenzando a comprender el mundo en el que vivía.

“¿Entonces, qué debería hacer?” Sus ojos eran muy azules y muy abiertos. Por un momento me sentí abrumado con la posibilidad de descarriar a esta joven inocente, de aprovecharme de ella de la misma manera que cualquier otro hombre en su vida lo había hecho.

Si realmente hubiera sido mi hija, le habría estado preguntando a ella, o más probablemente, a su doncella, si ya había pasado el punto en el que unas pocas hierbas solucionarían el problema por ella. Pero sentí que esa no era la respuesta paternal que esperaba de mí.

“Tendré que pensar”, dije lentamente. “¿Me permitirás tomarme un tiempo para hacerlo?”

“La princesa no tiene tiempo infinito”, interrumpió su doncella, y pensé por la inusual insolencia de su comportamiento y el tono preocupado en su voz, que ella también estaba pensando en hierbas que podrían curar el malestar estomacal de la princesa. Pero no sabía si ese era el camino correcto. Podía ver cómo se formaba un plan, pero quería formularlo correctamente, lejos de esos ojos azul aciano.

—Tómate todo el tiempo que necesites —dijo Phaedra con firmeza. “Puedo esperar.”

Incliné la cabeza, luego me quedé sin comer. “Debería dejarlo para que descanse, Su Majestad. Comeré en mis aposentos.

—Prepararé un cuenco para ti —dijo la doncella, pero solo después de que Phaedra la hubiera mirado con furia—. No le gustaba, supuse. No sería la primera persona que se sintiera así.

“Gracias, te lo agradecería”, le dije. “Un viejo soltero como yo rara vez puede probar las deliciosas comidas preparadas por las doncellas”.

La adulación no tuvo ningún efecto, pero realmente no esperaba que lo hiciera. Salí de las habitaciones, indicándole que me siguiera más tarde con

la comida. No quería que me vieran cargando contenedores de comida por los pasillos, como un sirviente común.



Cuando regresé a mis habitaciones, serví otra botella de vino. La princesa me había otorgado un verdadero regalo, la oportunidad de acabar con el mismo Teseo, si tan solo usaba la información con cuidado. Ella confiaba en mí, así que no me preocupaba que no tomara el curso de acción que yo había determinado. Pero necesitaba considerar cuál sería esa acción.

Por un lado, pensé, mientras golpeaba casualmente la mesa, Teseo amaba a su hijo Hipólito más que a todos los demás. Era incontrovertible; estaba orgulloso del chico, aunque por qué, no tenía ni idea. Pasó por alto en Hipólito pecados que nunca habría pasado por alto en nadie más.

Por otro lado, allí estaba su preciosa democracia, su oportunidad de ser padre de más de un niño humano y su legado para dejarle al mundo. Sin ella, era un aventurero sin principios que había engendrado un hijo desagradable. Sin este nuevo sistema político, nadie en los próximos años sabría sobre el ingenio frío y la mente clínica de Teseo. En cambio, sería conocido como el compañero de Heracles, el hombre que violó a una amazona, secuestró niñas y mató al Minotauro. Estaría en la misma categoría que Jason, como Perakles, como cualquiera de una serie de héroes que decían ser semidioses. Eran una buena historia, especialmente cuando las cantaba un buen bardo, pero eso era todo. Y Teseo quería más. Quería ser un estadista.

Mi vino estaba vacío y le hice un gesto enojado a mi sirviente para que lo volviera a llenar. No podía permitirme distraerme ahora. Teseo tendría que elegir: rescatar a su hijo o continuar con su carrera política. Recordé lo que nos había dicho sobre su plan de justicia bajo este nuevo sistema de gobierno del pueblo y comencé a sonreír.

¿Confiaría Teseo la vida y la libertad de su amado hijo a un juicio, a una votación de los hombres de Atenas? Los hombres podían ser muy caprichosos y, aunque Hipólito tenía amigos, el propio Teseo no era muy querido. Pude ver cómo funcionaría esto.

Un poco de tos me perturbó, y me giré para gritarle a mi sirviente, solo para ver que no era mi sirviente. Era Kandake, la doncella de Phaedra,

agarrando su plato de comida. Se lo tomé con una reverencia cortés y ella se dio la vuelta para irse, pero luego se dio la vuelta.

"Señor, por favor, la princesa ha pasado por suficiente".

"Entiendo," dije. "Pero ella es más fuerte de lo que crees".

"¿No podrías hacer arreglos para que ella regrese a Creta?" suplicó, retorciéndose las manos. "Escuché que tienes dinero y recursos. ¿Tal vez podrías hacer arreglos para un bote...? Pero las palabras murieron en sus labios mientras me miraba. Había revelado demasiado de mí mismo, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Ella sabía que yo no estaría organizando un barco.

"Trataré de ayudarla," dije suavemente. "Ella me ha pedido mi ayuda, y se la daré. Esta es una corte peligrosa y no puedo garantizar su seguridad, pero intentaré ayudarla".

Ella asintió con tristeza. No había nada más que ella pudiera hacer. Observé mientras salía de la habitación y me maravillé de estas mujeres que llegaron a preocuparse tanto por aquellos a quienes servían.

Kandake

Salí de las habitaciones de Trypho con un sabor desagradable en la boca. No era tanto que no me gustara el hombre como que no confiaba en él. Si Trifón se preocupaba tanto por las mujeres, ¿por qué no estaba casado? Si era del tipo paternal, ¿dónde estaban sus hijos?

Phaedra no escucharía nada de esto. Cuando regresé a nuestras habitaciones, ella no oía nada en absoluto, porque estaba profundamente dormida. Su rostro estaba sin arrugas y libre de preocupaciones nuevamente, por primera vez desde que había regresado del bosque ese día. Sólo deseaba haber compartido su alivio.

A la mañana siguiente esperaba que Trifón nos enviara un mensajero, así que me tomó por sorpresa cuando un golpe en la puerta nos interrumpió durante nuestro desayuno, y le abrí la puerta al hombre mismo. Traté de ocultarlo murmurando algo sobre preparar a la princesa para recibir visitas.

Me senté en mi propia habitación en mi cama, con la puerta entreabierta, y observé de cerca. Primero, Trypho tomó las manos de Phaedra entre las suyas de esa manera que tenía, lo que me hizo estremecer un poco pero no pareció molestarla. Hizo una pausa y la miró directamente a los ojos. Luego dijo: "Su Majestad, he estado considerando mucho su situación".

Ella asintió. Estaba de espaldas a mí, por lo que no podía ver su rostro, pero podía imaginármelo, sus ojos azules muy abiertos y confiados, las mejillas sonrojadas y su piel brillando con el bebé dentro de ella. Ella no dijo nada, esperando que él le explicara su plan.

¿Te ha hablado Teseo de su plan para Atenas? Gobierno del pueblo, ¿democracia, lo llama?

Ella sacudió su cabeza. Teseo apenas le había dirigido dos palabras desde que llegamos aquí.

“Como parte de ese plan, Teseo tiene la intención de establecer un tribunal, no un palacio como este, sino un tribunal de justicia. ¿Entiendes cómo, actualmente, si se ha cometido un crimen, el rey se sienta en la corte sobre el acusado y decide su culpabilidad? Bueno, bajo el nuevo sistema, los hombres de Atenas actuarán como jurados, escucharán el caso y decidirán si el acusado es culpable o no. Sentí una humedad en mis palmas y miré hacia abajo para ver que me había clavado las uñas con tanta fuerza que me había hecho sangre. No me gustaba a dónde iba esto.

"Te sugiero que te arrojes a la merced de este nuevo tribunal y les pidas que declaren culpable a Hipólito".

Jadeé bruscamente, tan fuerte que Trypho me miró, su mirada era una advertencia. No dije nada.

“Señor, malinterpreta mi relación con Teseo”, dijo Phaedra. “Nunca tomará mi palabra en contra de la de su hijo”.

“Pero esa es la belleza del nuevo sistema que desea introducir”, dijo Trypho, con los ojos brillantes de alegría. “Él no podrá decidir. Tendrá un voto, al igual que cualquier otro hombre”.

"Ya veo", dijo Phaedra, pero sonaba poco convencida. No la culpé; Yo mismo no estaba convencido.

“Todo el mundo sabe cómo es realmente Hippolytus. Esta es tu oportunidad de tomar una posición”.

"Sí", dijo ella lentamente. "Hacer un soporte. Contra Hipólito. Contra todo joven que crea poder aprovecharse de una mujer indefensa. Y contra el hombre que le enseñó que eso sería posible”.

“Contra Teseo. Contra el hombre que te puso en peligro. Contra el rey —dijo Trypho en voz baja, y vi que levantaba la cabeza.

Pensé que continuaría haciendo su punto, pero se puso de pie abruptamente.

“Señora, todavía no he desayunado, y creo que usted tampoco. Estas decisiones no deben tomarse con el estómago vacío. Te dejo para que consideres tu decisión. No se puede hacer nada hasta que Teseo regrese a casa, y no se le espera hasta dentro de varios días. No sabíamos que lo esperaban en absoluto. Después de todo, visitaba las cocinas y las lavanderías todos los días y no había oído nada que sugiriera que Teseo estaba de regreso. Me estremecí un poco; No me gustaba este Trypho con los dedos en cada pastel.

Se dio la vuelta para irse, y Phaedra, a pesar de lo pesada que era, se puso de pie con él.

"Gracias, señor", dijo ella.

"Piénselo con cuidado", advirtió. "Un juicio no será una perspectiva fácil, incluso si la mayor parte de la corte está de su lado. Significará revivir su calvario. No puedo pedirte que hagas eso si no eres lo suficientemente fuerte para ello.

¿Y por qué le pediría que hiciera algo? Pero mientras aún estuviera aquí, no podría interrogarlo como debería haberlo hecho Fedra. Esperé hasta que se fue y pensé en la mejor manera de plantear mis objeciones. Ya podía ver que tendría que hablar con cuidado.



No comenté sobre la conversación tanto tiempo como me atreví; luego, más tarde ese día, mientras Phaedra estaba sentada mirando por la ventana y yo estaba trabajando en mi bordado, dije: "Perdóneme, señora, pero ¿está completamente feliz con el plan de Trifón?"

Su cabeza giró rápidamente. "¿Y por qué no lo estaría yo, Kandake?"

"¿No crees que tal vez él es demasiado rápido para empujarte hacia un curso de acción que podría costarte más de lo que podría ganar?" Mi tono era vacilante, pero no quería enojarla.

"No creo que me esté presionando en absoluto, Kandake. Le pedí un consejo y me lo dio. Y de todos modos, ¿cuál es mi alternativa? ¿Fingiendo que un dios engendró a mi bebé? Lo escuchaste, ambos terminaríamos muertos.

"¿Y quién puede decir que no lo harás de todos modos?"

Nos miramos. Sus ojos eran penetrantes, los ojos de su padre, pero sostuve su mirada de todos modos. Ella parpadeó y miró hacia otro lado.

"Bueno, al menos es un plan", murmuró.

Saqué de esta conversación que se la podía persuadir para que probara un plan diferente. No tenía los contactos que Trifón tenía, pero en mi breve tiempo en el palacio, me había propuesto saber quién podía ayudarnos en caso de que necesitáramos ayuda. Yo mismo no tenía dinero, pero podía usar el nombre de Minos, conocido por ser rico. No tenía ni idea de si cumpliría mis promesas, pero podía confiar en la misericordia de Pasífae y,

además, una vez que saliéramos de Atenas, sería más difícil causarnos problemas que si nos quedáramos.

Para un encargo de este tipo, las personas a quienes hablar no son las sirvientas, brindando servicios refinados a los hombres y mujeres adinerados. Las mujeres con las que hablar son el personal de cocina, que prepara la comida para todo el palacio. Parece que estas mujeres son iguales en todo el mundo: mujeres grandes con grandes antebrazos o mujeres flacas con músculos fibrosos. Ambos tipos pueden levantar ollas más grandes que el hombre promedio, y ambos tipos conocerán a alguien, ya sea un hermano, un compañero masculino o incluso una anciana con reputación de brujería, que puede conseguirte lo que necesitas, sin importar cómo. ilegal puede ser.

Demasiadas doncellas son groseras con el personal de la cocina porque asumen que sus damas siempre se comportarán a la perfección y nunca necesitarán ese tipo de ayuda. Pero tarde o temprano, todos fallamos en una ley que no hicimos.

Unas pocas preguntas discretas me llevaron a esperar en un pasillo oscuro en la parte más sucia del palacio esa noche. No hacía frío, pero me estremecí y acerqué mis peplos a mi alrededor de todos modos. No quiero que parezca que Creta es un lugar perfecto, pero sabía que no me habría preocupado tanto en el palacio cretense. Knossos tiene sus rincones oscuros, pero hay al menos un aura de civilidad, especialmente para una mujer de mediana edad como yo. Atenas no tenía tales escrúpulos, especialmente con el rey ausente.

Olí al hombre antes de conocerlo, una mezcla fétida de alcohol y carne grasosa flotando por el pasillo. Se arrastró detrás, una pequeña rata de hombre, olfateando ruidosamente y limpiándose la nariz con la mano. Apreté los dientes. Nunca pensé que sería sabroso.

“¿Qué tenemos aquí entonces? ¿No estás un poco lejos de tus aposentos? gruñó, y por un momento me preocupé de que no fuera mi contacto y que solo fuera un oportunista que había aparecido en el momento equivocado. Pero luego me controlé; seguramente no iba a empezar ofreciéndome servicios ilegales.

"Lucía en la cocina me dijo que podría encontrarme con un hombre aquí que podría ayudarme". Mantuve mi voz firme y me recordé que no era

una joven ingenua como Phaedra, sino una mujer madura que podía defenderse, especialmente contra roedores como este hombre.

Sollozó ruidosamente y dijo: "Lucía habla demasiado. ¿Tienes dinero?"

"Te lo puedo conseguir. Cuando el trabajo está hecho. Contuve la respiración. Esta era la parte más precaria de mi plan.

"Veremos. ¿Cuál es el trabajo?"

"Trabajo para cierta dama de buena cuna. Necesito organizar el transporte para ella y un acompañante de regreso a su tierra natal. Cuando lleguemos allí, su padre pagará generosamente".

Se balanceó sobre sus talones y volvió a oler, pero no dije nada. Contuve la respiración y resistí el impulso de seguir hablando.

"Entonces, si esta joven es la dama que tengo en mente, su padre no anda corto de fondos, ¿verdad?" Asentí. "En ese caso, ¿por qué su padre no envía a sus propios hombres para traerla a casa?"

Era una buena pregunta, y no se me había ocurrido, pero hice un esfuerzo por responderla ahora.

"No es tan simple; hay política involucrada a ese nivel. Si envía a alguien para que la lleve a casa, eso sería una declaración de guerra".

"Pero si la joven se va a casa por su propia voluntad, eso es de esperar cuando una chica bonita está casada con un hombre que le dobla la edad y que no ha estado mucho en casa". Asentí de nuevo. "No estoy seguro de que no sea una guerra en cualquier caso, pero la guerra no es de mi incumbencia excepto donde hay cosas para comprar y cosas para vender, y siempre hay más de esas en tiempos de guerra. Muy bien. Puedo conseguir un barco para ti y tu señorita. Sin embargo, tendrás que dejar atrás todas tus pertenencias elegantes. No habrá lugar para ellos".

Me imaginé el pequeño baúl de Phaedra, con un puñado de quitones y peplos de repuesto, y traté de no sonreír. Nunca antes se había despedido a una princesa con un ajuar tan lamentable.

"Eso está bien", respondí en voz baja.

Nombró su tarifa; era más bronce de lo que había visto en mi vida, y aunque no pensé que fuera una cantidad que haría que Minos perdiera el sueño, respondí con una oferta de la mitad. El hombrecito esperaría que lo hiciera, si realmente actuaba con la autoridad del rey. Me dio un segundo precio un poco más alto que mi mostrador, pero ni cerca del monto inicial, y lo acepté con gusto.

“Viajarás de noche. ¿Alguien vigila a la dama, lo sabes?”

“No que yo sepa,” dije, conmocionado por la pregunta. Nunca había visto guardias ni espías, pero de repente, todas las paredes parecían tener ojos; y todas las puertas, orejas. Sentí que había sido muy ingenuo.

“Haré algunas comprobaciones y averiguaciones. Si no sabe nada de mí, asuma que es seguro irse. Reúnete con nosotros en las puertas del palacio dentro de dos noches, cuando la luna esté en su punto más alto. Si alguien te acompaña, no habrá nadie a tu encuentro, ni bote. ¿Lo entiendes?”

“Sí”, dije, aunque no estaba seguro de haberlo hecho. Sus siguientes palabras fueron más claras.

“Estoy ayudando a una joven a llegar a casa con su papá. No tengo ningún interés en ayudar a los jóvenes amantes a escapar. ¿Ha quedado claro? Si hay un joven con usted, estará solo, y es posible que tenga que pagar mis honorarios denunciando a la joven a las autoridades correspondientes.

Olfateó ruidosamente y recordé cómo la corte había estado llena de rumores sobre un supuesto romance entre Hipólito y Fedra. La sola idea de que pudiera estar organizando la fuga de la pareja era absurda, ridícula para mí en extremo, pero obviamente él no tenía forma de saberlo.

“Te puedo asegurar que ese no es el caso,” dije con frialdad.

Inclinó su barbilla hacia mí y se alejó, dejando atrás su mal olor. Me acosté contra la pared y traté de recuperar el aliento. Puede que le haya prometido más dinero del que vería en toda su vida. Pero si pudiera cumplir lo que prometió, valdría la pena. Simplemente no sabía si podía. Y lo que era más, todavía tenía que convencer a Phaedra de que ese era el curso de acción correcto.

medea

Tenía muchas ganas de reanudar mis paseos nocturnos, pero Agneta me había hecho prometer que esperaría a que Teseo regresara y alguna especie de orden. Así que, en lugar de eso, merodeé arriba y abajo por mis habitaciones, incapaz de encontrar nada útil y aburrida.

Eventualmente, Cassandra se me acercó. “Señora”, dijo, con un tono cortés en su voz que a menudo estaba ausente, “tengo noticias para usted. Los jóvenes estarán cazando mañana y no se espera que regresen hasta dentro de una semana.

La fulminé con la mirada; Había estado reprimida durante tanto tiempo, que incluso que me hablaran me causaba picores de irritación en la piel. “¿Porqué me estas diciendo esto?”

“Pensamos que te gustaría aprovechar la oportunidad. A caminar”, dijo Agneta.

Los miré a los dos. “No necesito el permiso de nadie para dar un paseo. No tengo miedo de una manada de jóvenes.

Ellos asintieron y miraron hacia otro lado, ocupándose de sus labores o de lo que sea que hicieran. Ninguno de ellos me miró a los ojos. Finalmente concedí.

Pero sí, mañana por la noche sería una buena noche para dar un paseo. La noche la elijo yo de forma independiente, ¿entienden, chicas? Ninguno de los dos dijo nada. “¿Entienden, chicas?” Repetí más fuerte, y ellos murmuraron su asentimiento.



La noche siguiente me vio deslizándome por los pasillos una vez más, y me sentí mucho mejor por ello. A pesar del calor, todavía me cubrí con mi disfraz oscuro.

A medida que mis deambulaciones me acercaban a los aposentos de la princesa Fedra, pensé en huir a Creta. Por lo que había oído, el rey Minos no era un individuo comprensivo, pero la reina Pasífae era mi tía, aunque nunca nos hubiéramos conocido. Podría llegar con noticias de su hija, que seguramente estarían ansiosos por recibir. Y luego, una vez que estuve allí, pude evaluar la mejor manera de apelar al rey y la reina, y asegurarme de que mi estadía durara un poco más. Empecé a pensar en cuál de mis doncellas podría llevarme. Agneta, sin duda. Cassandra era útil, pero era ateniense nacida y criada, y no estaba seguro de si querría dejar una corte en la que se había adaptado tan bien para sobrevivir.

Dejé que mis pensamientos volaran de un lado a otro, pero nunca permití que se posaran en Jason. Nunca pensé en él, no desde ese día que había dejado la corte de Corinto, una ex princesa nómada sin hogar, sus sollozos de cocodrilo resonando en mis oídos. No se dieron cuenta de que me iba hasta que ya estaba en el bote, y toda la corte corrió a la orilla para regañarme. Todos habían caído en las mentiras de Jason, o al menos les convenía creerle. Ese suegro suyo lo había increpado, agitando su bastón nudoso hacia mí e invocando las maldiciones de los dioses sobre mí. “Mujer antinatural”, creo que gritó. “Tú no eres madre”. Bueno, ¿qué clase de padre era él? Su hija se quedó con Jason, y al menos mis hijos estaban libres de él.

Me había escapado de la corte por la noche y mi barco zarpó por la mañana, una mañana brillante y hermosa, con los rayos del sol brillando detrás de mí, deslumbrando a los enojados espectadores en la orilla. Eché la cabeza hacia atrás con alivio, y la luz pareció emanar de mi propio ser. Me bañé en el calor, pero no podía durar. Supongo que la luz brillante que parecía irradiar de mi bote había dado crédito a los rumores de que el dios Helios había diseñado mi escape. Pero luego mis pensamientos siempre volvían, no a Jason, sino al pequeño cuerpo que agarraba entre sus musculosos brazos, y mi corazón se encogía al pensar que él era capaz de maltratarla incluso en la muerte.

Pensar en Jason significaba recordar a mis hijos, y eso no podía hacerlo. O al menos, no podía hacerlo y permanecer cuerdo.

En su lugar, dejé que mis pensamientos saltasen hacia lo que se necesitaría para el viaje, como ropa de cama, y la mejor manera de obtener un barco, y otros aspectos prácticos que tendrían que resolverse. Los

pensamientos de mariposas brillantes no estaban destinados a descansar por mucho tiempo en la oscuridad. Y todo el tiempo me acerqué al dormitorio de la princesa cretense porque necesitaría las noticias más actualizadas de ella para informar a sus padres.

No la había visto en varias lunas, y mi conocimiento de su situación actual era confuso en el mejor de los casos. Podría inventarlo, por supuesto, pero era casi seguro que Minos tenía sus propios espías, y si mi conocimiento no concordaba con el suyo, podría ser un mal augurio para mí.

Cuando llegué a los aposentos de Phaedra, me detuve. Esperaba que estuviera dormida, pero había lámparas encendidas, iluminando la noche oscura. Escuché voces que venían del interior: la voz suave y musical de una mujer joven y el tono áspero de un hombre mayor. Me arrastré tan cerca de la puerta como me atreví, presionando mi oreja contra ella.

"¿Ha considerado mi propuesta, Su Majestad?" preguntó el hombre.

"Yo tengo", respondió ella. "Y ..."

"Espera," interrumpió otra voz. Una mujer esta vez, de mediana edad. Ese tendría que ser el sirviente de la princesa. Recordé a la mujer fruncida y difícil. Y pensé que solo mis sirvientas eran así de irrespetuosas.

"Kandake," dijo la princesa, confirmando mi suposición. "Ahora no es el momento-"

"Tengo un barco", dijo la mujer mayor, balbuceando en su deseo de sacar sus palabras. "Podemos discutir los detalles más tarde, pero Su Alteza, podemos irnos. Podemos volver a Creta y a tu madre y a tu padre.

Me pregunté si llamarla "Su Alteza" sería un error. Vi una pequeña grieta en la puerta y presioné mi ojo contra ella. Dio una vista sorprendentemente buena de la habitación. Pude ver que el hombre era esa vieja araña Trypho. No pude ver a la criada. Y entonces Phaedra se puso de pie, y pude ver por la redondez de su estómago y la apariencia de sus brazos como palos que estaba embarazada. No es de extrañar que la doncella quisiera llevársela. Me reprendí por no haber regresado antes.

"Yo no soy Su Alteza. Soy Su Majestad", dijo Phaedra, confirmando mis sospechas. "Soy la reina de esta corte, incluso si nadie actúa como tal. La única reina que tiene esta corte.

"Me harías huir como un ladrón en la noche", continuó, alzando la voz a medida que aumentaba su retórica. "No he cometido ningún delito. No

soy adúltera. He permanecido fiel a mi esposo”.

Continúa, pensé. Ella me complació. Ahora estaba en pleno modo de hacer discursos.

“He sido cruelmente utilizado y dejado de lado por mi propio hijastro. Te digo, tendré justicia. Los dioses vieron lo que pasó, y no lo dejarán pasar. Teseo mató a mi hermano. Ahora su hijo ha tomado mi honor. El maestro Trypho me dice que puedo hacer justicia en los tribunales. Creo que esto es lo que los dioses pretendían que sucediera.

Trifón aplaudió.

"Entonces, para ser muy claro, Su Majestad, ¿tiene la intención de pedirle a la corte que condene a Hippolytus por su violación?"

Su voz resonó, clara y apasionada. "Sí."

Me arrastré de regreso a mis habitaciones, sintiéndome muy complacido con mi aventura nocturna. No podría haber elegido una noche mejor si la hubiera elegido yo mismo. Ahora tenía que decidir cómo usar mi nueva información. ¿Sería más valioso para Teseo o Minos? ¿O debería esperar mi momento un poco más?

ACTO III



OceanofPDF.com

LA PRUEBA



Fedra habla y habla, e Hipólito no puede soportar más. Se pone de pie, empujando a un lado la mano de sujeción de su padre.

“Ella miente”, grita, su voz aguda, como si todavía fuera un niño.

Pero su grito es inaudible, porque sus amigos ya están de pie.

“¡Mentiroso!”

“¡Bruja!”

“¡Puta!”

Es como si las palabras fueran piedras, y Phaedra se estremece con cada una. Los jóvenes se llevan los dedos a la cabeza imitando a los toros y fingen apuñalarse unos a otros, riendo a carcajadas. Hippolytus siente que el nudo en su estómago se desvanece. Ella es solo una mujer mortal. Débil, falible, una de una larga lista de mujeres antinaturales. Hipólito no tiene nada que temer de ella.

Luego jadea al sentir un dolor en el hombro. Los dedos de Teseo se clavan en su carne, su aliento caliente en su oído.

“Siéntate.”

Luego, cuando Hipólito, atónito, no se mueve:

“Confía en mí, Hippolytus”, dice su padre. “Siéntate ahora.”

Coro Nocturno

El rey está regresando. El rey está regresando.

Su barco ha sido visto en el horizonte. Estará aquí en dos días.

¿Y qué hará con lo que encuentre aquí? Quería un palacio como Creta.

Regresará a un foso de osos furiosos.

*No nos atrevemos a limpiar adecuadamente; nos mantenemos al aire libre
lo menos posible.*

Todavía hay animales salvajes vagando por los pasillos.

Hippolytus ha liderado un alboroto a través del palacio.

¿Y alguien ha visto a la reina? No desde... no desde entonces.

*No, pero a juzgar por las comidas que ha estado preparando su doncella y
la ropa que ha estado lavando, la reina puede tener una sorpresa para el
rey cuando regrese. Una sorpresa que se estaba gestando durante seis
ciclos lunares.*

Pero ya se ha ido siete ciclos lunares.

Esto no terminará nada bien.

OceanofPDF.com

fedra

Cuando Teseo regresó, Trifón y yo estábamos listos para él. Había reunido a todos sus compatriotas atenienses en el comedor para poder presumir ante ellos de sus triunfos. Esperé afuera de las puertas para que él comenzara a hablar. Y entonces abrí la puerta de un empujón y entré, mi paso lento y deliberado, mis ojos fijos sólo en Teseo. Trypho había sido demasiado delicado para decirlo, pero mi estómago, que sobresalía ante mí, le diría a la corte todo lo que necesitaba saber.

Trypho había insistido en que me pusiera un quitón blanco y me trenzara el pelo para que me pareciera nada menos que a la mismísima Atenea. Me habría hecho llevar una lechuza si hubiera podido encontrar una. Se suponía que el quitón estaba suelto, pero se aferró a mi vientre redondo y firme, y la corte se quedó sin aliento cuando caminé lentamente hacia Teseo. No había visto a ninguno de los hombres en meses; ninguno de ellos estaba preparado. No pude evitar echar un vistazo a Hippolytus, aunque Trypho me había advertido que no lo hiciera. Parecía enfermo.

Sentí al bebé moverse, empujando su pie contra mi costado. Intenté todos los días disociar al bebé de su concepción, pero verlo allí, frente a mí, todavía caminando y respirando y viviendo su vida como si nada hubiera pasado, me dio ganas de empujar al niño y alejarlo de mí. Tropecé un poco. Nadie se adelantó para ayudarme y continué mi camino hacia el rey. Volví a mirar a Hippolytus y él se dio la vuelta, con el rostro inexpresivo.

Me imagino que todos esperaban que yo suplicara, que me arrodillara, le echara los brazos alrededor de las piernas y le pidiera perdón a Teseo. El mismo Teseo ciertamente lo hizo, su mano ya extendida hacia mi cabeza. Pero me detuve antes del alcance de su brazo, me levanté más y dije en cambio: “Señor, es bueno que haya regresado. Ha habido un incumplimiento grave de las leyes de xenia, y de la relación filial. Tu hijo me ha violado, y ahora estoy embarazada.

Detrás de mí, escuché el susurro comenzar. Esta fue una acusación grave y, lo que es más, había muchos hombres supersticiosos en la corte. Pude escuchar a más de uno hablando de la mala calidad de la cosecha de ese año. Trypho me había dicho que lo harían, y si no lo hacían, él mismo iniciaría los susurros. Y se oiría la otra palabra que me había advertido: Tebas. La ciudad de Tebas había sido visitada por la peste, me dijo, y la creencia popular era que había sido causada por las transgresiones del joven rey, casándose con su propia madre. Podríamos usar ambas preocupaciones a nuestro favor, había dicho Trypho.

"¡Mentiras!" Hipólito gritó. Trató de huir de la cancha, pero uno de sus amigos lo agarró del brazo. El amigo se hizo eco del grito: "¡Mentiras!" Pero su voz era hueca. Sabía lo que había hecho Hipólito. Todos lo sabían, aunque no hubieran hecho nada al respecto.

Entonces el propio Trifón dio un paso adelante. Con voz sedosa, dijo: "Teseo, esta es una acusación grave. El niño debe tener la oportunidad de demostrar su inocencia, ¿no es así, señor?"

El rostro de Teseo se había vuelto blanco bajo su bronceado. No me halaga pensar que haya tenido algo que ver con la protección de mi virtud. Pero siempre dos pasos por delante, Teseo había visto de inmediato el camino por el que lo conducía Trifón. Su hijo, su amado hijo, estaba ahora en juicio, y su sistema de democracia significaba que no podía hacer nada para salvarlo. Ya la justicia era dulce.

Hippolytus apartó el brazo de su amigo, quien siseó en lo que pudo haber creído que era una voz tranquila: "No puedes correr, hombre, pensarán que eres culpable". Pero vi a Hippolytus mirar fijamente mi estómago. Dio un paso vacilante hacia su propio padre y dijo: "Abba, yo no lo hice". Parecía poco más que un niño, y recordé que solo tenía dieciséis años. Pero él todavía había sido capaz de lastimarme.

"Cállate, Hipólito", dijo Teseo. Hablaremos en privado. Trypho, es solo un niño. ¿Tenemos que pasar por este galimatías?

—Desde luego que no —dijo Trypho—. "Usted es el rey, señor. Tú puedes tomar la decisión.

Hippolytus estaba visiblemente temblando ahora, esos anchos hombros presionados juntos. Extendió su mano hacia mí, pero la retiró cuando Teseo lo fulminó con la mirada.

“Hipólito, no tienes...” Teseo se apagó, y reprimí una sonrisa. Nadie podía pensar en una tarea que Hippolytus tenía que hacer, ni siquiera su propio padre. “¿Caballos para cepillar?” terminó. Y Phaedra, pareces cansada. Deberías acostarte.

Trypho me había dicho que era probable que me despidieran. Pero cuando comencé a caminar pesadamente hacia la puerta, me di cuenta de queirme ahora significaría que Hippolytus y yo estaríamos solos. Recordé esos puños, ahora apretados como los de un niño pequeño, golpeándome la cara, y miré a mi alrededor alarmado. Todos los hombres parecían ajenos a mi difícil situación.

La ayuda vino de un lugar inesperado. La puerta se abrió un poco y una criada asomó la cabeza por la puerta. "Estamos aquí por la princesa", susurró, su voz apenas audible. Miró al suelo, pero la reconocí como la chica que me había ayudado a regresar al palacio después de que Hipólito me atacara. Los hombres la ignoraron, pero ella abrió la puerta un poco más y vi a varias criadas de pie allí. Caminé hacia ellos. La puerta se cerró detrás de mí y pude escuchar a los hombres reanudar su discusión como si no tuviera nada que ver conmigo.

Las doncellas formaron una falange a mi alrededor. Miré a la criada a mi lado, Kandake. Ella me sonrió pero no hizo ningún intento de tomar mi mano. Nadie habló. Caminamos de regreso a mis habitaciones, las criadas manteniéndose a mi ritmo lento. De vez en cuando miraba a mi alrededor con asombro. Estas mujeres deben ser el coro de la noche, o algunas de ellas. Y, sin embargo, aunque sonaba grosero decirlo, no eran ninguna de esas bellezas. A la mayoría les faltaban dientes, algunos tenían sobrepeso y uno era tan delgado que es posible que no la hayas visto parada de lado. Recordé cómo Ariadne había sido llamada "Ariadne de la hermosa cabellera" y había tenido tantos pretendientes. Pero quizás la belleza no era todo lo que los hombres buscaban en las mujeres. Tal vez, cuando Hipólito se me impuso, mi propia apariencia había sido menos importante que su necesidad de controlarme. Para poseerme.

Cuando regresé a mis habitaciones, susurré: "Gracias", y ellos asintieron y se alejaron sigilosamente.

"¿Tú arreglaste eso?" Le pregunté a Kandake más tarde mientras me cepillaba el cabello para ir a la cama. Pero ella negó con la cabeza.

“No, solo me pidieron que fuera parte de esto”, dijo, y continuó cepillándose. Unas cuantas brazadas después, se detuvo. "No creo que Trypho lo hiciera tampoco".

Yo tampoco.



Trifón convenció a Teseo de que habría un juicio, tal como me había asegurado que lo haría. Siete días después, me senté y observé mis pies, colgando sobre las rocas en el agua de mar. A una distancia discreta, un guardia me vigilaba. La guardia había sido idea de Trifón, pero él convenció a Teseo de que era su propia idea. no me importaba; por primera vez me sentí lo suficientemente seguro como para dejar mis aposentos.

Ahora me cuestionaba todo el tiempo. ¿Por qué no escuché a Kandake y tomé el barco de regreso a Creta? En este momento, podría estar sentado en una playa de Creta, con tres guardias que conozco desde la infancia cuidándome. Podría volver a cenar en el Gran Comedor. Los jóvenes nobles que habían buscado mi mano en días pasados me rodeaban y decían: "¿Era muy primitivo en Atenas, Fe?" y yo respondía: "¡Oh, no tienes idea!"

Esta era siempre la parte donde mi visión se detenía. Porque si estuviera rodeado de amigos, los hombres y mujeres jóvenes de Knossos y los palacios circundantes, con quienes había crecido, entonces seguramente Minos también debería estar vivo, esperando que vayamos a visitarlo y contarle sobre la vida. fuera del laberinto. Siempre supe que los dioses se vengarían, pero pensé que estaba aquí como testigo. No me había dado cuenta de que mi cuerpo iba a ser el campo de batalla en el que se llevaría a cabo esa venganza.

Ahora estábamos esperando que los hombres de Atenas fueran convocados para que se escuchara el juicio. Había estado trabajando con Trypho para preparar mi historia. Trypho no iba a presentar mi caso. Él se había negado, afirmando que era demasiado viejo y no era un buen retórico. En cambio, un hombre más joven llamado Criton haría los honores. Lo había conocido, y no me agradaba tanto como me agradaba Trypho, pero confiaba en que Trypho tenía mis mejores intereses en el corazón, y Criton haría el mejor trabajo posible. Simplemente me pareció demasiado

ambicioso y no quería que mi caso se usara para obtener ventajas políticas. Se lo mencioné a Trifo y me sonrió amablemente.

“Pero, señora, mientras usted gane, ¿qué importa si otros también ganan?”

"Supongo que sí", concedí. "Pero su causa parece tan baja en comparación con la mía".

—Estás siendo un poco demasiado preciosa, princesa —la reprendió Trypho suavemente. “Él trabajará duro para ti, sabiendo que un éxito lo beneficiará. ¿Qué más se puede pedir? Mejor eso que para él ser simplemente un bienhechor sin nada que ganar”.

"¿Como tú, quieres decir?" Pregunté astutamente, y él se rió.

“Exactamente como yo, y es por eso que no puedo representarte en la corte. No tengo estómago para la pelea. Critón lo hace.

Había aceptado la derrota en ese momento. Ahora, con los pies mojados y la mente más tranquila, sentí que podía articular mejor mi preocupación. Si Criton solo se preocupara por su propia promoción política, entonces podría cambiar de bando en un abrir y cerrar de ojos si hubiera una motivación política para hacerlo.

Me pregunté si valía la pena plantearle esto a Trypho. Había llegado a depender tanto de él en las últimas semanas; apenas un pensamiento que tenía no fue compartido. Kandake, por otro lado, lo odiaba. Se aseguraba de estar ausente cada vez que él venía de visita.

"Lo siento mucho", me disculpé con él una vez cuando llegó inesperadamente y ella se puso de pie y se alejó, murmurando algo sobre ir a las cocinas para ver la cena. “Ella es muy grosera, lo sé, pero no tengo otra alternativa aquí”.

“No te preocupes, Princesa,” me tranquilizó. “Entiendo su posición. Ella pensó que había asegurado su pasaje a casa. Ella no esperaba que fueras tan valiente. Es vieja y añora su hogar, y me ve como la razón por la que no está en casa ahora. Al menos está siendo grosera conmigo y no contigo.

Fue hipócrita por parte de Trifón llamar vieja a Kandake cuando debe tener la edad suficiente para ser su padre, pero no dije nada. Después de todo, ella acababa de marcharse, un comportamiento impensable de una criada en Creta. Mi madre la habría mandado azotar. Ni siquiera sabía a quién podía pedirle que me diera los latigazos.

Ahora, detrás de mí, el guardia se aclaró la garganta. Suspiré y a regañadientes saqué mis pies del agua, secándolos en el pequeño trozo de tela que había traído conmigo para ese propósito. Teseo había acordado que yo podría tener tiempo durante el día, desde que el sol estaba en la cima del árbol más alto hasta que estaba en la tercera rama más abajo, solo en la playa. Podría quedarme en la playa más tarde si quisiera, pero no estaría solo, y los jóvenes habían sido tan increíblemente obscenos en mi presencia que era más fácil si me iba. Trypho había tratado de objetar, diciéndole a Teseo que sería mejor si se requería que Hipólito limitara sus movimientos dado que yo no había cometido ningún crimen, pero Teseo solo podía ser empujado hasta cierto punto en lo que respecta a su hijo. Hacía calor y mis habitaciones eran sofocantes, pero las respeté todo lo que pude, aparte de esas preciosas horas en las que tenía la playa para mí sola.

Me puse las sandalias en los pies y até las correas alrededor de mis tobillos, luego comencé a caminar de regreso por la playa hacia el palacio.

Coro Nocturno

¿Qué es este juicio? ¿Quién es esta princesa, creando todo este alboroto?

Todo lo que ha hecho es irritarlos, y ahora exigen más de nosotros. Se sientan y escuchan, y quieren más, más, más de nosotros. Hippolytus se ha convertido en un monstruo. Él y sus amigos corren por el palacio, protestando por su inocencia ante todos los que ven y, sin embargo, cuando regresan a sus habitaciones y nos ven, representan la violación de nuevo.

Sentí pena por ella antes, pero nos ha hecho la vida más difícil. ¿Por qué no podía estar callada?

¿Incluso le crees? Escuché que ella le había echado el ojo desde el principio.

Todos la vimos seguirlo por la cancha.

Ella está esperando a su hijo. Tal vez inventó todo esto para convencer a Teseo de que no le fue infiel mientras él no estaba.

Las princesas pueden traer pruebas. Pero alguien todavía tiene que hacer sus camas y también acostarse en ellas.

medea

Con Teseo de regreso, caminaba todas las noches. Nadie podía hablar de nada más que del juicio. ¿Quién estaba diciendo la verdad? ¿Era Fedra una prostituta cretense, antinatural como su madre? ¿Fue Hipólito un bruto violador como su padre? Después de todo, todos sabían, o si no lo sabían, otros se apresuraron a decirles, que el propio Hipólito era el hijo de la reina amazona, violada por Teseo en la batalla. Todo el mundo tenía una opinión. La noche anterior al juicio, Agneta me estaba esperando cuando regresé a las habitaciones.

“Siempre estás escuchando en las puertas”, acusó.

“Y estás siendo insolente”, repliqué. “¿Es esta una forma de hablarle a tu ama?”

Sus delgados hombros subían y bajaban como pequeños animales huesudos. “Así que despídeme”.

—Debería golpearte —dije, pero me senté a la mesa en su lugar. El ataque de la princesa casi había roto a Agneta. No se necesitaría mucho más para destrozarla por completo. “¿Lo que de ella? Estoy escuchando en las puertas. ¿Tienes alguna idea de lo que está pasando en este palacio?”

Se unió a mí en la mesa, acercándose una copa de vino que había preparado. “Sí, sé lo que está pasando en este palacio. Pero no veo qué tiene que ver con nosotros”.

“Todavía no he resuelto eso”, admití. “Pero estoy recopilando conocimientos que nos beneficiarán”.

Ella resopló. “Irnos nos beneficiará. Señora, tendrán su cabeza en un plato si descubren que todavía está aquí.”

“¿Quien? ¿Teseo? Está un poco preocupado por esa descarriada esposa suya. Tomé un sorbo de vino. “Esto es bueno, gracias”.

“Espero que te haga dormir. Esa esposa suya es tu prima. Y ella está bajo la protección de los dioses. Usted no. Él hará de ti un ejemplo. Él hará

que te golpeen en público. Siempre te odió, y tú le darás una excusa para desahogar su indignación. Señora, debemos irnos.

Parecía joven y desesperada, y sentí pena por ella. Tristeza, mezclada con un cariño que no era del todo amor. Sabía la diferencia.

—Agneta, querida —dije, manteniendo mi tono amable—, si estás preocupada, puedo arreglar que te vayas de este palacio. Podrías ir—

Ella se alejó de mí, lo cual estuvo bien. No tenía ni idea de adónde podía ir. No sabía cómo hacer que volviera con su familia.

“Todos esos castigos que enumeraste, Agneta, ¿realmente crees que me importan?” Lo intenté en su lugar.

—Me preocupo por ti —dijo ella, todavía de espaldas a mí.

“Y te agradezco por eso. Pero ya que mis hijos, ya que mis hijos... Me tropecé con las palabras y decidí que simplemente me saltaría. “No me importa lo que me pase, Agneta. Mi vida es un tormento viviente ahora. Hasta que esté muerto, no me importará lo que me hagan. Y esta intriga cortesana me distrae un poco de desear que fuera así.

Ella se volvió lentamente. “Es un poco más que una intriga. Habrá un juicio.

“¿Y cree que se hará justicia?” Pregunté, genuinamente curioso por su punto de vista.

“Por supuesto, señora”, dijo en tono de asombro, lo que me hizo preguntarme con quién había estado hablando recientemente. “Es la democracia en acción, el gobierno del pueblo”.

“La regla de los hombres,” la corregí. Y sólo los hombres liberados. Además...” y reflexioné sobre una conversación que había escuchado por casualidad esa noche entre dos miembros del jurado, paseando tranquilamente hacia sus cámaras. Olían un poco a alcohol, y sentí una punzada irracional de odio por el hecho de que pudieran caminar con tanta libertad y despreocupación cuando me obligaban a merodear como un ladrón.

“¿Qué opinas de este juicio de mañana?” preguntó uno. No reconocí su voz, ni pude distinguir sus rasgos en la penumbra.

“Una buena oportunidad, y nada más”, respondió el otro. Me quedé helada; Puede que me equivoque, pero pensé que era Trypho.

“Me sorprendió que presionaras tanto para un juicio. Pensé que estabas de acuerdo conmigo en que estos derechos de los hombres comunes son

solo un cuento de hadas que nuestro rey ha absorbido de su guardería".

"Por todos los medios, lo hago. Como todos los hombres sensatos. Skiron, has visto a los jóvenes bufones que corretean con el príncipe. ¿Deberían tener algo que decir en el funcionamiento de nuestro reino?"

"Aún así, Teseo ha hecho un buen trabajo poniendo de su parte a los aticanos, y no podría haberlo hecho si no hubiera defendido tan apasionadamente su democracia".

Suspiré internamente en este punto. La política me pareció la parte menos interesante de los chismes de la corte.

"Sí, ha sofocado a las masas en disputa y a los campesinos. Pero una vez que formamos un ejército, debería quedar claro nuevamente que el rey de Atenas es, de hecho, el rey. ¿Crees que Minos permite que sus campesinos voten sobre asuntos importantes? ¿Crees que podemos derrotar a los cretenses si desperdiciamos todo nuestro tiempo consultando con granjeros e idiotas?"

El otro hombre se rió. —Así que todavía piensas como yo, Trypho. En ese caso, ¿por qué insistes tanto en este juicio?"

Hubo una pausa, como si el hombre estuviera ordenando sus pensamientos, y luego dijo: "La joven reina debería ganar. No solo porque está diciendo la verdad, seguramente, está diciendo la verdad, Skiron. Sabes que Hippolytus es un demonio, y no tiene nada que ganar mintiendo. Pero, ¿cómo viviría Teseo consigo mismo si su amado hijo y heredero fuera condenado a muerte? ¿Qué otra opción tendría sino anular todo el sistema judicial y recuperar su autoridad?"

Sus voces se estaban volviendo más débiles ahora mientras se alejaban, pero aún podía escuchar a Skiron decir, su tono rebosante de admiración: "Eso es genial, Trifo. Difundiré la palabra. La reina debe ganar".

Pero no le dije nada de esto a Agneta. En cambio, dije: "La justicia es a veces una mujer maltratada. Lo que debería suceder no siempre es lo que sucede".

Debió suponer que estaba pensando en mis hijos otra vez, porque no dijo nada, pero se levantó y recogió mi copa de vino, apoyando una mano gentil en mi hombro mientras lo hacía. No habría aceptado tal familiaridad de nadie más, ni siquiera de mi joven prima, pero Agneta era diferente. Ella no tenía a nadie más que a mí.

fedra

Después de que Trypho se hubo ido, enterré mi cabeza en mis manos y esperé. Kandake abrió la puerta del dormitorio y se acercó y se sentó en el asiento que Trypho había dejado libre. Ella olió el calor que él había dejado atrás; Si bien gran parte de nuestro comportamiento había sido un acto en beneficio de Trypho, la aversión de Kandake por el hombre era real.

"¿Qué opinas?" Le pregunté, escuchando mi voz quebrarse por la fatiga.

"Él cree que eres una joven inocente que hará lo que él quiera", respondió ella. No era exactamente la pregunta que pretendía, pero la respuesta aún me resultó útil.

"¿Y qué crees que debo hacer?" —pregunté, siendo más clara esta vez, aunque creía saber cuál sería su respuesta. Yo tenía razón.

"Tenemos que irnos, y rápido. No deberías quedarte aquí.

Era el mismo argumento que me había puesto antes cuando regresé de la playa. Tiene sentido. Y más que eso, cuanto más escuchaba sobre el proceso del juicio, más me convencía de que no podía ganar. Oh, tal vez Hippolytus sería declarado culpable. Pero el costo para mí y para mi hijo por nacer no valdría la pena luchar. Apoyé la cabeza en mis manos de nuevo. Quería hacer lo correcto. Quería ser el luchador que Trypho pensaba que era, defender su versión de la justicia. Simplemente no sabía si era lo suficientemente fuerte.

"No lo sé, Kandake." Suspiré. "Ojalá mi madre estuviera aquí". Desvió la mirada ante la mención de mi madre, y supe que era porque había tocado el punto débil de su argumento. ¿No se había quedado mi madre en Creta todos estos años a pesar de que la gente decía las cosas más horribles sobre ella? No había huido de regreso con sus padres con su hijo, sin importar cuánto lo hubiera querido. Soplé una frambuesa, frustrada conmigo misma y con todo el proceso.

"¿Por qué tengo que ser yo?" pregunté de repente. Kandake me miró con el ceño fruncido, sin entender. Elaboré. "Ambos hemos escuchado el coro de la noche, sé que lo has hecho, sin importar lo que digas. Las mujeres están siendo violadas todo el tiempo en este horrible palacio. ¿Por qué no persuado a uno de ellos para que presente un caso? Trifón tiene su justicia; Criton tiene su día en la corte; Puedo volver a casa con mi hijo". Ella no dijo nada. Ya había aprendido que si Trypho o Kandake no decían nada, era porque yo había dicho algo que fortalecía la posición del otro. Los dos tenían más en común de lo que creían. Fue solo el destino lo que convirtió a uno en un político de alto rango y a la otra en una sirvienta. Claramente nadie podría tomar mi lugar. Yo era la esposa del rey, viviendo en Atenas bajo la protección de xenia, la forma de hospitalidad otorgada y garantizada por los dioses. Los jurados podrían escucharme. No escucharían a una criada de la que un conciudadano se había aprovechado.

"Espero que este bebé no sea una niña", dije de repente. "Espero que sea un niño. Un chico no sería aprovechado así. Un niño podría pelear. Un niño no habría tenido que dejar Creta.

"Ah, pero un niño podría morir peleando", dijo Kandake con calma, y ambos nos quedamos en silencio. No podía decir qué estaba pensando Kandake, pero estaba pensando en mis dos hermanos, ninguno de los cuales había sido luchador y ambos habían sido asesinados por los atenienses.



Amaneció un nuevo día y traté de consolarme con el sol abrasador en el cielo. Seguramente nada podría ocurrirle a una hija de Helios mientras el sol fuera testigo. Respiré hondo, me vestí con mi quitón y peplos más sobrios y me dirigí al Gran Comedor. Puse mi boca en una expresión determinada. Instintivamente, supe que tendría que ser lo más severa y realista posible si quería que estos hombres escucharan mis palabras y no me descartaran como una mujer histérica. No había lugar para la emoción. No hay tiempo para lágrimas.

Los hombres habían desayunado en otro lugar, me di cuenta cuando entré en el pasillo. El mobiliario había sido reorganizado en preparación: una silla en la parte delantera de la habitación, con bancos ensamblados a su alrededor. Iba a tener que dar mi testimonio rodeado de hombres. Por un

momento deseé que alguien, incluso Kandake, estuviera conmigo, pero luego me recordé a mí misma que era una reina. Tomé mi asiento en el medio de la habitación y esperé.

Los hombres mayores entraron primero, acariciándose las barbas y murmurando entre ellos en voz baja. Sospeché que ellos también preferirían estar en cualquier otro lugar que no fuera aquí. Al principio dejaron un espacio en el centro de la banca delantera, para Teseo, supuse, pero luego entró Trifón con varios otros hombres que no conocía, y se abrieron paso a empujones hacia las bancas, así que esos hombres en el medio se vieron obligados a ceder la brecha.

Cuando Teseo entró unos momentos después, miró a su alrededor sorprendido. No dijo nada, sin embargo, sino que se sentó en silencio en el tercer banco desde atrás. Todos nos sentamos en silencio, esperando que se llenara el último banco.

Eventualmente, escuchamos los gritos y las llamadas cuando los jóvenes salieron por el pasillo y entraron en la habitación, chocando sus puños y pechos en una exhibición primaria. Ellos también se detuvieron y me miraron sorprendidos, y oculté una sonrisa. Claramente, su plan había sido llegar temprano y sentarse al frente para intimidarme, pero no lograron levantarse lo suficientemente temprano. El primer triunfo, aunque menor, de la experiencia sobre la juventud.

Después de muchos gritos, discusiones y empujones, se acomodaron en sus lugares. Eché un vistazo al mismo Hippolytus. Se sentó en el extremo del banco, en equilibrio como una serpiente enroscada. Uno de sus amigos cayó sobre él, un gesto de broma entre amigos, pero Hippolytus se encogió de hombros, molesto. Me consoló su postura. Sin importar lo que los demás pudieran pensar, Hippolytus se estaba tomando este procedimiento muy en serio, y eso solo podía significar que yo tenía una oportunidad de ganar.

Teseo se puso de pie, su cuerpo larguirucho se elevó sobre todos nosotros. Brevemente, su silueta se recortaba contra la lámpara de aceite en la pared, y tuve un momento en el que pensé que no era Teseo en absoluto, sino su padre, Poseidón, que vino a juzgarnos a todos. Y entonces la sombra se movió, y vi que era solo Teseo, pasándose la mano por la cara con cansancio.

“Gracias a todos por estar aquí. Gracias Fedra también. Reina Fedra — añadió rápidamente, al verme abrir la boca en respuesta automática.

“Permítanme resumir brevemente cómo se desarrollará este día. Primero, Su Majestad nos explicará las acusaciones contra mi hijo, el Príncipe Hipólito. Si alguien tiene alguna pregunta para Su Majestad, puede hacérsela después de que haya terminado de hablar. Entonces Su Majestad nos dejará. Entonces Hipólito tendrá la oportunidad de refutar sus presunciones. Después de eso, votaremos. A todos se os ha dado una ficha —levantó la suya, un pequeño disco de cera— y escribiréis dos largas líneas si creéis que Hipólito es culpable, una larga y una corta si creéis que es inocente. Continuó hablando, explicando cómo el auditor de la corte contaría los votos, pero yo estaba boquiabierto y no tenía ningún interés en la mecánica del proceso de votación. Entonces, Hippolytus debía escuchar todo lo que dijera y tener la oportunidad de interrogarme, pero ¿no podía estar en la habitación mientras él hablaba?

Fedra? Me di cuenta de que Teseo me estaba llamando. Era hora de que yo hablara. Es curioso cómo yo no era el que estaba siendo juzgado aquí y, sin embargo, se sentía como si lo fuera.

En silencio, con calma, sin permitir que mi voz variara de un tono uniforme, ni que cayeran las lágrimas que empujaban mis párpados, expliqué a los hombres reunidos lo que había sucedido. Evité el lenguaje emocional tanto como me fue posible. No hablé de mi miedo, excepto en los términos más prácticos. No les dije cómo me habían abierto todo el cuerpo, o cómo pensé que iba a morir en una zanja fangosa, o cómo no había podido dormir toda la noche desde entonces. Solo los hechos: hechos suaves, sin emociones, incontrovertibles.

Incluso antes de que terminara lo que estaba diciendo, uno de los amigos de Hippolytus se puso de pie de un salto, con los hombros temblando de ira.

"¡Ella miente! ¡Ella miente! ¿Cómo puedes sentarte aquí y escuchar a esta puta mentirosa? Los otros amigos de Hipólito se hicieron eco del grito: "¡Mentiroso! ¡Mentiroso! ¡Putas! ¡Bruja! ¡Mentiroso!"

"Suficiente", gritó Criton. "Rey Teseo, ¿es esto una corte o un teatro? Hipólito tendrá su turno. El propio Hipólito se recostó en su silla y sonrió, como si se hubiera hecho un punto a su favor. Traté de no mirar ese rostro, traté de no recordar su aliento jadeando contra mi cuello. Respiré hondo y me concentré en el rostro de Criton, en un puñado de pecas claras en el puente de su nariz.

"¿Tienes algo más que decir?" Critón me preguntó. Metiendo mis manos temblorosas debajo de mis muslos, conté cómo había vuelto en el barro, dado por muerto, y había hecho mi camino de regreso al palacio. Hechos, seguí pensando para mí mismo. Concéntrese en los hechos. Les conté sobre el lodo en mi boca y la sangre que fluía de mi nariz, todo el tiempo tratando de hacer que sonara como si no estuviera describiendo nada más emocional que el tejido de la tela.

Estaba funcionando, vi mientras me arriesgaba a mirar a los hombres que miraban. Más de uno se había tapado los ojos ante la mención de la sangre, y algunos tenían las piernas apretadas con fuerza. Me estaba comunicando con ellos.

"Ella no puede probar nada de esto", aulló otro de los amigos de Hippolytus. "¡Nada! Después de todo lo que ha hecho por Atenas... ¡ganó la carrera de caballos tres veces seguidas! Tres veces. Por Zeus...

"Piensa con cuidado antes de invocar su nombre", interrumpió Teseo. Lo miré, sorprendida. Todavía no mostraba emoción en su rostro, pero su voz había estado tensa por la ira. No lo culpé; mi llamado al dios fue mucho mayor que el de Hipólito. Zeus, mi abuelo, el protector de viajeros e invitados. Recordé, hace tantas lunas, a mi madre y Teseo hablando sobre los requisitos adecuados de una hostia.

"En realidad, Selagus plantea un buen punto", comentó Criton. Sorprendidos, los jóvenes se callaron y escucharon lo que tenía que decir. "Su Majestad, cuando regresó a sus aposentos, cubierto de barro y sangre, como dice, ¿seguramente no se limpió?"

Rápidamente, me di cuenta de dónde había ido su mente. "No", estuve de acuerdo, sacudiendo la cabeza ante la ridícula idea. "Mi criada me limpió".

"Entonces tu doncella podrá... ¿digamos testificar? ¿Ser testigo del hecho de que regresaste al palacio, cerca de la muerte y cubierto de sangre? Sus palabras fueron mucho más evocadoras que las mías. Aún así, asentí.

Teseo suspiró. "Muy bien, esta doncella puede hablar. Pero ya hemos escuchado suficientes testimonios por un día, y sé que no soy el único hombre aquí que tiene otro trabajo que realizar. Nos volveremos a reunir mañana".

Los hombres salieron en fila de la sala del tribunal, riéndose y dándose palmadas en la espalda. Me di cuenta de que varios de ellos cruzaron para

hablar con Hippolytus mientras que otros todavía le daban la espalda. No podía decir si estábamos ganando o perdiendo. Me quedé donde estaba, sentado, quieto, o eso creía. Cuando me miré las manos, vi que temblaban.

OceanofPDF.com

Kandake

Trypho venía a visitarnos con regularidad y empezó a sentirme realmente desagradable. Phaedra debería haber dejado Atenas. Debería estar en casa en Creta, con sus padres. Habían lidiado con un bebé que no era lo que querían. Se las arreglarían con otro.

Pero no me había dado cuenta de lo mal que estaban las cosas hasta un día que fui a la lavandería compartida. Me gustaba intentar que la ropa de cama de Phaedra fuera agradable, porque sabía que tenía muchos problemas para dormir. Cuanto más grande se hacía, más se agitaba en la noche, y sus sábanas se enredaban y sudaban. Su madre había sido igual. Cada pocos días bajaba un pequeño bulto de sábanas y ropa al cuarto de lavado y las golpeaba con piedras y agua fresca hasta que quedaban limpias.

Hice lo mismo que siempre había hecho ese día, buscando un espacio libre en la habitación para trabajar. Me estaba concentrando, como siempre lo hacía en este punto, en no pensar en Creta. En Creta estaban los lavabos con agua corriente que limpiaban la suciedad, las tablas contra las que frotar la ropa para dejarla completamente limpia, sin mencionar a mi equipo de mujeres que trabajaba debajo de mí. En Creta, en realidad no me había lavado en varios años. Traté de levantar un balde, solo para que se me cayera de las manos.

Pensé que había sido torpe, así que miré hacia arriba para ver a qué mujer tenía que disculparme. Me di cuenta de que estaba equivocado cuando miré a mi alrededor; no una mujer, sino cuatro o cinco estaban de pie sobre mí, con los brazos en jarras, los rostros sombríos.

Tragué saliva, pero no hablé. Llevaba varias lunas viniendo a la habitación; No estaba al tanto de ninguna regla especial que hubiera roto. Así que esperé a que me dijeran su problema.

Trabajas para esa Fedra, ¿verdad? preguntó uno de ellos. Era una mujer bajita y nervuda con cabello oscuro que crecía abundantemente en su

cabeza y también en su rostro.

"¿La reina?" Pregunté, viendo a dónde iba esto. "Sí." Me enderecé.

No tenía miedo. ¿Debería haber sido? Eran sólo mujeres, después de todo. Sí, me superaban en número, y podría recibir una paliza. Pero sabía que no me iban a violar y que no me iban a matar.

"Su lavado no es bienvenido aquí", siseó otra mujer. Reprimí una sonrisa; Este era un concepto ridículo.

"Entonces, ¿dónde se supone que debo lavarlo?" Yo pregunté. "¿En el océano?"

"¿En el océano?" repitió la mujer peluda, burlándose de mi acento. Todos eran jóvenes, vi, y eso nuevamente me dio confianza. Yo era lo suficientemente mayor para ser su madre.

¿Por qué no quieres que la lave aquí? Lo intenté. Di un paso hacia una mujer que hasta ahora no había dicho mucho. Por el rabillo del ojo, vi a otras mujeres en la lavandería, simplemente mirando.

"Es horrible", dijo, rompiendo a llorar. "Desde que ella trajo ese juicio, Amphedes no ha hecho nada más que empujarse dentro de mí, noche tras noche. Solía ignorarme cuando salía a montar, al menos, pero ahora nunca se detiene.

"Cállate, Ani", dijo la mujer peluda.

"Pero es verdad", dijo otra mujer. "Queremos que se detenga ese juicio. ¿Así que Hipólito la tomó una vez? Me ha llevado todas las noches desde entonces. Y me hace sentar allí y verlo orar a la diosa después. Me hace decirle a la diosa que todo fue culpa mía.

Ahora los gritos venían de toda la lavandería. Levanto las manos.

"Señoras", dije, "tampoco quiero que la reina participe en este juicio. Está embarazada...

"Espero que muera", gruñó la mujer que limpiaba para Hippolytus.

"Pero no creo que pueda detenerse ahora", continué como si ella no hubiera hablado. "Y al menos si ella gana, alguien podría escucharlos a ustedes también. Podría haber justicia para todos nosotros".

Se separaron ahora, alejándose, discutiendo entre ellos. Suspiré y recogí una piedra.

"No crees eso, ¿verdad?" susurró una pequeña voz cerca de mí. Miré a mi alrededor y vi a la chica que trabajaba para Medea, la que había traído a

Phaedra esa horrible noche. Había dejado caer su propia ropa y estaba apretando el balde contra su pecho como si fuera a vomitar.

"Tal vez", dije con cautela. "¿No es así?"

Ella sacudió su cabeza. "Le dije a Medea que tenemos que irnos. No estamos seguros aquí.

Miré su pequeño cuerpo, más de niña que de mujer. "¿Estamos a salvo en algún lugar?" Pregunté torpemente. "Solo somos mujeres, después de todo".

Trifón

La corte salió tan bien como se podía esperar, supongo, pero me alegró que no confiáramos en nuestra destreza legal para ganar esta batalla. La actuación de Criton bordeaba la apatía, así que me pregunté si Phaedra tenía razón y si lo habían comprado. Hippolytus irrumpió y se enfureció, y su grupo de jóvenes machos vitoreó y abucheó como si estuvieran en un combate de lucha libre. Aún así, fue el comportamiento lo que impresionó a algunos de los hombres mayores, lo que confirmó que Hippolytus no era más que un joven de gran espíritu, y cualquier delito del que lo acusaran era poco más que una broma de un niño.

¿Y en cuanto a la propia Fedra? Bueno, se comportó con dignidad, le daría eso. Pero la historia que contó claramente la afectó, y su rostro estaba blanco cuando terminó, lo que provocó que al menos un hombre murmurara que no podía imaginar acostarse con ella cuando el palacio estaba lleno de hermosas doncellas. Teseo se refirió a ella como “Su Majestad” tan sarcásticamente que ningún miembro de la corte tuvo ninguna duda de que no la consideraba ni la reina de la corte ni su esposa. En definitiva, un día de lo más insatisfactorio. Y ahora Criton pensó que era una buena idea llamar a una sirvienta real al estrado, y también a esa horrible mujer Kandake.

Vi a Criton caminando delante de mí y lo llamé. Se detuvo pacientemente y me esperó, y luego, cuando me acerqué, dijo en voz baja: “Voy a visitar a nuestra reina. ¿Supongo que a ti también te gustaría venir?”

Asenti. Caminamos sin hablar hasta dejar atrás al resto del jurado. Entonces exploté contra él.

“¿Cuál fue esa actuación de hoy? Se supone que debes estar de nuestro lado, ¿no es así?”

"No sabía que habías elegido un bando", dijo, sus ojos color avellana destellando hacia mí. "Pensé que estabas actuando en el mejor interés de

Atenas".

Resoplé. Puede que haya usado esas palabras al hablar con el rey, pero no quería escucharlas repitiéndolas como un loro de un joven como Critón.

"Trypho, nuestro caso no es sólido", dijo. "Enemistarse con la corte no ayudará en las cosas".

"Estás acostumbrado a presentarte ante el rey", respondí. "Estás tratando de permanecer en las buenas gracias de Teseo. Teseo solo tiene un voto aquí.

"¿Sabías que llaman a Minos el rey del honor y la justicia?" preguntó, ignorando mi comentario. "Es famoso por su capacidad para actuar como juez justo e imparcial".

"¿Y?" Pregunté, un poco groseramente, lo admito.

Teseo no comparte esa reputación. Pero creo que le gustaría. Sé que piensas en mí como un inexperto, Trifón, pero he estado juzgando casos ante los reyes atenienses durante diez años.

"Aquí tienes de nuevo", dije, bajando la voz cuando entramos en el corredor que nos llevaría a las habitaciones de Phaetra. "No estás juzgando un caso ante un rey".

"Ya sea rey o plebeyo, a nadie le gusta que lo intimiden con un veredicto", dijo, agachando la cabeza para caminar debajo de una viga. Lo logré con facilidad, lo que no ayudó a mi mal humor. "Tienes que guiar a tu juez suavemente hacia el veredicto correcto, tan suavemente que crea que fue su idea para empezar. No tenemos un caso sólido, pero si actuamos con cuidado, podemos llevar al jurado al veredicto correcto".

"Espero que tengas razón", dije, y luego me quedé callado mientras tocábamos la puerta de la princesa. Ella misma nos abrió la puerta, su rostro aún blanco. Tomé su mano.

"Querida", le dije suavemente, "has completado una prueba terrible hoy. Lo peor ahora ha quedado atrás".

"Eso no es estrictamente cierto", dijo Criton en su habitual tono arrastrado. Todavía puede ser interrogada. No tiene sentido pasar por alto el asunto —me dijo mientras lo miraba fijamente. "Si no está preparada, podría tropezar".

"Tal vez deberíamos entrar y no discutir esto en la puerta", dije apresuradamente. Entramos en las cámaras, y demasiado tarde recordé que esta supuesta reina sólo tenía dos sillas a su disposición. Criton ya había

tomado uno, y me gustaría muchísimo el otro, pero una mirada al rostro ceniciento de Phaedra me convenció de que debería tomarlo. La acomodé en el asiento, y ella no protestó. No era una buena señal, lo sabía.

"¿Ha comido, Su Majestad?" Yo pregunté. Ella sacudió su cabeza.

Kandake me está preparando unas delicias cretenses. Pero no tengo estómago para ellos".

Recordé las delicias cretenses y me estremecí.

"¿Quiere que mi sirviente le traiga un poco de yogur y miel? Es comida sencilla, pero a veces es lo que se necesita después de un calvario".

Pude ver por su rostro que estaba muy tentada, pero volvió a negar con la cabeza. "No me gustaría herir los sentimientos de Kandake".

"Sí, absolutamente, no si ella va a declarar mañana", dijo Criton, inclinándose hacia adelante y frotándose las manos. Me di cuenta de que estos asuntos domésticos lo estaban aburriendo, y preferiría discutir su caso.

"¿Debe ella?" preguntó Fedra. "Ella es una sirvienta, después de todo. Trabajó para mi madre durante muchos años. No estoy seguro de que se sienta cómoda hablando frente a tantos hombres".

"No veo cómo podemos ganar este caso de otra manera", dijo Criton, cruzando la pierna derecha sobre la izquierda e inclinándose hacia atrás. Phaedra retrocedió y luego se recuperó.

Pero siento que tengo un deber con ella. Ella está aquí solo por mí. Ella no debería tener que dar evidencia".

"Estoy seguro de que su experiencia no será tan dura como la tuya", intervine rápidamente. "Ella solo tiene que dar cuenta de lo que vio, después de todo. Ella no tiene que revivir la experiencia".

Phaedra todavía no parecía convencida, pero Criton y yo le repetimos la necesidad de esta evidencia para respaldar nuestro caso, y al final asintió con la cabeza.

"¿Necesitarás prepararte con ella?" le preguntó a Critón.

"Lo haré, pero podemos encontrarnos temprano en la mañana. El tribunal no se reunirá hasta el mediodía".

"Eso debería hacer felices a todos esos jóvenes", dije malhumorado. "Les gusta dormir".

—Yo también —dijo Criton, y se puso de pie y se estiró—. Y usted, señora, necesita dormir más que cualquiera de nosotros. Por favor, trate de dormir bien. Sé que has pasado por una terrible experiencia, pero aún eres

joven. El sueño cura la mayoría de las heridas a tu edad, según he descubierto.

No parecía haber mucho que pudiera agregar a eso, así que simplemente presioné sus manos entre las mías y murmuré: "Ya casi termina". Luego partimos, y yo regresé directamente a mis propios aposentos para pasar la noche de insomnio de los ancianos.

OceanofPDF.com

fedra

Después de que Critón y Trifón se fueran, caminé de un lado a otro con nerviosismo. Los sonidos de los amigos de Hippolytus todavía resonaban en mi cabeza, llamándome nombres tan horribles e indecibles. ¿Cómo había sobrevivido mi madre durante tantos años, siendo acusada de tales cosas y cosas peores? No pensé que podría durar un día más en la corte.

E infligir el proceso a Kandake fue inhumano. Estaba muy bien que Trypho y Criton fueran tan indiferentes con su apariencia. Eran hombres de mundo. Estaban acostumbrados a hablar en el ágora. Kandake no lo era. Debería haberla protegido de esto. Yo había sido una reina terrible.

Mientras me reprochaba a mí mismo, escuché un golpe en la puerta. Compuse mis rasgos en una expresión más positiva antes de abrir la puerta, esperando ver que Trypho había regresado sin Criton. Sospeché que él tampoco había estado contento con su actuación. Pero en cambio, para mi completo asombro, allí estaba Teseo.

Escuché pasos alejándose afuera; claramente el guardia se iba, ya sea porque Teseo le dijo que lo hiciera o porque no quería saber nada de lo que fuera que iba a pasar aquí. Quería correr tras él y rogarle que se quedara. Pero, ¿cuál sería el punto de eso? No iba a defenderme contra Teseo. Ni siquiera quiso dar testimonio por mí contra Teseo. Había estado solo desde que Trypho se fue, y ni siquiera me había dado cuenta.

Yo había estado de pie, mirando a Teseo, sin duda con la boca ligeramente abierta como una campesina, y me recuperé y le hice señas para que entrara. Así lo hizo, y luego fue su turno de mirar a su alrededor con vergüenza.

—Bienvenido a mi humilde morada, señor —dije intencionadamente, y él se sonrojó. "Por favor, tome asiento, este o este, como quiera".

"Lo siento", dijo. No me había dado cuenta de que sus habitaciones estaban tan escasamente amuebladas. No es a lo que estás acostumbrado en

Creta.

Recordé la suite de la reina, con sus murales, sus mullidos cojines y, sobre todo, sus compañeras. Hablando, riendo, completamente relajado. Y pensé en cómo la voz de Teseo se volvía fina y amarga cada vez que mencionaba Creta, y supe que se había dado cuenta de que mis habitaciones estaban escasamente amuebladas o, al menos, había decidido no importarle.

"No es un reflejo de usted, señor", mentí, y sonreí con fuerza. "Por favor sientate."

Ambos acercamos una silla a esa monstruosidad de mesa, y esperé a que comenzara.

"Este juicio", dijo, y luego se detuvo. No dije nada. Empezó de nuevo. "Este juicio no puede continuar".

Fruncí el ceño. "Entonces ponga fin a esto, señor. Eres el rey, ¿no es así?"

"No es tan simple", dijo secamente, y miró alrededor de las habitaciones. "¿Has considerado lo que harás cuando se complete el juicio?"

—Más bien depende de si Hipólito es condenado o no —dije, siendo mi turno de ser cortante. No habíamos intercambiado tantas palabras desde que nos casamos. Parecía exasperado, y lo recordé acusándome de estar mudo en el bote. Se sentía como hace una vida.

"Pero, ¿y si lo es? Todavía tendrás que cuidar a su bebé", dijo.

"¿Entonces me crees?" Yo pregunté.

"No importa si te creo o no", dijo, y medio se puso de pie. Creo que pretendía empezar a pasearse, como hace un buen retórico, pero la fea mesa le bloqueaba el paso. Me alegré de que sirviera para algo.

"Es importante para mí", dije. "Señor, ¿por qué ha venido aquí?"

"Este juicio debe terminar antes de que lleguemos a un veredicto", dijo. "Estoy aquí para hacerte una oferta. Pasaje seguro de regreso a Atenas para ti, tu hijo por nacer y tu doncella.

"¿Eso es todo? ¿Crees que no podría tener eso ya? Pregunté, las palabras saliendo de mí a pesar de mí mismo.

Me miró, sus ojos grises tan fríos como siempre. "Entonces, ¿por qué no has tomado esa opción? ¿Por qué pretendes destruir a mi hijo?"

"¿No destruiste a toda mi familia?" Yo pregunté. Me miró, desconcertado. "Mi hermano, mi hermana. Pusiste a mi hermana en contra de mi familia y mataste a mi hermano".

"Su hermano ...? ¿Te refieres a esa criatura? Le hice un favor a tu padre al destruir a esa bestia.

Minos no era una bestia. Me las arreglé para exprimir las palabras. Me giré y miré a la pared opuesta, deseando que las lágrimas no cayeran.

"¿Su padre?" Negué con la cabeza y observé cómo amanecía la comprensión. "¿Te refieres al fenómeno? ¿Por Zeus, Minos lo nombró como él mismo? Aún así, supongo que de nosotros dos, el hijo de Minos probablemente era menos monstruo. ¿Qué hay de él?"

"Lo mataste a sangre fría..." Mi voz sonaba débil, débil.

"Sí, de hecho lo maté. Esa puta de una hermana tuya me hizo prometer que sería amable, y lo fui. Un golpe rápido. No exactamente lo que pretendía, pero sabía el tipo de hombre que soy.

"¿Ariadne no sabía que ibas a matarlo?"

"No sé cómo no pudo resolverlo", dijo, sonando más como Hippolytus de lo que nunca lo había escuchado. Un chico malhumorado, las cosas no salen como él quiere. "Por supuesto que iba a matarlo. Ella me dijo que en realidad nunca lastimó a nadie, ¡bueno, eso no es lo que dicen de él en Atenas! Idiota. Ni siquiera estaba armado. Trató de razonar conmigo. Debería haber huido. O mejor aún, contraatacó. Al menos tu hermana trató de defenderse. Volvió a mirarme, detenido en seco por la mirada de absoluto horror en mi rostro.

Nos miramos en silencio por un momento mientras digería el impacto de esas palabras.

"Ella vive con Dionysos, en el salón de los dioses," dije por fin.

Él resopló.

No podía respirar. Iba a morir. Iba a morir por falta de aliento, asesinado por Teseo como si él mismo me hubiera puesto las manos alrededor del cuello. "Le dijiste a mis padres," intenté. "Le dijiste a toda la corte que Dionysos la eligió a ella".

"Difícilmente podría decir que su cuerpo yacía en el fondo de mi bote. Por los dioses, eres joven, pero no eres una niña, Fedra. Debes haberlo sabido, al igual que tus padres.

Recordé la visión de Ariadne, las huellas de las manos alrededor de su cuello. Me había dicho que tuviera cuidado con Teseo. Recordé a mi madre diciendo que tres de sus hijos habían muerto a manos de los atenienses. Él estaba en lo correcto. Hubiera sabido.

"¿Lo que le ocurrió a ella?" Yo pregunté. "Por favor, no puede hacerte daño que me lo digas ahora".

Él suspiró. "No, supongo que no. No hay mucho que contar. Ella me ayudó a encontrar mi camino hacia el centro del laberinto, a cambio de lo cual tenía la intención de volver a Atenas conmigo. Ella abrió el camino, luego se escondió en mi bote. Pero no estaba feliz de saber que la bestia estaba muerta". Hice una mueca cuando llamó a mi hermano una bestia. Me vio, pero siguió hablando. "Ella trató de lanzarse hacia mí. Dijo que le iba a contar todo a tu padre. Me habría destruido a mí, y a Atenas conmigo.

"Te refieres a-"

"Quiero decir que puse mis manos alrededor de su garganta y la estrangulé hasta que estuvo muerta".

Me miró fijamente, desafiándome a que lo confrontara, como había hecho mi hermana. Pero había una mesa entre nosotros y un bebé que me pesaba en el estómago.

¿Qué es lo que quieres, Fedra? ¿Destruirás a Hipólito, a mí ya ti mismo? Sé razonable." Su tono todavía estaba exasperado, pero me di la vuelta lentamente.

"¿Porque debería ser?" Eran las palabras de un niño petulante, pero no me importaba. Quería verlos a ambos destruidos, era cierto.

"Porque tienes un hijo que considerar". Jadeé un poco. Vio que me había herido. "Crees que soy indiferente, puedo ver. Me culpas por la muerte de tus hermanos. Y tal vez tengas razón, ¿quién sabe? Pero hay una cosa que me importa mucho, y es mi hijo. Haría cualquier cosa por él, Fedra.

"¿Por qué tu hijo es más importante que yo? ¿Por qué se le permite atacarme? ¿Por qué puede...? Las palabras se me atascaron en la garganta y tuve que apartar la mirada. "¿Por qué puede violarme? ¿Dónde está la justicia en eso?

"¿Cuánto duró? ¿El tiempo suficiente para que el sol viaje por el cielo? Lo dudo. Dudo que tomó una fracción de ese tiempo. Y tú... —Se inclinó sobre la mesa, tomó mi barbilla y me obligó a enfrentarlo—. "Mírame cuando te hablo. ¿Quieres destruir toda la vida de Hippolytus por unos momentos de incomodidad?

¿Unos momentos de incomodidad? No pude responderle; estaba sujetando mi mandíbula con demasiada fuerza. Y tal vez eso fue lo mejor,

porque no sabía lo que le diría. ¿Fue incomodidad cuando sentí ese dolor muy dentro de mí, áspero e implacable? ¿Fue incomodidad cuando me dio por muerta? ¿Fue incomodidad cuando descubrí que estaba embarazada de un hombre que nunca más desearía volver a ver en mi vida, distendiendo mi estómago y debilitando mis piernas, por lo que cada paso me recordaba a él? ¿Era incomodidad que nunca más pudiera caminar libremente entre los hombres sin preguntarme si alguno de ellos albergaba pensamientos de violarme, sin saber que cualquiera de ellos podría dominarme y usarme como quisiera?

Algo de mi respiración jadeante y ojos ardientes debe haber transmitido mis sentimientos, mis pensamientos a Teseo, porque aflojó su agarre sobre mí y se alejó un paso.

Nos miramos. Estudié esos ojos fríos y grises; esa nariz larga y dura; y los labios finos y crueles. ¿Era así como se vería mi hijo?

Como si leyera mi mente, Teseo dijo: “Quizás en este momento te miras el estómago y todo lo que ves es a la persona que odias. Pero cuando sale ese bebito... te cambia. Me cambió”.

Lo estudié. No pensé que este fuera el político hablando. Puse una mano en mi estómago. Temía a un monstruo, un niño que me recordaba a Hipólito o Teseo. Pero, ¿y si fuera una niña pequeña con la cara de Ariadne? ¿O si fuera un niño pequeño con el buen carácter de Minos? Este era mi hijo.

“Entonces, ¿qué me estás ofreciendo? El salvoconducto no es suficiente —advertí.

“Legitimidad, entonces. ¿Y si anuncio que el niño es mío, no de Hipólito? es plausible Estamos casados, después de todo.

—Estabas fuera —dije lentamente. Se encogió de hombros.

“Con el tiempo, nadie lo recordará. ¿Crees que Egeo recordó en qué año visitó a mi madre? Vestiremos un poco la historia. A todo el mundo le gusta una buena historia”.

“¿Y adónde iremos? ¿Tendré que mudarme a tus aposentos? Me retiré ante la perspectiva.

Sacudió la cabeza. “No, eso no me conviene. Haremos los arreglos para que usted se mude a sus propios cuartos más finos. Tal vez en el palacio, o tal vez hagamos construir una vivienda separada. Puede dotarlo usted

mismo. Esperaría que asistieras a banquetes estatales y cosas por el estilo, pero nada más.

Este era el asentamiento que debería haber impulsado desde el principio. Incluso antes de salir de Creta, no había ganado nada. Nada excepto el sabor amargo del conocimiento que preferiría no tener.

El asesino de mi hermana se sentó frente a mí, tamborileando suavemente con los dedos sobre la mesa. Miré hacia el pequeño santuario que había hecho. Había estado solicitando a Dionysos que interviniera como esposo de mi hermana. Tendría que cambiar eso, pedirle que interviniera como alguien cuyo nombre había sido usado en una mentira. Las palabras ya se estaban formando en mi cabeza, y casi podía sentir la jarra de aceite bajo mis dedos. Me moría de ganas de que Teseo se fuera, para poder continuar con mis oraciones.

"Lo siento", dije, apresurando las palabras. "Entiendo lo que dices, pero no estaría respetando a los dioses si retirara mi reclamo. Los dioses verán que se haga justicia, y yo seré testigo de ello.

Pensé que iba a discutir conmigo, pero no lo hizo.

"Muy bien", dijo. "Puede que te arrepientas de esta elección, pero es tu elección". Pasó una mano por el mural, casi distraídamente.

"Este niño es tu nieto", le dije cuando se iba.

"Lo sé", dijo. "Una segunda oportunidad. No habría sido tan generoso en mi oferta si no fuera así".

Caminó por el pasillo. Después de una breve pausa, el guardia regresó. Reanudó su puesto sin mirarme. Cerré la puerta, cogí una botella de aceite y la volví a dejar. De repente me pareció muy pesado en la mano. Pero, ¿qué más podía hacer? Empecé a preparar mis óleos para la ofrenda que pensaba hacer a los dioses, deteniéndome de vez en cuando sólo para secarme las lágrimas de los ojos y las mejillas.

Kandake

Yo no quería dar pruebas. ¿Qué bien haría? Los hombres no me iban a escuchar, una vieja sirvienta. Minos no lo había hecho, todos esos años atrás. Intenté decírselo a Trifón y Critón, pero no me escucharon. Quería decírselo a Fedra, lo hice. Pero no podía mirarla a los ojos y decirle que no podía declarar, no después de lo que había pasado.

Cada vez que intentaba hablar con Trifón y Critón, se me trababa la lengua y me empezaban a sudar las palmas de las manos. Nunca había hecho tal cosa antes. Nunca antes había estado solo en una habitación con dos hombres. Oh, fueron lo suficientemente amables, me dijeron palabras de aliento, me dijeron que sería más fácil en la corte. Pero, ¿cómo podría ser? ¿Cuando no habría dos hombres, sino cien? Todos mirándome. Algunos gritos. Phaedra me había dicho cómo era.

Esa noche, cuando estábamos a punto de quedarnos dormidos, le pregunté a Fedra, una vez más, si podíamos simplemente irnos y regresar a Creta, donde todos podríamos estar bajo la protección del rey. Ella no dijo nada. Tal vez había calculado mal mi tiempo, y ella ya estaba dormida.



A la mañana siguiente, Trifón y Critón llegaron temprano a nuestras habitaciones para llevarme a la sala del tribunal. Dijeron que estaban aquí para darme apoyo, pero sabía que pensaban que si no venían, me escaparía. No había planeado huir, pero con uno a cada lado de mí, sus brazos metidos debajo de mis axilas sudorosas, deseé haberlo hecho.

Cuando llegué a la habitación, sonó una carcajada. Miré a mi alrededor en busca de apoyo, pero todo lo que pude ver fueron hombres. Me senté en la silla que Criton sacó para mí y bajé la cabeza. Se acabaría pronto. No sería tan malo como lo que había pasado Phaedra.

Teseo llamó al orden varias veces. Finalmente, todos se quedaron callados excepto una voz, de hombre, que seguía hablando y decía: “Al menos esta no tiene miedo de que la violen. Antes me tiraría a un burro... Su voz se apagó, como si estuviera avergonzado, pero no vi de qué tenía que avergonzarse. Deseé poder arrastrarme, todo el camino de regreso a Creta si pudiera.

"Señora", comenzó Criton, su voz suave. Hubo algunas interrupciones: "Ella no es una señora, es una criada", ese tipo de cosas, pero él las ignoró. “¿Puede hablarnos de un momento en que su ama regresó a usted en, digamos, no en muy buen estado? ¿Como si la hubieran atacado?

Me congelé, a pesar de que habíamos ensayado esto. ¿Qué quiso decir él? ¿Quería que hablara de Phaedra, de cómo estaba sangrando? Escuché más abucheos, aunque no quería mirar hacia arriba. Criton repitió la pregunta, sonando irritado. ¿Podría decirnos qué sucedió en los meses de verano, cuando Phaedra volvía a sus habitaciones después de haber estado con Hippolytus? ¿En qué estado estaba la reina?

"Sangrando", murmuré. "Herir. Ya sabes... allí.

A mi alrededor escuché risotadas.

“Criton, esto es ridículo”, escuché decir a Teseo. “Esta mujer apenas puede hablar griego. ¿Va a decirnos algo que la reina no haya dicho ya?

“¿Te pareció como si ella hubiera sido una compañera dispuesta?” Critón preguntó rápidamente.

Negué con la cabeza y luego hablé. "No." Me arriesgué a mirar a los hombres que me rodeaban. Todos eran tan grandes; ocupaban tanto espacio. Podía oler su aliento caliente y el olor de los caballos. Estaban holgazaneando con las piernas abiertas. Quería enroscarme en una pequeña bola, pero no lo hice. Me imaginé a Phaedra, demasiado asustada incluso para salir de nuestras habitaciones durante meses. Levanté la cabeza y miré directamente al rey. “Ella tenía mucho dolor. Ella estaba sollozando. Ella podría haber muerto. No creo que ella quisiera eso.

"Gracias. Hipólito, ¿tienes alguna pregunta para Kandake? Pronunció mal mi nombre. Hizo hincapié en el Kan, en lugar del da.

"No", dijo Hipólito. Es una criada, ha mentido por su ama. Nunca la he visto antes, y espero no volver a verla nunca más”.

Hubo un murmullo de acuerdo en la habitación, pero yo no estaba escuchando. Pensé en el momento en que le llevé su comida, le pregunté si

se reuniría con la reina. Me había visto entonces. Excepto, por supuesto, que no lo había hecho. Todos le parecíamos iguales.



Teseo pidió un descanso y los hombres abandonaron la habitación. Me empujaron y empujaron cuando salían de la habitación, así que me vi zarandeado de un lado a otro. Iba a estar cubierto de moretones. Enterré mi cabeza en mis manos y esperé. Cuando la habitación quedó en silencio, miré a mi alrededor en busca de Criton y Trypho, pero se habían ido con los demás. Suspirando, me puse de pie. Al menos se acabó.

Me puse de pie con cuidado, escuchando mis articulaciones crujir. No podría haber preparado la cena en el tiempo que habíamos estado en esa habitación, pero se había sentido como toda una vida. Mirando a mi alrededor, no pude ver a nadie, así que me arrastré hasta la puerta. Ya estaba planeando en mi cabeza lo que tenía que hacer, mi verdadero trabajo. Prepara el almuerzo para Fedra. Ya era hora de que cambiara la ropa de cama. No había tiempo para descansar. Estaba marcando cosas en mi cabeza cuando las vi. Tres de ellos, tres hombres. Todos lo suficientemente jóvenes para ser mis hijos. Todos esperándome. Y yo sabía lo que iba a pasar. Sabía que no lavaría las sábanas esta tarde, o tal vez nunca más.

fedra

Trypho y Criton me dijeron que no podía estar en la sala del tribunal cuando interrogaran a Kandake. Así que en lugar de eso, la esperé en la habitación. Caminé de un lado a otro al lado de mi cama lo mejor que pude, un poco sin aliento y desequilibrado con mi nuevo vientre grande. Deseaba que hubiera algo más que pudiera hacer, preparar su comida favorita, tal vez, pero no tenía idea de qué sería o cómo prepararla. Ojalá nos hubiéramos abrazado antes de que se fuera, pero Trifón y Critón se la llevaron tan rápido que no hubo tiempo. Y eso fue probablemente lo mejor; No quería avergonzarla.

Eventualmente, escuché voces afuera acercándose a mis habitaciones. Dos voces masculinas, una regañando a la otra. Escuché atentamente.

“¿Cuál fue el punto de eso, Criton? Una pérdida total de tiempo, y nos hizo parecer incompetentes”.

"¿Estás dirigiendo este juicio, o lo estoy yo?"

Cállate... Y las voces se silenciaron a medida que se acercaban a la puerta. Empecé a masticar un pequeño colgajo de piel suelto junto a mi dedo. No me dijeron la verdad, pero no sonaba como si hubiera ido bien. Debería haberles dicho que no iba a testificar. Mi boca se inundó con un sabor fuerte; el dedo había comenzado a sangrar.

Llamaron a la puerta y me moví para abrirla, luego retrocedí para permitirles entrar. Primero Trypho y luego Criton ocuparon sus posiciones habituales a ambos lados de la mesa. Ambos comenzaron a hablarme, luego se miraron el uno al otro. Miré hacia el pasillo.

“No entiendo”, dije, ignorando sus intentos de informarme. “¿Donde esta ella?”

Si Kandake no hubiera faltado, sus expresiones habrían sido cómicas.

"¿La escoltaste a la sala del tribunal, pero no la trajiste de vuelta?" exploté.

"Su Majestad", dijo Trypho, pero no parecía tener ninguna palabra para continuar.

"Estoy seguro de que volverá pronto", dijo Criton, su voz aceitosa. Empezó a decir algo sobre deberes y cocinas, pero no lo escuchaba. Salí al corredor y lo recorrí pesadamente, apresurándome lo mejor que pude. La llamé hasta que mi voz se volvió ronca, pero no pude verla. Le pregunté a todas las sirvientas con las que me crucé, pero todas negaron con la cabeza. Eventualmente Trypho me alcanzó.

—Volverá, Phaedra —dijo, cogiéndome del brazo con delicadeza. "Pero te enfermarás así. ¿Le pido a mis fuentes que la busquen?"

Asenti. Me sentí un tonto; Ni siquiera sabía dónde estaba el cuarto de lavado y, sin embargo, sabía que Kandake pasaba la mayor parte del tiempo allí. Y las cocinas me asustaron, tan calurosas y llenas de mujeres vulgares y toscas. Pero sabía los peligros que acechaban fuera de nuestras puertas, sabía por qué debería haber regresado directamente. Dejé que me condujera de regreso a mis habitaciones, mientras reprendía en silencio a mi compañero por no haber tenido más cuidado.

Esa noche, cuando Kandake aún no había regresado, me arrodillé frente a mi santuario improvisado. Parecía barato y pobre, tan obviamente improvisado por un aficionado. Pero tenía que confiar en que los dioses verían mi ardor. Comprenderían que había aprovechado al máximo los recursos limitados.

"Oh, dioses", dije en voz alta, ya que no había nadie más allí para escucharme. "Oh, Zeus, padre de los dioses y mi abuelo, por favor, respeta los principios que defiendes. Nosotros, mi doncella y yo, somos invitados aquí. Y nos han tratado tan mal. Por favor, que no haya más atrocidades. Que Kandake esté a salvo. Que haya una buena razón para que ella no haya regresado. Y que vuelva ilesa.

No fue la redacción más elegante, pero fue sentida. Y agregué: "Y luego vámonos a casa, por favor". Y en respuesta, el cielo brilló brillantemente y un estruendo retumbó a través del cielo. Un relámpago, pensé, mis ojos seguían viendo estrellas. El símbolo de Zeus. Me puse de pie, ya no era una tarea fácil, y me fui a la cama. Esa noche dormí profundamente por primera vez desde que llegué a Atenas.



A la mañana siguiente, todavía no había señales de Kandake, pero no pude buscarla. Hipólito debía declarar. No se me permitió estar en la sala del tribunal, pero Trypho dispuso que me escondiera en un pequeño hueco. Estaba muy apretado, y tuve que poner mis piernas debajo de mí y balancear mis manos contra las paredes. No tenía idea de si podría contener mi vejiga, tan impredecible últimamente, durante toda la audiencia, así que no bebí nada en toda la mañana y me metí sábanas rotas en mis faldas. Una grieta en la pared me dio una vista perfecta de la sala del tribunal y el asiento que tomaría Hippolytus. Contuve la respiración mientras esperaba mientras lo que sonaba como pasos se acercaba a mi alcoba, pero se alejaron de nuevo y no sabía quién podría haber sido.

Eventualmente, escuché a los hombres reunirse en la habitación. Hubo muchas carcajadas, pisotones y llamadas entre ellos a través de la habitación. Todo el estado de ánimo parecía haber mejorado, pensé con enojo. No hay mujeres inconvenientes que perturben su tranquilidad al quejarse de una violación hoy.

"Hipólito", escuché que comenzaba una voz familiar. Teseo. Debería haber sabido que Teseo serviría como abogado para su hijo, pero aun así me sorprendió. En algún lugar, en lo más profundo de mi ser, esperaba que se mantuviera más neutral que eso. Has oído de qué te acusa la reina. ¿Es verdad?"

Un largo suspiro. Presioné mi ojo en la grieta y vi a Hippolytus bostezando. "Por supuesto, no es cierto, Padre. La reina es mi madrastra. Nunca te deshonraría a ti ni a los dioses teniendo ningún tipo de relación con ella. Parecía aburrido, el pasaje se había aprendido de memoria. ¿Eso ayudó a mi caso o lo obstaculizó? no pude saber No podía ver las caras de los hombres que iban a juzgar a Hipólito. Sobre nosotros dos.

"¿Y luego qué pasó?"

"La reina me rogó que tuviera relaciones sexuales con ella. Estaba desesperada por acostarse conmigo. ¡Yo, un discípulo de la diosa Artemisa!" Hubo un murmullo de confirmación después de esta declaración, y tuve que meterme los dedos en la boca para evitar gritar. "Era como un perro en celo", continuó Hippolytus, la sonrisa en su rostro sugería que ahora se estaba divirtiendo. Hubo algunas risitas apagadas.

"Hipólito, basta", dijo Teseo bruscamente. Hipólito estaba en silencio. "Entonces, ¿aceptaste sus demandas?"

"Ciertamente no lo hice", dijo Hippolytus acaloradamente. Su cara se había puesto roja, me di cuenta. Al principio me divirtió su actitud infantil, pero luego pensé que no se había sentido avergonzado cuando mostró su virilidad y se me impuso.

"Gracias. Criton, ¿tienes alguna pregunta para Hippolytus? Ha respondido a mi entera satisfacción. Escuché pasos suaves cuando Teseo regresó a su asiento, luego el sonido de Criton tirando hacia atrás de su silla y poniéndose de pie.

"De hecho, Teseo, puede haber respondido a tu satisfacción, pero ¿puedo recordarles a todos que, de acuerdo con tus propios deseos, solo tienes un voto?" Hubo más murmullos, pero no pude decir si estaban de acuerdo o no. Criton no esperó una respuesta, sino que continuó rápidamente: "Hipólito, ¿por qué crees que la reina te hizo estas demandas?"

Hubo una pausa. Pude ver a Hippolytus mirar a su alrededor con impotencia. No había sido entrenado en esta cuestión.

"Ella es una extranjera aquí. Es una princesa de la corte de Creta. Ella es una mujer de buena cuna. ¿Por qué se comportaría como una puta vulgar? preguntó Critón. Me sentí enfermo. No me había dicho que tomaría esta táctica. Una vez más, tuve que contenerme para no gritar: "Esto no se trata de ser de buena cuna. Tienes toda una corte de mujeres aquí de las que abusas todas las noches". Había una pequeña astilla en la piedra frente a mí, así que froté mi dedo hacia arriba y hacia abajo, tratando de calmar mi respiración.

"No sé. ¿Por qué no le preguntas a ella? Hippolytus sonaba malhumorado.

"¿Y dices que no tuviste relaciones con ella? Entonces, ¿de quién es el bebé que lleva?

"¿Algún dios? Cómo puedo saber. Ella no tiene nada que ver conmigo. Seguramente todos podían oír que estaba mintiendo. ¿Seguramente todos podrían escuchar en sus palabras de comadreja su actitud de derecho? Hipólito tomó lo que quería. Todo el mundo sabía eso.

"¿Qué harías con un caballo que no salta como te gustaría?" La voz de Criton era suave y controlada.

Un pequeño resoplido. “Dependería de por qué no estaba saltando. Trataría de examinarlo, vería cómo podría persuadirlo. Yo cuido de mis caballos.”

"¿Y una criada que no limpiaría tu habitación como te gustaría?"

"Golpéala". No hay duda allí.

"¿Y una joven atractiva que se interpuso en tu camino? ¿Quién se alardeó frente a ti? ¿Qué se merecería?"

"Ella obtendría lo que le correspondía. Quiero decir, de la diosa. La diosa la castigaría. Yo no." Volvía a mirar a su alrededor, buscando ayuda.

"Gracias. Teseo, Hipólito también ha respondido a todas las preguntas a mi satisfacción ahora. ¿Insistes en que debe quedarse para el resumen?"

"No me voy a quedar", resopló Hippolytus.

"Lo eres", dijo Teseo, pero Hipólito ya se había puesto de pie.

"Me has recordado que tengo caballos que cuidar. Llámame cuando haya un veredicto". Salió, sus pasos resonando por los pasillos.

"Su Majestad", escuché decir a Trypho, las primeras palabras que pronunció durante los procedimientos de esa mañana, "¿desea continuar este proceso sin él?"

Teseo guardó silencio y me lo imaginé mirando a Trifón. Finalmente dijo, "Tuvimos mejor. Cuanto antes comencemos, antes podremos terminar, después de todo.

"Muy bien", dijo Critón. Entró en el espacio dejado vacante por Hippolytus, permitiéndome ver su rostro. Su expresión era tranquila y cortés, como si no estuviera discutiendo nada más emocionante que el clima. "Señores, el rey les ha dado el poder de decidir lo que ha sucedido aquí. Has visto a la reina, una dama educada y recatada, que está embarazada. Ella afirma que Hipólito la obligó en contravención de las leyes de la naturaleza. Y has visto a Hipólito, un joven inexperto e insensible, que ni siquiera pudo soportar sentarse el tiempo suficiente para respetar a este tribunal que se ha convocado ante nosotros. Uno de ellos miente. Si crees que es la reina, vota para absolver a Hipólito. Si ella está diciendo la verdad, encuéntralo culpable. Recuerda, el rey te ha dado este poder y desea que lo uses sabiamente y honestamente.

Escuché que su silla se movía de nuevo cuando se sentó.

"Todos ustedes conocen a mi hijo", dijo Teseo. "Su carácter habla por sí mismo. No tengo nada más que añadir."

“Entonces sugiero que votemos”, dijo Criton, su voz un poco sorprendida por primera vez esa mañana.

Uno por uno, los hombres se pusieron de pie y depositaron una ficha en la canasta de espera. Nadie habló; nadie se atrevió. Escuché que se depositaban las fichas en el piso y un hombre que no conocía entonó la cuenta. Apenas podía respirar. Por primera vez me pregunté qué sería de mí si decidieran creerle a Hipólito. Ser enviado de vuelta a Creta era probablemente más de lo que podía esperar.

Culpable... culpable... culpable. Caballeros, han encontrado a Hipólito culpable de la violación de la reina, su madrastra, por cuarenta votos contra veinticinco.

Por un momento se mantuvo el silencio, una manta incómoda sobre nuestras cabezas. Entonces los perdedores se dieron cuenta de lo que había sucedido y comenzaron las peleas. Me estremecí lejos del ruido. Estaba tan cansada de la compañía de los hombres.

"Silencio", llamó Teseo. “Trae a Hippolytus de vuelta para escuchar este veredicto”.

Hubo una pelea cuando los guardias lo empujaron de regreso a la habitación y lo empujaron frente al jurado. Todos deben estar enfocados en Hippolytus. Me arriesgué y abrí la puertecita de mi armario para poder ver con más claridad.

"Hipólito, la corte de caballeros reunidos te ha declarado culpable", dijo Teseo en voz baja. "¿Tienes algo más que decir?"

Hippolytus se desplomó por un momento. No creo que hubiera creído que este momento sucedería. Relajó los músculos de sus anchos brazos y Teseo hizo un gesto a los guardias para que soltaran su fuerte agarre. Así lo hicieron y se alejaron con cuidado.

Hippolytus se quedó mirando al suelo por un momento. Miró a su padre y murmuró: "¿Abba?" Nuevamente, el diminutivo, la voz del niño pequeño saliendo del hombre casi adulto. Teseo levantó las manos en un gesto de preocupación. Tal vez un recordatorio de una conversación anterior. Luego, Hipólito se incorporó en toda su estatura, el único hombre en la habitación que era casi tan alto como su padre, respiró hondo y visiblemente y dijo, con más calma de lo que hubiera creído: "Esto es una parodia de la justicia". , pero acepto el veredicto de la corte. No me quedaré para escuchar tu castigo. Y se dio la vuelta, empujando a los guardias, y

salió furioso de la habitación. Incluso los guardias encargados de mantenerlo prisionero estaban demasiado aturdidos para hacer otra cosa que verlo irse.

—Teseo... —empezó a decir Trifón, pero Teseo lo interrumpió.

“No estoy interesado, Trypho. Has tenido tu corte. Lo has probado culpable. ¿Qué más quieres? ¿La piel de su espalda? Él sigue siendo un príncipe.

Trypho parecía que iba a considerar forzar el punto, pero en cambio dijo: "Como desee, Su Majestad".

El pecho de Teseo se hinchó y por un momento pensé que podría golpear al anciano estadista. Pero en cambio, se sentó en el banco y colocó su cabeza entre sus manos. Parecía estar reflexionando sobre sus opciones, porque en un par de minutos, mientras todos esperaban en un silencio incómodo, dijo: "Despejen la habitación".

Los hombres se marcharon, evidentes signos de alivio en todos los rostros. A medida que se alejaban del Gran Comedor, pude escuchar que comenzaban a hablar entre ellos nuevamente, sin duda deseosos de examinar en profundidad todo lo que habían presenciado y participado. Si hubieran sido mujeres, lo habríamos llamado chismes.



Teseo esperó hasta que todos se hubieron ido y luego levantó la cabeza. Fedra, ya puedes salir.

Pensé en quedarme donde estaba, pero pude ver que no tenía sentido. Luché por salir de la alcoba, tratando de no perder el equilibrio. No me ofreció ninguna ayuda.

Finalmente, me paré frente a él. Puse una mano en mi espalda para aliviar la tensión, y debió haber causado algo, tal vez un recuerdo de otra mujer embarazada, porque ahora sí se puso de pie y empujó una silla frente a mí. Negué con la cabeza. “Prefiero estar de pie. He estado agachado durante demasiado tiempo”.

—No es demasiado tarde, Phaedra —dijo—. “Aún puedes retractarte de tu declaración. Puedes quedarte aquí, o puedes regresar a Creta. Todo es uno para mí ahora.

"No haré. Me quedaré para ver castigar a Hipólito. Entonces los dioses tratarán conmigo como mejor les parezca. Mantuve mi voz tranquila, pero algo del júbilo resonó. Habíamos perdido tanto, pero aun así habíamos ganado.

"¿Castigado? Mujer tonta. ¿Te digo lo que le sucederá a Hipólito? se burló, levantando el labio superior. Podía sentir que mi pecho se enfriaba, como si él hubiera alcanzado y agarrado mi corazón. El niño dentro de mí estaba pateando salvajemente.

"Será ejecutado", dije. Los dioses verán que así sea.

"Debe ser enviado al pueblo de su madre", dijo Teseo. "Ellos cuidarán de él. Entiendo que ellos también prefieren andar a caballo. Puede pasar un año, tal vez dos años allí. Y para cuando regrese, estará mucho más maduro y la corte lo recibirá con los brazos abiertos. Él será mi heredero.

Que esto claramente iba a ser un no-castigo no se me escapó, pero me quedé paralizado por lo primero que dijo Teseo. "¿La gente de su madre? Pero ..."

"Sí, las amazonas. Ya han accedido a llevárselo, por respeto a su reina perdida.

"Pero son mujeres", dije. Esperé a que no estuviera de acuerdo, a que me dijera que había entendido mal.

"¿Entonces? He pagado generosamente. Estará a salvo, por lo que es un hombre.

Volví a sentir las manos de ese hombre alrededor de mi cuello, obligándome a hundirme en el barro.

"Señor, no lo envíe a las mujeres", le supliqué.

"Difícilmente están indefensos", se burló. Empezó a caminar hacia la puerta. "Por supuesto, no estarás aquí cuando regrese, a menos que te hayas retractado de esa declaración".

"¿Qué les has dicho?" Lo llamé, sosteniendo un último destello de esperanza. ¿Saben por qué lo expulsan de Atenas?

"Les he dicho que es demasiado sensible. Ama demasiado a su caballo, no habla con nadie más. Sabe que debe comportarse lo mejor posible".

Así que el violador iba a ser enviado a una tribu de mujeres desprevenidas. Ciertamente, eran las amazonas, pero no estarían preparadas. Pensaron que estaban recibiendo al hijo de su difunto gobernante, un niño tímido que cuidaba animales. ¿Cuánto tiempo antes de que supieran la

verdad y qué chica tendría que pagar para revelársela? ¿Las Amazonas siquiera tenían un coro nocturno, viviendo tan lejos de los hombres?

"Trabaja en esa declaración de retractación", dijo Teseo bruscamente, interrumpiendo mis pensamientos. "Voy a buscar a mi hijo".

Se fue, y yo estaba solo. Quería tirarme al suelo y llorar, pero no podía darme ese lujo. Todavía estaba tambaleándome por lo que había dicho Teseo. ¿Cómo podría ser esta la intención de los dioses? ¿Que Hipólito iba a quedar impune? ¿Que Teseo no iba a sufrir ninguna pérdida? Y peor aún, ¿que Hipólito fuera a ser liberado en una comunidad de mujeres donde pudiera tratarlas tan mal como quisiera?

Me sentí vacío; esto no era lo que había creído que los dioses tenían en mente. Tropecé de regreso a nuestras habitaciones, tratando de imaginar lo que sucedería a continuación. ¿Intentaría herir a una amazona, que le dispararía? ¿Era ese el tipo de castigo que Artemis pretendía? ¿Necesitaría buscar refugio en su viaje y ser asesinado por su anfitrión? Estos pensamientos no me dieron el consuelo que alguna vez tuvieron.

Podía sentir una realización incómoda burbujeando a través de mi estómago, empujándome en mi costado. Era tan real que bajé una mano y me detuve cuando sentí el talón de un pie. Mi bebé, dándose a conocer. Dando esperanza a su madre. Lo presioné rápidamente y luego me apresuré, sin querer ser visto por nadie. Este momento fue sólo para mí.

Después de lo que pareció una eternidad recorriendo los pasillos, llegué a nuestras habitaciones. Empujé la puerta para abrirla, desesperada por entrar, acostarme en mi cama y ver ese piecitos bailando en mi útero. Sin embargo, algo andaba mal. Me detuve confundido. Un pequeño trozo de carne estaba sobre la mesa. ¿Fue una ofrenda? Kandake me había mencionado cómo las mujeres me habían traído pequeños regalos después de que me atacaran. ¿Pero no lo habrían cocinado primero? Este pequeño trozo todavía estaba crudo, la sangre se filtraba en la mesa. Ninguna mujer había hecho eso. El bebé se detuvo dentro de mí, el pie retrocedió. Me obligué a entrar en las habitaciones, más allá de la mesa de gran tamaño, y abrir la puerta de mi dormitorio.

Por un solo momento, vi frente a mí al toro saltador, su cuerpo desplomado sobre los cuernos del toro, el único rastro de sangre corriendo por su costado. Entonces mis ojos se aclararon y vi en cambio a una mujer mucho mayor, su cuerpo más grueso y sus manos ásperas por el trabajo de

toda una vida, desplomada contra la cama. Su piel tenía un tinte azulado. Su boca se abrió, y pude ver los bordes dentados donde se había cortado el trozo de carne en la mesa.

No me apresuré. No tenía sentido. Me arrastré hacia ella, luego tomé una mano fría en la mía.

Kandake no se iría a casa.

“No hay justicia”, dije, sin importarme quién me escuchara. Recordé el rayo, un símbolo, pensé, de un dios que nos protegería. “No hay dioses”. Hice una pausa. Lo repetí, más fuerte, “¡No hay dioses!” No pasó nada.

Había perdido tanto tiempo. Había esperado y esperado a que los dioses me vengaran, solo que ahora me di cuenta de que Medea había tenido razón todo el tiempo. No había dioses. Si querías que se hiciera algo, ¿qué había dicho ella? “A veces, una madre necesita tomar medidas por sí misma”.

Todavía no era una madre, todavía no, pero había llegado el momento de actuar. Mi madre había dicho: “Ahora se han llevado a todos mis hijos”. Recordé a Ariadne cuando se me apareció en el bote, con huellas de manos alrededor de su cuello. Recordé el hediondo montón de entrañas que emergieron del cuerpo de mi hermano y la forma en que incluso otros cretenses se habían dado la vuelta, como si fuera el cadáver de un animal en lugar de un ser humano asesinado. Mis padres me habían dicho que necesitaba controlar mi ira, ser la princesa perfecta, confiar en los dioses para tomar las medidas necesarias. Pero ahora vi que estaban equivocados. Me repetía a mí mismo, “Androgeus, Minos, Ariadne”, una y otra vez, como un mantra. Androgeus, asesinado por el viejo Egeus cuando viajaba por Ática, solo un niño y un turista. Minos, un hombre pacífico con una deformidad inusual, asesinado tratando de razonar con Teseo. Y Ariadna, ¡oh, mi hermana! ¿Cómo pude haber dudado de ella? Su reputación destruida junto con su cuerpo. No la llamé por su nombre, pero el cuerpo frío de Kandake yacía a mi lado, y aunque no hubiera sido la hija de un rey o la nieta de los dioses, también merecía su venganza.

Si tenía éxito en lo que tenía que hacer, pronto Fedra también sería un nombre entre los bardos para entretener a los borrachos, de eso no tenía ninguna duda. Pero quería hacer daño a Teseo primero. Los hijos de Minos no morirían sin venganza.

ÉXODO



OceanofPDF.com

FURIAS



Los jurados dan su veredicto y contienen la respiración. Hippolytus ha sido declarado culpable. Desde su alcoba, Medea se traga un grito ahogado. Trypho escucha la palabra hacer eco en la habitación, pero no puede captarla, no puede detener el aleteo de sus alas y aferrarse a su significado.

Estos son hombres ordinarios, no héroes o reyes, y sin embargo, esta sola palabra tiene más poder que una estaca al rojo vivo en el ojo de un cíclope, un espejo ante una gorgona, una espada en el costado de una bestia con cuernos en un laberinto.

Todavía no pueden saberlo, pero el legado de este día verá levantarse a Atenas. Pronto, los reyes de Atica enviarán regalos, incluso dinero, para construir una flota marítima fuerte. Los hombres inteligentes, los hombres talentosos, acudirán en masa para manejar sus productos y usar sus habilidades, para compartir la generosidad que parece solo crecer.

Pero por ahora, alguien debe caer. Debería ser Hipólito, pero su padre sigue siendo el rey. Y más que eso, reunidos en sus bancos, sienten como si hubieran estado viendo una obra de teatro, y su acto final aún está por revelarse. Mientras sus pensamientos pasan de Hipólito, el piadoso príncipe condenado, a Teseo, este rey entre los ciudadanos, héroe entre los hombres, y finalmente a Fedra, la joven extranjera en el lugar de una reina ateniense, ninguno de los miembros del jurado puede decir quién es ese. será.

fedra

Crucé a mi habitación y saqué mis pinturas de debajo de mi cama. Hice remolinos con los dedos en la pintura negra y luego me paré frente a mi mural, la pintura goteaba de mis dedos como sangre, una mujer salvaje, una Bacchae. Respiré hondo y llamé a los dioses.

“Soy Fedra, la hija del rey Minos y la reina Pasífae. ¡Mi abuelo, el dios del sol Helios, permitió que se cometieran crímenes contra mí cuando no podía ver! Mi bisabuelo, rey de todos los dioses olímpicos, Zeus, ha permitido que los enemigos de Creta, su ciudad elegida, amada por él y sagrada para él, destruyan a los hijos de Creta.

Respiré otra vez, luego llamé, más fuerte que antes: “El dios del mar Poseidón, hermano de mi bisabuelo, permitió que Hipólito hiciera juramentos falsos en su nombre. ¡Helios, Zeus, Poseidón, tendré la venganza que deberíais haber tomado! No me importa si existes o no. No te esperaré más.”

Luego, en un frenesí, me puse a pintar la pared, no en silencio y con cuidado, como lo había hecho antes, sino con pasión y fuerza. La pintura goteaba por mi mejor túnica. Me tiñó el pelo cuando me quité las madejas de los ojos con impaciencia y me corrió por la cara cuando me sequé el sudor de la frente. Eventualmente, volví a sentarme, jadeando un poco, y miré la foto. No había tenido ningún pensamiento real en mente sobre lo que iba a pintar, eligiendo trabajar por instinto, pero ahora podía ver lo que había hecho y lo aprobé. Surgiendo de ese mar ateniense azul profundo, que aún no había desaparecido, había un monstruo, un toro marino con cuernos gigantes y flancos fornidos. ¿Un toro de mar? Digamos más bien, un toro de Creta.

En el fondo de mi baúl yacía el hacha de dos cabezas, el labrys, que da nombre a nuestro laberinto. Los labrys, el símbolo de Creta y un regalo de mi padre. Lo saqué y lo pesé en mis manos. Era sólido, pero no tan pesado

que no pudiera levantarlo. Toqué con mis dedos las hojas y me complació ver que el tiempo que el hacha había pasado abandonada en Atenas no la había desafilado.

Girando el hacha de dos cabezas en mis manos, salí de las habitaciones y atravesé el palacio. Pasé junto a una manada de sirvientas en medio de la limpieza de los pisos. Se quedaron boquiabiertos, luego huyeron al verme, aunque no tenían nada que temer. No vi a ningún hombre; todos podrían estar bebiendo en algún lugar, discutiendo los eventos del día como si no fueran más que una obra de teatro, un drama para ellos. Un solo guardia me gritó que me detuviera, pero se echó hacia atrás cuando vio el hacha en mis manos, y tal vez la mirada de locura que había en mis ojos.

Salí del palacio y continué bajando hacia la orilla. Ahora pasé atenienses comunes, granjeros y campesinos. Recordé al campesino que insultó a mi madre y blandió mi hacha contra la multitud. La multitud se separó apresuradamente para apartarse de mi camino. Me rei en voz alta. Ahora era enorme, una diosa de la nueva vida, el bebé pateaba y protestaba dentro de mí, pero mi mente estaba clara.

Tenía que encontrar y matar a su padre.

Cuando llegué a la playa, una multitud se estaba reuniendo detrás de mí. Grité y rugí y levanté el hacha en el aire.

"¡Se ha vuelto loca!" Oí gritar a un niño.

El mar frente a mí era el más vibrante que jamás había visto, un color azul brillante completamente diferente al esmalte fangoso de mis pinturas. Ya no me escondía en las sombras y los armarios; Podía ver el mundo claramente ante mí. El sol brillaba en el cielo sobre mí, y una vez lo habría tomado como un presagio, pero ahora iba a continuar con mi tarea sin importar qué. Yo era Heracles, yo era Pericles, yo era cualquiera de esos grandes héroes. El cabello me azotaba la cara y la sal del mar me picaba los ojos, pero con el hacha en las manos finalmente supe lo que era ser una amazona.

Vi a Hippolytus en la distancia pero acercándose más y más, conduciendo su caballo a través de las olas hacia mí. Levanté el hacha en saludo a él. El oleaje golpeaba en mis oídos, ahogando el ruido de la multitud. Solo Hipólito y yo existimos en este momento, unidos para siempre por sus malas acciones y mi odio hacia su padre.

Caminó hacia mí, con la barbilla levantada en desafío. Pero algo andaba mal: él lo sabía y yo lo sabía. Ya no tenía la gracia de ese centauro, el torso de un hombre fusionado con el cuerpo de un caballo. Su caballo estaba asustado y no quería, y tenía la intención de aprovechar eso. Cargué contra el caballo, agitando mi hacha. Trató de esquivarme, pero torear toros no es tan fácil como pensaba. Recordé al pequeño saltador de toros, tan confiado, tan hábil, pero aterrizando directamente sobre los cuernos del toro. Ahora era el turno de Hippolytus de fallar en la experiencia que tanto apreciaba. Su caballo se encabritó y lo lanzó por los aires antes de alejarse al galope por la orilla. Todos vimos cómo su cuerpo se volteaba y giraba y se estrellaba, no contra el mar, sino contra las rocas.

Juzgué que su cuello estaba roto sin siquiera tocarlo, pero necesitaba estar seguro. Levanté mi hacha de dos cabezas, y yo era el toro marino, el monstruo, el toro cretense, venido a vengarse de la casa de Teseo. El mar tamborileaba en mis oídos, impulsándome. Miré su cuerpo arrugado frente a mis pies. ¿Era así como le había parecido a él, me pregunté, cuando me dio por muerta? Recordé el ruido sordo cuando su pie golpeó mi costado. Ni siquiera me había estremecido, insensible a más dolor por las brutalidades que me había infligido. Podría haber hecho lo mismo, patearlo como si fuera un perro sarnoso, pero me pareció indigno, debajo de mí.

En lugar de eso, descargué mi hacha sobre el cuello de Hippolytus, el hacha afilada separó su cuello de su cabeza como si su cuerpo estuviera hecho de espuma de mar. Sentí mis ojos rodar hacia atrás en mi cabeza, y me desmayé.

Cuando volví en mí, estaba acostado en mi cama. Aturdido, traté de levantarme y no pude. Estaba atado con cadenas de hierro. Miré al otro lado de la habitación y vi a mi hermana, Ariadne, inclinada sobre mi pecho.

Coro Nocturno

Traigo noticias. ¡Hipólito ha muerto!

¡No!

¡Bien!

¿Cómo? ¿Fue un accidente de equitación?

Podrías decirlo. Se cayó de su caballo.

No voy a llorar lágrimas, eso es seguro.

*Yo tampoco. Pero, ¿cómo podría caer Hipólito? Es, era, el mejor jinete de
Atenas. En toda Grecia.*

era la reina Escuché que ella tomó un hacha para él.

*Escuché que era una bruja, como su prima antes que ella, e hizo que una
bestia gigante emergiera del mar.*

¿Una bestia gigante?

¿Un hacha?

¿Importa? Hipólito está muerto.

¿Teseo lo sabe?

Pero, ¿qué pasará con la reina ahora?

Teseo la matará, seguro.

Ella está embarazada del hijo de Hipólito.

No importa. Teseo la matará tan pronto como nazca. No tan largo ahora.

medea

"¿Ariana?" Escuché su voz decir aturdida detrás de mí. Me enderecé y me di la vuelta, un poco avergonzado de que me atraparan rebuscando entre sus pertenencias.

"No, es Medea", dije. Hacía tanto tiempo que no hablábamos.

Ella asintió. Había olvidado lo mucho que te pareces a mi hermana. La extraño.

No sabía qué decir a eso. "Creo que tu hermana... sigue viajando con el dios Dionisos".

"¿Tú? Créalo, quiero decir? No. Ya no creo en las historias". Su voz, aunque débil, era segura. "La vi, ya sabes. En el barco. O al menos eso pensé. Debe haber sido un espejismo. Me dijo que tuviera cuidado con Teseo. Debería haber escuchado. ¿Qué estás haciendo aquí?"

¿Aquí en Atenas o aquí en tu habitación? Prevariqué. Cuando hice mi trato impío con Teseo, imaginé que tendría miedo, sería tímida y necesitaría orientación. No vi que hubiera mucho que pudiera ofrecerle.

"Cualquiera. ¿Vas a decirme la verdad ahora, Medea? ¿Sobre cómo mataste a tus hijos para fastidiar a tu marido?"

Me sonrojé. "Pensé que ya no creías en las historias, Phaedra".

En respuesta, simplemente cerró los ojos y permaneció inmóvil durante tanto tiempo que podría haberse ido a dormir. Pero después de un rato, ella dijo, sin abrir los ojos: "Así que soy prisionera de Teseo, ¿verdad?"

"¿Qué más esperarías? Mataste a su hijo.

Sus ojos se abrieron. "¿Hipólito está muerto?"

"Sí, lo es. ¿No te acuerdas? Tú lo mataste." La observé de cerca. No sería extraño perder la memoria después de tales eventos.

Ella sacudió su cabeza. "No, estaba pintando. Mira", hizo un gesto hacia la pared frente a mí, que de hecho estaba cubierta con pintura, aunque

la pintura estaba cortada en la pared de una manera tan desordenada que sería difícil nombrar el tema.

“Veo que alguien ha estado pintando en algún momento, pero no puedes probar que estabas pintando mientras el príncipe estaba siendo asesinado”, señalé, razonablemente.

“Ah, pero mi doncella podría decírtelo. La pintura no estaba terminada antes, y ahora está terminada. Kandake dirá...” y rompió en fuertes sollozos.

Trypho me había contado sobre el feo destino que le sucedió a su doncella, uno demasiado terrible incluso para esa vieja bruja hosca. Después del juicio había estado merodeando en mis habitaciones, con una botella de vino lista para calmar mis nervios, pero antes de que pudiera beberlo, me interrumpió un golpe en la puerta y Trypho entró sin esperar a que lo llamaran.

"Disculpas, señora, por mi intrusión", había dicho con esa voz suya sedosa y poco confiable. “Pero tal vez seas más simpático si reemplazo tu vino con el mío”. Sacó un vaso de la nada y, como un sacerdote que hace una libación, lo llenó del frasco que llevaba en el bolsillo.

Detrás de nosotros, escuché las risitas sorprendidas de mis chicas, que no estaban acostumbradas a escucharme desafiar por mi amado vino. Estuve tentado de exigirles que actuaran como probadores de sabor, pero realmente no creía que estuviera envenenado de ninguna manera, y solo enfurecería a Trypho. Tomé un sorbo de vino, una bebida mejor que la que había estado a punto de beber. Me calentó la boca y se deslizó por mi garganta. Podía sentir mis hombros caer y mi respiración volverse más uniforme. Pero todavía no confiaba en él.

“Es muy amable de su parte, señor, pero no creo que haya venido a educar mi paladar”, insinué.

“No, señora, estoy seguro de que su paladar no requiere mi educación, aunque su presupuesto puede requerir asistencia”. Él sonrió, una sonrisa fría que no llegó a sus ojos. Estaba reevaluando rápidamente mi opinión sobre el hombre. Eso no significaba que me gustara más.

"¿Entonces por qué estás aquí?" Pregunté sin rodeos. Las risitas de fondo cesaron de repente; mis hijas sabían que no debían jugar conmigo cuando empleaba ese tono.

"¿No es una mejor pregunta por qué estás aquí?" preguntó. "¿Sabe el rey, por ejemplo, que ha estado albergando a un fugitivo desde que murió su

padre?"

Bebí el resto de mi vino de un trago. "El chantaje es muy aburrido. Si es por eso que estás aquí, entonces dime qué es lo que quieres y vete. Ciertamente no te lo daré, pero al menos no necesito perder más de mi día contigo.

Me sonrió como un lobo. "¿Pasar tiempo conmigo es un desperdicio? Interesante. He estado pasando mucho tiempo últimamente con una joven prima tuya, y ella no lo consideró un desperdicio en absoluto".

Casi me río. "Y, sin embargo, por lo que he visto, no fue el uso más provechoso de su tiempo. Joven tonto. ¿Qué tiene esto que ver conmigo?

"Todo, espero. ¿Sabes que la princesa ha asesinado a Hipólito?

Yo no sabía eso, y me molestó. ¿Por qué no lo sabía? Traté de no mostrar mi irritación, pero como una ostra, me vi obligado a toser una perla.

"¿Cómo?"

"Usó un arma exclusiva de Creta: un hacha de dos cabezas. ¿Has oído de esto?" Su tono era tan seco que podría estar preguntándome si había oído hablar de una nueva herramienta para cortar carne.

"No, pero parece apropiado. Todavía no veo qué tiene que ver esto conmigo".

"Todavía no le he dicho a Teseo que todavía estás aquí, pero lo haré". Abrí la boca para protestar y él levantó un dedo. "Escúchame. Siento una obligación hacia tu joven prima. Tal vez la conduje por un camino que no era el adecuado para ella. Quizá me estoy ablandando con la vejez. Murmuró la última frase en voz baja, y no pensé que fuera para mí. Pero entonces, tal vez eso era lo que se suponía que debía pensar.

"No me estoy ablandando en mi vejez", repliqué. "¿Qué tiene que ver todo esto conmigo? Tengo que ir a hacer las maletas antes de que el rey me encuentre aquí.

El rey no quiere volver a ver a Fedra. Está de duelo por la pérdida de su amado hijo. Sin embargo, quiere ver a su nieto. Tal vez podrías negociar un trato con Phaedra, según el cual ella entregará al niño cuando nazca a cambio de un pasaje seguro. Entonces podrías criar al niño por ella. Ella es tu familia después de todo.

El hombre se había vuelto loco. Lo miré con la boca abierta. "¿Por qué querría hacer eso? ¿Criar al hijo de mi prima? ¿Estas loco?"

Por primera vez, su autocontrol pareció disminuir. “Porque... perdiste a tus propios hijos”.

“Yo no perdí a mis hijos. No eran bolsos ni sombreros, pertenencias que perdí en algún lugar —dije cuando finalmente recuperé la lengua—. “Y los niños no son posesiones intercambiables, no importa lo que pueda pensar Teseo. Un hijo no puede ser reemplazado por otro, especialmente cuando el otro hijo ni siquiera es tuyo. Deberías irte ahora. Me puse de pie, tirando el vino. no me importaba Era hora de que dejara esta corte.

“Por favor,” farfulló Trypho, ahora luciendo más desconcertado. "No era mi intención ofenderte. Acepto que mis palabras fueron torpes. Yo no tengo hijos propios.

"Entonces levanta la de Phaedra". Lo atravesé. No teníamos guardias, pero pensé que mis chicas y yo podríamos sacarlo de la habitación, y podríamos estar empacados y marcharnos para cuando él llamara a alguien. Busqué a Cassandra, que tenía la parte superior de los brazos fuertes y nunca temía montar una escena.

“Por favor, olvidemos esa parte del plan. Pero necesito que razones con Phaedra por mí. No puedo persuadirla yo mismo”, dijo.

Me quedé de pie por un momento, con la respiración entrecortada, luego me volví a sentar. "Muy bien. ¿Y cuál será mi recompensa?

"¿Qué le gustaría? ¿Paso seguro a casa? ¿Confort asegurado aquí? Debo advertirte, no creo que Teseo sea un hombre que permita que te quedes indefinidamente. Si ese es el trato negociado, hay formas de poner fin rápidamente a un acuerdo”.

Su voz había comenzado a volverse más lenta de nuevo; estaba en terreno más firme aquí. Sus palabras también fueron razonables; No confiaría en Teseo hasta donde pudiera arrojarlo. Dejo que los pensamientos se arremolinen alrededor de mi cabeza como nubes.

"¿Qué me recomienda? ¿Dónde podría obtener un salvoconducto? Después de todo, soy Medea, la asesina.

Se reclinó en su silla. “No recomendaría ningún tribunal. Te sugiero que pidas una concesión de tierra, una pequeña granja y hombres que te ayuden a administrarla. Retirarse al campo”.

Me reí. "¿Jubilarse? Apenas tengo cuarenta años.

“¿Pero ya no estás, digamos, activo? Te arrastras por la cancha por la noche, observando a los demás. ¿Qué clase de vida es esa?

Me sonrojé. No me había dado cuenta de que alguien sabía lo que estaba haciendo. Tal vez había subestimado a este viejo tonto, pero tampoco me había leído correctamente.

“Tal vez sea muy débil, pero mejor eso que vivir en una granja”.

—¿Cólquida, entonces? Tu padre ya no vive, pero tienes un hermano que podría acogerte. ¿O Tebas? Entiendo que el reino de Tebas está en completo desorden. Si el caos es lo que te gusta, hay suficiente para ocupar tu mente durante varios años.

He pensado en ello. Si navegara a Colchis, regresaría en desgracia. Pero en Tebas podía preparar mis pociones para convencer a los crédulos de que era una hechicera con el oído de los dioses.

“Tebas”, dije.

"Muy bien. Hablaré con Teseo: paso seguro y un enviado para ti a Tebas, a cambio de lo cual persuadirás a la princesa Fedra de que lo mejor para ella es dejar al niño y regresar a Creta.

“Mi trato no puede depender del de ella,” le advertí, viendo claramente el peligro. "Si ella no está de acuerdo, no puedo ser responsable".

“Entendido y de acuerdo. ¿Crees que ella no estará de acuerdo? Interesante."

"¿Qué madre lo haría?" Pregunté simplemente.

Golpeó los dedos sobre la mesa. Fedra aún no es madre. Es una niña que está sufriendo las consecuencias no deseadas de un acto violento”.

"Sí", estuve de acuerdo. “Y, sin embargo, es posible que a estas alturas también sea madre”.



Miré hacia abajo ahora a la chica en cuestión. Había descansado sus manos sobre su estómago, y su mano izquierda acariciaba su vientre inconscientemente de vez en cuando. ¿Tenía ya esa pasión que todo lo consumía, esa ardiente necesidad de hacer lo mejor por su hijo, sin importar las consecuencias? ¿Podría ella hacer lo que yo había hecho? Desde entonces, me han dicho muchas veces que la mayoría de las mujeres no podrían, no querrían, y no lo creo. Cualquier madre haría lo que hice yo si se encontrara sentada en mi trono.

—Siento lo de tu doncella —dije ahora. "He tenido muchas buenas doncellas a lo largo de los años, y siempre sientes la pérdida". Ella me miraba con incredulidad; quizás mis palabras no habían sido cuidadosamente escogidas. Lo intenté de nuevo. "Pero ahora, debes pensar en ti mismo y, si lo deseas, en tu hijo por nacer".

"¿Si lo deseo?" ella preguntó. "¿Por qué no habría de desear?"

Así que ya había sucedido con la aceleración dentro de ella. Ese deseo de ver al niño como algo más que el producto de un padre monstruoso.

"Bien," dije. "Había una preocupación de que no te preocuparas por el niño. Mientras lo haces, solo querrás lo mejor para este niño".

Cerró los ojos; tal vez estaba cansada del sonido de mi voz. Estaba trabajando duro en esto, pero todo lo que podía ver frente a mí era mi propio pasaje en un bote, un viaje a una nueva cancha, la oportunidad de comenzar de nuevo. No quedaba nada para ninguno de los dos aquí, pero solo uno de nosotros lo sabía.

"¿De qué estás hablando?" ella preguntó. "Por favor, sea lo que sea, solo dilo. No tengo paciencia para los acertijos.

—Teseo desea criar al niño como si fuera suyo —dije, encogiéndome de hombros—. Es su nieto... o nieta. Criará al niño como su nuevo heredero, si es un niño, y se casará bien con ella, si es una niña. No escatimaré en gastos".

"¿Y qué será de mí?" ella preguntó.

Tamborileé con los dedos en el alféizar de la ventana.

"Se te ofrecerá un pasaje seguro de regreso a Creta".

"¿Y si me niego?"

Se sentía como si todo el aire hubiera sido aspirado fuera de la habitación. Le había preguntado a Trypho qué debería decir en este punto. Me había mirado y dicho de la chica a la que profesaba cuidar y de la que se sentía responsable: "No lo endulces. Ella necesita saber la verdad.

"Entonces permanecerás encadenada a esta cama hasta que des a luz, momento en el que te matarán y tu cuerpo será arrojado al mar para ser devorado por las bestias marinas. A tu padre le dirán que moriste al dar a luz".

Cerró los ojos. "Y Teseo se llevará al bebé". Su tono era cansado, haciéndola sonar mucho mayor que sus años.

"Sí." Estuve de acuerdo con ella; no parecía tener mucho sentido hacer lo contrario. Miré por la ventana. Estas eran habitaciones pequeñas y húmedas, pero tenían una hermosa vista al mar. Quería estar fuera de aquí ahora, lejos de este lugar maldito.

Ella se rió, una risa hueca y sin humor. No había otro tipo en Atenas. No había alegría genuina aquí. "Iba a preguntarte qué harías, habiendo sido madre tú misma, pero eres el sinónimo de todo lo contrario del amor materno".

"Eso demuestra lo poco que sabes," espeté. Lo lamenté al instante. Había construido toda una personalidad, como ella dijo, siendo lo opuesto al amor materno. Nunca había defendido mis acciones. Hacerlo podría destruirme.

"¿En realidad?" preguntó ahora, como un niño con un palo pinchando a una bestia. "Pero nunca has negado haber matado a tus propios hijos. ¿Me dirás ahora por qué?"

¿Qué importaba? Me iba de todos modos. Y no creía que esta chica llegaría a Creta, sin importar lo que dijera Trifón.

"Hay cosas peores que hacerles a los niños que matarlos. Las peores cosas que les pueden pasar. El trabajo de una madre es proteger a sus hijos, como pueda".

Allá. estaba fuera yo lo había dicho

Ella me estaba mirando ahora, con los ojos muy abiertos. Toda pretensión de estar medio dormido o aburrido por mis palabras se había ido. Como la verdadera madre, querrás decir. En tu historia sobre el rey.

Me tomó un momento ponerme al día.

"Oh. Te refieres al rey del este. El que amenazó con dividir al bebé".

"Esto es lo que quisiste decir, ¿no es así? Que la verdadera madre no es la que podría entregar al bebé. La verdadera madre es la que no puede dejar que su bebé viva sin ella. No si sabe que la falsa madre tiene intenciones de un destino peor que la muerte. Ella se hundió en su almohada.

"Sí", estuve de acuerdo. Esa es una interpretación, Fedra. Pero es solo una historia. Probablemente ni siquiera había un bebé para empezar".

"Pero, ¿qué podría ser peor que la muerte?" ella preguntó. "No para el bebé. ¿Para tus hijos?"

Mordí mi labio. Todavía no quería llorar frente a ella. "Hay muchas cosas peores que la muerte, especialmente para las jóvenes cuyos padres

eligen tanto a las novias como a las doncellas que son mucho más jóvenes que ellas”.

Su piel era blanca, y pude ver que había entendido. “Pero tú... ¿no podrías sacarlos de otra manera?”

“Lo intenté”, dije. “Créeme, lo intenté”. Al final, hice lo único que pude. Le pedí a Jason que me permitiera una noche más con mis hijos antes de que me desterraran para siempre. Les di un abrazo de buenas noches y les di de comer una bebida caliente que contenía una poción de mi propia creación. La ironía. Me conocían como Medea la hechicera, pero nunca había devuelto la vida a nadie. Todo lo que podía hacer era proporcionar una muerte amable. Y habiéndolo hecho por mis hermosas e infelices hijitas, me había sentenciado a una muerte en vida.

“¿Qué tengo que hacer?” preguntó ahora lentamente. “No quiero dejar a mi hijo con Teseo”.

“No veo que tengas otra opción”, dije. Y además, Teseo no es Jasón. Tu hijo estará a salvo”.

“Sí, pero criado por el mismo hombre que crió a Hipólito”, dijo.

“No tienes otra opción”, repetí. Volvió a hundirse en las almohadas y empezó a llorar. Salí, cada paso que daba me recordaba lo inútil que me había vuelto.

Mientras caminaba de regreso por el corredor, me encontré con Trypho que iba en la dirección opuesta.

“¿Le has dicho?” preguntó.

“Sí”, respondí. “No creo que acepte la oferta”.

“¿No? Ah bueno. Si no le hubieras hecho una oferta tan desagradable, no podría presentarle una más atractiva. Tu barco zarpa a medianoche. No te lo pierdas. No habrá otro. Dio media vuelta y caminó de regreso a sus aposentos, silbando por lo bajo. No perdí más tiempo pensando en Phaedra. Era hora de irse.

Trifón

Teseo permaneció al lado de Hipólito hasta que finalmente cruzó el río Styx, y durante ese tiempo, los rumores viajaron sin obstáculos. Cuando le pregunté a una de mis fuentes, que no había estado presente en el evento, qué escuchó que había sucedido, se me presentó la historia más inusual.

“El príncipe, que los dioses descansen en su alma, abandonó el palacio y corría con su carro por el borde del acantilado, como lo había hecho tantas veces antes. Excepto que esta vez —y su voz se quebró levemente—, esta vez un toro gigante hecho de espuma de mar se elevó del mar. Los campesinos que estaban cerca, trabajando en los campos, decían que Hipólito no flaqueaba, príncipe entre los hombres como era, pero su caballo...” Aquí se interrumpió por completo. Otro hombre retomó la historia.

“Su caballo se alarmó y perdió pie en el camino del acantilado, zambulléndose en el océano y llevándose consigo el carro y el jinete. Hipólito, que el Hades guarde su alma, fue estrellado contra las rocas.

“¿Él ... murió de inmediato?” Yo pregunté. No sabía qué más decir.

“No, no lo hizo. Yacía llorando por su padre y por su abuelo, Poseidón. Teseo corrió hacia él tan pronto como la noticia llegó al palacio, y pudo consolarlo en sus últimos momentos. Sus últimas palabras fueron para reiterar su inocencia frente a las malvadas mentiras que la bruja creó sobre él”. Y aquí el hombre miró, presumiblemente en dirección a las cámaras de Phaedra, con puro odio, como nunca antes había visto. Y, sin embargo, podría haber jurado que este hombre votó en contra de Hipólito solo unos días antes.

Como digo, realmente fue algo increíble de escuchar. Mi mejor conjetura es que la confusión surgió debido al arma que llevaba Phaedra, el labrys. No muchos atenienses sabían lo que era, pero todos sabíamos que un

monstruo con cabeza de toro estaba aprisionado en el laberinto que lleva su nombre. Y así se desarrolló la historia.

Por mi parte, mi plan no podría haber funcionado mejor. No se trataba de un segundo juicio. Teseo ordenó que encadenaran a Fedra a su cama, y los guardias se dispusieron y lo hicieron. El gobierno del pueblo había sido anulado. El rey reinaba supremo, y donde un rey reinaba supremo, había un papel para los asesores de confianza que siempre habían estado al lado del rey. Los asociados más cercanos de Teseo estaban demasiado ocupados lamentando su amada democracia como para pensar mucho en el negocio de administrar una ciudad.

Sin embargo, esperé mi momento. Pagué a algunos hombres para asegurarse de que mi nombre se mencionara en los momentos adecuados y me mantuve en mis propios aposentos. No era bueno parecer demasiado ansioso, especialmente con el joven príncipe muerto. Otra victoria para toda la corte, aunque nadie se atrevió a decírselo en la cara a Teseo. Con su cabecilla eliminado, los jóvenes se agudizaron y prestaron más atención a las palabras que sus padres les decían.

Sí, todo no podría haber sido más satisfactorio si no fuera por el hecho de que la princesa Fedra estaba encadenada a una cama. No somos una cultura de pacifistas en Atenas, y la violencia de sus acciones no me molestó. ¿Acaso Hipólito no la había dado por muerta primero, después de todo? Pero aun así, una voz molesta en la parte posterior de mi cabeza me dijo que había puesto en marcha una secuencia de eventos y que una joven inocente estaba pagando el precio. Y en algún momento, aunque no sabría decirte cuándo, exactamente, comencé a tramar planes para rescatarla.

Ya no podía vivir en la ciudad. Teseo haría que la mataran tan pronto como pudiera. Me sorprendió que no lo hubiera hecho ya, pero estaba de duelo, y los rumores decían que quería al niño por nacer que ella estaba esperando, un último recuerdo de Hipólito. Un recuerdo bastante espeluznante, pero no tengo hijos, y los sentimientos de los que los tienen me son ajenos. ¿Podría regresar a Creta? Me encontré enumerando razones que serían una mala idea; la pérdida de la cara, ya que regresó como una mujer caída y una asesina. Tal vez su padre sintiera la necesidad de iniciar una guerra contra Atenas, una guerra que Atenas perdería casi con certeza. ¿Qué clase de estadista sería yo si pudiera evitar la pérdida de la vida de muchos de mis compatriotas pero no lo hiciera?

Sin embargo, si no regresaba a Creta, ¿adónde podría ir? Tebas estaba sumida en un caos total en la actualidad; probablemente podría pasar desapercibida, pero no parecía un lugar adecuado para que viviera una joven de su crianza. Y después de todo lo que había pasado, necesitaba un lugar más tranquilo. En algún lugar donde pudiera vivir anónimamente y criar a su hijo.

De hecho, en algún lugar como mi propia propiedad, escondido de miradas indiscretas, pero lo suficientemente cerca de Atenas para viajar allí fácilmente.

Una vez que la idea entró en mi cabeza, resultó imposible descartarla. Podría presentarla como mi sobrina, el niño como mi sobrino nieto y el heredero de mi patrimonio. (De alguna manera, se me ocurrió, todos habíamos decidido que este niño era un niño. Parecía inevitable que este niño mal nacido heredara algo de importancia).

Tendría que convencer a Fedra del sentido de mi plan. Estaba seguro de que podría alejarla, pero menos seguro de poder mantenerla sin su consentimiento. Y más concretamente, no quería que ella fuera prisionera de mi propiedad en lugar de ser prisionera de Teseo. Quería que ella fuera feliz. Estaba empezando a tener visiones de Phaetra sentada debajo de un árbol, mirando al niño jugar mientras yo miraba y sonreía con benevolencia.

Necesitaba mostrarle la locura de cualquier otro curso de acción. Medea demostró ser decepcionantemente fácil de convencer en este punto. Ni siquiera necesité acercarme a Teseo; solo la insinuación de que podría hacerlo fue suficiente para persuadirla de trabajar conmigo y presentarle a Phaetra una propuesta, supuestamente apoyada por Teseo, que yo sabía que Phaetra nunca aceptaría.

No había hablado con Teseo. nadie tenía. Se había sumido en un profundo luto, dando la orden de que no lo molestaran. Pero Medea no lo sabía. No sabía lo hábil que podía ser como mentirosa, así que pensó que decía la verdad.

El plan salió como esperaba. Medea le presentó sus sugerencias desagradables a Fedra y me dijo que no era receptiva a ellas. Arreglé un barco para Medea, de nuevo, no autorizado por Teseo, pero ella no necesitaba saber eso, y el dinero actuó en lugar de un nombre real para asegurar su paso seguro. Estaba emocionado ahora, viendo mi visión

bucólica acercándose cada vez más a mí, y no quería que nadie socavara la posibilidad de que se hiciera realidad.

Pero antes de que pudiera visitar personalmente a Fedra, me llamaron para que viera a Teseo. El rey, aunque nunca había podido pensar en él como tal. Tendría que hacerlo ahora. Él tomaría su manto real y yo lo aconsejaría hasta mi muerte.

Visité a Teseo en su dormitorio. La habitación estaba vacía, con pocas comodidades. De hecho, me sorprendió lo mucho que se parecía a las pobres habitaciones que le había dado a Phaedra, aunque en este caso, sospeché que era su deseo de concentrarse en su misión lo que lo llevó a negarse a sí mismo cojines suaves.

“Señor”, dije, inclinando la cabeza y tratando de no mostrar la alarma que sentía. Teseo, siempre un hombre delgado, parecía haberse reducido a una sombra. Sus pómulos eran como líneas afiladas en su rostro, y sus ojos se habían hundido en su cráneo. Sus brazos eran fibrosos, no musculosos, y su cabello era largo y gris. Por fantástico que parezca, lo miré y me pregunté si no era demasiado tarde, y él ya estaba muerto.

Trifo dijo. El consejero de mi padre.

Este no fue el comienzo más prometedor para la conversación, pero incliné la cabeza.

“Has estado trabajando con esa mujer, no lo niegues”, agregó, levantando un dedo. De hecho, no tenía la intención de negarlo.

—¿Se refiere a su esposa, señor?

Cerró los ojos. “¿Por qué entré en tal arreglo? Pensé que lo haría mejor esta vez, ya sabes. Reflexioné sobre los errores que había cometido en el pasado: la madre de Hipólito, la hermana de Fedra. El gran error que cometí fue tomar princesas y tratarlas como si fueran de mi propiedad. No volvería a hacer eso. Necesitaba a la rehén, pero podía tratarla adecuadamente. Cásate con ella. Llévala a Atenas. Instalarla en su propio apartamento, sin mis atenciones no deseadas. Podría usar a las sirvientas para eso, después de todo. Y mira cómo me lo pagó.

Abrió los ojos y me miró. Permanecí en silencio.

“¿Escuchaste lo que pasó el día de nuestra boda? Por supuesto que lo hiciste, escuchas todo. Una niña, incluso más joven que mi hijo, estaba lista para saltar sobre un toro que debía tener el doble de mi estatura y el tamaño de esta habitación. Ella fue empalada en sus cuernos. Por los dioses, dejó un

desastre terrible. Los cretenses sabían que era un mal presagio. Me pregunto por qué dejamos que nuestros jóvenes se destruyan a sí mismos de esta manera. Se supone que somos los adultos, Trypho. Se supone que somos los adultos”.

Él suspiró. Todavía no dije nada. Esto fue una actuación, un discurso ensayado.

"No dices nada. Muy bien. Eres un monárquico acérrimo, ¿verdad, Trifón?

"Soy leal a mi rey", dije con cautela, sintiendo mi camino alrededor de la respuesta que estaba buscando.

“¿Y si tu rey desea dejar de ser el rey omnipotente? ¿A qué oa quién eres leal entonces, Trifón? ¿Fuiste leal a mi padre cuando saltó a la muerte, pensando que dejó su reino en manos de Hipólito, un adolescente?

Lo miré en su cama, pero todavía no dije nada. Si Teseo lo hubiera sabido, este era el comportamiento más majestuoso que había visto en él. Su padre a menudo solía regañarme así. Es prerrogativa de los reyes. Y además, si lo dejaba hablar, pronto llegaría a su punto.

Efectivamente, suspiró. "¿La has visto? Fedra, quiero decir.

“No, señor, no lo he hecho”, dije, respondiendo a su pregunta directa. Pareció sorprendido.

Esperaba que pudieras decirme cómo la encontraste. No importa. Dime, consejero del rey, ¿qué debo hacer con ella?

Hice una pausa, considerando mis palabras cuidadosamente. No sabía su intención al hacerme la pregunta. Podría haber sido para evaluar mi sabiduría e inteligencia. También podría haber sido una prueba de dónde estaban mis lealtades. Teniendo estas posibilidades en mente, decidí que el mejor curso de acción era hablar honestamente. “Deberías ofrecerle la posibilidad de una muerte amable. Tienes que castigarla, debes hacerlo, pero sigue siendo tu esposa y una mujer.

“¿Ella lo tomaría? ¿Te refieres a la cicuta, me imagino, o a una hierba similar?

“Sí, ella podría. Es profundamente infeliz, y se le podría hacer entrar en razón”.

Se volvió y miró al espacio, a la nada, hasta donde yo podía ver. Cuando se volvió hacia mí, sus ojos estaban vidriosos y parecía haberse movido a un tren de pensamiento completamente diferente.

"Tú no tienes hijos, ¿verdad, Trifón?"

"No," dije, un poco bruscamente; Me estaba cansando de responder a esta pregunta, y no veía por qué todos parecían tan preocupados por mi estado sin hijos.

"En este momento, piensas que soy un hombre débil. Me ves, acostado en mi cama, un hombre despojado de la parte más preciosa de su mundo, y piensas que soy débil, y tu lucha ha terminado. No habrá otro juicio, otra oportunidad de hacer las cosas bien y con justicia. Quiero venganza, no justicia. Esa mujer mató a la persona más importante de mi mundo. Invocaré a los dioses, a las Furias, a los Bondadosos, a todo espíritu bueno y malo conocido por el hombre, y la veré muerta. Se incorporó, sentándose ahora en el borde de la cama. Crees que mató a un adolescente, un holgazán, uno que cabalgaba y jugaba y aportaba poco a la vida en la corte. Pero eso es porque no eres padre. Ella no solo mató a ese chico. Ella mató al pequeño bebé que una vez acuné en mis brazos, conteniendo la respiración para no despertarlo. Ella mató al hombre en el que podría haberse convertido, todos los hombres en los que podría haberse convertido. Como su padre, solía observarlo atentamente en busca de señales. Tal vez sería un ecuestre famoso. Quizás buscaría con Heracles, quizás sería el Heracles de su generación. Quizá se asentaría y gobernaría Atenas conmigo. Podía ver tantas posibilidades. Y ella los mató a todos".

Estaba de pie ahora, elevándose por encima de mí. Mantuve mi rostro pasivo. No me permití sentir miedo.

"Y para ti, esto representa una victoria. La democracia está muerta, dicen usted y sus compinches. Teseo tendrá la venganza de un rey sobre la mujer que mató a su hijo. Mi niño, mi bebé, mi hijo no significa nada para ti excepto como una herramienta para debilitarme, para doblegarme a tu voluntad. Y tienes razón, Trypho, soy débil. Phaedra será ejecutada sin juicio, sin el voto de los ciudadanos, sólo con mi consentimiento, porque puedo hacerlo. Pero no siempre seré débil así. No tengo otros hijos que perder. No tengo nada más que perder. Y cuando esté listo, me dedicaré por completo al establecimiento de la democracia, un sistema bajo el cual cada hombre puede tener su opinión, y los consejeros corruptos como usted pueden no beneficiarse y engordar la vanidad y la indecisión de reyes débiles como mi padre. ."

Estaba inclinado hacia atrás ahora, instintivamente tratando de alejarme de él a pesar de que mis pies estaban clavados en el lugar. Nos miramos el uno al otro, rey y súbdito, loco y cuerdo. Sus ojos brillaron, mientras que los míos parpadearon de un lado a otro en busca de un respiro.

—Señor —dije finalmente—, usted es el rey y puede establecer cualquier sistema que elija. Esa es tu prerrogativa, te guste o no. Pero, por favor, no creas que solo aconsejé a tu padre para lucrar. A mí también me importa Atenas.

Resopló, pero al menos se alejó. Sus hombros se hundieron y se encorvó hacia su cama, la entrevista completa. Como cualquier rey, supo cómo despedirme. Pero tenía una última pregunta.

¿Qué hay de Fedra, señor? ¿Puedo ofrecerle la buena muerte?

“Puedes ofrecerlo”, dijo con pesadez, “pero ella debe tener el niño primero. No deseo verlo en este momento, pero será mi heredero. Organizaré un tutor para él. Dile que lo cuidaré bien.

Asentí y salí de la habitación. Mantuve mis rasgos tan suaves e inexpresivos como si estuvieran acabados, pero mi corazón estaba cantando. Sabía que Phaedra no estaría de acuerdo en entregar al niño, pero los niños mueren antes de nacer todos los días, y no tuve reparos en informarle al rey. Lo más importante, ahora podía decirle al tribunal que ella había aceptado la cicuta y que el cuerpo había sido enviado de regreso a Creta. O arrojado al océano. O lo que sea que decidí decir que le había pasado. Realmente, me sentía bastante mareado. Tendría que mantenerla escondida por un tiempo, pero nadie sabía dónde estaba mi propiedad. Enviaría un mensaje a los sirvientes para que preparen las habitaciones para mi sobrina y su hijo. Mucho mejores que los que tenía aquí. Había mucho trabajo por hacer.

fedra

Todos estaban muertos. Me habían aflojado las esposas para permitirme sentarme en la cama, pero deseé que no se hubieran molestado. Todos los que me importaban estaban muertos. Mi hermano estaba muerto. Mi hermana estaba muerta. Ningún dios se la había llevado. Ella no vivía en el Olimpo. ella estaba muerta

Traté de descansar mi mano sobre mi estómago, el gesto que me había consolado por ocho lunas ahora, pero no pude alcanzar. En cambio, miré hacia abajo y no vi ninguna de las ondulaciones y estiramientos habituales a los que me había acostumbrado. Hipólito estaba muerto. ¿Había muerto su hijo con él, o solo estaba durmiendo? Traté de moverme lo más que pude, de sacudir al bebé para que volviera a moverse, pero las cadenas no estaban lo suficientemente flojas.

¿Había valido la pena matar a Hipólito? Si Teseo estaba sintiendo siquiera una fracción del dolor que yo sentía ahora, entonces sí, pensé. Sí, había valido la pena. Ya no necesitaba esperar a que los dioses buscaran venganza. Yo mismo me había ocupado de eso.

Consideré la propuesta de Medea. Era completamente inaceptable para mí, como sospechaba que ella sabía. ¿Entregar mi bebé al monstruo Teseo? Preferiría tirarlo al mar. ¿Y si fuera una niña? Nunca estaría a salvo en esta corte ateniense, no sin una madre que la protegiera. ¿Y cómo sería mi vida, vagando de corte en corte, como Medea? Sin que nadie quiera acogerme. Podría sufrir otro ataque de locura y matar a sus hijos. Y todo el tiempo, preguntándome qué le estaba pasando a mi hijo. Mi hijo, a quien todavía no podía sentir.

No podía mover mis brazos y piernas. No pude encontrar la fuerza para sentarme y mirar alrededor. Y, sin embargo, nunca me había sentido más fuerte. Sabía lo que tenía que hacer a continuación. Tenía que proteger a mi hijo de la mejor manera que podía.

Trifón

Después de haber hablado con Teseo, regresé a mis aposentos y llamé a algunos socios míos, con la intención de hacer los arreglos necesarios. Mi corazón estaba ligero, y tarareé algunos compases por lo bajo. El verano había sido largo, caluroso y pesado, pero se avecinaba un clima más fresco y la granja era el lugar perfecto para pasar el invierno. Tenía un pequeño olivar a un lado de la propiedad, así que exprimíamos nuestros propios aceites. Y siempre supe dónde conseguir los mejores vinos.

Mientras me entretenía en pensamientos tan agradables, un joven irrumpió en mis habitaciones. No llamó y me puse en pie de un salto.

"¿Tú?" Dije, reconociéndolo. ¿Quién está protegiendo a la princesa Fedra? Lo miré, el tinte rojo que se filtraba en su ropa, y entonces lo entendí, pero no quería. Corrí a las habitaciones de la princesa, gritando obscenidades al guardia todo el camino. Cuando llegué, hasta el más iluso de los hombres habría visto que era demasiado tarde.

Phaedra yacía en la cama, con la garganta abierta y los brazos todavía encadenados a los costados. La sangre empapaba las sábanas. Su gran estómago parecía haberse desplomado hacia un lado, y en esta posición, vi lo que no había visto antes, cuán delgados y huesudos se habían vuelto sus brazos y piernas. Su nariz se levantó bruscamente de su cara. Cuando llegó a Atenas era una adolescente de cara regordeta. Nos dejó como una vieja demacrada.

Por un momento tonto, quise tirarme en la cama, romper a llorar y pedirle perdón. le había fallado. La había usado como un peón, ¿y para qué? Teseo todavía pretendía ser el padre de la democracia, y tenía unos buenos treinta años menos que yo. Yo era un anciano decrepito, que no servía para nada.

Encendí al guardia. "¿Quien hizo esto?"

Retrocedió ante mi voz, aunque podría haberme contenido tan fácilmente como a un niño. Pero sus nervios estaban claramente destrozados. "Ella lo hizo", dijo, y comenzó a lloriquear.

"Está encadenada a la cama. Habla con sentido, tonto", respondí.

"Me pidió que me acercara para darle un poco de vino", dijo, y luego volvió a sollozar. Pude ver fragmentos de cerámica goteando por el costado de la cama, una cascada de fragmentos que brillaron cuando captaron la luz.

"¿Se las arregló para quitarse la vida con una copa?" pregunté con incredulidad.

Sacudió la cabeza y lloró un poco más. "Cuando me incliné sobre ella para darle la copa, agarró mi espada. Pensé que me lo iba a lanzar, pero... Él hizo la mímica de cortarse la garganta, un gesto grotesco dadas las circunstancias. Me pregunté cuánto de la historia estaba dejando de lado, si su propia falta de juicio y protocolo había sido causada por el hecho de que sus manos estaban tratando de estar en un lugar que no deberían. Phaedra estaba muy embarazada y era una asesina, pero aún era una mujer. En cualquier caso, no necesitaba entender la verdad. Era suficiente que le hubiera permitido tomar su espada. Su comandante lo vería ejecutado al final del día, con lágrimas o sin lágrimas.

Sin embargo, me volví hacia la princesa y miré su rostro triste y quieto. Sentí algunas lágrimas brotar de mis propios ojos, aunque no las dejé caer. Vi mis visiones de una familia feliz jugando en mi granja desaparecer en la sangre que cubría la cama de Phaedra. Había estado tan cerca y, sin embargo, tan lejos.

Sin embargo, no me permití revolcarme por mucho tiempo. Respiré hondo y me volví hacia el guardia. Ve a buscar a Teseo.

"Pero...", tartamudeó. Pude entender que no tenía idea de cómo terminar esa objeción: ¿Pero Teseo estaba de luto? ¿Pero Teseo era el rey? ¿Pero Teseo era un hombre agraviado, a quien no se atrevía a acercarse? Más de un mensajero ha sido asesinado por un gobernante enojado.

—Ve a buscar a Teseo —repetí, y esta vez salió corriendo. Mi tono debe haberlo convencido de que estaba en tanto peligro aquí como en las cámaras de Teseo. Y muy pronto, el hombre mismo entró en la habitación.

Pude ver inmediatamente que la noticia lo había rejuvenecido. Su andar casi podría describirse como alegre mientras entraba en la habitación.

¿Qué tenemos aquí, Trifón? preguntó. "Parece que esta no era una bruja después de todo".

"No, señor", dije en voz baja. "Y parece que tanto Hipólito como Fedra nos han dejado, para ser juzgados en un ajuste de cuentas final, no por el hombre".

"No por el hombre", reflexionó Teseo. Caminó alrededor de la cama, con cuidado de no tocar a la princesa. "Bien. No quería la tarea, y ahora no la tengo".

No parecía haber mucho que pudiera decir a eso, así que incliné la cabeza.

"Necesitamos hacer algún tipo de narrativa", dije después de un momento de silencio, mi mente ya estaba zumbando. "Si puedo sugerir, díles a los bardos que ella fue hechizada por una diosa, Afrodita, supongo, para tratar de seducir a tu hijo. Cuando eso no funcionó, ella lo acusó de violación. Ahora su conciencia culpable se ha apoderado de ella y se ha suicidado". Teseo pareció sorprendido. Por un momento, había olvidado que no estábamos completamente del mismo lado. "Mi trabajo es proteger al rey," dije disculpándome. "No puedo abandonar ese papel ahora. Soy demasiado viejo."

Teseo asintió. "Es un plan sensato. ¿Por qué Afrodita?

¿No juró tu hijo abandonar a las mujeres y adorar sólo a Artemisa? Me parecen las acciones de una diosa celosa."

Teseo negó con la cabeza. "Haz que así sea. Y mientras tanto, deberíamos enviar su cuerpo de vuelta a Creta.

"Señor, no puede", objeté. Hice un gesto hacia su estómago. "Eso solo sería una declaración de guerra".

El asintió. "Sí, entiendo tu punto. Muy bien. La enterraremos aquí en Atenas. Me encargaré de que se envíe un mensaje a Creta. Les diré que ella era amada. Sospecho que incluso puede haber sido cierto, por un segundo fugaz.

Se refería a mí, me di cuenta con un sobresalto. "Si señor. Un segundo muy rápido".

Él rió. "Ah, Trifón. Eres un hombre de tu tiempo, más es la pena. Pero necesito continuar con mi trabajo. Se acerca una guerra, ya sabes.

"¿Una guerra?" Pregunté, perturbado. Ninguna de mis fuentes me había dicho sobre esto. "¿Sobre qué? ¿Una mujer?"

"Una mujer. Una ruta comercial. Un metal precioso o un trozo de tela. No importa; no importará. Puede que ni siquiera sea en mi vida, pero puedo sentir un cambio en el aire. Hay demasiados reyes en Grecia. Demasiados hombres hambrientos en busca de poder y gloria. Todo llegará a un punto crítico pronto. Y Atenas es un pequeño reino pequeño y débil. Tengo la intención de dejarlo mucho más fuerte, incluso si actualmente no tengo un heredero a quien dejárselo".

Dio media vuelta y se alejó, sus hombros ya enderezados y sus pasos más ligeros que antes. Esperé unos momentos más junto al cadáver de Phaedra, pero ella se había llevado sus secretos a la tumba con ella. Frunciendo el ceño, seguí al rey.

Coro Nocturno

aieeeeeeeee

aieeeeeeeee

Ella está muerta. La princesa está muerta. Ella muere por su propia mano.

Así que es verdad.

Es verdad.

*Dicen que la diosa Afrodita la obligó a seducir a Hipólito porque era
devoto de su hermana Artemisa.*

estos aristócratas. Le echan la culpa de todo a los dioses.

Entonces, ¿Afrodita también obligó a Hipólito a violarme?

¿Se volverá a casar Teseo?

*No estoy seguro. Tal vez no. Ahora es muy devoto de su democracia. No
tiene un heredero, por lo que también puede pasar el gobierno de Atenas al
pueblo.*

Te refieres a los hombres.

Los hombres, sí.

Los héroes.

*Tengo que ir. Tengo camas que tender y platos que lavar, y quiero hacerlos
antes de que mi amo se despierte y me vea.*

*Si ellos son los héroes, ¿eso nos convierte en heroínas? Seguimos adelante,
perseveramos, no pedimos nada y menos aún recibimos.*

¿Dónde están nuestras historias?

Xenetippe

Las noticias tardaron un tiempo en llegarme a Creta.

Había resultado bastante sencillo bajar del barco con destino a Atenas. Nos escondimos en un remanso frente al puerto de Creta durante una semana y luego nos encontramos con el buque de guerra ateniense.

Mientras regresábamos a Creta, le dije a Teseo que había visto el cadáver de la niña, la princesa mayor, en la bodega. A ambos nos interesaba que me dejara marchar; de lo contrario, le diría al rey y a toda la corte lo que había visto. Afortunadamente, Teseo estuvo de acuerdo conmigo, aunque para estar seguro, me había encerrado en una antecámara en el palacio cretense.

Kitos había irrumpido en la habitación para liberarme, una demostración de heroísmo que aprecié un poco más de lo que hice en ese momento. Una parte de mí realmente había pensado que Teseo me había dejado allí para morir. Sin embargo, me sorprendió descubrir que Teseo se había llevado a la princesa más joven, y durante mucho tiempo me pregunté si había hecho lo correcto, salvándome en lugar de ir directamente al rey.

Me uní a los guardias junto a Kitos, y pronto se hizo público que estábamos prometidos. Al principio me daba un poco de vergüenza porque quería que me conocieran por mis méritos, no por mi estado civil. Pero resultó que no fue tan malo porque, a pesar de entrenar desde el amanecer hasta mucho después de que el sol se pusiera todas las noches, debo haber estado en Creta solo un par de ciclos lunares antes de quedar embarazada.

Me suspendieron los entrenamientos hasta que llegó el bebé, aunque les aseguré a todos que volvería tan pronto como naciera. Y al principio lo estaba, pero para entonces Kitos y yo estábamos casados, y él había obtenido un par de ascensos, y el capitán de la guardia nos ofreció una pequeña casa en las afueras del palacio para vivir. Tenía sentido que Kitos

seguir trabajando como guardia y que yo me quede en casa con nuestros hijos.

Sin embargo, vivir fuera del palacio significa que dependo de Kitos para recibir noticias, y él no es de chismes. Sin embargo, un día llegó a casa con cara de tristeza y, antes de que pudiera preguntar, dijo: “Xenetipa”, nunca abrevia mi nombre, “tengo malas noticias de Atenas para ti”.

Salté sobre mis pies, sorprendiendo a Tharsia, que estaba durmiendo en mi regazo. “¿Son mis padres?”

“Oh, no”, dijo, luciendo culpable, luego tomó al bebé para calmarla. “Lo siento. No pensé cómo se vería eso. No es tu familia. Solo alguien que conociste, brevemente.

¿Alguien a quien conocí brevemente en Atenas? Ese podría ser cualquiera —dije, un poco irritado ahora. Volví a llevar a Tharsia, ignorando su grito de protesta por haber sido pasada de un lado a otro como una jarra de vino.

“Estoy diciendo esto muy mal, ¿no?” dijo con pesar, y yo sonreí de mala gana. “Permítanme comenzar desde el principio. Ha muerto la princesa Fedra, que se casó con Teseo.

Lo miré en estado de shock. Nunca la había olvidado del todo, la bella princesa que nos había llevado a un lugar seguro. Ella habitaba en algún lugar en el fondo de mi mente ahora, ocupada como estaba con mis deberes diarios de cuidar a los niños, pero de vez en cuando pensaba en ella. Había esperado contra toda esperanza que ella pudiera ser feliz en la corte ateniense.

“¿Cómo ha ocurrido?”

Kitos hizo una pausa. “Dicen que murió en el parto”, dijo finalmente.

Acerqué a Tharsia a mí, ignorando sus balidos de objeción. Tuve suerte; ninguno de mis partos había sido especialmente complicado, aunque después de cada uno había jurado no volver a hacer nada que pudiera causar tanto dolor. Pero luego pensé en las palabras de Kitos. Siempre fue un orador cuidadoso, y la pausa al principio debería haberme puesto en alerta desde el principio.

“¿Ellos dicen? ¿Quiénes son? ¿Y qué pasó realmente? —pregunté, aflojándome la ropa para darle a Tharsia lo que quería.

“Xenethippe, es una suerte que no nos detengamos en la corte, si dices cosas así. La historia oficial es que la princesa murió al dar a luz. No es

bueno que se vea cuestionando estos asuntos”.

"Bien. Pero no hay nadie aquí excepto mi esposo y yo, a menos que pienses que nuestro infante informará sobre mí al capitán de la guardia. ¿O tal vez informa directamente al rey?

Nos miramos el uno al otro, y luego bajé los ojos. “Lo siento, Kitos. Pero conocí a la princesa. Fue solo brevemente, pero ella... ella fue amable con nosotros, cuando tan poca gente lo era. Me gustaría saber qué le pasó, por favor.

El asintió. "Lo sé. Muy bien, pero no debes repetirlo. Los rumores que salen de la corte ateniense afirman que ella sedujo a su propio hijastro, el hijo de Teseo, bajo la influencia de la diosa Afrodita. Cuando el hijastro la despreció, ella se suicidó de angustia”.

Abrí los ojos de par en par. “Suena como algo del cuento de un bardo. ¿Bajo la influencia de la diosa? ¿En realidad? ¿Y crees esto?”

Parecía preocupado y cruzó la habitación para mirar por la ventana. Cuando se volvió para mirarme, tenía el ceño fruncido.

“Estoy de acuerdo, hay algo que no está bien en esto. El rey ha ordenado que nadie vuelva a hablar de su hija. Será enterrada en Atenas.

Sentí pena por ella, por estar enterrada en una tierra extraña, aunque se me pasó por la cabeza brevemente que me esperaba el mismo destino. Pero eso era diferente; Tenía un esposo aquí y dos hijos, y cuando muriera, no extrañaría mucho Atenas. Phaedra nos había dejado hacía apenas dos años, y no parecía que hubiera sido especialmente feliz.

"Ella fue amable conmigo", repetí impotente.

Kitos cruzó la habitación y me rodeó con los brazos. Tharsia se retorció contra mi pecho pero no soltó su agarre. “Entonces te sugiero que trates de recordarla como la conociste. Lamento haberte dicho algo.

"Me alegro de que lo hayas hecho", le dije. "Ofreceré una libación a los dioses domésticos en su nombre esta noche".

Él asintió, satisfecho, y se alejó para encargarse de las tareas que se descuidaban cuando trabajaba en el palacio. Recordé a esas dos princesas despreocupadas, y cómo las había envidiado tanto, con su lindo cabello y su piel regordeta. Y, sin embargo, ambos estaban ahora muertos, y yo sostenía a mi bebé que se retorcía en el hogar que nos pertenecía. Pensé en decirle algo a Kitos, sobre los caminos misteriosos de los dioses. En cambio, terminé de alimentar a Tharsia, la abracé con fuerza por un segundo o dos,

luego la puse en su cuna y comencé a preparar la cena para mi familia, como si fuera un día cualquiera.

OceanofPDF.com

Nota del autor

Los mitos griegos a menudo se tratan como historias separadas, aunque ciertos personajes clave, como Teseo, pueden aparecer en varios cuentos. Siempre me ha llamado la atención el hecho de que la Fedra con la que se casó Teseo era hermana del Minotauro, la bestia que mató, y de Ariadna, la mujer que abandonó en una isla después de haberlo ayudado en esta hazaña. Además, se describe que Hipólito fue asesinado por un toro del mar, un símbolo de Creta. Teniendo en cuenta estos factores, no parece tan sorprendente que Fedra fuera la causante de la muerte de su hijo y, sin embargo, las dos historias rara vez están conectadas.

Plutarco en sus *Vidas griegas* atribuye a Teseo el papel del fundador de Atenas en virtud de su exitosa campaña para transformar Atenas en la capital de Ática, persuadiendo a los reyes locales para que se unieran y creando una democracia en lugar de una monarquía. Plutarco reconoce que los diversos matrimonios y tratos de Teseo con mujeres, incluido el abandono de Ariadna, no son para su crédito y, de hecho, el secuestro de Helena cuando era niña (mucho antes de que conociera a Paris y pusiera en marcha los eventos que llevaron a Troya). Guerra) provoca la caída de Ática y el exilio y muerte de Teseo.

Las fuentes generalmente están de acuerdo en que a Heracles le gustaban los niños, y me parece razonable que un hombre que amaba a los niños hubiera sido como un tío o un padrino para el hijo huérfano de su amigo y aliado.

Me he tomado ciertas libertades con las fuentes originales. He modificado la narrativa tradicional para que los tributos se envíen anualmente en lugar de cada siete años. Aunque mis personajes masculinos inventados tienen nombres griegos, mis personajes femeninos inventados tienen nombres inventados, para reflejar la falta de historias sobre mujeres de su clase. He comprimido la cronología del mito del Minotauro y la

historia de Fedra e Hipólito. Por lo general, la historia de Fedra e Hipólito tiene lugar unos veinte años después, cuando Fedra es mucho más madura (y es su hermano quien arregla el matrimonio, no su padre). Fedra tiene dos hijos con Teseo, por lo que ciertamente no la trató solo como rehén. Al principio me sentí culpable por hacer estos cambios para que las historias se ajustaran a mi narrativa, pero luego, en mi investigación, encontré la siguiente cita:

La tragedia griega se basó casi invariablemente en historias sobre la lejana edad heroica de Grecia, el período que en términos históricos ahora llamamos la Edad del Bronce Final o "La Edad Micénica", esas pocas generaciones de grandes hazañas, agitación y esplendor, que fueron el escenario de la canción heroica griega más tradicional, tanto en épica como en lírica. Pero estas historias no eran historia, ni fueron canonizadas en ninguna colección definitiva de "mitos griegos". Su transmisión oral "en el regazo de la madre" estuvo sin duda sujeta a las enormes variaciones que caracterizan a casi todas esas tradiciones orales, variaciones de énfasis y estado de ánimo no menos que del contenido narrativo (cualesquiera que sean las "estructuras profundas" que el sabio reduccionista pretenda detectar). . Es probable, en cualquier caso, que los trágicos se inspiraran predominantemente en fuentes literarias. Aquí también hubo una variación casi ilimitada, producto de siglos de reorganización e invención, un proceso que continuaron los propios trágicos. Ni siquiera los mitos de la Ilíada y la Odisea son definitivos.

—Oliver Taplin, "Emoción y significado en la tragedia griega" en
Oxford Readings in Greek Tragedy (1983)

No pretendo igualar a los trágicos en habilidad, narrativa o destreza. Sin embargo, me complace pensar en mí mismo como continuador de su tradición, que ya tenía siglos de antigüedad cuando empezaron a escribir, de reorganizar y reinventar los mitos que muchos de nosotros seguimos apreciando.

La principal fuente griega de la historia de Fedra es el Hipólito de Eurípides, que contiene la historia que Trifón inventa al final de mi Fedra.

Sin embargo, por puro sensacionalismo, recomendaría al lector Fedra de Séneca, un asunto mucho más sangriento, parte del lenguaje del cual adapté para la violación de Fedra por Hipólito.

Finalmente, estoy en deuda con The Palace of Crete (Graham, 1962) y Palaces of Minoan Crete (Cadogan, 1976) que me dieron una idea de la belleza y majestuosidad de Knossos, incluida la aún impresionante agua corriente. Todos los errores, o vuelos de fantasía, son míos.

OceanofPDF.com

Preguntas de discusión

1. Phaedra cree que llevó una vida encantada en Creta antes de mudarse a Atenas. ¿Estás de acuerdo con ella? ¿Cuáles son las distinciones clave entre Creta y Atenas? ¿Puedes ver alguna grieta debajo de la superficie del palacio cretense?
2. El cuidado de los niños es un tema que se repite a lo largo de la novela: Minos, Teseo, Medea y, en última instancia, la propia Fedra toman decisiones difíciles para proteger a sus hijos. ¿Te encuentras empatizando con alguno de estos padres?
3. De manera similar, tanto el rey Minos como el rey Teseo están dispuestos a hacer sacrificios personales por conveniencia política. ¿Están justificadas sus acciones?
4. En el corazón de la novela hay un caso judicial que enfrenta la palabra de un personaje con la de otro. ¿Qué personaje te parece más convincente? ¿Cambia esto a lo largo de la novela?
5. La novela se basa en creencias mitológicas y fuentes antiguas, pero el autor también extrapola de esas creencias (por ejemplo, mientras que el historiador griego Plutarco nombra a Teseo como el padre de la democracia, no existe una conexión conocida entre Teseo y la fundación de los tribunales de justicia). ¿Cómo reaccionó a estas extrapolaciones? ¿Cómo se compara esto con otros relatos que has leído?
6. A menudo se dice que la historia la escriben los ganadores, y al final de la novela, Trifón y Teseo conspiran juntos para crear la versión que se transmitiría de generación en generación, y finalmente se formalizaría en la obra de Eurípides. Los griegos reconocieron la posibilidad de versiones alternativas del mito (como una versión popular que sostenía que Helen nunca fue a Troya y, en cambio, fue llevada a Egipto durante la Guerra de

Troya). ¿Qué versión de la historia de Phaedra consideras más realista?

7. ¿Ves algún paralelo moderno con la historia de Phaedra?
8. Si pudieras viajar en el tiempo, ¿elegirías visitar la antigua Grecia? ¿Por qué o por qué no?
9. Phaedra se presenta inicialmente como un personaje joven e inocente, aunque algo arrogante. ¿Cómo cambia ella a lo largo de la novela?
10. Trypho está desconcertado por el comportamiento de las mujeres a lo largo de la novela. En particular, no comprende la lealtad de las mujeres que sirven a sus amantes. Dado que se supone que el papel de Trifón es servir al rey, ¿está siendo hipócrita o su relación con el rey es más compleja?
11. La novela comienza con una cita del poeta romano Ovidio considerando la distinción entre héroes y heroínas. ¿Estás de acuerdo con esta distinción? ¿Hasta qué punto alguno de los personajes de la novela, particularmente la propia Fedra, alcanza el estatus de héroe?

¿Disfrutaste de la lectura?
¡Suscríbete a nuestro boletín para conocer nuestros otros libros!

tinyurl.com/2mj8ekyn

¿Tienes algún comentario? ¡Nos encantaría escuchar tus pensamientos!
crookedlanebooks.com/feedback

OceanofPDF.com

Expresiones de gratitud

He sido extremadamente afortunado con el apoyo, la guía y la asistencia que he recibido no solo para escribir la historia de Phaedra sino en todos mis esfuerzos de escritura.

Primero, tengo que agradecer a mi agente superestrella, Nelle Andrew, sin cuyo firme compromiso y altos estándares inquebrantables esta novela no existiría. Algunas deudas nunca se pueden pagar, pero estaré eternamente agradecida. También agradezco la ayuda de su maravilloso equipo de Rachel Mills Literary Ltd., y en particular de Charlotte Bowerman, Alexandra Cliff y Kim Meridja.

Gracias al equipo de Alcove Books. El ojo de águila y la experiencia de Tara Gavin le dieron a mi borrador inicial la reorganización rigurosa que necesitaba y, como resultado, el libro es infinitamente más sólido. Andrew Davis diseñó la hermosa portada. Madeline Rathle (marketing), Dulce Botello (marketing), Melissa Rechter (producción), Matthew Martz (editor) y Rebecca Nelson (asistente de publicación y producción) trabajaron incansablemente para llevar la historia de Phaedra al mercado estadounidense.

Gracias también al equipo de Sphere, mi editor del Reino Unido. La visión editorial de Rosanna Forte era exactamente lo que se necesitaba y, una vez más, contó con el apoyo de un equipo fantástico que incluía a Emily Moran (marketing), Stephanie Melrose (publicidad), Hannah Wood (diseño de portada), Ben McConnell (gerencia editorial), Tom Webster (producción) y Caitriona Row y Lucy Hine (ventas).

Siempre me han gustado los mitos griegos, pero mi amor por los estudios clásicos como disciplina se lo debo a la Sra. Heath de Mt. Roskill Grammar School. He tenido muchos grandes maestros en mi vida, pero un agradecimiento especial a mis maestros de escritura creativa, el profesor Albert Wendt, el profesor Witi Ihimaera, Barbara Rogan, la doctora Sarah

Burton y el profesor Jem Poster. Gracias también a todos mis compañeros de escritura creativa, de quienes he aprendido tanto. Y gracias a Clare Worley, una vez compañera de estudios, ahora una querida amiga.

Gracias a mi familia, mi mamá, mi papá y mi hermana Emily, quienes me brindaron el apoyo y el aliento iniciales y me dieron la confianza para trabajar por mi sueño. Steven, mi amado esposo, me ha apoyado constantemente, creyó en mí sin vacilaciones y sacrificó generosamente su propio tiempo para permitirme escribir. Y finalmente, gracias a mis preciados “bebés de producción”, Amelia Joan y Lucian John, quienes hacen la vida infinitamente más maravillosa cada día. Te quiero todo.

OceanofPDF.com

Biografía del autor



Laura Shepperson ha estado fascinada por los mitos y los relatos de mitos desde que estudió estudios clásicos en la universidad, y su novela actual actualiza la historia de Phaedra, hermana del Minotauro. En 2017, fue preseleccionada para el Premio Lucy Cavendish de ficción. Laura tiene una Maestría en Estudios de Escritura Creativa de la Universidad de Cambridge. Ella está tratando de aprender griego antiguo. Laura vive en las afueras de Londres con su marido y su hija.

OceanofPDF.com

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, organizaciones, lugares y eventos retratados en esta novela son productos de la imaginación del autor o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales o reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Copyright © 2023 por Laura Joan Shepperson

Reservados todos los derechos.

Publicado en los Estados Unidos por Alcove Press, un sello de The Quick Brown Fox & Company LLC.

Alcove Press y su logotipo son marcas comerciales de The Quick Brown Fox & Company LLC.

Los datos del catálogo en publicación de la Biblioteca del Congreso están disponibles a pedido.

ISBN (tapa dura): 978-1-63910-153-5 ISBN (libro electrónico): 978-1-63910-154-2

Diseño de portada por Andrew Davis

Impreso en los Estados Unidos.

www.alcovepress.com

Alcove Press 34 West 27 Nueva York, NY 10001

Primera Edición: Enero 2023

10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

OceanofPDF.com